



Iolanthe Eksi



AL OTRO LADO DEL
CIELO GRIS

Al otro lado

del cielo gris

Idanthe Elsi

Todos los derechos reservados

ISBN: 130-72-5547-826-4

No se permite la transmisión de este libro en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo de la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Puede contactar con Ediciones Sedna a través de <http://ediciones-sedna.blogspot.com.es/>

2

Ediciones Sedna

Al otro lado

del cielo gris

Iolanthe Eksi

3

Al otro lado del cielo gris

Iolanthe Eksi

Ediciones Sedna

Al otro lado

del cielo gris

Idanthe Elsi

Índice

Preámbulo	7
Capítulo 0	9
Capítulo 1	16
Capítulo 2	24
Capítulo 3	36
Capítulo 4	45
Capítulo 5	53
Capítulo 6	60
Capítulo 7	67
Capítulo 8	76
Capítulo 9	96
Capítulo 10	108
Capítulo 11	123
Capítulo 12	133
Capítulo 13	143
Capítulo 14	161
Capítulo 15	172
Capítulo 16	184
Capítulo 17	196
Capítulo 18	207
Capítulo 19	223
Capítulo 20	231
Capítulo 21	243
Capítulo 22	257

Al otro lado

del cielo gris

Idanthe Elsi

Capítulo 23	266
Capítulo 24	276
Epílogo	291
Agradecimientos	294
Sobre la autora	295

Al otro lado

del cielo gris

Idanthe Elsi

«Insiste en ser tú mismo, nunca imites a nadie.»

—Ralph Waldo Emerson

6

Ediciones Sedna

PREÁMBULO

Cielo nocturno

«No hay disfraz que pueda largo tiempo ocultar el amor donde lo hay, ni fingirlo donde no lo hay.»

—François de La Rochefoucauld

Unos altos y delgados tacones de aguja chocaron contra el asfalto cuando una joven de diecisiete años salió de un encerado coche negro como la noche que se abría en el cielo. Cerró suavemente la puerta del automóvil y se acercó con paso decidido hacia el joven que la esperaba al otro lado, con una sonrisa resplandeciente dibujándose en sus carnosos labios.

Le pasó el brazo por la cintura y, así, ambos se dirigieron a la discoteca cuya música, nada más traspasar la puerta, les empezó a azotar en los oídos hasta que estuvieron acostumbrados. El ambiente contrastaba notablemente con el de la calle, mientras afuera el aire les acariciaba la piel suavemente la discoteca parecía carecer de una gota de oxígeno, junto al bochornoso entorno que acentuaban los aparatos electrónicos, con sus luces de los colores del arcoíris moviéndose como insectos de un lado para otro de flor en flor.

A medida que avanzaban por la pista, se hacía más claustrofóbica, los cuerpos de los jóvenes bailando y cantando desprendían todo tipo de aromas. Desde el sudor, colonias de olor a vainilla y de mezclas fuertes, hasta poder descifrar la marca que llevaban esos cabellos cortos, largos, lacios, ondulados, rizados, morenos, rubios, castaños, pelirrojos o hasta grises, amarillos, azules o de cualquier otro color en algunos casos.

La chica admiraba la pasión de muchos de ellos por querer sentirse uno con la música, o con el entusiasmo con el que la vivían. Aunque en la mayoría de los casos, aquella conducta solo era la respuesta del alcohol recorriendo sus cuerpos.

Cuando consiguieron llegar a la barra, pidieron unas bebidas para refrescar sus gargantas secas. El chico pagó en esa ocasión y la condujo hacia la pista de baile con frenesí.

Movieron sus cuerpos al ritmo de la música, en la mayoría de las veces repetitiva, en unos intensos y largos minutos que para ella se hicieron eternos. Hasta el momento en el que las luces plateadas empezaron a parpadear, sintiendo como un flash le cegaba los ojos, volviendo oscuro el lugar por escasos segundos. Encontrándose con decenas de posturas diferentes del chico, pero en ninguna de ellas su amplia sonrisa desapareció. Parecía que era parte de su traje; una camisa de rayas y unos pantalones vaqueros.

Al gastarse las energías de ambos, el joven le susurró de forma dulce algo al oído que en ese instante le pareció un verdadero placer.

Salieron ligeramente de la discoteca dados de la mano, para terminar de nuevo junto a la luna llena que se levantaba sobre sus cabezas, con la frescura de la noche envolviéndolos.

—Qué alivio —comentó la joven—. No aguantaba ni un minuto más ahí.

El chico no dijo nada, solamente se dedicó a tomarle la otra mano libre y la miró directamente a los ojos. Algo que a ella le puso nerviosa y le hizo parpadear varias veces.

—Te quiero —confesó, como si fuera la primera vez que su voz emitiera el sonido de aquellas palabras.

Y sus labios se acercaron con lentitud mientras cerraban los ojos, se rozaron con timidez y al instante siguiente, unidos, jugaron unos con otros en lo que sería un cálido y suave beso.

Al finalizar, ella no contestó.

No estaba segura de poder admitir tales palabras por más tiempo.

CAPÍTULO 0

«Muérete, zorra.»

«La vida es un negocio en el que no se obtiene una ganancia que no vaya acompañada de una pérdida.»

—Arturo Graf

I

Eran casi las once en punto cuando recibió una nota escrita con una letra pulcra y ligeramente inclinada que decía: «Muérete, zorra». Bierley Tarter empalideció como si se tratara de la primera vez que recibiera aquello, pero ni siquiera podría decirse que fuera la primera vez que lo leía en ese día. En realidad, podría imaginarse que detrás de esa vendrían muchas más en las horas siguientes, que llevarían mensajes como: «Suicídase, puta», «Te lo mereces» o nuevamente «Muérete, zorra».

Desde hacía tres meses esa se había convertido en su rutina. Levantarse, desayudar y llegar justo cuando sonara el timbre para evitar las burlas, los insultos, las miradas acusadoras y de superioridad que ella intentaba ignorar lo mejor que podía. Pero era imposible escapar en los intermedios o descansos, dejando tras su paso una riestra de cuchicheos o risitas malvadas mientras caminaba sola sin nadie en quien apoyarse.

Para ella, los insultos y las notas eran lo de menos, lo peor era soportar estar sola. Intentar hablar con alguien y que le ignorara era lo que realmente la hundía. A veces, pensaba en la posibilidad de que se había convertido en no más que un fantasma que vagaba atado a ese triste mundo. Hasta la idea le hubiera gustado en cierto punto. Pero no era así, porque aunque no todos le insultaran o enviaran notas, sí eran parte del acoso. La estaban aislando del resto. Y esa era otra forma más de demostrarlo.

Cuando por fin sonó el timbre que anunciaba el descanso, ante Bierley solo se abría un pozo mayor que tendría que cruzar sin intentar caerse

dentro. Se dirigió al patio, lejos de las miradas indiscretas, y fue al rincón más oscuro y apartado que encontró a esas horas del día. Allí, la brisa fresca revolvía sus cabellos castaños con suavidad, como si estuvieran siendo acariciados por una mano invisible. ¿Tal vez fuera la de Jason?

Se sacudió la cabeza para quitarse esos pensamientos. Abrió su mochila y cogió el sándwich que se había preparado esa misma mañana antes de salir de casa. Ni siquiera tenía hambre al abrirlo del envoltorio, pero le dio un bocado y después lo volvió a guardar. Como si eso fuera suficiente para que sus energías volvieran a su punto álgido, lo cual era inútil, porque ella solía gastarlas rápidamente en desear que el día de instituto se acabara de una vez por todas. Salir de aquel mundo para volver a otro que al menos fuera mucho más esperanzador.

No obstante, al terminar el descanso, sus deseos no fueron escuchados por ningún dios. Quizás solo el demonio se puso en sintonía con ella. Porque al regresar a clase, en el asiento que se encontraba delante del todo, frente al del profesor, unas palabras negras asomaron ligeramente desde su perspectiva. Se acercó rápidamente y su rostro de sorpresa y angustia satisfizo a sus acosadores, el resultado había sido más que apropiado, aunque hubieran preferido que unas lágrimas se hubieran deslizado por su rostro. Bierley no se lo permitió, estaban empezando a asomar e intentó aplacarlas mientras eliminaba «Muérete, puta» de su mesa con un simple borrador, que solo logró quitar algo del brillo de las palabras escritas con un rotulador permanente. A tiempo, consiguió esconderlas bajo sus libros antes de que el profesor entrara para dar su siguiente clase.

II

Lo peor del día ya había pasado para Bierley. Al salir de esa cárcel sin barrotes, un nuevo mundo lleno de posibilidades se abría paso ante ella, o tal vez no, pensó con un atroz dolor de estómago que empezaba a hacerse cada vez más presente. Probablemente esa era la forma en la que su estrés se manifestaba. Los exámenes, de lejos, eran lo que menos nerviosa le ponían. Aunque su madre sentía el efecto contrario, ya que no paraba de regañarle una y otra vez por teléfono, con un fingido interés, mientras ella se dedicaba a leer algún libro, afirmándole y prometiéndole que no se volvería a repetir el suspenso. ¿Si no se molestaba en ir a visitarla por qué demonios intentaba interesarse por su vida?

A los seis años los padres de Bierley se habían separado, incapaces de llegar nunca a un acuerdo, incapaces de soportarse, incapaces de poder llevar una vida tranquila juntos, decidieron que esa sería la mejor opción. Lo que afectó negativamente al comportamiento de Bierley, no porque realmente recordara los momentos que habían vivido los tres juntos, ya que en realidad, escaseaban los buenos recuerdos que atesorar en su mente, sino porque la crianza de Bierley dio un giro radical. Tenía todo lo que quería. Conseguía todo lo que se proponía. Le daban todo lo que ella deseaba. Cada uno, ávidos de que su hija hablara mejor del otro, sin darse cuenta de que su pequeña era más lista de lo que pensaban. Y había aprendido a ser una oportunista de cuidado. Así, los años pasaron y la conducta de Bierley no llegó a variar demasiado, al menos, no hasta hace poco tiempo. Quizás esa situación que estaba viviendo le estaba enseñando algo que, sin ninguna duda, la estaba cambiando. ¿Pero de verdad ella se merecía eso? ¿Era la culpable de lo que le estaba sucediendo?

Ella tenía una respuesta firme y clara: «No». Aunque la firmeza y la claridad de aquel «No» desaparecían al intentar articularla desde sus mismísimos labios, su voz se apagaba y la seguridad ante esa afirmación se esfumaba. La misma niña alegre y envidiosa de ojos azules que se había convertido en una adolescente optimista y astuta ya no era la misma; fuera la alegría y el optimismo, sus desgracias solo habían provocado que la perspicacia de la que siempre había disfrutado fuera muriendo hasta convertirse en polvo y cenizas. Pero la envidia, lejos de huir, había aumentado. Hasta tal punto de sentirla por las personas de las que anteriormente se había jactado o burlado.

Desde luego, la vida era una caja de sorpresas, imposible de abrir cuando a uno le apeteciera. Ella era el peor de los tahúres, más valía no jugársela. Algo que Bierley había hecho en más de una ocasión y de la que se encontraba pagando la deuda.

III

Bierley suspiró por enésima vez cuando volvió a abrir el sándwich. La brisa primaveral había aumentado con respecto a la mañana, y el murmullo de los árboles no paraba de cosquillearle los oídos mientras miraba la desértica estampa que se levantaba sobre sus ojos. No había nadie en el parque más que ella y los columpios que se movían ligeramente por los pequeños espíritus del viento.

Después de mucho tiempo disfrutó de aquella soledad, que no era la misma que vivía en el instituto. Esa era la que odiaba. «Aunque estés rodeado de gente no significa que no estés solo», solía decirse a sí misma y al resto de las personas que lucían sonrisas delante de sus amigos. Porque en verdad era así, y era uno de los pocos consuelos que tenía.

Pensando en todo eso se acordó de su amiga y comprobó el móvil.

Nada.

Desde hacía dos semanas que no sabía nada de Charlotte, y parecía que se prolongaría por más tiempo. Las decenas de llamadas, mensajes y de visitas no habían servido. Seguía sin dar señales de vida, y eso asustó a Bierley que con fuerzas renovadas se levantó del banco en el que se había sentado a comer, guardó el móvil en el bolsillo y se dispuso a pasar una tarde sola, igual que las tantas sumadas en su calendario, aunque esta vez sería diferente, se deleitaría como nunca. Tenía derecho a ello. Fingiría ser otra persona diferente.

Lo primero que haría era dibujarse una sonrisa en el rostro, el resto vendría solo.

Empezó a caminar por las calles repletas de gente, rodeada de los altos edificios que parecían colgar del cielo encapotado profetizando lluvia. Quiso sentirse una más en aquel ajetreado paisaje de gente que corría al trabajo, que se dirigía a casa, a dar un paseo o simplemente a comprar.

Fue pegándose a cada escaparate que pasaba, hacía tiempo que había dejado de hacerlo. Porque por meses atrás su cabeza solo estaba ocupada en amoríos, ropa y estudios. Ahora solo existía la amargura y el deseo del final de su desesperante entorno.

Se probó todos los zapatos, camisas y pantalones de cada tienda, volviendo loca a sus dependientas cuya voz simpática terminaba transformándose en una áspera y forzada que la invitaba a desaparecer cuanto antes. Bierley no paraba de reírse de las caras que ponían cuando fingía ser una hija de papá que terminaba yéndose con las manos vacías. Era una ciudad demasiado grande como para volver a encontrarse con ellas, así que no tuvo ningún reparo en inventarse cualquier mentira y volver a aprovecharse de su talento oportunista, embaucando a una vendedora con alabanzas de su fantástico estilo para vestir hasta que terminó rebajándole lo único que había comprado, una sudadera de rayas azules.

El día se consumía cada vez con más rapidez para Bierley. Cuando empezó a notar las gotas de lluvia deslizándose por su rostro se resguardó en un Starbucks, sentándose junto al gran ventanal mientras disfrutaba de un chocolate caliente con caramelo. Desde ahí podía observar a la gente protegida bajo sus paraguas y los coches avanzando lentamente, formando un largo atasco.

Todo iba perfecto hasta que una figura femenina de cabellos largos y de un tono rubio rojizo se cruzó con su mirada.

«Charlotte», pensó al instante.

Salió sin pensárselo dos veces, he intentó localizarla entre el tumulto de gente. Llevaba un paraguas rojo, pero no era el único en la larga y desordenada cola de gente. Corrió detrás de aquel rastro con la lluvia golpeándole el rostro, esquivando y apartando los cuerpos y brazos que le obstaculizaban el camino hacia su objetivo. Exhalaba y cogía aire una y otra vez. Y estuvo a punto de llegar a su destino, cuando su cuerpo chocó contra uno más robusto y fuerte que la tiró hacia el cemento mojado. El chico la miró con desdén sin decir una palabra. Ella, sin darle demasiada importancia, se levantó y volvió a buscar con la mirada.

Derecha, izquierda.

Nada.

Hasta que volvió a atisbar la delgada silueta de su amiga, que se encontraba cruzando la calle.

Se dirigió al paso de peatones, sin conseguir llegar a tiempo. El semáforo se había puesto en rojo. Seguía mirando a la chica, inquieta por la posibilidad de no poder alcanzarla. Esperaba nerviosa sin dejar de mover las piernas, dirigiendo miradas amenazadoras al semáforo, como si fuera una persona capaz de entender su inexplicable enfado.

Al ponerse en verde salió disparada, viendo cómo aquella figura que vestía unos vaqueros oscuros y una chaqueta fina y gris se acercaba más a ella, hasta que Charlotte volvió la mirada hacia atrás y vio a su amiga. Su mirada se abrió desmesuradamente y echó a correr también.

Bierley se quedó sin aliento, las fuerzas le fallaron y le impidieron volver a seguirla. ¿Por qué su amiga huía de ella? ¿Acaso ya no lo era? ¿Por qué no le había devuelto las llamadas? ¿Por qué cada vez que había ido a su casa su madre le decía que estaba demasiado enferma para recibir visitas? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Esas preguntas no paraban de

martillearle la cabeza. Sus piernas flaquearon y se derrumbó allí mismo, rodeada de gente desconocida que la miraba con curiosidad.

Sacó rápidamente su teléfono móvil que tenía hasta diez llamadas perdidas de su padre, de las que hizo caso omiso. Y marcó tan deprisa los números que los botones fueron incapaces de seguir su ritmo, los borró y volvió a repetir el proceso, no con más éxito del que pensó al pulsar la tecla de llamada. Sin embargo, al otro lado de la línea nadie contestaba, volvió a intentarlo otra vez, temblando con el móvil en las manos. Tampoco funcionó. Tres, cuatro y hasta cinco veces lo había intentado hasta que salió el contestador automático con la voz de la operadora diciendo: «El número al que llama no se encuentra disponible, deje su mensaje».

—Char-Charlotte, por favor —dijo con voz ahogada, titubeando y con el rostro cubierto de lágrimas y agua—. Charlotte, estoy desesperada. Cógemelo, por favor. N-No sé qué es lo que te ocurre, ignoras mis llamadas, mensajes y visitas. Solo... Solo necesito que seas sincera. Ya no sé qué hacer, esto es un infierno, en el instituto es horrible y se vuelve todavía peor con esa actitud tuya tan esquiva. Solo te pido por favor que lo hablemos. Adiós, te quiero.

Después, volvió a coger aire y se levantó del suelo, comprobando que estaba totalmente empapada. Pero no le importó demasiado, solo se dedicó a caminar sin rumbo fijo, bajo la incipiente y abundante lluvia que había sido la elegida como su acompañante.

Ahora, las luces de los edificios y de los coches brillaban con intensidad, el sonido metálico de la lluvia sobre los automóviles cada vez se hacía más fuerte, tanto, que las voces y exclamaciones se veían amortiguadas. Esta vez, todo parecía lejano. Bierley se encontraba fuera de lugar y continuó caminando. El día se había transformado en menos de un parpadeo de una fiesta a un funeral.

IV

Cuando ya hubo reflexionado lo suficiente sobre Charlotte, a lo que no había llegado a ninguna respuesta porque en realidad temía lo que se encontraría, decidió volver a casa. Aunque de repente recordó que se había dejado la bolsa con la sudadera que había comprado en Starbucks y volvió sobre sus pasos.

Al entrar se dirigió hacia la dependienta, preguntándole:

—Disculpe, ¿no habrá visto una bolsa azul que yo me haya dejado?

La mujer asintió cordialmente y se la extendió por encima del mostrador.

—Muchas gracias —dijo, y empezó a sonar la melodía tan característica de su móvil.

Bierley desapareció por la puerta, buscando con nerviosismo entre sus bolsillos hasta que atinó en el lugar correcto. Ni siquiera miró a la pantalla porque confiaba en que no podía ser otra persona más que Charlotte.

—¿Dónde te has metido?! —le gritó su padre muy enfadado—. ¡Más vale que tengas alguna explicación!

—Lo siento, ya estoy llegando —se disculpó.

—¡Así espero que sea! —y finalizó la llamada.

Suspiró y continuó su camino, no obstante, minutos después, su móvil volvió a sonar. Y esta vez sí tenía la seguridad de que se trataba de su mejor amiga, o más bien, de la que había sido una de sus mejores amigas hasta entonces.

—Oh, menos mal. Charlotte, no sabes lo preocupada que me tienes —contestó Bierley enseguida.

—Lo siento, pero yo no soy Charlotte —respondió una voz masculina al otro lado de la línea.

CAPÍTULO 1

6

«Un hombre solo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo, cuando ha de ayudarlo a levantarse.»

—Gabriel García Márquez

I

Por supuesto que no era Charlotte, ella no tenía una voz así de grave sino un tono muy agudo y mucho menos hablaría de sí misma en tercera persona. ¿Quizás es que Charlotte estuviera...? No, no podía ser posible. Aunque esas dos semanas de ausencia en la vida de Bierley podrían haberla hecho alejarse más de lo que creía y desconocer cuáles eran sus intereses actuales.

—Em... —no sabía qué decir, y miró la pantalla de su móvil para comprobar el número. Al verlo, se maldijo en silencio, en el último dígito se había confundido al marcar la tecla del cinco por la del seis. «Qué estúpida soy», pensó—. Lo siento, me he equivocado de número.

Y puso fin a la llamada, dejando a su interlocutor con la palabra en la boca. Lo que no alcanzaba a su conocimiento era el por qué aquel desconocido había decidido devolvérsela, si sabía que se había confundido, ¿para qué llamarla entonces y disculparse? Por unos instantes se avergonzó, el mensaje que había dejado sonaba más que desesperado y se notaba a leguas en su voz que estaba llorando. Pero pensándolo con detenimiento, no importaba demasiado. No la conocía, ni la conocería jamás. Quedaría como un hecho aislado y fin de la historia, o eso pensaba antes de que volviera a sonar la melodía de su móvil. Antes de comprobar de quién se trataba sabía que no era Charlotte. Y acertó.

El número desconocido estaba llamándola de nuevo, ¿qué quería ese pesado? ¿Por qué seguía insistiendo?

Bierley ignoró la llamada y no perdió más tiempo en dirigirse hacia su casa.

II

El bloque de pisos en el que la familia Tarter vivía no era el lugar más seguro para mantener secretos. En primer lugar se encontraba la señora Butcher, una mujer ya anciana cuyas aficiones se limitaban a hacer bonitos vestiditos para sus nietas de cinco y seis años, y la primera en enterarse de los cotilleos. Muchas veces, cuando Bierley pasaba por delante de la ventana del primer piso que resguardaba unas cortinas blancas, se descorrían unos milímetros perceptibles para su visión y empezaba a sentirse observada. Solía visitar a menudo a sus vecinos —incluido ellos— para pedir algún objeto típico como la sal o el azúcar, para avisar de algún tipo de noticia importante que afectara a la comunidad o con cualquier otra excusa para hablar. Desde luego, la señora Butcher se sentía tan sola como ella, eso o que en verdad no apreciaba la seguridad desconociendo cualquier detalle de sus vecinos.

Luego estaban los malditos niñatos de la solterona del primero A, dos niños pelirrojos gemelos de siete años que repetían como papagayos todo lo que escuchaban. En una ocasión, relataron con pelos y señales a su madre cómo el snob del segundo era dejado por su novia y, para colmo, por una llamada telefónica. Esos críos parecían tener un oído aún más fino que la señora Butcher.

Y por último, se encontraban las dos o tres típicas amas de casa que se cruzaban por los pasillos, donde se quedaban a charlar durante horas mientras Bierley iba al instituto. Después al regresar seguían allí y, al volver de nuevo a abrir la puerta, todavía no habían consumido tema suficiente.

Así que en aquellas circunstancias lo raro era que esas personas no se hubieran enterado de lo sucedido con Bierley. En realidad, las miradas que le lanzaban eran bastante indescifrables y a ella le ponían de los nervios, no podía ir a su casa sin ni siquiera un momento de paz y tranquilidad.

Al cruzar el portal que estaba en silencio, las luces automáticas se encendieron y ella subió las escaleras con pesadez hasta el segundo piso. Cuando llegó a su puerta que tenía marcada la letra C, sacó de su bolsillo las llaves y giró suavemente la cerradura, pero no le hizo falta

ningún esfuerzo para empujarla porque su padre ya lo había hecho por ella.

—Hola —saludó casi imperceptiblemente, asombrada por su reacción.

—¿Qué horas te crees que son estas para llegar? —preguntó mientras señalaba el robusto reloj que adornaba su muñeca izquierda.

—Me creo que son las siete —respondió, haciéndose la graciosa.

Su padre le dirigió una mirada más iracunda aún.

—Tu sentido del humor es tan bueno como el de la puntualidad —dijo, tratando de calmarse, pero terminó por explotar—. ¡No has venido a comer, no has contestado a mis llamadas, te presentas aquí a las doce de la noche, con esas pintas de gato callejero y para colmo pretendes quitarle hierro al asunto con una bromita estúpida!

—Lo siento —se disculpó, aunque no se sentía nada culpable por lo que había hecho. Lo cierto es que se lo había pasado bastante bien hasta que Charlotte hizo su aparición.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repitió con más exasperación—. ¡Eso es lo único que sabes decir! Dúchate y después baja a cenar, tenemos que hablar. —La última frase fue una orden más que clara.

III

Al meterse bajo el chorro de agua caliente, Bierley sintió cómo un gran cosquilleo le recorría la piel, era una sensación muy parecida a la lluvia, solo que la temperatura del agua era mucho más alta, hasta a veces llegándole a quemar. Suponía que le vendría bien para despejar la mente, pero solo tuvo el efecto contrario ya que las millones de teorías que se formulaban en la cabeza de Bierley no paraban de aplastarle el corazón, temiendo que fueran reales. ¿Y si Charlotte no era ya su amiga? Su comportamiento había sido más que extraño durante las últimas dos semanas, y que la evadiera solo reforzaba la idea de una amistad rota.

Charlotte... aquella chica con una sonrisa más que arrebatadora que la había estado apoyando incondicionalmente desde lo sucedido con Jason, su amiga y compañera durante... ¿Cuánto? ¿Siete años? Y lo más curioso de todo es que cuando eran pequeñas ninguna podía soportar a la otra. Aquí quedaba más que demostrado que la amistad era algo muy mutable, o que era algo tan difícil de encontrar como

cualquier indicio que diera respuestas a: ¿Por qué estoy yo aquí? ¿Por qué existo en este mundo?

Bierley cerró la puerta de su habitación y se tiró en su cama para tratar de rechazar esos pensamientos. Era uno de los pocos lugares en los que podía relajarse. Las rayas verticales de un color blanco sucio y lila que surcaban las paredes le reconfortaban y recordaban que allí nadie podía hacerle daño. Su cama nido rodeada por una gran estantería repleta de libros... ¡Ay, los libros! Fieles amigos eran ahora para ella. ¿Quién iba a pensar que esa chica obsesionada por la moda y la diversión tocaría un libro jamás? ¿La misma que decía que la lectura era aburrida? ¡Jamás!, habrían dicho muchos, y se equivocarían, porque ahora se habían convertido en otros mundos donde resguardarse de la fría y aplastante realidad.

Después se puso el pijama blanco y azul, y se fue a la cocina para encontrarse con su padre que la esperaba allí sentado, tamborileando la mesa inquieto, mientras ella calentaba en el microondas la comida que había olvidado ese mismo día.

La charla de su padre empezó como de costumbre, diciéndole cuáles eran las normas a cumplir: No llegar tarde a casa, no ignorar las llamadas... Lo típico, podría decirse, pero cuando la conversación tomó un rumbo que a Bierley le desencantaba, las cosas se torcieron.

—Si todavía sigues pensando en lo de hace...

—¡No! —gritó, levantándose de golpe del asiento—. ¡Ni se te ocurra mencionarlo!

Esta vez fue su padre el sorprendido por su reacción. Aquellas palabras surtieron tanto efecto en el humor de su hija que se marchó al instante alegando que no tenía más hambre, aun así, él sabía de sobra que no era el apetito lo que la había hecho huir de la mesa.

IV

Al estar de nuevo en su habitación, se sentó delante del escritorio y comenzó a hacer los deberes que había dejado para última hora. No despegó el bolígrafo del papel hasta que su móvil sonó por enésima vez ese día.

Al comprobar que el número entrante era el del desconocido se lo pensó un poco, al final, con resignación, aceptó la llamada. Después de todo, no engañaba a nadie. Necesitaba hablar, distraerse aunque solo fueran

unos pocos minutos y con una persona que desconociera completamente su vida y no la juzgara.

—¿Sí? —preguntó Bierley casi en un susurro, su voz sonó tímida.

—Buenos noches —saludó esa voz que tenía un tono barítono.

Bierley se quedó helada al volver a escucharla, la primera vez había pasado desapercibida para ella entre el bullicio del tráfico y la gente, pero ahora fue completamente distinto. Parecía que su vida había dado marcha atrás, que era él quien la estaba llamando a ella para salir o hablar simplemente. Le resultó tan familiar... No obstante, en aquel momento cualquier voz masculina le hubiera sonado familiar porque no solía recibir llamadas de hombres, exceptuando a su padre, desde hacía tres meses. Tanta fue la sorpresa que causó en su cerebro que dejó deslizar su teléfono móvil entre sus dedos mientras el desconocido preguntaba si había alguien.

El golpe que recibió el aparato la despertó de su ensoñación y rápidamente se agachó para recoger el móvil.

—¿Hay alguien?

—Sí, sí —contestó impaciente.

—Mira, puede que no sea Charlotte —empezó precipitadamente el chico—. Pero probablemente merezco más la pena que ella por, al menos, contestar a tus llamadas.

Bierley sintió cómo las mejillas se le enrojecían. ¿Que merecía más la pena que ella? ¿De qué iba realmente este chico? ¿Qué podía saber él? Le molestaba el hecho de que tuviera una pizca o la totalidad de razón en su afirmación.

—Eres un imbécil —le soltó—. Y no digas «llamadas», solo te he llamado una vez y por error. Eres tú el insistente.

El chico simplemente se rio a carcajada limpia, lo cual molestó más aún a Bierley.

—No me conoces y ya te tomas las confianzas suficientes para llamarme imbécil. Podría sentirme ofendido, ¿sabes? —contestó divertido.

—Tú tampoco conoces de nada a Charlotte y estás diciendo que mereces más la pena que ella. —No estaba dispuesta a resignarse ante la idea de que su amiga la hubiera traicionado. A lo mejor lo sucedido unas horas antes solo había sido producto de un malentendido.



—No conozco de nada a esa tal Charlotte, ni me apetece conocerla. ¿Cuándo se ha visto que con una amiga que te llama, envía mensajes y te visita porque está preocupada por ti, mientras te pide suplicante con voz desesperada y llorosa que hables con ella, tú simplemente te limites a pasar olímpicamente? —se detuvo unos segundos para después continuar—. Desde luego, no parece la mejor persona del mundo.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Cómo sabes que... que...? —temió a preguntar.

—¿Que te ignora? —terminó de completar la frase por ella.

—Sí —asintió.

—Fácil, estabas llorando. —Su voz comenzó a sonar más seria—. Y, además, tú misma lo has dicho en el mensaje.

Bierley se sintió estúpida, llevaba la razón. Por suerte, su identidad era completamente desconocida para el joven que se encontraba al otro lado de la línea, si hubiera sido algún compañero de clase, al día siguiente se hubiera encontrado un coro de burlas dejando huella allá por donde pasara.

—¿Por qué me has llamado? —quiso saber. Todavía no podía pensar que esa llamada fuera completamente altruista o que tuviera algún sucio truco detrás.

—Parecías... —pensó con detenimiento—. Parecías muy desesperada.

—¡Eso no es cierto! —intentó negar, pero era evidente que mentía.

—Sí, lo es —dijo, como si hubiera estado presente cuando dejó el mensaje de voz.

—Y entonces se te ocurrió hacer de buen samaritano, por una vez en tu vida. —Trató de desviar el tema, no le gustaba dar a relucir su debilidad.

—Hey. Hablas como si fuera tu hermano.

—Gracias a Dios no lo eres —contestó algo irritada—. Y lo cierto es que no es necesario que te conozca, porque a través de tu tono de voz de superioridad ya sé que eres el típico chico inseguro que se resguarda a través de comentarios arrogantes.

Bierley se sintió tan satisfecha de su respuesta que hasta sonrió de oreja a oreja, hacía tiempo que no hablaba de aquella manera y

empezaba a echarla de menos. Pero lo más importante de todo, era la primera vez después de tanto tiempo que sonreía de verdad.

El joven calló durante unos instantes.

—Eso es ahora mismo lo que tú estás pretendiendo —dijo él sin ningún atisbo de burla en sus palabras—. Mira, yo...

—¿Qué quieres?! —exclamó, cansada de sus comentarios—. ¿Por qué me has llamado?

—Solo quería ayudarte. —Realmente parecía sincero, pero algo que había aprendido Bierley en esta vida es que poca precaución es poca y más ante una persona desconocida.

—Pero... ¿por qué razón? —Era más bien una pregunta por desconfianza que por curiosidad.

—Porque quiero, ¿te parece suficiente razón esa? —Sus palabras sonaban tan seguras que Bierley lo envidió por esa determinación.

—La verdad es que es un argumento muy aplastante —respondió sarcástica—. Espera, ya sé, me pedirás algo a cambio.

—No, en realidad. A menos que tú desees darme algo.

—Lo siento. Hace tiempo que dejé de tener esperanza en la humanidad.

—Mira, el porqué es lo que menos importa. ¿Vale? Tú solo dime...

Al otro lado del teléfono se escuchó otra voz que lo llamaba: «¡Chris!»

—¿Te llamas Chris? —preguntó con curiosidad Bierley.

—Sí, espera un momento, ¿vale? —El sonido de su voz fue intercambiado por una charla que se oía amortiguada por la lejanía. Bierley intentó agudizar el oído, pero no consiguió entender nada más que palabras sueltas: «tío», «ayer» y «apuntes» entre otras. O era su hermano o un estudiante universitario. La última teoría le gustó mucho más.

A lo mejor no era tan mala idea. Puede que quizás ese desconocido sí pudiera ayudarla, porque no tenía a nadie para cumplir ese cometido. Bierley nunca hubiera sido el tipo de persona que va buscando hacerse la víctima, pero aquellos meses se habían hecho más que insoportables para ella. Tenía que ponerle fin. Esa era la ocasión perfecta. Debía aprovechar esa oportunidad que le estaba dando la vida para recomponer su destino.

—Bueno, a lo que íbamos... —Apareció de nuevo Chris, pero dejó de escucharle cuando su padre abrió la puerta de su habitación.

—¿Con quién hablas? —inquirió, mirándola fijamente.

—Eh —dudó—. Con... con Charlotte, hace días que no la veo y, bueno...

—Está bien —dijo su padre mientras cerraba la puerta—. Pero no tardes mucho, mira las horas que son.

Bierley volvió a la conversación telefónica un poco incómoda y decidió acabar.

—Lo siento —se disculpó bajando la voz—. Era mi padre, ya es un poco tarde y...

—Cierto, ya hablaremos en otra ocasión —contestó Chris—. Buenas noches.

—Adiós —se despidió algo apenada por no haber podido seguir hablando.

Pero el «hablemos en otra ocasión» parecía no encontrar nunca el momento adecuado.

CAPÍTULO 2

De Londres al desierto de Atacama

«Los acontecimientos no nos hacen daño, pero nuestra visión de los mismos nos lo puede hacer.»

—Epicteto

I

El tiempo es traicionero.

Siempre nos hemos preguntado cómo es posible que en los distintos estados en los que se encuentran nuestras emociones, el tiempo transcurra de una forma u otra. Cuando alguien se está divirtiendo las horas pasan a ser minutos, en cambio, si alguien está sufriendo o sumido en una profunda tristeza, las horas pasan a ser días. Lo único a lo que los humanos se les ocurre echar la culpa de este fenómeno es al tiempo, pero eso solo lo dirían los supersticiosos, los ingenuos o los ignorantes. El tiempo es simplemente una unidad que transcurre siempre a la misma velocidad. ¿Pero es que acaso tiene una velocidad exacta? Después de todo, es a través del que guiamos al resto de los procesos. Aunque una cosa sí es segura sobre el tiempo, nos esclaviza.

Tanto como había esclavizado a Bierley durante esas dos semanas que podrían haber sido fácilmente, para ella, como un año. Cualquiera podría desear en aquellos momentos la inmortalidad, pero, sin duda, la rechazaría. ¿Vivir para siempre? No. Más bien lo suyo podría llamarse «estar para siempre» o «existir», pero no vivir.

Como un día más o como una eternidad más, Bierley ya estaba preparada para asistir a su continuo martirio. Abrió la puerta de su piso y la cerró con fuerza, bajó las escaleras lentamente y cruzó el amplio pasillo del portal que tenía un gran espejo, ni siquiera reparó en su aspecto como habría hecho en el pasado, comprobando que su trenza castaña de raíz estuviera perfecta, o que su chaqueta o vaqueros estuvieran perfectamente colocados. Ese tipo de cosas habían pasado a

un plano muy ínfimo de su preocupación, ahora simplemente llevaba el cabello suelto, no se molestaba en realizarse ningún tipo de peinado, y su chaqueta tenía la cremallera ligeramente doblada hacia la derecha o sus pantalones presentaban más arrugas de lo habitual.

Tras empujar la pesada puerta principal, un torrente de viento le golpeó el rostro mientras fundía sus oídos con los auriculares anunciando una guitarra. Bierley no tardó en reconocer la melodía que empezaba a fluir, era «Revolution» de John Butler Trio, el primer minuto y medio hizo sucumbir su ánimo, la calma que le transmitía solo terminaba transformándose en tristeza, pero pasada esa barrera, la guitarra y la voz empezaron a hacerse más activas, hasta empezar a cantar suavemente mientras cruzaba las calles que ya aguardaban a gente esclavizada.

El último trozo de la canción le caló hondo.

«Take back your feet, take back your hands.
Take back your words, take back your lands.
Take back your heart, take back your pride.
Don't got to run, don't got to hide.
Revolution.»

Le hizo pensar que tenía que cambiar, tomar las riendas, recuperar sus palabras, no correr ni tampoco ocultarse. Revelarse.

Aquello la llenó de un profundo ánimo hasta que llegó a su clase correspondiente. No tardaron en borrarse los pájaros que se le habían formado en la cabeza.

Charlotte.

Por un momento, una sensación de lejanía le invadió la visión, como si estuviera demasiado lejos para alcanzarla. Pero sí, había algo de lo que podía estar firme en aquel bosque de inseguridades, todavía quedaba una pequeña flor, todavía poseía su vivo color y se erguía firme. Caminó hacia ella observando cómo su menudo cuerpo se movía ligeramente mientras sus delgados dedos dejaban caer los libros sobre la mesa, cómo su cabello le tapaba el perfil del rostro y le impedía ver sus ojos castaños.

Sus dedos rozaron la muñeca adornada con miles de pulseras de su amiga, la cual apartó rápidamente ante el contacto.

—Charlotte —esta la miró al principio sin expresión alguna en el rostro, que segundos después se transformó en una mirada sin brillo alguno, como si se tratara de una desconocida.

Se sentó tranquilamente en su lugar.

—¡Bien! —exclamó Bierley a punto de perder los papeles—. Haz lo que te dé la gana. Pero al menos, no seas cobarde.

Y se volvió a su asiento mientras la gente no paraba de soltar indiscretas risitas que eran como cuchillos clavándose en su espalda.

II

El día transcurrió sin más, hasta fue más tranquilo de lo normal. Pero la presencia de Charlotte solo le desgarraba más el estómago. Tanto tiempo preocupada por ella. Tantas llamadas. Tantos mensajes. Tantas visitas... ¿para luego esto?

La hizo sentirse estúpida. ¡Ni había tenido la decencia de preguntarle cómo se encontraba después de tanto tiempo! Y ahora solo se dedicaba a actuar como los demás. Era una traición en toda regla. ¿Cómo podía sentirse alguien que creía conocer a otra persona al descubrir que había estado durante años engañada? Enfadada, estúpida y triste eran las sensaciones que recorrían el cuerpo de Bierley. Ahora no solo estaba sola de verdad, con esa acción solo había demostrado que Bierley era alguien con la que nadie debía tratar, que era completamente culpable. No solo se le estaba privando de su amistad con Charlotte, sino la de cualquier otra persona. ¿Quién iba a querer estar con ella, si ni siquiera su propia amiga la había soportado lo suficiente como para darle tal término?

Algo estaba claro: Había malgastado el tiempo con Charlotte.

Todas esas risas, abrazos, llantos, momentos plasmados en fotografías le golpeaban y aplastaban el pecho como si fuera simple plastilina a la que dar molde.

Ahora sí estaba sola de verdad, aquellos meses transcurridos habían sido duros, aunque con Charlotte a su lado se hicieron mucho más llevaderos. Estaba claro el porqué de la traición de Charlotte. Si hubiera seguido al lado de Bierley estaría sufriendo por lo mismo que estaba pasando ella, después de todo lo había vivido en una pequeña parte. Si hubiera ocurrido al revés... ¿hubiera sido capaz Bierley de no abandonar a su amiga? ¿Tal vez estaba siendo hipócrita? Quizás diera

igual qué hubiera hecho en esa situación, la cosa había resultado de esa manera. Era estúpido pensar en otras posibilidades que nunca llegarían a suceder. El presente. Era eso lo que realmente contaba.

Hasta ese desconocido le había creado falsas ilusiones. «Ya hablaremos en otra ocasión», había dicho hacía dos semanas. Pero la ocasión no había llegado.

De nuevo, dibujó en su rostro una sonrisa falsa. Seguía siendo una estúpida y una ingenua por creer en las personas, por confiar en ellas. En sus palabras, en sus promesas efímeras... Otra resolución le había cruzado en la mente: «La amistad no existe como tal, solo la conveniencia». ¿Había estado Charlotte todo este tiempo con ella por cómo fue? ¿Por ser divertida y destacable?

Se quitó rápidamente esos pensamientos de la cabeza. Había algo que no encajaba. No estaba sola, estaba esa voz al otro lado de la línea. Y si no la había escuchado ya, había sido solo por autocompadecerse de ella misma, por no querer buscar una solución.

III

27

Lo llamó mientras se dirigía hacia su habitación. Cuando abrió la puerta, el chico cogió el móvil, al tercer toque.

—Hola. Soy... soy la chica del otro día —contestó Bierley con una sonrisa tímida cruzándole el rostro mientras dejaba la mochila sobre su escritorio.

—¿La chica del otro día? —preguntó, aparentemente desconcertado—. A ver... déjame que piense. ¿La del coche, la cama, o el cine?

—¿Perdona? ¡Soy yo! —dijo, casi en un exclamación.

Bierley no se tomó en serio aquel comentario, sabía que era una broma. Aunque últimamente parecía haber perdido el ojo para juzgar a las personas.

—¿Yo? —volvió a preguntar Chris.

—No, tú —respondió Bierley algo confundida.

—¿Tú?

—No. Yo soy yo, tú no eres yo, eres tú.

—Está bien, «yo». ¿Qué desea?

—¡No! Yo soy yo.

—Perdona, es la primera vez que conozco a alguien que se llama «Yo». En serio, ¿cómo te llamas?

Bierley se sentó sobre la silla giratoria de color rojo que se encontraba frente a su escritorio, y empezó a moverla de derecha a izquierda con los pies.

—Eh —dudó, todavía no confiaba lo suficiente en él como para darle su nombre. ¿Y si le decía que era Bierley Tarter y resultaba que la conocía? Tal vez cambiara de opinión respecto a ayudarla—. Carrie —respondió finalmente, el primer nombre que se le cruzó por la mente. Más en concreto, se trataba del de su madre.

Chris, que por su parte se había quedado pensativo, no dijo nada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Bierley, visiblemente nerviosa de que la duda ante su cuestión hubiera descubierto la trola que le acababa de soltar.

—¿Cuántos años tienes? —siguió con el cuestionario.

—Dieciocho, ¿y tú? —Esta vez no se lo tuvo que pensar demasiado. Aunque en aquella palabra no había nada de verdad. No obstante, el grado de su mentira solo era de un año de diferencia.

—Diecinueve.

—Espera —dijo Bierley con una sonrisita traviesa esbozando su rostro—. Mmm, ¿sabrás...? —la palabra había escapado de su mente al mismo momento de pensarla, así que terminó contestando lo primero que se le ocurrió—. Esto no es ninguna línea de sexo telefónico.

—¿Qué? —se rio ante la ocurrencia de Bierley y siguió con la broma—. Yo prefiero el sexting. —Se aclaró la garganta—. En serio, ¿por qué lo dices?

—La mayoría de las conversaciones entre dos desconocidos que empiezan por preguntarse la edad... —bajó la voz— terminan en ese tipo de peticiones.

—Vaya, ¿así que eres capaz de hacerle una proposición indecente a un desconocido antes que hablar de lo que realmente te ocurre? —sugirió Chris—. Porque para eso me has llamado, ¿no? ¿O es para tener sexo telefónico?

—¡No estaba haciendo ninguna proposición, solo preguntaba! —
Aumentó su tono de voz para darle más fuerza a su negación—. ¡Y no!
¡No quiero!

—¿De verdad?

—No —repitió Bierley.

—¿Ni siquiera te pica la curiosidad? —insistió en el tema.

—No —respondió exasperada.

—No tienes por qué temer a admitirlo... —empezó a irse por las ramas, sabiendo que incomodaba a Bierley, aunque finalmente consiguió su objetivo.

La chica tardó unos instantes en contestar, los mismos que se tomó para levantarse de la silla y dirigirse hacia la ventana. Desde allí podía ver la estampa de cada día. Coches y gente yendo y viniendo en diferentes direcciones: Derecha. Izquierda. Adelante. Atrás.

—Chris —pronunció por primera vez su nombre—, te lo contaré.

—Te escucho. —El tono burlón de la conversación se transformó en uno mucho más serio.

Bierley cogió aire para lo que estaba a punto de soltar, le daba vergüenza afirmar en voz alta cuál era su situación, la hacía sentir débil, la hacía sentir inútil, la hacía sentir vulnerable. Pero era la pura verdad, y tarde o temprano tendría que terminar admitiéndolo por mucho que intentara ocultarlo.

—Me acosan. —Dos palabras que para Bierley desencadenaban una bomba de relojería. Tanto, que le dejaron un gran nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad.

—¿Desde cuándo?

Al parecer, Chris era bastante intuitivo y su mensaje de voz había sido más que suficiente para llegar a esa conclusión.

—Hace tres meses.

En realidad, tres meses y dos semanas. Pero le resultaba ridículo y en parte vergonzoso añadir esas dos semanas, solo acentuarían la desesperación que sentía.

—¿Ocurrió algo antes de ello?

—Sí, bueno... —Estaban llegando a un tema espinoso.

—¿El qué?

—Lo siento, pero eso... Es algo personal.

—Vale, no te preocupes. Entiendo que no quieras contármelo — prosiguió el joven—, ¿qué te hacen exactamente?

Eso tampoco le gustaba demasiado, pero sacó fuerzas de la flaqueza para ser sincera. Era un paso hacia delante. Si lo dejaba salir fuera, tal vez el peso que crecía cada día en su interior, haciéndole moverse más despacio conforme pasaba el tiempo hasta llegar a quedarse paralizada, desaparecería.

—Me envían notas con insultos, hablan de mí a mis espaldas, se ríen, y lo peor de todo —cogió aire—, me aíslan socialmente. Y ahora Charlotte...

Pero el peso siguió ahí, más débil, pero sin marcharse.

—¿Y cómo reaccionas ante esas acciones?

—No hago nada, no puedo hacer nada. Lo asimilo de la mejor fuerza que puedo, actúo como si no me afectara.

—No —negó con la cabeza aunque fuera incapaz de verlo a través del móvil—. Si haces eso pensarán que no es suficiente, si ven que realmente no te «duele» lo que te hacen, las cosas irán a peor.

—¿Peor? ¿Puede haber algo peor?

¿Qué cosas podía haber peores que esa? En realidad, sí que sabía que podía haber algo peor. Pero le atemorizaba la idea de solo pensarlo. De pensar hasta qué punto podía ser de imaginativa la perversidad humana, hasta qué límites insospechados era capaz de alcanzar. Los humanos podían llegar a ser unos verdaderos maestros de la crueldad.

—Sí —afirmó Chris—. Escúchame atentamente, lo que debes hacer es...

—No —lo interrumpió—, ni se te ocurra decirme que debo decírselo a mis padres o al tutor.

Pensaba que aquella no sería la solución, además de que el tema la incomodaba demasiado. Ella. Bierley Tarter ni más ni menos. ¿Qué pensaría su padre al respecto? ¿De su debilidad? No. No podía decírselo. Tendría que solucionarlo por sí misma. Eran sus problemas, no los de nadie más.

—Déjame terminar —contestó con firmeza—. Enfréntales.

Tan directo, tan simple que sorprendió a Bierley.

—¿Cómo qué enfrentarles? —No cabía en su asombro—. ¡Eso es imposible!

—No, no lo es. De la manera en la que actúas, les dejas ver que les tienes el suficiente miedo como para no hacerles cara, sin embargo, las cosas irán a peor si sigues así. Necesitas más seguridad.

«Menudo consuelo», pensó para sus adentros.

—Pero son todos... —susurró, casi sin fuerzas.

—En el momento en el que te hagan algo, encárate con la persona que lo haya provocado. En su gran mayoría siempre hay una persona que lleva la batuta y el resto siguen el juego o prefieren no involucrarse, aunque terminan haciéndolo ya sean o no conscientes.

—Hablado suena muy fácil, pero... —Sus palabras se apagaban cuando recordaba a sus acosadores.

—¿Lo has intentado?

—No —masculló, aparentemente molesta por su agudeza.

—«Los acontecimientos no nos hacen daño, pero nuestra visión de los mismos nos lo puede hacer.» Epicteto —recitó Chris—. Los problemas se enfrentan, no se pueden evadir porque al final la bola termina creciendo. —Después se paró a pensar unos segundos para añadir—: Imagínate que odias la lluvia, y vives en Londres, donde está lloviendo constantemente. Entonces decides mudarte de lugar, por ejemplo, al desierto de Atacama. Uno de los lugares donde menos llueve del mundo. Independientemente de que la lluvia llegue tarde o temprano, siempre existirán otros problemas a los que tengas que afrontar como la sequía o los cambios de temperatura entre el día y la noche. Eso es lo que te ocurre. Piensas que esquivando los problemas, dejándolos pasar por alto, al final, terminaran por marcharse. Pero no. Los problemas siempre están ahí para definir a las personas.

Bierley solo pudo pensar una cosa: «Tenía razón». Y el ejemplo que le había acabado de mostrar, le había sorprendido.

—Entonces, tú vives en Londres y yo en el desierto de Atacama, ¿no? —sonrió Bierley, cambiando rápidamente de tema, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer si no era de su agrado, pero él le había

ofrecido su ayuda, ella la había aceptado y es más, había ido en busca de ella. Y aquella situación solo tenía las dos soluciones nombradas por Chris, de las que Bierley parecía querer huir para siempre.

—¿Yo? —preguntó de forma retórica—. Yo estoy al otro lado del cielo gris. Recuérdalo.

—En realidad, me encanta la lluvia. Tu teoría no es del cierto válida conmigo —bromeó.

—A mí también.

A ambos les gustaba escuchar la música de lluvia cayendo sobre sus tejados con la fuerza propia de la naturaleza mientras se encontraban envueltos en la oscuridad de sus habitaciones, arropados por la calidez de sus mantas.

—¿Sabes? Hablas extraño —dijo, recordando las palabras de hacía apenas unos minutos.

—¿Extraño? ¿Por qué? —Chris se inquietó, sabía a lo que la chica se refería.

—Pareces como un inspector con todas esas preguntas que me has hecho. Como si estuvieras analizando la situación. Y luego esa explicación... ¿Te ha ocurrido alguna vez algo parecido?

Entonces, él contestó algo que no tenía demasiado que ver, siguiendo su reflexión sobre la situación vivida por Bierley.

—Tienes baja autoestima, sientes remordimientos acerca de algo, crees que nadie es capaz de resolver tu situación, que tus agresores son superiores, sientes temor y desesperación...

—¿Qué...? —Cada vez estaba más confusa y que sacara a la luz lo que ella ya se temía solo le daba más inseguridad.

—Carrie, debes tener cuidado —advirtió.

—¿Por qué hablas de esa manera? No te entiendo.

—Bueno...

Bierley dejó de escuchar su voz durante unos minutos, captando el sonido del motor de los coches en su lugar. Lo que le puso ligeramente nerviosa.

—¿Chris? —lo llamó ante su repentino silencio.

—He leído sobre el tema.

—¿Sí? —Más que por curiosidad, preguntó por educación.

—Desde que escuché tu llamada lo deduje. Por tus palabras y tu voz, también habías expresado parte de tu situación —soltó finalmente, dejando escapar un suspiro.

—¿Qué? No sé a dónde quieres llegar a parar. ¡Explicámelo! —exigió saber, cada vez más confundida, pensando que había tomado la decisión equivocada al confiar en aquel chico. ¿A quién se le ocurriría dejarse ayudar por alguien a quien no conoce? A ella. Qué estupidez. Ese día no había parado de repetírselo.

—Estudio Psicología, mi madre es psicóloga, tiene una consulta y... — Sus palabras fueron cortadas como un cuchillo corta las verduras, de forma rápida.

—¿Qué? Ah, ya lo voy entendiendo... —se calló unos segundos para asimilarlo y expulsar lo que llevaba dentro—: ¡Me has utilizado! ¡Solo has contestado a mi llamada para afirmar tu teoría! ¡Eres un gilipollas! ¡Imbécil! ¡No soy tu proyecto de psicología! ¡Me he quedado bien con tu nombre, me aseguraré de que nadie acuda a tu consulta! Y ni se te ocurra volver a llamarme jamás. —Y colgó.

«Si tan solo sacara esa fuerza y carácter cuando es acosada, las cosas serían diferentes», pensó Chris, con el oído atronado por sus últimos gritos.

IV

Para Bierley, el viernes por la mañana temprano resplandecía por el brillo del sol, aunque lo que verdaderamente se extendía sobre los edificios de la portentosa ciudad de Sídney era una capa grisácea muy oscura. Su estado de ánimo tan eufórico se debía a la noche anterior, aunque seguía dolida y enfadada por el engaño, sus palabras le habían hecho cambiar de perspectiva. Y también pensó que alguna vez en su vida visitaría el desierto de Atacama y Londres.

Bierley había decidido algo, si el consejo que Chris le había dado funcionaba, lo perdonaría, si sucedía al contrario, no se molestaría en llamarlo de nuevo, su despedida lo había dejado bastante claro. Pero lo que ella también debía saber era que los problemas no se resolvían de un momento para otro, tal y como terminó sucediendo.

Al llegar al instituto atravesó la puerta de su clase correspondiente con más seguridad que nunca, hasta que se paró en seco al ver el corro de gente que se había formado alrededor del asiento de su ex amiga. ¿Qué sucedía? Por un fugaz instante se sintió culpable, ¿y si a ella le estaban haciendo lo mismo? ¿Y si a lo mejor su actitud tenía algo que ver? Esas preguntas no flotaron demasiado en la cabeza de Bierley cuando decidió hacerse paso entre el gran círculo de gente, notando la calidez de sus cuerpos y los suaves o ásperos tejidos de sus ropajes. El barullo de sus voces era enorme, unos hablaban en tono normal, otros se reían o hacían algún tipo de burla y, por último, otros eran los acompañantes del silencio.

El núcleo del círculo era Charlotte, como era de esperarse, sosteniendo un móvil sobre su mano derecha con el altavoz en alto.

Por un momento, pareció que el corazón de Bierley había dejado de latir, quedándose tan seco como el desierto de Atacama. Un nudo en la garganta que le impidió articular palabra. Un revoltijo en el estómago, hasta sentir las ganas de vomitar por lo repugnante que le había resultado aquello. No el hecho en sí, sino porque lo había hecho precisamente Charlotte.

«Charlotte, soy yo, Bierley. Estoy muy preocupada por ti, te seguiré insistiendo hasta que de-decidas cruzar pa-palabra conmigo. —El llanto y el balbuceo en su voz era más que visible—. Estoy... Estoy desesperada, ¿sabes cuán de mala es la situación por... por la que estoy pasando? Es horrible —lágrimas—, esas risas —más lágrimas—, esas burlas —un torrente de lágrimas—, esos insultos —la tristeza viva—. Yo finjo como si nada, pero realmente me duelen. Te necesito. Adiós, te quiero.»

Y después, el silencio.

Después de la calma, la tormenta.

Tornados de risas, huracanes de burlas, tsunamis de insultos, la indiferencia de Charlotte sosteniendo con sus dedos de uñas rojas el destino de Bierley estallando en su estúpida cara, en sus oídos, en sus ojos, en su boca, en sus manos, en su olfato. El ruido de los cristales romperse, la visión de las máscaras de expresiones en sus rostros, el sabor a vómito en la boca, el temblor de sus manos, el olor a rancio sobre su alrededor.

«Enfréntales», resonó en su cabeza, pero era incapaz de moverse.

Sus ojos trataron de eliminar cualquier líquido lacrimal.

«Enfréntales», volvió a repetir la voz con más fuerzas.

Sus puños se cerraron hasta volver sus nudillos blancos.

«Enfréntales.»

Su rostro miró al frente, sin temor.

«Enfréntales.»

Tragó saliva.

«Enfréntales.»

Un paso, dos pasos, tres pasos. A tan solo diez centímetros de Charlotte.

—Puta —escupió Bierley con asco, y no solo de forma literal.

Después, todo su dolor, toda su tristeza, toda su desesperación se convirtieron en furia, en furia transmutada en fuerza que fluía en sus brazos.

No le pegó una bofetada, tampoco la empujó. Le aplastó el puño contra la mandíbula con tal fuerza que Charlotte perdió el equilibrio, pero que logró mantenerse en pie gracias a alguien que la había sujetado por la cintura. De su dulce rostro emanaba sangre, Bierley se permitió una pequeña sonrisa.

Una sonrisa que no duró demasiado.

CAPÍTULO 3

«21st October»

«No basta con arrepentirse del mal que se ha causado, sino también del bien que se ha dejado de hacer.»

—Joseph Sanial-Dubay

I

Lo que vino después tampoco fue agradable. Todos los de su alrededor la cogieron, la agarraron de los brazos con gran fuerza, aplastándole los músculos, dejándola completamente paralizada.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! —gritó Bierley una y otra vez, dejándose la voz.

Charlotte vaciló antes de actuar, la miró, después se llevó la mano a la cara y recordó lo que le había hecho, finalmente, animada por el resto de sus compañeros, dejó que su puño aplastara el estómago de su ex amiga y, aunque resultó doloroso, fue mucho más suave de lo que sería el puñetazo de Bierley, o la patada que le sucedió, que hizo golpear a Charlotte contra la pizarra, derrumbándose en el suelo con una expresión de incredulidad, hundiéndose los dedos en la cara. La cosa hubiera ido más lejos de no ser por un profesor que entró dando un par de voces y abriéndose paso hacia el interior de la pelea.

Su voz autoritaria hizo que la escena se deshiciera en apenas unos segundos. El poder de un adulto, lo llamarían algunos.

II

Las horas que pasaron sentadas en el banco que se situaba frente a la puerta del despacho del director, mientras el reloj que estaba encima de la puerta no paraba su continuo tic tac o los golpecitos del bolígrafo contra el papel de la conserje que las vigilaba desde su ventanilla, no pudieron hacerse más largas e insoportables.

Bierley estaba al extremo derecho del banco con los brazos cruzados y mal sentada mientras que Charlotte se situaba a la izquierda, en el borde, dándole completamente la espalda y fingiendo que miraba algo en el móvil, tratándolo de esconder de la vista de la conserje. Aunque lo único que estaba haciendo era fingir para no tener que enfrentarse a la persona que tenía a tan solo un metro y medio, que por la angustia y tensión que se desprendía podrían haber pasado a cinco centímetros de distancia entre sus cuerpos. Perduró por dos horas, hasta que se cortó cuando la puerta del despacho del director se abrió no más de dos dedos y una voz se alzó sobre el ambiente, la conserje se irguió ajustándose las gafas y Charlotte se levantó para desaparecer dentro de la habitación. Cuando lo hizo, Bierley suspiró de alivio, había estado controlando el ritmo de su respiración durante todo aquel tiempo, y se preguntó cómo una simple pared separándolas le podía hacer sentir mejor si realmente su presencia se podía seguir notando en el ambiente.

No mucho después, apareció la madre de Charlotte con un aire de sencillez opuesto al de su hija. Saludó a Bierley sin saber lo que había ocurrido exactamente y, esta, se lo devolvió en un débil y apenas perceptible susurro.

Pasaron exactamente veinte minutos, los veinte minutos más desaprovechados de su vida, cuando madre e hija salieron sin cruzar miradas con Bierley. Después, ella se encaminó dentro del despacho, una habitación amplia con un suelo de mármol negro, y unas paredes tapizadas de madera de sauce que formaban cuadrados, frente a ella se extendía un mobiliario moderno y simple con un escritorio de nogal en el que esperaba el director sentando mientras comprobaba algunas cosas en su ordenador. Detrás de él había una alargada estantería de una altura que no llegaría al metro y, por encima, cuatro ventanas juntas que dejaban a la vista un paisaje que podría haber pasado perfectamente por un póster. Más que el despacho de un director, parecía el despacho de un ejecutivo. Sin embargo, se notaba a leguas que Allensworth no podría ser otra cosa más que un director, o esa era la única visión que se encerraba a ver la gente cuando se asignaba una etiqueta a algo o alguien, aunque en su currículum constara que había sido vendedor de colchones por dos años cuando era joven, pero con su traje de pijo y su cabello grisáceo nadie lo hubiera imaginado jamás.

El procedimiento fue el típico, preguntando qué había sucedido, por qué, con quién... Mientras Bierley contestaba a sus cuestiones, se sorprendió cuando le dijo que, según sus compañeros, ella había empezado la pelea, cosa que no era mentira, pero no alegaron las estúpidas burlas que cometían contra ella todos los días, eso,

obviamente, se lo habían guardado en secreto como mentirosos que eran. Aunque lo que la dejó sin palabras fue que ellos la habían agarrado para parar la pelea y no para que fuera utilizada como un saco de boxeo, cosa que, gracias a saber qué divinidad, no terminó sucediendo. Pero la intención seguía ahí. Solo recibió un mísero puñetazo de Charlotte, que le hizo reírse amargamente ante la debilidad que había desprendido, si le dolía el estómago era por el revoltijo de sensaciones que habían aparecido aquel día y no por esa cosa que no podía ni recibir el nombre de su acción, gracias a lo cual hizo que el testimonio dado por Bierley sonara a trola, porque no guardaba más que las marcas en los brazos del agarre de sus compañeros con sus malas intenciones.

Tampoco fue mucho mejor cuando su padre apareció. ¿Qué esperaba? ¿Que apareciera su madre? Al menos, la distancia que las separaba se hubiera acortado y la bronca que recibiría sería mucho menor porque trataría de comprenderla, era otra razón por la cual hubiera preferido ver a su madre antes que a su padre. Porque estalló, literalmente, cuando el director Allensworth le indicó que su hija sería expulsada por el hecho sucedido, una pelea que debería contarle detenidamente Bierley, le dijo Allensworth a su padre, Jeremy. Y ella no podía más que maldecirse en silencio por la mínima preocupación que mostraba por su trabajo. Ahora le tocaba cargar con el marrón a ella. ¿Cómo demonios iba a explicárselo? «Charlotte, que me tenía hasta las narices y le pegué un puñetazo que le hizo ver las estrellas», pensó con una pequeña sonrisita en el rostro que desapareció rápidamente de su cara cuando su padre la miró con reprobación.

Finalmente, se despidieron y Bierley fue obligada a decir con un tono impertinente que no volvería a suceder y que estaba muy arrepentida, como a una niña que acaba de cometer una travesura. Pero el arrepentimiento nunca llegaría, por el puñetazo, claro. Para otros sucesos, la cosa sería distinta. Porque sí que existía el arrepentimiento en su cabeza, constantemente. Cada día que se levantaba era inevitable no pensarlo.

III

Una vez en el coche, el silencio siguió perdurando, el silencio entre ambos, porque en la radio sonaba *Revolution*, y Bierley, ligeramente crispada, la cambió de cadena para toparse con un extraño programa que comentaba la relación entre padres e hijos, volvió a cambiarla para dejarla en *Blue Jeans* de Lana Del Rey. No tenía sentido enfadarse con

una canción, pero sí fue el gesto el detonante del padre de Bierley. Un detonante demasiado fácil de apretar, en la opinión de Bierley.

—¿Y bien? —preguntó Jeremy, al principio, con calma—. ¿Cuándo vas a decidirte a contarme lo sucedido?

Bierley exhaló con irritación, volviendo su cabeza de la ventana al frente, una calle interna que estaba visiblemente solitaria.

—¿Qué ha pasado? —insistió, era un impaciente por naturaleza.

—¿Qué va a pasar? —dijo, con evidencia, agitando su rostro para darle más énfasis—. Me peleé y punto.

—Oh —asintió Jeremy varias veces—. ¡Todo un lujo de detalles! ¡Vaya que sí! ¡Lo más ilustrador que ha habido en mi vida jamás!

Bierley empezó a odiar no solo la situación, tan rutinaria, sino también el estúpido sarcasmo que desprendía su padre cuando se enfadaba. Después de eso venía el estallido de ira.

—Lo que pasa es que quieres que te lo cuente todo. Y cuando me refiero a todo es todo —continuó—. Con quién, cuándo, dónde, por qué, a qué hora, cuando acabó, qué comió el vecino. ¡No paras de vigilarme! ¡De controlarme! No me das ningún respiro. No soy ninguna niña, ¿sabes?

—No, claro que no —negó con la cabeza exageradamente, como si su tono no fuera suficiente para denotar su ironía—. Y como no eres una niña, te has peleado a puñetazo limpio porque si no, no sé cómo me vas a explicar que te hayan expulsado una semana. Como no eres una niña, tu comportamiento ¿cómo es? ¡El de un adulto desde luego que no!

—Si sigues tratándome como una niña, entonces voy a empezar a actuar así de verdad. ¡Y créeme, no es el comportamiento que estoy teniendo ahora! —gritó, exasperada por la palabrería de su padre—. No lo entiendes. ¡No entiendes nada!

Jeremy giró a la derecha de forma abrupta, y contestó:

—¿Cómo quieres que te entienda si no me cuentas nada? —Volvieron a girar hacia la derecha.

—Si no estuvieras tan ocupado en preguntarme, en atosigarme constantemente, quizás te lo contaría. Si al menos me dejaras... más espacio —respondió, con más serenidad en la voz.

—¡Y no funcionó! ¡Desde luego que no funcionó! —su padre seguía obcecado en que llevaba la razón. Y, en cierto modo, la tenía, pero

también estaba por otra parte equivocado—. ¿Sabes lo imbécil que me pude sentir cuando me enteré de aquello por una vecina antes que de mi propia hija?

De nuevo, habían llegado al tema embarrado de siempre. Y Bierley se limitó a subir el volumen de la radio, no quería escucharlo. No quería. Ya pensaba demasiado en eso todos los días, ya se lo recordaban todos los días en el instituto con sus acciones como para que hasta en el coche estuviera presente.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —alzó las manos durante unos segundos antes de volverlas hacia el volante, para girar a la izquierda—. ¿Quieres espacio? ¡Tu madre sí que te deja espacio! ¿Quieres ese espacio? Porque mientras vivas en mi casa, harás lo que yo te diga.

Eso dolió, dolió más que un golpe físico. Solo le estaba recordando cómo su madre la había abandonado, porque aunque recibiera una llamada al mes que apenas duraba cinco minutos, hacía dos años que no la veía. Para Bierley, eso solo podía significar lo poco que podía importarle.

—Sí —afirmó—. Para.

A pesar de ello, siguió conduciendo, en silencio.

—¡Para! ¡Para el coche! —insistió—. ¡Para el coche ahora mismo o abro la puerta!

Su padre obedeció y, cuando abrió la puerta, sujetó la muñeca de Bierley entre sus dedos.

—Bierley... —dijo, esta vez con un atisbo de arrepentimiento en su rostro, solo estaba preocupado por ella. Pero la chica solo tiró para librarse del agarre y cerró la puerta sin mirar atrás. Su padre estuvo a punto de bajarse allí mismo, pero era una calle demasiado concurrida y Bierley se había encaminado en dirección opuesta.

La joven se perdió entre el tumulto de gente, aparentemente sin un rumbo fijo, caminando muy rápido, recorriendo calles y calles sin ni siquiera fijarse en dónde se encontraba. Hacia la derecha, la izquierda, todo recto... Dejando escapar largos alientos de vaho de su boca, haciendo que la fría brisa le golpeará en la cara y meciera sus cabellos al ritmo de sus pasos, con el sudor que empezaba a surcarle por las sienes congelándose y acentuándole el martilleo constante que estaba apareciendo en su cabeza.

Los músculos le empezaron a arder por el no parar y la rapidez con la que caminaba, y sus dedos se habían hinchado y entumecido. El pecho

le subía y le bajaba de forma incipiente hasta que aquella actividad fue interrumpida por la vibración de su teléfono en el bolsillo. Seguro que era su padre, seguro que era él reclamándola en casa como solía hacer siempre. Así que decidió hacer caso omiso hasta que su cuerpo le dijo basta y se paró frente a una pastelería. *21st October* se llamaba, el día en el que la hija del propietario había nacido y en el que Jason y ella se conocieron.

Casi se echó a llorar cuando observó el escaparate con las grandes y pequeñas tartas de tres pisos, de dos, uno, con glaseados de diversos colores, el chocolate, la vainilla, las magdalenas. Los adornos de las mariposas sobre cada espacio... Las mismas que Jason le habría puesto en alguna ocasión en la cabeza a modo de broma. Vio su sonrisa por unos instantes. Solía ir ahí con él, tanto que desde que eso sucedió no se había atrevido a pisar el lugar. En ese momento es cuando se dio cuenta de la cantidad de calles que había recorrido y de lo cerca que estaba de su casa. Lo había hecho de manera inconsciente.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, volviéndose frías, y aplastó los dedos y la cara contra el cristal, recordando cómo un día ella se había enfadado porque Jason llegara media hora tarde y cómo le compensó con una ración extra de tarta. Su sonrisa no había parado de mostrarse en aquellos momentos y le había hecho conseguir reír a pesar del enfado. Siempre tan alegre, tan optimista, tan feliz... Al menos eso había pensado tiempo atrás.

Siguió caminando, alejándose de la pastelería, pero los recuerdos no paraban de flotar en su memoria. La calle en la que se habían dado la mano por primera vez, el banco en el que hablaban todos los días, el semáforo en el que siempre solían quedar, su silueta alejándose y desapareciendo tras esa puerta de madera. Estaba frente a ella. Solo a unos metros. Se quedó tan quieta como un objeto inanimado, esperando a que se abriera y volviera a aparecer de nuevo. Pero eso era imposible.

IV

Fue cerca del puente de la Bahía de Sídney donde se habían conocido, donde ahora mismo se encontraba. En la barandilla del parque de Dawes Point, mientras miraba al sosegado mar reflectando las luces, que se erguían sobre la ciudad con el sonido del bullicioso ruido de los motores de los coches, y la suave marea como banda sonora.

Su cuerpo era, desde luego, mucho más pequeño, y tenía por lo menos siete años menos. Se notaba en la redondez inocente de su rostro y mejillas sonrosadas en un cuerpo aún sin madurar. Con una graciosa melena y una delicada pinza descubriéndole una frente despejada, y esos ojillos azules destilando el aburrimiento personificado del momento.

Carrie, su madre, había pasado aquel fin de semana con ella, uno de los pocos que vendrían después. Se había quedado en la barandilla observando el agua mientras Carrie no paraba de hablar con unos amigos. Así se había pasado todo el día, encontrándose con unos y luego con otros, hablando y hablando como si ella fuera un complemento más de su aspecto, Bierley solo recordaba de aquel día una de las pocas veces en las que le había dirigido la palabra para preguntarle que quería para comer o para que no se separara de ella. Pero aprovechando la distracción del momento, se escaqueó de la somnolienta conversación de mayores que le había causado más de un bostezo.

Pasó así varios minutos, observando el mar fijamente, su suave movimiento que le daba vida, como si fuera otro ser humano más. Todo era muy tranquilo hasta que escuchó las voces de unos niños a su espalda, riendo y gritando, Bierley se crispó ligeramente. ¿Qué era eso tan divertido que hacían? Se enfadó de manera irrazonable, aunque eso solo era un signo más de la envidia que sentía en esos instantes por los niños que lo estaban pasando bien y ella no.

Pero lo que colmó el vaso fue el balonazo que recibió en la nuca, que le hizo golpearse la mejilla contra la barandilla y le provocó un picor en la cabeza. Ella se giró rápidamente para observar al causante de su dolor.

—¡Ha sido él! —gritó el niño gordo señalando a otro más delgado y con un cabello castaño que se encontraba a dos metros de él.

El chico delgado simplemente se encogió de hombros y sonrió, quitándole hierro al asunto.

«¿Ni siquiera una disculpa?», pensó Bierley.

—¿Puedes pasarme el balón? —le preguntó el chico delgado a Bierley.

La niña le sacó la lengua, cogió el balón que estaba a dos pasos de ella y lo lanzó al mar con todas las fuerzas que pudo.

—Búscalos tú mismo —le contestó con una sonrisa malvada cruzándole el rostro. Se lo tenía merecido por no disculparle y encima pedirle que se lo entregara sin un «por favor».

—¡Serás niñata! ¡Lo has tirado tú! —exclamó, sin creerse lo que la chica acababa de hacer con su balón. Un balón de fútbol caro, por cierto.

—Oh, lo que pasa es que tienes miedo —instigó la niña, alzando graciosamente una ceja y cruzándose de brazos para parecer mayor de lo que era. Pero en realidad, tenía la misma edad que el chico.

—¡Eso no es verdad! —se defendió, acercándose a ella.

—Como no recuperemos el balón nos va a caer una bronca —les interrumpió el chico gordo.

El niño de cabello castaño se quedó callado, mirando el balón que flotaba sobre el mar y que se alejaba cada vez más y más. Volvió a mirar a la niña que lo observaba con una sonrisa torcida y de plena satisfacción.

—Eres un miedoso —dijo, dándose la vuelta para seguir contemplando el paisaje.

El niño de ojos verdes dudó durante unos instantes, hasta que cogió aire y corrió hacia donde se encontraba la niña que lo contempló con sorpresa cuando él saltó por encima de la barandilla y, agarrado a ella, de cara al mar, se lanzó.

El agua le salpicó a Bierley en los ojos, que todavía seguían muy abiertos, y en la cara, dejándole pequeños circulitos más oscuros en la ropa. Se agarró con fuerza a la barandilla con ambas manos, expectante, el niño avanzaba muy lentamente, o esa era su sensación. Hasta que llegó a cierto punto en el que su cuerpo se hundió. Bierley se inquietó por los segundos que pasaban y que su cabecilla no asomara solo le hacía sentirse más culpable, ella había tirado el balón y lo había incitado a ir a por él. ¡Pero dichoso sea también el orgullo del niño!

—¡Jason no sabe nadar! —gritó el chico gordo, apareciendo a su lado, mordiéndose el pulgar.

Bierley no se lo pensó mucho, de las posibilidades que cruzaron por su mente se le ocurrió hacer la más arriesgada, movida por el impulso del momento. Saltó para pasar por encima de la barandilla y se lanzó al mar, sintiendo como el agua fría se unía a su piel y formaba nuevas extremidades en su cuerpo. Había que nadar con el agua, no contra ella como había hecho aquel chico llamado Jason. Dio varias brazadas y

después paró para otear en todas direcciones, sin observar ningún rastro, solo el del balón a cinco metros de ella. Entonces, empezó a bucear, abrió los ojos para buscar al chico, que, en efecto, se encontraba casi al lado del maldito balón de fútbol. Cuando volvió a subirse a la superficie para dirigirse en esa dirección escuchó la voz de su madre a sus espaldas.

—¡Bierley, vuelve ahora mismo! —gritó, pero no le hizo caso, ni siquiera giró el rostro—. ¡Es peligroso!

La niña se sintió más furiosa y sus brazos se impulsaron con más fuerza. ¿Es que nunca la había visto nadar? ¿Es que era tan ciega como para no ver los trofeos que había ganado ejerciendo ese deporte? Aquello le hizo sentir unas ganas irrefrenables de demostrar de lo que era capaz. De que sus pequeños logros dejaran de ser invisibles para su madre.

Cuando Bierley llegó al lugar, se hundió de nuevo en el agua y buceó hasta lograr coger de un brazo al chico, le costó subirlo a la superficie ya que pesaba mucho más que ella. Pero aun así, aunque el mar tirara de ella, consiguió llegar a la superficie y sacar también la cabeza de Jason, amarrándolo con el brazo derecho alrededor del pecho, por debajo de las axilas.

Los restos del recuerdo eran mucho más borrosos, veía como ambos salían del agua y otros brazos agarraban sus cuerpos pesados, mojados y tiritando. El chico expulsando el agua de la garganta y mirándola sin palabras en la boca, y el pecho agitado.

Minutos después, Jason le dio las gracias tímidamente. A lo que Bierley había respondido que le compraría un balón si hiciera falta, no solo uno, miles de balones le llegarían después. El precio que había pagado por él no tenía ni punto de comparación con haberlo salvado de morir ahogado por su orgullo.

Entonces, Bierley se lo preguntó por enésima vez. ¿Por qué se había arriesgado aquel momento en salvar su vida? ¿De qué le había servido si después de unos años ese niño que parecía aferrarse a la vida con tantas fuerzas y sonrisas, ese mismo adolescente que le había dado tanta importancia a la vida, la felicidad y la libertad, había decidido suicidarse?

El único que sabía la respuesta era Jason. Y él, ya estaba muerto.

CAPÍTULO 4

Los amigos de un muerto

«¿Me preguntas por qué compro arroz y flores? Compro arroz para vivir y flores para tener algo por lo que vivir.»

—Confucio

I

Lo vio como en una película. Su cuerpecillo de niño elevado en el cielo estrellado, delgado y menudo, con el viento revoloteando sus cabellos como si de dedos etéreos se tratara. Y, segundos después, ya no estaba. Todo había desaparecido, ni siquiera las luces de la ciudad se podían contemplar en el firmamento, que ahora se había vuelto blanco. Después, un cuerpo mayor flotando sobre el mar, el reflejo de la luna y un balón mojado rozando sus tobillos desnudos.

Bierley abrió los ojos de golpe, sin embargo no movió su cuerpo ni un centímetro. Estaba demasiado conmocionada por lo que su subconsciente acababa de proyectar en aquel sueño tan real y a la vez tan surrealista.

Estuvo así un tiempo, quieta, controlando su respiración bajo las sábanas que resguardaban su cuerpo de la fresca primavera que recorría las calles sin descanso. Con la cabeza surcándole un sudor frío y la mente en vacío, contemplando la pared blanca.

No quería salir de su refugio. Quería estar ahí para siempre.

Algo imposible, ya que la calma fue rota por el chasquido de la manivela al abrirse, dejando entrar una ligera corriente de aire. Se escuchó un suspiro en mitad del silencio y, después, el joven que acababa de entrar añadió:

—Damas y caballeros, tenemos aquí a Bierley Tarter. Un gran aplauso.

Aunque el aplauso solo fueran unas manos entrechocándose ante un público invisible.

II

En la noche anterior se había pasado horas en Dawes Point, en la barandilla, observando el mar oscuro, sobre un banco sentada o echada, sin importarle los peligros de la noche. Y al parecer a su padre tampoco, no la había llamado ni una sola vez. En cambio, las llamadas perdidas indicadas en su móvil eran de Chris, y no pensaba cogérselo. La confianza depositada solo había sido un signo de debilidad por su parte. Un signo que no había parado de repetir durante años.

Sin mirar siquiera la hora, se levantó y estuvo dispuesta a regresar a casa. Bierley también era orgullosa, pero no tanto como para pasarse la noche entera a la intemperie, cosa que Jason sí habría hecho. Como la vez que se había peleado con su padre, un hombre severo cuyo sentido de la racionalidad le decía que él siempre tenía razón, y se había pasado la noche dando vueltas hasta despertarla a las cuatro de la mañana de su sueño.

Pudo sonreír ligeramente ante el recuerdo, pero la sonrisa no tardó en disiparse cuando notó a dos hombres a unos seis metros de distancia que iban en la misma dirección que ella, o viceversa. Siguió caminando sin pensar demasiado en aquellos desconocidos que parecían seguirla, continuó todo recto hasta que decidió coger un desvío hacia su casa, algo que le refutara la idea que estaba pasando por su mente. Solo le dio una hipótesis más fuerte. ¿Se habrían dado cuenta de que ella sabía que la estaban siguiendo? ¿Qué podía hacer en una situación así? ¿Echarse a correr? No, no era buena opción. Si salía corriendo lo único que conseguiría era dejar ver el miedo que le recorría cada centímetro de su cuerpo, y ella no era ni lo suficientemente rápida ni fuerte para escapar de esos dos hombres tan corpulentos. Porque estaba claro que querían algo.

Sus pasos comenzaron a hacerse más rápidos y más largos, sin llegar a correr, pero logrando mantener una cierta distancia. Su casa todavía estaba demasiado lejos, así que reaccionó de la forma más coherente que podía hacer. Llamar a su padre.

Borró las llamadas perdidas de Chris, y cuando marcó la tecla de llamada se encontró con una desagradable sorpresa. No tenía saldo, ni siquiera para un mensaje, y su móvil tampoco tenía internet a menos que buscara un lugar al que conectarse, algo casi imposible porque eran las tres de la mañana. Pensó en buscar algún local abierto o un 24h. Sin embargo, tampoco halló la suerte, en la zona en la que vivía no

había ninguno y, por lo general, era el lugar más desértico. Tendría que volver a meterse por una calle principal, pero ¿qué podría hacer si quienes había en estas tenían las mismas o hasta peores intenciones?

Entonces, su móvil sonó de nuevo, era Chris. Y en esa ocasión no dudó. Era lo único que tenía, y el oportunismo del joven no podía ser más acertado.

—¿Sí? —contestó enseguida la chica.

—¿Por qué no me has cogido el teléfono antes? —preguntó Chris, con una chispa de irritación.

—¿Perdona? ¡Es evidente! —exclamó.

—Sí, es cierto. Lo siento —se disculpó, con toda la sinceridad que podía sonar a través de un altavoz—. Pero es infantil por tu parte.

—¿Infantil? ¿Cómo que infantil? —dijo, bastante exasperada. Era la segunda vez que le decían algo parecido en menos de un día—. ¡Me has tratado como una imbécil!

—No —negó Chris—. Ha sido inmaduro. Solo pretendía ayudarte, ¿sabes? Hay maneras y maneras. Sé que no estuvo bien, pero si te hubiera dicho la verdad no hubieras accedido desde el principio, seguramente pensarías que te estaba tomando el pelo. Hasta en el decálogo de los psicólogos está permitido el «engaño necesario».

—¡Claro! ¡Los psicólogos, tú no!

—¿Sabes? Por lo general, mentir no está bien pero a veces hacen falta las mentiras para hacer ver algunas cosas.

Bierly calló por unos instantes.

—¡Qué irónico! Toda mi vida me han enseñado que mentir está mal. Aunque me lo diga una persona que me está mintiendo —y añadió—: ¡Qué curioso el ser humano!

—¿Te puedo entrar en razón? —preguntó, algo divertido por el carácter de Bierley—. Con una historia, claro.

—Me encantaría —y miró hacia atrás, aquellos hombres seguían allí y se acercaban cada vez más—. Pero, a diferencia de ti, te seré sincera. La única razón por la que te he cogido la llamada es porque dos hombres me están siguiendo, no tengo saldo y mi casa está todavía a un buen trecho...

—¿No hay gente por la calle?

—No demasiada, son las tres de la mañana así que...

—¿Seguro que no hay ningún lugar para resguardarte cerca, alguna casa de un a...? —dejó la palabra en el aire antes de darse cuenta de su metedura de pata—. Perdona.

—No. Solo si me sacas de esta situación lo haré —Bierley siguió caminando mientras miraba a su alrededor con inquietud—. También hay un par de cosas que quiero decirte.

—Vale. Podría llamar a algún familiar tuyo y avisarle —sugirió Chris.

Bierley lo meditó duramente un momento, la primera y última opción de la lista era su padre. ¿Su madre...? ¡No! ¡Jamás! Y entonces se percató de algo, la casa de su madre estaba cerca, a una manzana. Quizás estuviera o no, ya que solía irse de viaje al retomar su trabajo de música de orquesta tras separarse de su marido.

—Bueno... La casa de mi madre está cerca, aunque no sé si estará.

—Ve allí.

—Resulta que hace como un año que no la veo —explicó, y aunque tratara de ocultarlo le dolía este hecho—. Aunque hablamos de vez en cuando por teléfono.

—Teniendo en cuenta la situación, creo que no te puedes permitir el lujo de elegir.

Tenía razón, no podía dejar peligrar su seguridad por unos simples sentimientos de resentimiento hacia su madre. Y cómo no, el orgullo. Tal vez era hora del rencuentro.

—Está bien, gracias. Luego te llamo —colgó después de que la otra voz le dijera adiós.

Bierley no había parado de caminar durante toda la llamada, aunque era notable que esos hombres estaban cada vez más cerca. ¿Por qué no habían decidido cogerla ya? Entonces, echó a correr, no se lo pensó demasiado, la puerta de la casa de su madre estaba ya cerca. Al mismo tiempo, los otros dos también lo habían hecho.

La chica llegó a la casa, cruzó el pequeño jardín, pisando el césped verde oscuro iluminado por la luz de la luna y las farolas, con el agua resbalándose por estas, y llamó fieramente al timbre y a la puerta echando la vista atrás.



Los dos hombres que la perseguían pasaron a ser dos jóvenes que ya estaban solo a un par de pasos hasta que los llegó a reconocer. Mentón ligeramente partido, ojos marrones y cabello largo y descuidado. Por otro lado estaba su antítesis, con la cabeza rapada asomando nuevo cuero cabelludo y unos ojos grandes oscuros. Bradley y Harry. Aquellos que fueron amigos de Jason. O más bien al revés, Jason dejó de ser su amigo cuanto tomó esa decisión.

Antes de que las luces de la casa asomaran por los cristales, Harry cogió de la muñeca a Bierley.

—¿Qué haces...? —preguntó el joven hasta que se vio interrumpido por la apertura de la puerta.

El hombre que asomaba por ella guardaba unos rasgos increíblemente parecidos a los de Harry, en especial, sus ojos. Claro que se parecía a él, de hecho era su padre, tal y como Bierley recordaba. En ese momento, se sintió confundida. ¿Qué hacía el padre de Harry en la casa de su madre?

—Entiendo... —susurró, asimilando la noticia que se acababa de llevar.

—¿Ocurre algo? —se alzó una voz femenina a las espaldas del hombre.

—Nada —contestó Harry—. Volvíamos a casa de una fiesta. Y... Y nos encontramos con Bierley, ¿verdad?

La joven asintió con teatralidad librándose a su misma vez del agarre de Harry.

—¿Bierley?

A diferencia de lo que habría creído, el rencuentro entre madre e hija no había sido como los de las telenovelas en el que ambas se habrían echado a llorar como si fueran sus últimos días sobre la tierra. Carrie fue lo más directa posible con su hija:

—¿Qué haces aquí? —Su rostro asomó por la puerta, portando una bata azul, el cabello ligeramente despeinado y una mirada cansada.

—Bueno... —sus ojos rodaron mientras pensaba qué decir—. He tenido una discusión con papá —alegó lo más bajo que pudo, ya que estaba siendo observada por cuatro pares de ojos. Después, le entró la risa tonta al pensar en su paranoica cabeza, que no hacía más que meterla en situaciones complicadas.

Darren, el padre de Harry, los invitó a todos a pasar. En ese mismo instante Bradley se despidió, percatándose de que estaba fuera de la situación y enfiló todo recto hacia su casa.

La conversación no duró demasiado, Carrie dijo solamente que llamaría a Jeremy a la mañana siguiente y permitió que se quedara a dormir en la habitación que había libre, después de ducharse.

Ni siquiera un abrazo.

Ni siquiera un «¡qué alegría verte!».

III

No había derramado ni una lágrima más desde que entró en esa casa. Hundió su rostro en la suave almohada y no había sido capaz de expulsar más que un grito de furia. No hacía más que cometer un error tras otro. Hubiera soportado mejor otra discusión con su padre que la frialdad con la que le había tratado su madre. No solo era eso. Le había ocultado muchas cosas. ¿Cuántas? ¿Cuántas veces habría estado en la ciudad y no se había dignado a visitarla? ¿Desde cuándo llevaba su madre saliendo con aquel hombre? El hecho no le importaba en sí, ella podría hacer lo que quisiera. Lo que le importaba era la mentira, más bien, tratar de ocultarle la verdad. Ni tampoco había tratado de justificarse.

Se le daba muy bien resguardarse tras un teléfono móvil.

Tal vez aquella noche no había sacado las fuerzas suficientes para reprochárselo, pero estaba decidida a decírselo a la mañana siguiente.

En aquel momento, había iniciado una guerra contra el mundo entero.

IV

Bierley se levantó rápidamente de la cama, quedándose sentada justo cuando Harry se había puesto a dar palmas cual niño pequeño cantando una canción. Cuando paró, el silencio inundó la habitación.

—Déjame adivinar —avanzó unos pasos hacia delante para tener en su campo de visión a la chica—. ¿Tres días?

Bierley siguió sin contestar mientras se colocaba el cabello. Por suerte, había dormido con una camiseta y unas mallas negras que su madre le había prestado.

—Una semana —y se paró justo enfrente de ella.

—Lárgate de aquí —escupió, molesta.

—Esta es ahora mi casa —alzó sus espesas cejas—. Pero no cambies de tema. Te han expulsado una semana, ¿verdad? ¿Se lo has dicho a tu madre?

—¿Te preocupas por mí? —preguntó, tratándose de hacer la fuerte, como si nada de aquello le importara en absoluto, aunque fuera justo lo contrario.

Harry carcajeó se forzadamente.

—¿De ti? Nadie se preocupa por ti, ni siquiera tu madre —observó.

—Entonces, ¿por qué Jason se suicidó? —dijo sin ningún reparo, levantándose de la cama y haciéndole frente. Sabía cuánto le jodía que hablaran así de su amigo.

Él no contestó, pero se notaba cómo estaba conteniendo la furia en su interior.

—Pues no actúes como actúan todos. Yo no fui la responsable de lo que sucedió —y le señaló con el dedo—. El único al que no parecía importarle sus amigos una mierda fue él cuando tomó esa decisión. Si estás tan frustrado como los demás, date cuenta de una puta vez que fue él quien os dejó tirados.

El joven le dirigió una mirada cargada de odio.

—¡No hables así de él! ¡Ni se te ocurra hablar así de él! —gritó, y añadió—: ¡Todo lo que te pase nunca será poco!

—Harry, yo conocí a Jason mejor de lo que tú y todos le habríais conocido nunca. Tú, yo y cualquiera de sus conocidos le importábamos muy poco cuando hizo eso. Es la acción más egoísta que he visto en mi vida.

—¡Cállate! No hables como si lo comprendieras. ¡Tú no lo conocías tanto como crees!

—No, claro que no. Pero nunca conocerás la razón por la que una persona se suicida. A veces, la gente deja de vivir, pierde el rumbo y

siente que nada ni nadie le da una razón para ello. La insatisfacción del mundo que lo rodea —calló unos segundos y después continuó hablando—. Tal vez su familia, sus amigos, hasta yo misma contribuimos a hacerle la vida más miserable. Pero sin ninguna duda, él fue el único culpable.

Ella lo sabía muy bien, porque era tan cobarde como para morir, pero sí lo suficientemente valiente como para seguir viviendo. Porque Jason no se había parado a pensar en los demás cuando lo hizo, solo en sí mismo.

Porque desde su suicidio, Bierley había cargado con las culpas de él.

CAPÍTULO 5

La distancia entre dos voces

«Al final, no nos acordaremos tanto de las palabras de nuestros enemigos, sino de los silencios de nuestros amigos.»

—Martin Luther King

I

Cuando Bierley abrió la puerta de la casa de su madre, una corriente de aire frío chocó contra su cuerpo, revolviendo los mechones castaños que no estaban aprisionados junto al resto en un recogido improvisado. El olor a césped mojado y tierra le surcó por la nariz, y el cielo tenía montones de nubes revoloteando alrededor del sol.

53

Antes de que diera un paso al frente y se embarcase de nuevo hacia su verdadera casa, una voz la paró en seco y la recorrió como un escalofrío por el cuello.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó su madre en un tono de reproche.

—¿Cómo qué a dónde voy? —contestó subiendo el volumen de su voz, evidentemente enfadada—. ¿Has estado casi dos años sin verme y ahora te preocupa a dónde voy?

Carrie se quedó callada, meditando sus palabras. Estaba claro que no le faltaba ni un ápice de verdad.

—Bueno, he estado bastante ocupada viajando de un sitio para otro. Prácticamente casi todo el tiempo, hace nada que he vuelto... —Antes de que pudiera acabar, Bierley la cortó con un resoplido cargado de frustración.

—Claro, por eso están aquí instalados ese grafitero y su hijo —dijo con sorna. De hecho, el padre de Harry solía hacer grafitis y había hecho algunas exposiciones, como también había sido llamado por los ricos modernos para pintarles sus lujosas paredes, cosa que no le había dado

demasiado dinero ya que, al parecer, vivía en la casa de la madre de Carrie—. Mira, no es necesario que vengas con excusas —negó reiteradamente con la cabeza—. Me largo, y ten por seguro que no volveré a molestarte.

La puerta se cerró de un portazo, por el viento o, tal vez, la fuerza contenida del brazo de la joven antes de escuchar cómo un suave susurro la llamaba.

«Bierley».

II

De camino hacia ninguna parte, Bierley protegía sus manos en los bolsillos de su chaqueta mientras bajaba el rostro, ocultando su boca y nariz tras el alto cuello de la chaqueta marrón, con la vista fija en el cemento de la calle.

Entonces, se acordó de que le había dicho a Chris que lo llamaría pero no tenía saldo. Así que se encaminó hacia la tienda que tenía más cercana para recargarlo, que estaba completamente vacía, cuyo espacio era muy reducido y colorido. Una vez que lo había hecho, se fue directamente al parque Dawes Point. Que en aquellos momentos se encontraba solitario, aunque no el puente de la Bahía de Sídney por el que ya se encontraba circulando el tráfico contaminando el silencio con los ruidosos motores de los vehículos.

Marcó su número lentamente, se lo colocó en la oreja derecha y esperó a que diera varios toques. Al séptimo decidió colgar y llamar más tarde ya que nadie contestaba. Pero justo un minuto después la melodía de su móvil estaba sonando.

—Hola —saludó en voz baja, con cierta timidez.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó Chris, aunque no enfadado sino desconcertado y adormilado.

—Oh, es cierto —Bierley sonrió, eran la siete de la mañana de un sábado—. Esta es mi venganza por lo de anoche... Y lo de la otra vez.

—¿Cómo? ¿No debería ser al contrario? Una recompensa.

Bierley empezó a caminar alrededor de la barandilla, escuchando el sonido del agua agitándose por un oído mientras por el otro sintió la respiración del chico.

—Teniendo en cuenta que ninguna de las dos decisiones que he tomado me han salido bien... —aunque por alguna extraña razón, ya no estaba tan enfadada como hacía unos minutos ni como tampoco por la noche. Se sentía bien, le relajaba hablar con alguien sobre lo que le ocurría.

Enseguida, Chris le preguntó qué le había sucedido y Bierley comenzó a explicar toda la historia. Le contó cómo le había ido ante «ese» enfrentamiento en el instituto, su expulsión y lo que Charlotte le había hecho. Al principio Chris se rio por el comportamiento tan radical que había tenido la chica, se había tomado su consejo demasiado en serio, más bien, le dio un añadido. Conforme Bierley avanzaba, él se tornó más serio.

—En serio, Carrie, si de verdad quieres solucionar las cosas debes decírselo a tus padres. No te lo dije desde el principio para que no me colgaras, pero tienes que hacerlo. Tienes que afrontarlo de una vez por todas.

Bierley no dijo nada.

—¿Carrie?

—Sí, sigo aquí —respondió, suspirando, y se apoyó en la barandilla para contemplar el paisaje—. Pero no sé cómo, con mis padres... Bueno, estoy peleada con ambos, y está claro que a mi madre no se lo voy a decir, después de todo le importo muy poco. Y si mi padre se enterara, bueno, no sé qué pasaría...

—Te lo digo en serio.

—Oye, ¿y por qué te preocupas tanto? —se preguntó Bierley tanto a sí misma como a él mientras observaba el reflejo de su rostro en el mar—. Solo soy una desconocida que vive en la otra punta del mundo.

Chris tardó un poco en contestar.

—No hace falta ver a una persona para conocerla realmente, a menudo, a las personas que menos llegamos a conocer son aquellas que están a nuestro alrededor porque las vemos todos los días y tememos que puedan traicionarnos. Que conozcan tanto de nosotros que puedan dañarnos realmente. Sin embargo, alguien que está en la otra punta del mundo no puede hacerlo. Ni tampoco te juzga por cómo eres en la superficie —explicó, con calma—. Además, sé casi todo de ti. Eso, y porque eres australiana.

Aunque eso no era del todo cierto. Chris ni sabía el verdadero nombre de la chica, Carrie, creía ingenuamente.

—¿Eres australiano? —preguntó la joven.

—¡Claro! —dijo, refiriéndose a Australia—. ¿No habrás pensado que vivo en Londres o en Atacama? —bromeó.

—Entiendo, y hablando de conocer, creo que yo no sé nada de tu vida —volvió a ponerse en marcha, siguiendo el recorrido—. Salvo que te llamas Chris, estudias psicología y vives en Australia.

—A los pacientes no se les permite hacer preguntas, ¿sabes? —Bierley notó un poco de rechazo, pero quiso seguir insistiendo.

—¡Vamos! —exclamó—. Yo no soy una paciente, si lo fuera, te pagaría. Cuéntame algo sobre ti.

—Vale, está bien —terminó aceptando Chris con resignación—. Pregúntame lo que quieras.

Bierley se cambió de mano el móvil, de derecha a izquierda y se la llevó a escasos centímetros de su boca para calentarla levemente con su aliento, hacía un poco de frío, y acto seguido la guardó en el bolsillo. Después, preguntó medio en broma:

—¿Hasta de tu vida sexual?

—Hasta ahí te permito, aunque tú no me hayas dicho nada de eso. ¿Sabes?, también te puedo ayudar en ese ámbito —ambos se echaron a reír.

—Creo que eso es fácilmente deducible con mi situación de antisociabilidad, ¿no crees?

En cierto momento se arrepintió de dar semejante respuesta. Se preguntó desde cuándo se había vuelto tan transparente con él. Una cosa era hablar de sus problemas personales y otra muy distinta de su vida sexual, que, carente de ella, seguía estando ahí y era el tema más tabú que pudiera existir en la sociedad. Bierley hubiera añadido el adjetivo «estúpida» a sociedad, no solo por eso.

—No precisamente tiene porque ser de sexo con otra persona. —Bierley no podía evitar reírse—. Las represiones que dan lugar al exhibicionismo, sadomasoquismo...

—Está bien, en otra ocasión hablaremos de las represiones sexuales —se le escapó otra risita como si fuera una niña a la que acababan de hablar de sexo por primera vez—. No te vas a escapar de que te



pregunte. Dices que te llamas Chris ¿no? —el joven lo afirmó—. Supongo que es una acortación.

—Estás en lo cierto. Me llamo Christian.

—Espera un momento —paró unos segundos antes de continuar hablando, como si estuviera deduciendo una hipótesis—. Christian, sadomasoquismo... ¿no serás, por casualidad, un multimillonario apellidado Grey?

—¡No! —negó Christian con rotundidad—. Así que has leído esos libros...

—¡No! —exclamó esta vez Bierley, tan alto que el único transeúnte que había por allí paseando a su perro se paró en seco y el perro le ladró.

Bierley no se inmutó y siguió caminando.

—No tiene nada de malo que leas erótica, de verdad. Es como cualquier otro género.

—Sí, claro. Como el género histórico —se sentó en uno de los bancos, que estaba algo sucio, hecho que pareció no importarle—. Bueno, nos estamos desviando otra vez. Entonces, eres australiano, ¿de qué parte?

—Ahora vivo en Hobart, hace unos meses que me mudé. Pero vivía en Sidney.

—¿En serio? —Bierley no cabía en su asombro—. Es donde vivo yo, justamente me encuentro en el parque de Dawes Point.

Hubo otro silencio, parecía que Christian se hubiera quedado en blanco.

—Oh, solía ir a ese parque a jugar, cuando era pequeño... —terminó las palabras en un débil susurro.

—Yo también.

—Con mi hermano —añadió Chrisitan.

—¿Tienes un hermano? —volvió a preguntar.

A partir de aquel momento, de aquella respuesta, la conversación tomó un rumbo que desembocaría a un accidente. Tan rápido como un torbellino.

—Tenía.

«Tenía», la palabra chocó en el cráneo de Bierley y retumbó en su cuerpo.

—¿Le... sucedió algo? —dudó, porque las coincidencias eran demasiadas: «Christian», «psicología» y «hermano».

—Sí. Se suicidó.

El tiempo se detuvo en el cuerpo de ambos, conteniendo la respiración.

El viento susurró.

—Sí —repitió.

—¿Cerca de... la Bahía? —más coincidencias: «Christian», «psicología», «hermano» y «suicidio».

—Sí.

Claro que sí, ella lo sabía de sobra. Soñaba muchas noches con esa macabra imagen, no lo contempló en primera persona, pero eso no le impedía a su imaginación atormentarle con dicha imagen.

—Soy una estúpida, no debería haber sacado el tema —respondió forzosamente.

—No te preocupes. Está superado —no lo parecía en absoluto.

—Oh, tengo otra llamada. Si te parece hablamos luego. —Se apresuró a decir Bierley, estrujando con tanta fuerza el móvil que le temblaba la mano.

—Está bien, y no te preocupes por el tema —intentó recomponerse, sin éxito—. Ah, ¡y haz caso de lo que te digo!

No, no y no. ¿Cómo podía cambiar tanto según con la persona que hablara?

—Gracias —aunque habría deseado transmutar su respuesta a un «vete a la mierda»—. Adiós —finalizó.

—Hasta pronto.

«Hasta siempre», habría dicho si conociera la verdadera identidad de su interlocutora.

La supuesta Carrie rio de forma amarga, mientras tiraba el móvil contra el césped en un grito de rabia.

Un grito que sonó más propio del gemido de un animal que al de un humano.

Un depredador herido.

III

Christian Ambler. Christian Ambler. Christian Ambler. Christian Ambler. Christian Ambler.

No paraba de resonar en su cabeza.

Su hermano.

El hermano de Jason.

El hermano de su amigo de la infancia.

El hermano del que fue su mejor amigo.

El hermano del que fue su novio.

El hermano de aquel con el que había compartido más de una vez los labios.

El hermano de aquel con el que había compartido más de una vez el cuerpo.

El hermano de aquel con el que había compartido las mágicas palabras: «Te quiero».

El hermano del que pasó a ser su ex novio.

El hermano del que se había suicidado.

La había llamado zorra. La había llamado puta. Le había echado la culpa de su muerte.

Su verdugo desde aquel día. La voz amigable al otro lado de la línea después de ese mensaje desesperado. Sin saber quién era ella, con quién estaba hablando él.

Christian Ambler.

CAPÍTULO 6

El factor X

«Al perderte yo a ti, tú y yo hemos perdido, yo, porque tú eras lo que yo más amaba; y tú, porque yo era el que te amaba más. Pero de nosotros dos tú pierdes más que yo, porque yo podré amar a otras como te amaba a ti, pero a ti no te amarán como te amaba yo.»

—Ernesto Cardenal

I

No hicieron falta muchas miradas para que Christian Ambler calara a Bierley, desde niños ya se habían notado esos pequeños roces. Christian había comprobado que Bierley se las sabía gastar, y esta, a su vez, se había dado cuenta de que era al único incapaz de manejar, en cierto modo. Desde la infancia hasta la adolescencia, en la que Christian se había comportado como el típico hermano mayor que sobreprotege a su hermana de cualquier pretendiente con alto grado de desconfianza. Pero en este caso, ese término se cambiaba de hermana a hermano, por extraño que pareciera.

Christian y Jason tenían sus más y sus menos; Christian que al ser el mayor y marcar un camino, no hacían más que comparar a su hermano con él, cosa que desquiciaba profundamente a Jason. Por otro lado, aunque Christian recibiera más atención por parte de sus amistades, Jason la tenía de la mano de su familia, porque al fin y al cabo era el pequeño de la casa. Y de la mayoría de las peleas que pudieran suceder, Christian era siempre el que salía peor parado. Durante años esa había sido la rutina de ambos, y Christian podía sobrellevarla bastante bien, el problema era cuando ese factor X aparecía.

X era ese número que estropeaba el resultado final, los decimales que a menudo se inclinaban en su contra. En palabras más sencillas, Jason era altamente influenciado por Bierley y casi siempre opinaba en su favor, lo que no podía irritar más a su hermano mayor. Como aquella vez en la que le dejó tirado porque Bierley —por aquel tiempo solo era

su amiga, aunque se pudieran vislumbrar ciertos sentimientos— le había llamado para hacer una cosa diferente. ¿Quién no ha hecho eso alguna vez? Aun así, estaba mal, muy mal para alguien tan puntilloso y leal como Christian. O la vez en la que Bierley le apostó a que no se fumaba una cajetilla de tabaco. No solo se la fumó, sino que fue a por otra y terminó volviéndose adicto. Obviamente, Christian la tomó con Bierley, y Jason la defendió diciendo que era plenamente consciente de lo que había hecho, y que en absoluto le importaba.

Aquellos tiempos habían sido demasiado locos, porque ahí era cuando Bierley y Jason verdaderamente habían vivido sin pensar en las consecuencias. Lo que colmó el océano de Christian fue cuando se enteró de primera mano de Bierley que estaba saliendo con su hermano, se lo dijo en persona por el simple hecho de fastidiarle, ya que conocía sobradamente el recelo que le causaba. Por supuesto, Jason nunca se atrevió a pedirle consejo a su hermano en su relación, por las pegadas constantes que ponía sobre ella.

Pero sí le contó ciertas intimidades.

II

16 de junio

Era una tarde de viernes, lo que significaba que sería consumida de la forma más ociosa posible. Con sus padres visitando a unos parientes, las únicas personas presentes en la casa eran los dos hermanos Ambler.

Mientras Christian estaba en la cocina preparándose una cerveza y algo de picar para ver una película, Jason no paraba de intercambiar mensajes con Bierley. Cuando terminó la conversación entre ambos se dirigió junto a su hermano, que estaba tumbado sobre el sofá blanco de piel, concentrado en la televisión plana de cuarenta y siete pulgadas, alumbrando la oscura habitación sin ninguna lámpara encendida.

Jason se sentó sobre sus piernas, lo que removió a Christian, el cual terminó pegándole una dolorosa patada en el costado. Doce años de taekwondo no habían servido para nada.

—¿No tienes nada que contarme? —preguntó, indirectamente, el hermano mayor.

—¿No vas a salir hoy? —contestó con otra pregunta Jason.

—No —negó y le dio un trago a la lata—. Mañana. Llevo toda la semana estudiando para los exámenes. Cosa que tú también deberías hacer —le volvió a golpear en el costado, aunque más suavemente—. Morrearte con Bierley no te ayudará a aprobar matemáticas.

A Jason se le escapó una sonora carcajada y Christian se limitó a mirarle de reojo con cierta picardía.

—Siempre me puede ayudar en anatomía.

—Sí, ayudarte —replicó con un deje de ironía—. En todo lo que no debe.

Por unos instantes, en la habitación solo se escuchó la conversación entre dos mujeres que mostraba la película, proyectando un juego de luces sobre las paredes cada vez que se movían o cambiaban de escenario.

Entonces, Jason, decidió contarle aquello que llevaba un tiempo guardándose.

—Bierley y yo... —volvió a coger aire—. Bueno, ya me entiendes —siempre había mostrado cierta timidez para hablar de esas cosas, y más teniendo en cuenta que había dejado de confiar en su hermano hacía tiempo.

—Follastéis —soltó Christian sin ningún reparo—. Jason, los rumores corren más rápido que tu sinceridad. —Después, se echó a reír.

—Bien, si corren tan rápido —se volvió hacia su hermano—, sabrás que esa no fue la primera vez, ¿no?

Christian se levantó de golpe y se quedó sentado sobre el sofá, mirando directamente a Jason.

—¿Cuántas? —preguntó sorprendido.

—Tres —contestó, alzando una ceja—. Aunque tuve un pequeño problema...

—Así que tres veces —interrumpió una voz ronca en la estancia.

Era un hombre alto, de treinta y ocho años, que tenía unas facciones muy parecidas a las del hijo menor. De labios carnosos y ojos esmeralda.

—Mierda —masculló Jason.

21 de agosto

El cielo nocturno se encontraba despejado con una incipiente luna creciente asomando a un extremo, como si se tratara de una pintura. Las luces de los altos edificios, los coches y las farolas bailaban sobre el horizonte en una conjunción de colores blancos, amarillos, naranjas y rojos.

Jason caminaba tranquilamente bajo el puente de la Bahía de Sídney, mirando al frente, cruzándose con desconocidos y buscando a una persona en concreto que apareció unos diez minutos después.

Era Bierley. Portando una camisa blanca, pantalones vaqueros oscuros, converse rojas y un bolso blanco colgando de su hombro derecho.

—Hola —saludó casi inaudiblemente, exhalando un suspiro. Había ido corriendo, se apreciaba en sus cabellos alborotados y en su rostro ligeramente colorado—. Siento llegar tarde.

Jason se limitó a sonreír.

—Ha pasado... ¿cuánto? ¿Dos semanas? —preguntó mientras buscaba un mechero y un cigarrillo entre los bolsillos de sus pantalones.

Bierley asintió.

—¿Qué tal estás? —sacó un cigarrillo del paquete, se lo colocó sobre los labios y prendió una mecha.

—Mejor —mintió la chica.

Hacía dos semanas que Bierley y Jason no se habían visto cuando casi siempre quedaban todos los días. Bierley había estado enferma y el comportamiento extraño de Jason solo le había hecho dudar más desde la última vez que habían quedado en la discoteca, desde la última vez que se habían besado. Bierley había pensado demasiado durante ese mes, y había llegado a una conclusión. Era una decisión firme, pero que las palabras salieran de su boca era una gran duda.

—Jason —se paró de repente, aunque este siguió caminando—. Lo he pensado mucho y... verás...

Su novio se dio la vuelta.

—N-No —titubeó la joven—. No sé cómo decírtelo —y sonrió forzosamente.

—¿Ocurre algo?

—Sí —asintió reiteradamente con la cabeza, y volvió a alcanzarle dando un pequeño trote con zancadas más largas.

Volvieron a seguir caminando.

—Cuéntame —le dio una calada al cigarrillo.

—Todo este tiempo ha sido fantástico.

—¿Estar sin mí? —cortó Jason con una sonrisa, su boca expulsó una nube de humo.

—No —rió y le dio un débil puñetazo en el brazo.

—¿Quieres hacerlo otra vez? —preguntó el chico.

—Oh, Jason, por Dios —exclamó exageradamente—. Déjame hablar. Además, yo no estoy siempre pensando en eso.

Jason solo se limitó a mirarle de reojo con una expresión divertida.

—Verás... —bajó la mirada y empezó a retorcerse las manos con nerviosismo—. Este tiempo ha sido fantástico, me lo he pasado muy bien contigo como amigos y también como... —tragó saliva— ahora. Pero creo que... que... —las palabras se le quedaban atravesadas en la garganta como afilados cuchillos.

—Espera —tiró el cigarrillo al suelo y lo estrujó contra la suela de su zapato—. No sigas. No.

Bierley le cogió el rostro con ambas manos y le miró directamente. Jason trató de resistirse para no mirarle, pero ella terminó ganando.

—Por favor, déjame terminar —pidió, adoptando un tono más dulce.

Jason negó con la cabeza y la cogió de las muñecas.

—¡Deja de comportarte así! —le gritó Bierley, zafándose de su agarre y este le dio la espalda.

—No puedes llegar así y, de repente, hacer esto —dijo, acelerando el vaivén de sus piernas. Se notaba la furia palpitando en su voz.

—¡Sí que puedo! —gritó más fuerte, echando a correr tras Jason—. ¡No actúes como un crío, nos conocemos demasiado bien! —pero él se alejaba cada vez más rápido—. ¡Jason! ¡Jason! —siguió ignorándole, la

pena de Bierley se había marchado, ahora la ira ardía en sus mejillas—. ¡No te entiendo!

Jason se dio la vuelta y le dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Que no me entiendes? —dijo con impotencia, se sentía traicionado—. ¡Soy yo el que no lo entiende! ¿Cuánto tiempo llevas pensando así? ¿Cuántas veces has podido mentirme? —después susurró—: Bierley...

—Lo siento, Jason —paró unos segundos para coger aire y miró al suelo, como si allí se encontraran escritas las respuestas—. Pero tú no eres la persona a la que conocí. Creo... creo que esto nunca debería haber sucedido. Tendríamos que haber sido solo amigos.

Jason sintió como si le lanzaran un trozo de hormigón sobre las piernas, se limitó a no contestar en unos largos minutos que parecieron días con la tensión asfixiando el ambiente. Terminó dándose la vuelta y siguió caminando.

—¡Que te den, Jason!

El joven solo se limitó a sacarle el dedo anular, Bierley lanzó un resoplido y se marchó en la dirección contraria. En sus cuerpos solo existía el abatimiento y la certeza de que aquello era un adiós definitivo. Ambos tenían sus razones, la de Bierley estaba clara. Se arrepentía de su relación, con el tiempo los sentimientos habían terminado por desaparecer, convirtiéndose en una simple ilusión y... había sentido miedo. Jason, por otro lado, había cambiado, y mucho. Seis años de amistad y uno de noviazgo tirados a la borda, por ser humanos que se equivocan, que cometen errores. Que se tropiezan con la misma piedra miles de veces.

Cuando Bierley llegó a casa, cerró la puerta suavemente y apoyó la frente sobre la fría madera. Volvió a exhalar un suspiro, quitándose un gran peso de encima. Sonrió, pero enseguida se sintió culpable. Había hecho daño a una persona. No, una persona no, su amigo de la infancia, su novio. Y ella solo podía sentirse feliz, aunque más tarde la culpabilidad la invadiría por mucho que Charlotte le hubiera repetido que no se sintiera culpable, si no sentía ya nada por él, ¿qué le iba a hacer? Ese tipo de cosas eran imposibles de forzar, de hecho, ya lo había intentado durante aquel tiempo, y no le había llevado a ninguna parte más que a la insatisfacción consigo misma.

Sin embargo, no podía apreciar otra cosa que la libertad. Al principio no había entendido la reacción de Jason porque ella, probablemente, no sentía ni la mitad que él. Pero tras mucho pensarlo, comprendió que se

había comportado como una verdadera zorra. Que no se había puesto en su lugar. Entonces, pensó en llamarle para disculparse. Y, al menos, no dejar las cosas tan frías.

IV

Horas después, Christian sintió la voz llena de tristeza de su hermano anunciándole la noticia. Christian solo pudo maldecir a Bierley y escuchar a Jason por última vez. No apareció por su casa más, el veintitrés de agosto terminó suicidándose. Así de simple, en un minuto estaba y al siguiente ya no existía.

Los dedos de la acusación señalaron hacia Bierley Tarter. Pero sabía demasiado bien que Jason no se suicidaría por amor, por muy enamorado que estuviera de ella. Él apreciaba su vida por encima de todo.

Al menos, eso le había demostrado durante años.

Ella estaba convencida que entre durante esos meses pasaron demasiadas cosas.

Un cúmulo: familia, amistades, pareja y deudas pendientes.

Pasó a la caída de un ángel.

CAPÍTULO 7

Dolor físico, alivio emocional

«La verdad es hija del tiempo, no de la autoridad.»

—Sir Francis Bacon

I

Bierley cerró la puerta con delicadeza, tratando de hacer el menor ruido posible. El pasillo estaba oscuro y solo la pequeña ventana que había al final dejaba traspasar la luz de aquel día tan sombrío. El silencio que vestía la estancia era palpable. Primero miró en el salón, que estaba tal y como lo recordaba, hasta más limpio que de costumbre. Después, miró en la cocina y en la habitación de su padre, pero no había nadie allí más que ella.

Por último, volvió a su habitación y se sentó sobre su cama. Estuvo así durante varios minutos hasta que decidió coger su iPod y escuchar un poco de música para aislarse. Oscilaron canciones como *When doves cry* de Alex Clare, *Crystalised* de The XX o *Made of Stone* de Matt Corby. Sin embargo, no funcionó. Daba igual qué canción escuchase, todo le hacía volver al mismo punto de partida. Christian.

La voz que la había estado aconsejando durante ese tiempo había sido él. Si realmente supiera que la chica no era una tal Carrie sino Bierley, ni siquiera se hubiera planteado llamarla. Por otro lado, Bierley sentía debilidad de su parte, le había contado todo lo que le sucedía, todo lo que sentía a la persona que, quizás, más odio podría guardarle ahora. ¿Iba a poder sentirse con la fuerza necesaria para volver a hablar con él? No podía evitar dejar de recordarlo.

La mañana del veintitrés de agosto, horas antes de que la tragedia se presentara, Christian apareció ante la puerta de la casa de Bierley, muy agitado y con la frente perlada de sudor. Parecía haber estado corriendo durante horas. Y, si estaba allí, era por una buena razón. La chica se sintió bastante incómoda ante su presencia.

—¿Qué quieres? —le dijo Bierley a la defensiva, ni siquiera había pensado en dirigirle un saludo.

—Bierley, ¿quién es? —preguntó su padre desde el salón.

—Un... un —dudó mientras miraba de pies a cabeza a Christian, llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa que se le pegaba al torso—. ¡Un vendedor de postales!

Su inquietud se notaba en el tamborileo de sus dedos apoyados en el marco de madera de la puerta.

—Déjate de vendedores de postales —masculló, y le cogió de la muñeca, para acercarla más hacia él—. ¿Dónde está Jason?

—¿Qué? —respondió extrañada, intentando deshacerse de los fuertes dedos de Christian—. No sé de qué me estás hablando.

—Oh, claro que lo sabes —asintió levemente varias veces y su tono se volvió áspero—. No ha aparecido en toda la noche. No puede haber ido a otro lugar.

—No, aquí no ha estado —insistió Bierley, porque era la verdad.

—¿De verdad? Jason me llamó bastante agitado ayer, por vuestra supuesta ruptura —le contó, bastante irritado con la joven—. ¿Ya habéis hecho las paces y os habéis acostado? —esto último enfadó a Bierley, que dejó las manos quietas—. Es lo que hacéis siempre.

—¿Perdona?

Christian rio forzosamente, dirigiendo la vista hacia el suelo y, después, volvió a mirarle a la cara.

—Bierley, soy su hermano —le soltó el brazo, rompiendo el contacto físico.

La joven trató de ocultar la incomodidad que le causaba volviendo su rostro al pasillo, huyendo de su mirada, y contestó:

—Pues te equivocas. Aquí no ha estado —explicó, con la duda en la voz—. De hecho le he llamado varias veces y no me lo coge...

Christian se quedó ensimismado.

—¿Sabes algo? —Bierley se inclinó hacia delante, disminuyendo la distancia entre ellos, para asegurarse de que le estaba escuchando.

Christian le miró vacilante. Jason no le había contado nada al respecto y él no sería quien para hacerlo.

—Tengo que ir a buscarle.

—Puedo ayudarte —no sonó como una pregunta, ni tampoco como una sugerencia. Pero le tembló la voz al decirlo.

Lo sucedido la noche anterior, más la suma de la mala relación que mantenían y lo imperante que estaba Christian eclipsaba a su aparente seguridad.

—¿Después de todo lo que ha sucedido? —cuestionó, con indignación, dando varios pasos de espaldas—. Guárdate tu compasión. De hecho, no vuelvas a acercarte a Jase —cuánta razón pudo llevar en esto último, jamás podría volver a hacerlo.

Esa fue la penúltima vez que Christian y Bierley habían cruzado palabra.

La última, fue un huracán.

II

69

Cuando por fin consiguió quitarse esos pensamientos de la cabeza, más bien, se había quedado dormida. Al despertarse, se sentó delante de su escritorio a estudiar pero cualquier distracción o pensamiento la hacía salirse de su tarea «Papá todavía no ha llegado, qué raro», «No me ha llamado ni siquiera», «Una llamada de Christian, ¿qué voy a hacer?» o «¿Le contesto?».

Rendida, cogió su ordenador portátil negro, lo abrió y pulsó la tecla de encendido. Mientras esperaba a que terminara de cargarse miró el cristal empañado de la ventana y, acercándose, escribió: «Aquí yace la infelicidad». Sonrió amargamente y se volvió a su silla. Fijó su vista en la pantalla y no paró de teclear durante unas dos horas: miró su correo electrónico, que tenía tres mensajes en la bandeja de entrada; un mensaje de su profesor de lengua con el nuevo temario, otro sobre una agencia de seguros y el último de Amazon sobre el Kindle que tenía en la cesta de la compra y nunca se hacía con él. También estuvo navegando por YouTube viendo tráileres de algunas películas. Y, en última instancia, abrió su Twitter que tenía abandonado desde hacía un mes.

Aparte de que había recibido centenares de unfollows —cosa que no le extrañó y hasta le sorprendió que todavía algunos la siguieran—, se había encontrado con diversas interacciones:

Sarah. @BlackDream

@Bier.Tarter ¡¡Zorra!! ¡Tuviste suerte! ¡10 minutos más y acabas en el suelo!

13 Retweets 5 Favorites

Otro con una imagen de la pelea, y hasta un video también. La sorpresa no cabía en su rostro, que estaba completamente desencajado cuando lo vio. Lo que más le dolió fue encontrar el siguiente Tweet:

Anonymous. @BTakeMeBed

@Bier.Tarter ¡Haz como Jason y suicídate!

15 Retweets 6 Favorites

Después, había encontrado miles de conversaciones hablando de lo sucedido, gente jactándose y riéndose de la expulsión de Bierley, deseos de que no apareciera para siempre en el instituto, insultos y demás injurias.

Anonymous. @BTakeMeBed

@Bier.Tarter Adelante, Jason. Suicídate.

16 Retweets 8 Favorites

Su frase.

Era su frase.

Lo último que le dijo a Jason.

De ambos ojos empezaron a aflorar miles de lágrimas. El dolor en el estómago volvió a aparecer y solo sentía la necesidad de hacerse más pequeña y desaparecer sin dejar rastro. Explotar en mil pedazos sería menos cruel que por lo que pasaba. Se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras dejaba que sus nudillos se volvieran blancos por la

fuerza que comprimía en sus puños, sentía ganas de destrozarse algo, de romper, de resquebrajar para quitarse toda la carga que la aprisionaba como la bomba que llevaba por dentro el desastre. A ella misma, por ejemplo.

De repente, se levantó y empezó a buscar con nerviosismo en su mochila el estuche. Allí no estaba el cúter, después se dirigió al baño y, de entre los cuatro o cinco cajones que abrió un par de veces, encontró unas tijeras. Las cogió, se remangó el brazo izquierdo y una de sus afiladas caras fue colocada sobre el antebrazo izquierdo, muy cerca del codo.

Cerró los ojos.

Un gesto que heló el viento. Otro. Otro. Y otro más.

La sangre emanó, sintió el líquido escurrirse por los poros de su piel. Abrió los ojos y comprobó las gotas rojas que brotaban de los cuatro cortes cruzados que no superarían los siete centímetros de largo. Exhaló lánguidamente y dejó caer su abatido cuerpo sobre la tapa del váter. Dejando desplomar las tijeras al suelo, desprendiéndose lentamente del contacto con sus dedos. Cerró los ojos de nuevo y se quedó así durante minutos. Las fuerzas se habían esfumado.

El sonido de una puerta abrirse llegó a sus oídos. Abrió los ojos de golpe, rojos, hinchados y empapados en lágrimas.

Era su padre.

Entonces empezó a cavilar la situación, ella, sentada sobre la tapa del inodoro al lado de unas tijeras y con varios cortes en el brazo. ¿Qué coño estaba haciendo? ¡Estaba comportándose de la manera que sus acosadores querían que hiciera! Que se sintiera mal, tan mal como para autodestruirse a sí misma. Que... ¡Que llegara a tal extremo! Sin ser realmente conscientes de la gravedad que suponía el asunto.

Sin embargo, solo había sido una forma de escapar del dolor. Solo unos cortes para liberarse. Ella había meditado más de una vez en el suicidio, pero nunca se había encontrado entre sus posibilidades. Cada vez que pensaba en eso, su mente evocaba la imagen de su padre, ¿cómo se sentiría él si lo hiciera? No. No podía hacerle eso. Era la persona que más quería en ese mundo a pesar de todas las peleas que tenía con él, solo porque, en realidad, estaba preocupado y Bierley se negaba a contarle la verdad. ¿Cómo se sintió ella cuando Jason se había suicidado? Sucia, muy sucia por dentro. Le había asfixiado la pena, la culpabilidad, la ira, la tristeza, el dolor y la impotencia. Y

pintorescas mezclas más que le habían hecho desgarrarse y mutilarse por dentro. Tal vez era una cruel ironía, pero Jason le había dejado una enseñanza. «No seas tan egoísta como yo y piensa cómo pueden sentirse los demás», se decía. «El sufrimiento que tú padeces no es comparable con el que le causarás a tus seres queridos si te rindes».

El padre de Bierley intentó abrir la puerta del baño que estaba cerrada con llave.

—¿Bierley? —preguntó con una voz más suave de lo normal.

Esta se levantó de golpe por el exalto.

—Eh —contestó agitada, mirando hacia todas partes—. En seguida.

Rápidamente cogió papel del inodoro y limpió las gotas de sangre del suelo y el lavabo, lanzándolo al agua de la taza. Atacada por los nervios, tomó las tijeras y más papel para limpiarlas, dejándolas dentro del cajón. Por último, tiró de la cadena y listo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, sí.

Se estiró la camiseta para ocultar la herida y abrió la puerta, con una sonrisa forzada. Antes de que pudiera hacer nada, Bierley le abrazó y su padre se sorprendió por tal acto. Desde los trece había dejado de abrazarle, y con tanta fuerza.

—Eh —dudó, tras despegarse de su cuerpo—. Necesitaré tu... —rodó los ojos y enlazó las manos— ayuda.

—Lo que quieras —respondió, para extrañeza de Bierley, sin un ápice de enfado. ¿Quizás hubiera sido porque su madre lo había llamado? ¿Qué le habría dicho? ¿O era otro factor el causante de esa comprensión?

—Después —apostilló, caminando hacia atrás, y se lanzó directa a su habitación.

III

Bierley lanzó los pañuelos que le habían succionado la sangre de sus heridas, no eran cortes profundos pero heridas al fin y al cabo, que le habían producido un dolor físico y una liberación emocional. Entonces,

al volver a su silla, se percató de que su móvil parpadeaba, tenía un WhatsApp de Christian.

«Este es mi correo, por si te apetece hablarme por allí o por aquí. christian.ambler1402@gmail.com. La factura del teléfono me está pasando factura y seguro que a ti también ;)»

Era un chiste malísimo, pero Bierley sonrió mientras se sentaba.

Tras hacerse un correo falso, le contestó con otro mensaje:

«Hola, siento no haber contestado, estaba ocupada con otras tareas. El mío es: carrie.s.linton191@gmail.com ^^»

Así le era mucho más fácil que hablar por teléfono. Pero tendría que pensar con más detenimiento qué iba hacer. Una cosa estaba clara, por nada del mundo le diría que es Bierley Tarter, la ex novia que tanto odia de su hermano muerto. Le había hablado de demasiadas cosas, del acoso que sufría, de su amistad rota, dejando atisbar problemas familiares, de su inseguridad y dolor. ¿Si cortara de repente con esas llamadas sospecharía algo? Christian conocía a Charlotte, y ella había dado ese nombre, por otro lado no sabía que su madre se llamaba Carrie, como su seudónimo. Aunque sí tenía Twitter, ¿habría visto esos mensajes dirigidos hacia ella? ¿Qué pensaría? ¿Cómo se habría sentido al respecto? No muy bien por el desconocido que había mencionado a su hermano de tal manera. Eso estaba claro.

La pantalla se volvió a iluminar y apareció otro mensaje de él.

«¿Te parece bien si hablamos dentro de unas dos horas?», siguió escribiendo.

Lo único que pasó por la mente de Bierley fue una palabrota.

«Tengo que contarte algo, que quizás te interese.», completó.

«¿No puedes enviarme un correo? No sé si podré.», contestó Bierley, escupiendo insultos al teclado táctil que la había hecho equivocarse.

Christian empezó a escribir de nuevo.

«No, esto te lo tengo que decir “directamente”. Además, soy yo quien paga xD»

«Vale.», tecléo. «Llámame dentro de dos horas :)»

«À bientôt», se despidió en francés a lo que Bierley le provocó una sonrisa por la que después se regañó a sí misma.

IV

Nada más bajar a la cocina, su padre le preguntó que si tenía hambre.

—No.

—Te haré un sándwich —hizo caso omiso de la contestación de su hija y abrió la nevera para ver qué podría echarle. Buscó entre los envases y en el caos del interior, le preguntó—: ¿Qué es eso en lo que querías que te ayudara?

Bierley se mordió el labio y jugueteó con sus dedos, fijando su vista en ellos como si fuera la cosa más interesante que hubiera en la estancia. Tomó aire y dijo:

—Verás... —«Me acosan»—. Bueno, lo cierto es que... —volvió a quedarse callada, como si las palabras se hubieran quedado atravesadas en su garganta, incapaz de expulsarlas—. Mmm.

Su padre se volvió hacia ella, dirigiéndole una mirada impaciente que solo reforzaba el nerviosismo de la adolescente. Sentía cómo un cálido cosquilleo iba en aumento en la temperatura de su cuerpo.

—Esto... —jugueteó con las manos, la sensación volvió a acrecentar—. Me... —«Acosan, joder. No es tan difícil de pronunciar, ¿no? Pero, ¿y qué pensará de mí? ¿Se sentirá disgustado? ¿Defraudado? ¿Una desgracia para alguien como él?»

Él, Jeremy Tarter, un hombre de negocios. Un director de marketing, a sus treinta y siete años, que llevaba traje y corbata casi a todas horas. Y aunque vivieran en un piso era porque tenían una gran casa en construcción en la que se establecerían pronto. Jeremy podría ser el partido soñado por mujeres solteras, de cabello castaño y ojos azules, atractivo, con dinero... Solo había un problema, Bierley. Una condenada adolescente con más de una complicación.

Jeremy se echó a reír por las palabras de su hija.

—¿De qué te ríes? —le preguntó, con un fingido enfado.

—De nada, hija. Sigue tartamudeando mientras yo hago esto. —Cerró la puerta de la nevera con un par de envases en los brazos y los colocó sobre la encimera. Uno era del jamón york y el otro del queso. Después, buscó el pan en uno de los estantes de arriba.

La joven le dirigió una expresión de reprobación, pero eso le ayudó a relajarse un poco y volver a retomar su voz.

—¿Me... —«¡Vamos, vamos! Esto te ayudará a resolver todo»— ayudas para un trabajo? —«Mierda», pensó en el último instante.

El hombre se quedó mirando desconcertado a su hija, con una rodaja de pan en la mano y la bolsa en la otra. No era esa la pregunta que esperaba.

—Claro.

—Voy —señaló con el dedo hacia arriba— a por mis cosas.

Y salió casi corriendo de la habitación, expulsando un largo suspiro que solo le añadía una carga más a sus hombros.

«Estúpida, estúpida, estúpida», se repitió a cada paso que daba hacia su habitación. «¿Por qué no podía simplemente decírselo?». Aunque había algo con lo que no contaba, su padre ya sabía algo, antes de llamar al cuarto de baño había entrado en su habitación que tenía el ordenador encendido. Y vio los mensajes. La gran mayoría. Se quedó sin respiración cuando los contempló con sus ojos, reflejándose la luz en sus pupilas.

Solo podía haber pensado lo que todo padre pensaría, «hijos de puta». Y las represalias que tomaría.

Por eso, cuando Bierley le había pedido ayuda, tuvo la esperanza de que tuviera decidido confiar en él de una vez por todas.

CAPÍTULO 8

Solo una pesadilla más

«No, el Infierno no tenía nada que ver con ningún lugar. El Infierno se encontraba en las personas. Quizás el Infierno fueran las personas.»

—John Marsden,

Mañana, cuando la guerra empiece

I

Al salir de su habitación, Bierley escuchó la voz de su padre indicándole que estaba en el salón cuando casi había llegado a la puerta de la cocina. Se dio la vuelta, con el maletín del ordenador en la mano derecha y el móvil en la otra, encaminándose en dirección al salón. Nada más entrar, los ojos de Bierley notaron el cambio de luz. La sala estaba iluminada por una gran lámpara de sobremesa que se encontraba haciendo esquina con ambos sofás de piel, el que se encontraba frente a la amplia ventana dejando ver una pequeña visión de la ciudad, era donde se encontraba sentado su padre.

Su padre la miró fijamente cuando ella se quedó parada junto a la puerta, muy nerviosa, se dirigió al otro sofá. Sobre la mesa dejó descansar el móvil y el maletín. Un silencio incómodo inundó la estancia mientras preparaba el ordenador. Lo único que llegó a escucharse fueron sus respiraciones y la melodía de inicio de Windows.

—Bueno —empezó a decir Jeremy, con los codos apoyados sobre las rodillas y ambas manos entrelazadas—. ¿Qué es eso en lo que quieres que te ayude? —Después, sonrió un poco—. No sueles pedirme ayuda.

—Es un proyecto en el que tengo que crear una empresa —comenzó explicando, era cierto. Aunque se había inventado la excusa del trabajo para encontrar una buena oportunidad para sincerarse. Si es que conseguía la fuerza necesaria para confesarlo—. ¿Y quién mejor que tú, que trabajas en uno de los altos cargos? —Trató de sonar con algo de énfasis en la voz, hasta levantó el brazo para mostrar entusiasmo.

No hacía falta ser un experto para notar la tensión que flotaba en el ambiente, a Bierley le había extrañado completamente que su padre no le echara la bronca por desaparecer sin más y dormir en casa de su madre sin siquiera avisarle. Ni le había mencionado nada desde que se habían peleado por la expulsión.

—¿Qué es eso? —preguntó su padre.

—¿El qué? ¿A qué te refieres? —Miró hacia todas partes.

—No —negó y fue a cogerle el brazo, pero Bierley lo apartó de repente—. Tienes... manchas de sangre.

—Me caí —mintió, fingiendo que buscaba entre los archivos del ordenador—. Se me habrá abierto la herida. —Y le restó importancia al asunto—. ¿Qué negocio me recomendarías abrir?

—Una farmacia, una tienda de informática... —pensó con detenimiento—. Lo primero, la gente siempre lo necesita. Lo segundo, es algo que con el tiempo tiene más y más repercusión en nuestra sociedad.

—Vale, primero tengo que poner una serie de ideas que quiero sobre el negocio. —Deslizó sus dedos sobre el fino teclado con soltura, apuntando las ideas que su padre le había dictado—. ¿Alguna más?

Se encogió de hombros.

—Restaurante, un hotel en un lugar turístico...

—Papá —le interrumpió, de repente—. ¿Qué te ha dicho mamá?

Su padre se quedó pensativo.

—Que estabas con ella y que fuera a recogerte —al terminar la frase, Bierley esperó unos segundos que se le hicieron eternos para que completase la información, pero nada más llegó a sus oídos.

—¿Solo eso?

Jeremy negó silenciosamente con la cabeza, pasándose una mano por su cabello.

—Es tan... —se detuvo a pensar Bierley, pero no encontró la palabra adecuada para describirla—. ¡Agh! —se quejó, golpeando la mesa ligeramente. Notó como sus heridas respondían con dolor ante el gesto.

Su padre volvió a sonreír.

—Tú también eres muy... ¡agh!

—No, no es cierto —contestó Bierley, un poco indignada por la comparación—. Es como si... no le importase. Nada.

Jeremy sabía que no le faltaba razón, pero decirle algo así a su hija solo le quebraría más la autoestima. Que ya estaría más que dañada, Jeremy no pudo evitar pensar en los mensajes que había leído. «Zorra» o «Suicídate». Palabras que no paraban de dar vueltas en su cabeza como una tempestad.

—Como tú me importas tanto a mí es por eso que sientes que a ella no le importas nada.

Bierley se quedó muda, y no se atrevió a mirar a su padre. En ese momento, sintió ganas de arrancarse los cortes que se había provocado, como una segunda piel de plástico en su cuerpo.

—No pretendo exculpar a Carrie, pero éramos jóvenes cuando te tuvimos —explicó, apoyando su espalda en el sofá—. Ella tenía diecinueve años y yo veinte. Ambos estábamos estudiando. Y... digamos que todo se le dificultó un poco.

—Un error —interrumpió Bierley.

—No —refutó, con rotundidad—. Una sorpresa. Tuvo que dejar de asistir a clase, por lo que al final terminó suspendiendo. Sus padres y los míos no veían bien nuestra relación y nos vimos un poco presionados a la hora de casarnos —contó, mientras Bierley escuchaba atentamente. Nunca le había explicado cosas como aquellas, quizás, porque no la había considerado lo suficiente madura para entenderlas. Pero dado el caso de que Jeremy quería que su hija confiara en él nada mejor que otra muestra de confianza y sinceridad.

—Un obstáculo.

—No Bierley, no digas eso —su voz se suavizó—. Solo pretendo decirte que todo aquello desencadenó la insatisfacción consigo misma, no llegar a las metas que se había propuesto y que las cosas resultaran de esa manera solo le había hecho seguir su vida con más negatividad —en ese punto se sintió identificada, cuando había dejado de sentir lo que sentía por Jason—. Por eso es tan fría. Pero por supuesto que te quiere y le importas.

No tanto como a él, estaba claro. Pero no iba a decírselo, eso lo tendría que saber ella de sobra.

—¿Sabes? —su padre le miró interrogante—. Me da igual. Si ella quiere seguir así, que lo haga. Pero que luego no cuente conmigo.

—Me gustaría saber si tú cuentas conmigo.

Sabía perfectamente a lo que se refería.

—Sí —musitó.

—Bierley —llamó, para captar su total atención—. Mírame —no hizo caso de su petición—, mírame por favor.

Terminó obedeciendo, aunque no le sostuvo la mirada por mucho tiempo.

—Me disculpo por mi actitud hacia ti —confesó—. Sé que no he sido justo contigo, ni que mis modos hayan sido los más adecuados — Bierley abrió los ojos como platos, ¡su padre se estaba disculpando con ella!—. Sé que así no iba a llegar a ninguna parte, pero había perdido tu confianza. Hace tanto tiempo que no me cuentas nada, ni siquiera como te había ido el día —paró unos segundos—. No pretendo controlarte ni presionarte, pero no me gusta verte así. Y si prefieres guardarte las cosas para ti misma, está claro que no podré tratarte de igual a igual para comprenderte.

Realmente se había sentido como un imbécil por no saber por lo que estaba pasando Bierley en aquellos momentos.

—Oh, no, no, no —contestó con nerviosismo, con el rostro mirando al suelo.

—Debe haber diálogo entre nosotros.

—No sé qué decir, es... —intentó expulsar la palabra de su garganta— vergonzoso.

—¿Qué? —Jeremy frunció el ceño.

Esta vez se encaró hacia él, agitando sus brazos como si estuviera parando un coche.

—No, no pretendía decir eso —tomó el aire necesario—, quiero decir que... es vergonzoso para mí contártelo.

—¿Por qué?

Sonrió amargamente.

—No sé, mírate —le señaló con la palma de la mano—. Eres alguien... exitoso. Has conseguido un buen trabajo, tienes capacidad para sociabilizar con los demás y temía... ¡Dios, estás con el traje todo el tiempo! ¡Quítatelo! Siento como si estuviera hablando en una conferencia.

Jeremy la miró con incredulidad.

—¿Exitoso? —negaba reiteradamente con la cabeza—. No contigo.

—No quería defraudarte.

—Perdona que te lo diga. Pero eres una estúpida al creer algo así.

De repente, Bierley cogió un cojín del sofá y se lo lanzó.

—No soy estúpida —satisfecha, sonrió por haber dado en el blanco.

—Ni yo educado —y le lanzó el sándwich que le golpeó en toda la cara.

Se manchó la cara con algo de queso, y el pan se quedó sobre sus piernas. Abriendo la boca con incredulidad, ambos se echaron a reír.

Por primera vez en esos cuatro meses se escucharon las risas chocando en aquellas paredes. Por primera vez en ese tiempo, Bierley se encontraba disfrutando de una pequeña felicidad por muy efímera y minúscula que fuera.

Cuando Jeremy logró recuperar la compostura, dijo:

—Voy a hacer unos cafés, temo que la noche será muy larga.

No se equivocaba.

II

Jeremy regresó con los dos cafés mientras Bierley se quitaba con un pañuelo los restos de queso que tenía en la cara y en la ropa. Después, cogió la taza humeante que le había tendido su padre y decidió sentarse a su lado. Esta vez, el silencio que vestía la habitación no era incómodo, sino tranquilo. Y hubo en cierto momento en el que, cuando Bierley agitaba la cuchara, sonreía.

Le dio un sorbo al café.

—Agh —y sacó la lengua—. Está malísimo.

—No, es amargo, como a mí me gusta —le dio un pequeño sorbo—. Lo superarás.

—¿Como aquella vez de pequeña en una boda en la que me bebí una copa de vino porque lo confundí con la Coca-Cola? —Evocó de repente—. ¡No lo creo! ¡La gente creía que me había emborrachado!

—Tu primera borrachera —y volvieron a echarse a reír.

Cuando terminaron, Bierley cambió su semblante a uno más serio. Había liberado toda la tensión que sentía y podía conversar con más facilidad con su padre. Así que no lo dudó por más tiempo. Se lo diría. Se lo contaría todo salvo un pequeño detalle.

—Papá.

—¿Sí?

—Verás, hace un tiempo... —intentó buscar las palabras adecuadas—. No sé cómo decírtelo sin que parezca raro.

—Entonces cuéntamelo todo —más que una sugerencia parecía una petición. Estaba deseoso por saberlo aunque tratara de ocultarlo. Necesitaba el testimonio de su hija para verificar lo que había visto.

—Está bien —se encogió de hombros—. Pero es un poco largo.

—Más larga que la espera no lo creo —se miraron durante unos segundos, hasta que Bierley volvió a reposar sus ojos en el líquido marrón oscuro.

—Si tuviera que viajar al origen de todo esto, no sabría qué punto escoger. Pero creo que lo más adecuado sería empezar hablándote de Jason.

Jeremy asintió, conoció bien a ese chiquillo que luego pasó a ser un adolescente más. Cada vez que Jason se había presentado en su casa buscando a Bierley, Jeremy había actuado con suma seriedad, Jason, que siempre había tendido a ser irónico, no tardó en ganarse la simpatía de Jeremy desde que era muy pequeño.

—Como sabrás, me llevaba muy bien con Jason. Era mi mejor amigo, la verdad es que nunca se me dio demasiado bien congeniar con las chicas. Por eso, con Jason era diferente. Y pensaba que esa amistad podría durarme toda la vida. Pero estaba muy equivocada, hace casi un año y medio que se me declaró —miró de reojo a su padre, estaba muerta de la vergüenza, se le notaba en la rojez que tiznaba su rostro.

Él solo se limitó a mirarle con un talante serio, aunque fuera solo una máscara. Le resultaba gracioso ver las reacciones que tenía su hija, él había pasado hace años por situaciones parecidas. Como cuando tuvo que contarle a sus padres que Carrie estaba embarazada, por ejemplo.

—Era un día de invierno, habíamos quedado como cualquier otro día para no hacer nada, en realidad. Por aquellos días se le notaba bastante extraño, un poco serio. Y decidí preguntarle qué le sucedía. Él me contestó: «¡Nada!» —imitó su voz grave e indignación—. Así que como no quiso la cosa, empecé a preguntarle una serie de cosas...

III

Bierley

—¿Mal de amores?

—¿Qué? ¡No! ¡Para nada! —negó con tanta insistencia que se había delatado a él mismo—. Ya sabes que paso de esas cosas.

—¡Es eso! ¡Es cierto! ¡Te gusta una chica! —empecé a decirlo con tanta fuerza que la gente de la calle me dirigía miradas de curiosidad y extrañeza hasta que me rodeó con su brazo y me tapó la boca con su mano.

—Si dejas de gritar lo admitiré.

Asentí fingidamente y cuando me apartó la mano de la boca comencé a pregonar de nuevo.

—Imbécil.

Al principio pensé que se había enfadado conmigo, pero luego me di cuenta de que solo estaba simulando para que me callara.

—Y bien, ¿quién es la afortunada? —¡Me moría de ganas por saber quién era!

—No te lo voy a decir.

Insistí bastante en el tema, pero él negaba una y otra vez. Hasta se nos hizo de noche, recorriéndonos todas las calles de la ciudad.

—¡Está bien! Si no quieres decírmelo no lo hagas, pero al menos tienes que decírselo —le alenté—. Tienes que pedirle salir. —Él no se creía mis palabras y, en cierto modo, yo estaba un poco asustada. Jason era mi mejor amigo y lo había sido desde hacía mucho tiempo, ¿qué pasaría si

empezaba a salir con otra chica y me dejaba de lado? ¿O si la chica desconfiara de él por mi culpa? Esos eran los pensamientos que me atormentaban. Sin embargo, tenía que ser una buena amiga, y como buena amiga, tenía que hacer que fuera feliz en la medida de lo posible. Y solo sería feliz si se confesaba.

—No. Mejor no. Así estoy bien —me repetía incansablemente como un papagayo. Pero estaba claro que no.

Jason y yo solíamos hacer muchas apuestas, y éramos tan competitivos que no dudábamos en arriesgarnos. Fuera lo que fuera, nosotros teníamos el deber de intentarlas ya que el premio solía ser bastante jugoso.

—Si te fumas una caja de cigarrillos y besas a esa chica apestando a humo te invitaré todos los fines de semana durante dos años a lo que quieras. —Mi economía era buena, aunque no sé si tanto. Pero confiaba en que no podría hacerlo, nunca había fumado y llevaba una gran negativa ante confesarse. Eso sí, sabía que lo intentaría—. De lo contrario, serás tú el que tenga que invitarme durante dos años, todos los fines de semana. De esa manera, sabrás si le gustas lo suficiente como para soportar tu apestoso aliento y osadía.

Así que caminamos hacia un estanco cercano, él tenía diecisiete años así que no podía comprarlo, le pidió a un hombre que iba a entrar si podía comprarle un paquete y un mechero. El hombre lo miró con extrañeza, pero finalmente accedió ya que le invitaría con otro paquete, así que el hombre no lo dudó. Total, diga lo que diga la ley, al final los jóvenes se la saltan. Fue un momento bastante gracioso.

Con el paquete en el bolsillo, el cigarrillo en la boca y el mechero en la otra. Estaba dispuesto a intentarlo. Tardó un poco en encenderlo, momento en el que yo lo miré con la máxima expectación. Después, empezó a fumárselo como si nada, hasta que continuó con un coro de toses que se asemejaban más a las de un viejo.

Pasamos así durante horas, ¡imagínate! Eran como veinte cigarrillos en total. Me sentí un poco mal, le estaba perjudicando pero no lo pensé demasiado, para luego ver como terminó...

Me tuvo durante bastante tiempo dando vueltas, con la excusa de que la casa de la chica estaba muy lejos, mientras se fumaba un cigarrillo tras otro. Entonces, me encontré con el momento en el que ya no había más. La caja se le había acabado. Y yo tenía una cara de estúpida en el

rostro. Él me sonreía triunfante, pero todavía le quedaba una parte, besar a la chica. Y eran las tantas de la noche.

Me dio un par de vueltas más hasta que decidió parar en el parque.

—¿Y bien? —le pregunté—. Si no hay beso, no hay trato.

—¿Crees que después de fumarme la cajetilla entera no lo haría?

Me encogí de hombros.

—Pues adelante. No sé a qué estás esperando.

—Tengo que llamarla. —Sacó el móvil—. ¿Te puedes dar la vuelta y alejarte un par de pasos? —me indicó, haciendo una serie de giros con el dedo.

Yo asentí y seguí su petición, contando los pasos que daba. Una vez caminé una buena distancia me di la vuelta para contemplarlo, estábamos como a unos veinte metros.

Empezó a sonar la melodía de mi móvil, *Up All Night* de Alex Clare. Y yo como una estúpida fui a comprobar quién era porque pensaba que era mi padre, enfadado. Aunque aquel día no me llamó.

El imbécil de mi amigo, ponía en la pantalla, así era como lo tenía en mi agenda. Creía que era una broma pesada, así que se lo cogí.

—¿Qué coño estás haciendo? —Alcé un brazo e hice un gesto de interrogación con los brazos.

—Quédate ahí, no quiero que la chica salga corriendo de tu presencia —se echó a reír, aunque yo le respondí con un sonido agrio y le colgué.

Él fue acercándose hacia mí, pensaba que quería decirme algo más, o que no tenía la suficiente confianza para hacerlo.

Se paró frente a mí, a pocos centímetros de distancia. Casi podía sentir su vaho chocando contra mi frente.

—¿Qué haces? ¿He ganado la apuesta?

—No —parecía muy convencido—. Aunque tampoco me importaría perderla si con ello te tengo que invitar todos los fines de semana.

Mi corazón estaba a punto de estallar. Sentía como si me faltara el aire en el pecho, necesitaba un inhalador o algo.



Se acercó más a mí, el aliento le apestaba como los mil demonios y encajó sus labios en los míos con toda la suavidad y dulzura que pudo. Yo no sabía qué hacer, ¡era mi primer beso! Así que me dejé llevar. El calor subió en mi cuerpo de tal manera que ya no sentía los dedos ni la cara congelada. Sus dedos me acariciaban el cuello y el cabello cargados de electricidad. Nuestros labios jugaron hasta que fue él quien rompió la magia.

Me miró y sonrió. Yo estaba muerta de la vergüenza, así que me agaché y me tapé las manos con el rostro. Quería ocultar la rojez de mi rostro.

—Bierley, yo pensaba que tú eras más atrevida —habló, con la voz agitada, recuperándose todavía de nuestro beso—. Que me darías un puñetazo o algo, por robarte el beso.

—Lo haré si no me traes una Coca-Cola y un paquete de chicles de menta —le miré de reojo y Jason me tendió la mano. La acepté y me ayudó a levantarme, después me sacudí el abrigo aunque no tenía nada de polvo, para no tener que dirigir mi atención a él.

Tras aquel acontecimiento, caminamos durante un tiempo. Ambos estábamos algo nerviosos y no sabíamos qué decir al respecto, pero yo fui quien rompió el silencio.

—Tengo frío, ¿sabes?

—¿Y? —preguntó Jason con total normalidad—. Yo también.

—Pues que deberías pasarme tu chaqueta.

—¿Por qué?

—Bueno... ¡Es lo que hacen los caballeros!

—Creo que vas bien abrigada.

—Se supone que eres mi... ¿novio?

—Te quiero, pero no quiero morir congelado.

—¡Qué egoísta!

—¡Tú también!

Cuando terminó de contarle, Bierley sintió cómo sus ojos se humedecían. Era un recuerdo feliz, pero le aguardaba tristeza y nostalgia. Obviamente, había omitido algunos detalles de su relato, al fin y al cabo era su padre, y por mucha confianza que fueran adquiriendo siempre habría cierto límite. Pero lo había vivido en su mente.

Jeremy le acarició la espalda.

—Lo siento —se disculpó, secándose el rabillo del ojo con los dedos—. Me he ido por las ramas y...

—No te preocupes —le dijo con suavidad—. Puedes desahogarte todo lo que quieras —luego añadió—: Además, yo pensaba que llevabais más tiempo.

—¿Qué?! —exclamó Bierley, dando un pequeño salto.

—Bueno, hay ciertas cosas que no se pueden ocultar a un padre.

—Querrás decir a la Señora Butcher —haciendo referencia a la vecina cotilla del primero y volvió a reírse—. Pero, no sé, nosotros éramos muy amigos desde hacía tiempo...

Su padre alzó una ceja, sugerente.

—No creas que no he pasado por tu época —después le sacudió la rodilla, Bierley odiaba ese gesto desde pequeña—. De todas formas, a Jason se le notaba demasiado —abrió la boca para añadir algo más que tuvo que pensar unos segundos—. Aunque me hizo mucha gracia cuando os vi dados de la mano y huisteis de mí para que no os viera.

Bierley se llevó las manos a la cara.

—Continúa, por favor —pidió Jeremy.

—Vale, está bien —se irguió, apoyó sus manos sobre las rodillas y se aclaró la garganta para seguir—. Jason y yo nos lo pasamos realmente bien durante ese tiempo, nos divertíamos, teníamos nuestras peleas comunes, pero nada de lo que preocuparse. El problema era que Jason y yo nos conocíamos demasiado bien. Quiero decir que —paró un instante para meditar sus palabras—, sabíamos casi todo el uno del otro al conocernos desde la infancia. La única diferencia que había entre nuestra amistad y esa relación era que... —cerró los ojos unos segundos y los volvió a abrir— nos be... No, quiero decir, demostrábamos nuestro cariño.



Jeremy asintió exageradamente.

—El caso es que la gente empezó a llamarme guarra, puta en el peor de los casos. Por... por —gracias a alguna entidad divina, Jeremy interrumpió.

—Oh, Dios —exclamó, levantándose del asiento—. Creo que todavía no estoy preparado para esto —caminó hacia la ventana para abrir las cortinas y observar la ciudad.

Desde aquellas vistas se podía ver gran parte de los altos edificios, con una hilera de luces formando una especie de espectáculo nocturno.

Bierley esperó a que se recompusiera.

—Ya —se volvió hacia Bierley, dramático—. Puedes continuar.

—Porque me acosté con Jason.

—Lo he entendido la primera vez —Bierley se avergonzó—. Ya sabes, que para cualquier cosa, sobre esto... Me puedes preguntar.

—No, no, no hace falta —tartamudeó.

—Entiendo —se dio la vuelta y apoyó la espalda contra el cristal frío y duro—. Pero no tienes que sentirte avergonzada, tú has nacido de ese acto, tú eres el resultado de ese acto. Las personas lo somos. ¡Es algo normal! No tienes que sentirte así por contarme que has tenido una relación sexual...

—Oh, no empecemos —lo interrumpió.

—No —hizo un gesto con el brazo que cortó el aire—, la falta de información. Que la gente lo trate de «indecente» o «tabú» tiene que cambiar. Es algo normal, de verdad. ¡Soy muy tolerante con este tema, puede que con que andes peleándote no, pero en esto sí! —exclamó con fuerza en la voz—. Las relaciones sexuales son algo natural, tan natural como levantarte cada mañana para ir al instituto o trabajar. ¿Sabías que las grandes empresas se aprovechan de esto mediante la publicidad? —Bierley le miró dudosa, él lo tenía que saber bien, después de todo era director de marketing—. Poner a una mujer quitándose la ropa apasionadamente mientras besa a un hombre sobre una lavadora, puede ser una buena excusa para anunciar este electrodoméstico, o para una colonia, colchón, champú o detergente. ¡Lo mismo da! Llama la atención y como es un tema prohibido, aún más —hizo una pausa para descansar la voz—. Es un buen recurso y se aprovechan del pudor de la gente. ¡Somos humanos, no máquinas!

—Está bien, lo he pillado —volvió a gesticular con las manos—. Seré totalmente transparente.

—No, Bierley, creo que no me has entendido. Puedes contarme lo que deseas, es tu vida, pero si quieres decírmelo nunca dudes en hacerlo por sentir vergüenza o temer a decepcionarme. El simple hecho de decírmelo ya demuestra valía.

—Sí, sí, vale —asintió varias veces, y se encogió de hombros—. Pues como te iba diciendo, la gente empezó a llamarme «guarra» por el simple hecho de haber tenido sexo con Jason al mes de estar saliendo... —Jeremy hizo una mueca de indignación, no a ella, sino a la gente que la había insultado—. Pero nosotros era como si lleváramos juntos toda la vida, ya te lo he dicho. Teníamos una confianza mutua. Hasta Jason se peleó una vez con un chico por eso... Lo escuchó, y bueno, te puedes imaginar el resto.

Bierley, miró a su padre de reojo, que seguía en el mismo lugar de antes, con los brazos cruzados. Cogió aire y prosiguió su historia:

—Entonces, las cosas empezaron a torcerse. Jason actuaba raro, más agresivo que de costumbre, borde, ¡hasta una vez llevaba un moretón en el rostro! Le pregunté, pero él no quiso contarme lo que le sucedía. La magia se estaba extinguiendo. Y yo... —volvió a repetir—, y yo como soy a veces tan vengativa... le devolví la moneda. Me comportaba con él tal y como él actuaba conmigo. Borde, cortante..., en especial lo era con el tema de su familia. ¡Y la gente volvió a hablar de nuevo! «¿Qué le estás haciendo a Jason? Él es buen chico», «Desde que lleváis saliendo se está comportando muy raro», «¿Y esos moretones? ¿Se está metiendo en peleas otra vez por ti?» —imitó las palabras que le habían soltado por aquel tiempo—. Reconozco que nunca he sido la mejor persona del mundo, de hecho, era un tanto arrogante, presumida y caprichosa, pero —dudó— esa era una de las causas por las que me lo estaban diciendo. Yo pensaba que era Jason el que lo iba diciendo por ahí hablando sobre eso, así que me enfadé mucho con él. Luego volvieron al mismo tema de siempre «¡Será zorra, se ha acostado con él tres veces y mira como lo trata!»

Jeremy la volvió a interrumpir.

—¿Tres... tres veces? Supongo que tomaste las precauciones adecuadas ya que...

—Sí, tranquilo. De todas formas, ahora no me quiere nadie como para..., no tienes que preocuparte.

Susurró el nombre de su hija despacio y en un tono más bajo de lo normal.

—Sé que tú me quieres, tranquilo —después añadió—: De todas formas no me voy acostando con cualquiera que cruza la calle, solo fue Jason, solo Jason. Jamás lo habría hecho con alguien que no conociera lo suficiente.

Su padre asintió, lo había entendido perfectamente.

—Así que, él era el machote y yo la puta. Y se lo dije claramente, nos peleamos, en fin... Más de lo mismo. Y la última vez que lo hicimos, le pasó algo —Bierley rodó los ojos—. Tuvo una —le dio vueltas a la mano— digamos, que se excitó demasiado pronto, tú ya sabes a lo que me refiero. Y..., estaba tan resentida por los insultos de la gente y la actitud de Jason hacia mí que fui extendiendo el rumor.

»Sé que fue una putada, pero él había contado nuestra intimidad también cuando yo ni siquiera se lo dije a ninguna amiga, no confiaba lo suficiente en ellas. Él no me habló de nada al respecto, aguantaba lo que le echaban y me sentí culpable, se lo traté de confesar pero él llegó antes y... ¡se disculpó conmigo! Por su actitud —aclaró—, hasta me confesó que él tenía la culpa por los insultos que recibía —paró a coger aire—. Me dijo que cambiaría.

»Entonces, llegó la ilusión de ese cambio, pensaba que las cosas se arreglarían y seguirían como antes, le fui sincera y le conté la verdad, Jason no se enfadó ni nada. Me dio un abrazo —las lágrimas empezaron a acudir a sus ojos—. Me besó. ¡No sé por qué! ¡Me había portado fatal con él!

Jeremy no dudó en volver a sentarse junto a ella, para tratar de tranquilizarla.

—¡Chist! Calma —le pasó un brazo alrededor de los hombros y siguió hablándole cerca del oído con ternura—. Tú no obraste bien, pero él tampoco lo hizo. Y si lo resolvisteis no hay problema —Bierley negó con la cabeza.

—De-después yo-yo me puse enferma —empezó a hipar por el llanto—, la co-cosa ya no funcionaba y-y estuvimos ese tiempo sin-sin ver...

—Chist, tranquila —le abrazó, acurrucándola bajo su pecho con la barbilla rozándole la nuca.

Pasaron unos largos minutos en los que Bierley trataba de recuperar su compostura. Cuando por fin logró aplacar el dolor, siguió hablando, todavía no había llegado a la parte más dura de su relato.

—Él era otra persona y lo medité mucho —tragó saliva—. Tampoco cumplió sus promesas —Las siguientes palabras le causaron un estallido en el pecho—. Lo dejé.

—No se lo tomó bien, ¿verdad? —supuso Jeremy, todavía agarrándole los hombros, como si quisiera transmitirle todas sus fuerzas.

Bierley negó con la cabeza, conteniéndose.

—No, pero pareció respetar mi decisión. Aun así, su comportamiento fue inmaduro, al igual que el mío porque me pasé de la raya con él. Siempre termino jodiendo las cosas de algún modo, así que decidí llamarle para disculparme por lo que le había dicho, no me lo cogió. Al día siguiente apareció su hermano, Christian, preguntándome por él. Pero yo no sabía nada y me fui a buscar a Jason por mi cuenta.

Tras haber tenido aquella conversación con Christian, Bierley no lo dudó, y fue a buscarlo. Se dirigió a los lugares en los que solían estar: el parque, 21st October, su habitual ruta de paseo, le preguntó a Harry, también a Charlotte y Sarah. Sin embargo, solo le habían dicho que no sabían dónde estaba o directamente que no lo habían visto. Cuando llegó un momento en el que se paró a pensar. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba buscándolo? ¿Y si solo fuera una falsa alarma? ¿Y si estuviera exagerando la situación? Estaba claro que él ya no quería cuentas con ella, entonces, ¿por qué lo hacía? Bierley se fue a casa. Ya no eran nada. Ni siquiera amigos, Jason lo había dejado todo bastante claro en ese aspecto.

—No lo encontré y, al final, decidí que estaba haciendo una tontería y volví aquí. Horas más tarde, ya de noche, mi móvil empezó a sonar —recordó cómo se había pasado toda la tarde delante del ordenador, intentando matar el tiempo de alguna forma para quitarse lo sucedido de la cabeza, pero no pudo. La melodía de su móvil sonó estridente en el silencio y ella se abalanzó sobre el aparato. Era Jason, por supuesto. Todavía tenía puesto «Imbécil» a modo de nombre—. Era Jason, claro. Y me alegré mucho, porque sentía que me quitaba un peso de encima.

V

Bierley

—Oh, Dios, me tenías preocupada. ¿Dónde te habías metido? —dije, soltando una exhalación de alivio.

—Bierley, ¿para qué me llamas?

—Tu hermano te estaba buscando y —intenté buscar alguna excusa, pero solo pudo decirle la verdad—, bueno, yo solo quería disculparme por cómo te había tratado. Solo eso.

—¿De qué me sirve a mí eso? No te entiendo —respondió, con la voz un poco ronca—. Me has llamado para volver.

Eso era lo que más temía de volver a llamarle. Que se hiciera ilusiones equivocadas. Su dolor me dolía a mí también, no quería verlo nunca de esa manera. Y menos por mí.

—Oh, no, te equivocas —traté de aclarar—. Pero sí te sigo considerando mi amigo.

—No, no, no. Yo no puedo —negó, con gran insistencia—. No puedes pedirme de la noche a la mañana que siga siendo tu amigo —y llevaba razón, las cosas no cambian con tanta rapidez, pero yo tampoco podía pensar que no fuera mi amigo nunca más.

—Pues al revés sí que pudiste —le refuté, empezando a presentar síntomas de enfado—. De todas formas, solo me gustaría que las cosas fueran como antes de que esto sucediera.

—No puedo, Bierley. No puedo volver a ser tu amigo. Yo solo...

—¿Solo qué? —le corté, aunque sabía lo que trataba de decir.

Hubo un silencio antes de que volviera a gritar:

—¡No Bierley, o eres mi novia o no eres nada!

—¿Me estás amenazando? —le exigí saber, me molestaba ese hecho. Aunque, en cierto modo, no podía negar que estábamos en situaciones muy parecidas. Yo quería que por la fuerza fuera mi amigo y él su novia—. ¡No te estoy pidiendo que suceda de un día para otro! Pero dale una oportunidad.

—Dame tú la oportunidad a mí —se volvió a calmar, pero se notaba que tenía la respiración un poco agitada—. Estoy solo. No me entiendes, no entiendes nada.

—No puedo. Yo... —lo que iba a decirle solo era más doloroso para él— ya no te quiero en ese sentido, ¿entiendes? —no entiendo por qué volví a repetírselo.

No dijo nada hasta pasados unos largos minutos, pensaba que me colgaría.

—Te apuesto mi vida a que soy capaz de tirarme por el puente de la Bahía de Sidney.

—¡No seas infantil, Jason! —grité.

—Lo haré —no lo creía, estaría borracho o algo. Solo así podía decir ese tipo de locuras.

—Adelante, Jason. Suicídate —y colgué exasperada, no había forma de dialogar con él.

Jamás pensé que fuera en serio.

No me enteré de lo sucedido hasta horas después, cuando fui a buscarle de nuevo. ¡Dios! ¡Cada vez que decía algo empeoraba las cosas! Pero no podía ocultar la necesidad de que estuviera bien. Así que fui al lugar que me dijo, con la vaga esperanza de volver a encontrarle. Lo volví a llamar, pero no contestó. Después llamé a su hermano, Christian, que parecía algo consternado, pero me dijo que me esperara.

Estaba bastante desconcertada cuando lo vi aparecer, tenía los ojos empapados en lágrimas.

—¿Q-Qué te pasa?

—¡Eres una maldita zorra!

No entendí por qué cargaba contra mí de esa forma, así que yo también le contesté de la misma manera:

—¡Serás gilipollas! ¡Como vuelvas a decirme eso...! —entonces me agarró por los hombros con fuerza empujándome hacia atrás, y me miró fijamente con sus ojos verdes.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a decir que me suicide? —estaba enfadado, muy muy enfadado. Tenía el rostro rojo de la ira.

Me quedé con la boca abierta, Jason le había contado algo, eso era seguro. ¿Pero qué pretendía viniendo a mí de esa manera? ¿Por qué coño estaba así? Sé que nunca le había caído bien, pero de ahí a que me insultara y arremetiera contra mí de esa forma...

—Suéltame, me estás haciendo daño —le contesté, cerrando los ojos para evitar su mirada cargada de furia.

Cuando los volví a abrir las lágrimas habían acrecentado en su rostro.

—Nada comparable con el que tú me has hecho a mí.

Me quedé callada.

—No lo sabes, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Entonces disfrutaré viéndote caer bajo el propio peso de tus acciones inmaduras —me dijo, todavía me tenía cogida y con el abatimiento dibujado en su rostro. Era muy fuerte, así que no me servía de nada resistirme—. Jason ha seguido tu consejo.

—No te entiendo.

—¡Se ha suicidado por tu culpa, puta! —y me empujó contra la barandilla, el golpe fue duro, me hice daño en la espalda.

Y yo todavía no podía creérmelo. Comparado con la noticia que me acababa de soltar, el empujón fue un simple cosquilleo.

—No, no, no... —¡No podía ser cierto! Sería alguna estratagema para hacerme sentirme mal, pero ¡no podía era real!

Me agarré a la barandilla para tratar de mantenerme en pie, estaba fría y áspera. Yo miré hacia el puente, después al agua, buscándolo, a él.

—¡Ha aparecido hace unas horas después de que tú le colgaras! ¡Se lanzó por el puente! —estaba muy cerca de mí, tanto que su voz iba a estallar en mi cabeza.

Me volvió a agarrar, esta vez por el cuello de la chaqueta. Me empezó a faltar el oxígeno y sentí como mi cuerpo se agarrotaba, no por su fuerza, sino por la noticia. Si todavía estaba de pie era porque Christian me tenía agarrada. Pero ni siquiera podía sostenerme con mis propias piernas, seguía sin aceptarlo del todo. ¿Por mí? ¿Por mi culpa?

Christian no bromeaba con esas cosas.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —empecé a darle manotazos para que me soltara, y lo terminó haciendo—. No puede ser...

Yo me dejé caer al suelo, todavía cerniendo mis manos sobre los barrotes. Un vacío se abría dentro de mi cuerpo. Era repugnante.

Sabía que Christian se estaba conteniendo, en aquel momento no me hubiera importado que me hubiera empujado al agua. No había hecho ningún esfuerzo por mantenerme a flote. Sin embargo, él no hizo nada, estaba tan turbado como yo, y no podía reprimir el dolor que expulsaba en forma de lágrima.

—Espero que tengas limpia la conciencia —susurró, no sé por qué me dijo eso. Si lo decía con ironía o con desdén. No lo sé.

—Lo siento —murmuré, es cuando empecé a sentir la calidez de mis lágrimas amenazando con destruir toda mi voluntad.

Christian se dio la vuelta y se fue distanciando.

—¡Lo siento! —grité, aunque no iba dirigido a él sino a Jason.

Por último, me dejé caer sobre el suelo, sintiendo el duro cemento contra mi piel. Estaba frío, tan frío como el cuerpo de Jason en aquellos instantes sin ningún hálito de vida. Aplasté la cara contra él, haciéndome todo el daño posible, una de mis manos rozó el agua helada cuando se dejó caer sin fuerzas, mientras observaba la figura borrosa de Christian alejándose hasta desaparecer en el horizonte. Aunque en realidad, me pareció que era la de Jason. ¿Qué sería de él?

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —volví a repetir, con una voz que desgarraba el viento, con toda la fuerza de mis pulmones, lo dije tantas veces que al final acabó convirtiéndose en algo inaudible hasta para mí—. Lo siento.

Me quedé así durante horas.

Solo esperaba que fuera una pesadilla.

La pesadilla más real y cruel que hubiera tenido jamás.

VI

Esta parte Bierley la había contado con pelos y señales, y se había quedado recta como un barrote, aguantando las sensaciones que se cernían por su cuerpo como si se tratara de una muñeca inanimada.

—Después, llegó el acoso. Hasta por un tiempo llegué a pensar que me lo merecía —su voz parecía no tener vida—. Todo fue desencadenado por la última conversación telefónica que tuvimos Jason y yo. Estaba guardada en su móvil, él solía grabar nuestras conversaciones porque decía que cuando se sentía solo o desconsolado las ponía para escuchar

mi voz y sentirse mejor —las comisuras de sus labios se elevaron un poco, en una especie de sonrisa melancólica—. Se extendió y... si le sumamos lo sucedido anteriormente, todos me señalaron como la culpable de su muerte. Me insultaban a la cara y a las espaldas, me enviaban notas o escribían lo puta que soy en la pizarra. Muchas veces cogían mis cosas y las tiraban, por la ventana, a la basura, al suelo. A mí me empujaban, pisaban o hacían cualquier otra cosa cada vez que tenían oportunidad.

»Sarah, que era más amiga de Jason que mía, había empezado con todo esto, y Charlotte me llegó a apoyar durante un tiempo hasta que no pudo más. La gente me ignoraba, pasaba de mí, como si no existiera. Era como un fantasma. Jason tenía más vida que yo en esos pasillos.

»El otro día me peleé por eso. Charlotte había mostrado un mensaje que le había enviado de lo mal que estaba y lo puso delante de toda la gente... Se burlaron —tragó saliva—, se rieron de mi dolor, y yo arremetí contra Charlotte. La golpeé. Estaba furiosa. Estaba furiosa por todo... ¿tanto me odian? ¡Hasta ese momento nadie se había fijado tanto en Jason! Era como si de repente todos le conocieran y yo tuviera que pagar por ello.

»Me acosan. Cada día es como vivir en el infierno. —Se volvió hacia su padre, que se había quedado sin habla y entonces lo abrazó con fuerza.

Se echó a llorar, desconsolada, tenía que expulsar el infierno que llevaba dentro. Gritó por el dolor. Su padre la consoló con su calidez y comprensión, con la fuerza de su abrazo, en silencio, hasta quedarse dormida.

No solo tenía que soportar los insultos e injurias de la gente. No solo tenía que soportar el dolor de sentirse traicionada. No solo tenía que soportar el dolor de sentirse casi sola. No solo tenía que soportar con la carga de una culpa que probablemente se extendería para siempre aunque se dijera lo contrario.

No, eso no era suficiente. Por ello, tenía que soportar una pérdida. Tenía que soportar la pérdida de su mejor amigo y novio.

La segunda persona que más quería en el mundo.

CAPÍTULO 9

De fantasmas japoneses y posesiones demoniacas

«Por muy larga que sea la tormenta, el sol siempre vuelve a brillar entre las nubes».

—Khalil Gibran

I

A las siete de la mañana, Jeremy se despertó tendido en el sofá junto a Bierley, que estaba profundamente dormida, cuyas preocupaciones estaban desaparecidas completamente en aquel rostro que parecía tan pacífico. Con sumo cuidado trató de apartarse, para no despertarla, esa era la única forma para que no pensara de nuevo en ello. Cuando lo hizo, le tendió una manta sobre el cuerpo y la dejó sola en la habitación. Sumida en sus más profundos sueños.

Era el momento de encargarse de resolver los problemas. Lo primero que hizo Jeremy fue llamar a su trabajo para tomarse el día libre, gracias a que tenía horas acumuladas lo obtuvo. Después, se preparó una ducha. En el tiempo que estuvo bajo el cálido chorro de agua pensó detenidamente cuáles serían sus acciones.

Bierley no le había dicho nada al respecto, de si quería que esa situación terminara. Pero estaba claro que si se lo había contado era por algo y, aunque ella no hubiera querido, Jeremy solo habría hecho lo mejor para su hija.

Luego, estaba su madre. ¿Qué decirle a Carrie? Bierley no quería saber nada de ella, de hecho, a Jeremy tampoco le hacía demasiada gracia volver a verla. Al principio, había decidido respetar la decisión de Bierley. ¿Pero sería lo mejor? Puede que no fuera la madre del año, pero tampoco iba a dejar tirada a su hija de esa manera. Así que en el último momento en el que iba directo al instituto al que Bierley asistía, paró e hizo una llamada rápida a Carrie, quien, extrañada, aceptó quedar con él en un café para hablar sobre el asunto.

Primero habría que conversar con Carrie, después iría a hablar con el director, Allensworth, para explicarle la situación de Bierley y que, por supuesto, retirara la expulsión así como la falta en su expediente.

Jeremy estuvo esperando, como poco, media hora, y como era habitual en la forma de ser de Carrie, llegó más tarde.

—Siento lo tardanza, he tenido...

—¿Asuntos más importantes que tu hija? —le cortó rápidamente, estaba harto de esa indiferencia con respecto al tema de Bierley.

Carrie se sentó en la silla de enfrente y enseguida un camarero fue a tomarle nota, ella pidió un café descafeinado y Jeremy una botella de agua ante los dos cafés que se había tomado anteriormente.

—Bierley está en plena pubertad —dijo Carrie, colocándose el bolso entre sus piernas—, es normal que actúe así.

—No sé por qué he decidido contártelo —negó con la cabeza varias veces, casi con resignación—. Es normal que Bierley no te quiera ni ver.

Entonces, el camarero regresó con el pedido, ambos miraron tan atentamente el trabajo del chico que se puso ligeramente nervioso. Después, cada uno pagó su parte y el camarero dio las gracias.

Tras eso, Jeremy comenzó a contarle la parte del acoso que sufría, lo que sus compañeros le hacían. Obviamente, había obviado el porqué y las cosas íntimas que Bierley había tenido el valor de hablarle. Eso solo podría decírselo ella directamente.

—No... No... —se quedó sin palabras.

—¿No sabes qué decir? O, ¿no sabes qué hacer?

—A lo mejor eres tú el que no sabes qué hacer y por eso has decido llamarme.

—No te equivoques, te lo he dicho por su bien. ¿Sabes que uno de los compañeros que le están haciendo eso a tu hija está viviendo en tu propia casa? ¿Te das cuenta de eso? ¡No sé cómo puedes quedarte tan tranquila!

—No estoy tranquila, solo mantengo la compostura —bajó la mirada, con cierta tristeza—. Haré lo que esté en mi mano por ayudarla.

Jeremy se dio cuenta. Sus pensamientos eran completamente distintos, un «haré todo lo que esté en mi mano por ayudarla» no era un

«solucionaré esta situación como sea». Aun así, Carrie solo fingía estar firme, en el fondo, desde hacía tiempo, temía el rechazo de Bierley hacia ella.

II

Bierley se despertó, no mucho después, protegida por una delgada manta aterciopelada que le acariciaba la piel, en posición fetal, siguió así por varios minutos más, el calor y la seguridad que le proporcionaba era una ensoñación.

Al desperezar los ojos, observó que se encontraba en el salón y la luz que entraba por la ventana se mecía en su pecho y cara. Estaba sola en la estancia y el único indicio de que su padre se había ido eran las dos tazas de cafés que ya habían desaparecido de la pequeña mesa de madera y cristal. Lo primero que pensó fue que se había levantado temprano a trabajar, pero después le habían asaltado las dudas.

Ahora que Jeremy lo sabía todo, ¿qué iba a suceder? Primero tendría que consultar con ella los siguientes pasos, ¿no? Pero ¿el qué? Le asustaba pensar qué podía pasar después de su confesión, había demasiada gente implicada. Una cosa estaba clara: Bierley estaba muy segura de que su decisión había sido la acertada.

Contarlo le había supuesto una carga menos en su cabeza, ahora ya no tenía nada que ocultar, es más, su padre la ayudaría en todo lo que necesitara. A pesar de ello, las dudas del futuro incierto seguían cerniéndose en su estómago como las garras de un águila. Sentía que de un momento a otro, todo saldría fuera de su cuerpo.

Bierley se sentó, todavía con la manta cubriéndole las piernas y sonrió ligeramente hasta que atisbó su móvil, que se encontraba bocabajo.

¡Se había olvidado completamente de la llamada de Christian!

Rápidamente se abalanzó sobre el teléfono que parpadeaba y comprobó que tenía dos llamadas perdidas y un WA del chico. Seguía confundida con respecto a ese tema. Por una parte, sentía un odio lejano hacia Christian, por todo lo que le dijo la última vez que se vieron. Pero también entendía que aquel momento fue muy delicado, Christian se acababa de enterar de la muerte de su hermano y los sentimientos de rabia y angustia habían nublado su mente. También estaba su otra cara, Chris, como lo había llamado en un principio. Le había devuelto la llamada, había insistido, y había tratado persistentemente en ayudarla.

Se preocupaba por ella. Si supiera que ella en realidad era Bierley, ¿sería capaz de perdonarla? Era una persona madura y, también, había cambiado en todo ese tiempo. Pero... ¿lo suficiente?

El mensaje que le había dejado escrito Christian decía:

«Me has dejado plantado, más vale que tengas una explicación. Cuando puedas, llámame.»

Bierley decidió contestarle con la peor broma de su vida:

«No tengo jardín xD

Lo siento :(¿Me perdonas? Tengo cosas que contarte.»

No recibió ninguna respuesta.

III

Jeremy y Carrie llevaban una hora entera esperando a que el director Allensworth les recibiera, sentados en aquel banco, frente a la puerta del despacho del director, parecían dos alumnos castigados. Carrie estaba tiesa como una vara, tanto, que el único movimiento que se apreciaba en ella era el pestañeo de sus ojos. En cambio, Jeremy tenía un tic nervioso en la pierna derecha que le impedía dejar de moverla, a causa de la eterna espera.

Cuando por fin salió a recibirles, les saludó con su típica cara indiferente y ambos se levantaron para entrar en la estancia. Carrie se sentó a la derecha y Jeremy a la izquierda, esperando a que Allensworth ocupara su puesto de nuevo.

—¿Qué se les ofrece? —Jeremy y Carrie se miraron entre ellos, y Carrie le hizo una señal para que fuera él el que hablara.

—Estuve hablando con Bierley de lo sucedido el otro día, la pelea que hubo entre ella y esa chica —Allensworth asintió y se puso a mirar en su mesa algunos papeles, como si estuviera buscando algo en concreto—. Su versión es bastante diferente a lo que ella me ha contado.

Allensworth dejó de hurgar entre el papeleo y miró a Jeremy.

—¿Y qué es lo que ella le ha dicho? —preguntó, por pura cortesía. Eran las once de la mañana, y lo único que quería era acabar con eso para tomarse un café—. Ya sabe usted, que los jóvenes son muy... —

mentirosos, quería decir— sagaces, y dicen cualquier cosa para librarse de su respectivo castigo.

—No todos, Bierley es muy sincera.

—Como deberá saber, todos los padres piensan que sus hijos no han roto ningún plato en su vida, cuando han destrozado la vajilla entera — se rio de su propia broma.

—Escuche, Bierley empezó la pelea, eso es cierto —las respuestas del director Allesworth no paraban de irritarle más cada vez, aun así, mantuvo la compostura, estaba acostumbrado a tratar con personas así de testarudas. Incluidas Bierley y Carrie—. Pero no lo hizo sin una razón fuerte...

—Aun así no hay justificación para tal acto.

—Calle y escuche —interrumpió Carrie, con ese gesto ya se había ganado la aversión de por vida del director.

Jeremy volvió a erguirse en su asiento, era un poco duro e incómodo.

—Lo que le quiero decir, es que Bierley lleva sufriendo mucho tiempo el acoso de esos... —rectificó en el último momento el calificativo con el que iba a denominarlos, «hijos de puta» era una descripción más acertada— chicos. ¡Para eso es para lo que no hay justificación!

100

El director Allesworth se quedó pensativo durante unos minutos, masajeándose la barbilla con el pulgar y el índice. Parecía cansando.

—¿Bullying? ¿En este instituto? —entrecerró los ojos, indignado, tanto, que sonó muy condescendiente—. No diga tonterías, aquí todos los jóvenes que estudian son muy respetuosos y educados. Proviene de buenas familias, por algo es un instituto privado.

—Por esa razón es por la que están tan mal educados —replicó Jeremy, saliendo de sus casillas.

—No permitiré que diga algo así de este instituto —el director Allesworth se levantó de su asiento, apoyando ambas manos sobre la mesa, y mirando a ambos padres. Jeremy ni se inmutó por su reacción y Carrie tampoco dirigió el menor atisbo.

—Oh, sí, me lo permitirá. ¡O saca a los culpables del acoso y toma represalias, o lo haré yo, con una denuncia por injurias hacia mi hija! —exclamó, con un tono de voz más alto de lo normal, pero muy firme—. Y créame, no querrá tener esa mala fama el instituto ¿verdad? —de

repente, recordó algo más—. Ah, y no se olvide de retirar la falta de su expediente, bastante tiene ya como para que la tache de mentirosa.

Ambos se levantaron de los asientos y salieron dando un ligero portazo, con la cabeza bien alta. Estaba claro, que a veces, las cosas eran imposibles de resolver con buenas palabras. Ni siquiera los adultos.

—Víbora —murmuró Carrie para sí.

Cuando estuvieron saliendo por la puerta, muchos jóvenes que entraban y salían de otras clases se quedaron mirando a la pareja. Algunos, se dieron cuenta, alarmados.

Los padres de Bierley Tarter.

IV

Aquella mañana, Bierley la había decidido aprovechar cocinando, o más bien, aprendiendo. No solía hacerlo, de hecho, la máxima aptitud de Bierley para la cocina se limitaba a hacer las pizzas congeladas en el horno. Pero aquel día se había levantado con ganas de realizar algo de actividad, mantenerse ocupada y, de paso, aprender un poco. Estuvo durante un tiempo babeando en el libro de repostería que tenía su padre en una de las estanterías, pero aquellas tartas y bizcochos no eran cosa fácil para una persona como ella. Así que decidió hacer algo más fácil, unas galletas de chocolate.

101

Al recopilar todos los ingredientes —algunos tuvo que ir a comprarlos—: mantequilla blanda, azúcar moreno, normal, extracto de vainilla, harina, bicarbonato para cocina, chips de chocolate y nueces picadas. Puso a precalentar el horno 175°C según había dicho la mujer del video que había encontrado en YouTube. Cuando iba a disponerse a realizar la mezcla, su móvil empezó a sonar, era Christian.

—Buenos días —saludó.

—Hola —contestó la grave y profunda voz de Christian.

Bierley se dirigió hacia la ventana para contemplar la vista que se le ofrecía. El cristal todavía guardaba algunos retazos de polvo con las formas ovaladas que habían dejado las pequeñas gotas de lluvia. El cielo se encontraba completamente despejado, solo con un par de nubes blancas flotando que parecían pequeños trozos de algodón que viajaban lentamente. El resto, lo invadía un tono azul claro e intenso.

—Te dije que me llamaras ¿no? —le recordó, no estaba enfadado por habersele olvidado coger la llamada por la noche.

—Es que no quería despertarte —se justificó la chica, apoyando la espalda en la mesa de la cocina.

—Qué consideración por tu parte —respondió con sarcasmo—, teniendo en cuenta que ni siquiera me contestaste a la llamada.

—Me quedé dormida —sonrió un poco, algo avergonzada.

—No te preocupes por la hora —Christian le quitó hierro al asunto—. Últimamente tengo un insomnio que no es normal.

Bierley no pudo evitar imaginar qué podría ser la causa de su insomnio. Pero estaba más que claro, todavía recordaba a su hermano. Y unos casi cuatro meses después de la tragedia era poco tiempo como para recomponer su vida. De hecho, la situación de Bierley, no era tan lejana. Solo esa noche, tras hablar con su padre, había dormido medianamente bien. Sin pesadillas que la atormentasen, sin sensaciones que le agujearan como largas agujas en el cuerpo.

—Igual deberías ir al psicólogo, podría por ser causas psicológicas —bromeó.

—Tal vez —cambió rápidamente de tema, se notaba a la legua que no le gustaba hablar demasiado de sí mismo—. Bueno... ¿quién empieza con las noticias? ¿Tú o yo?

—¿Son malas? —Bierley inclinó un poco la cabeza hacia la derecha.

—Buenas.

—Empiezo yo —cogió aire—. Seguí tu consejo, bueno, seguí la gran mayoría. Aunque este fue el único que realmente me dio resultado.

Christian tardó un poco en contestar. ¿Y si él no le hubiera dado el valor para hacerlo? ¿Lo podría haber intentado siquiera?

—¿Se lo contaste a tu padre?

—Sí, y... —buscó las palabras adecuadas para responderle—. No sé qué será lo siguiente pero...

—No te preocupes por nada mientras tengas a tu padre —se notaba un deje de tristeza en su voz, aunque se sentía bien por ella, de hecho, le alegraba mucho la noticia—. Es lo mejor, es lo mejor que has podido hacer. Solo así podrás resolverlo todo.

«Todo no», pensó Bierley, pero no lo dijo en voz alta. Cosas como enmendar las últimas palabras que le dedicó a Jason, sería algo imposible de recomponer como tampoco obtener el perdón de Christian. Y su madre también era otro caso aparte.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —añadió Christian, muy cuidadoso.

—No —sacudió la cabeza, se notaba más firmeza en su voz, en la forma de pronunciarlas—. Continúa tú —le cedió.

—Bien... —se aclaró la garganta—. Resulta que... vuelvo a Sidney.

Por un momento a Bierley le entró el pánico, luego sintió una emoción muy distinta, algo de nerviosismo y alegría. Pero también intranquilidad. ¿Y si se daba cuenta de que lo había estado engañando todo este tiempo? Tendría que ser demasiada casualidad para que Bierley y él coincidieran, pero a estas alturas, ¿quién no creía en el azar? Después de todo, Bierley se había equivocado de número, y de los millones y millones que existen había dado lugar al de Christian Ambler. Ella ya no se fiaba de la suerte, ni de nada.

—¿Qué? ¿Por qué? —se despegó de la mesa, y se puso totalmente tensa. Aquello le había pillado completamente por sorpresa—. ¿No estás estudiando Hobart?

—Sí, pero por circunstancias personales... —vaciló, Bierley le notó algo extraño ese día, no se le notaba tan vivaz como de costumbre—, de hecho, si aceptas mi proposición, tal vez te lo cuente. —Y, al ver que la chica no decía nada, añadió—: También la razón por la que decidí ayudarte.

—Oh.

—¿Oh?

—¡Dímelo ya! —exclamó Bierley con impaciencia. Nunca había conocido demasiado bien a Christian, y lo poco que sabía de él tampoco eran detalles de los más alumbradores. En un pasado, su definición de Christian habría sido: «Hermano mayor de Jason, un poco más guapo que él, pero un antipático, áspero y celoso». Ahora, podría haber cambiado su concepción a: «Christian Ambler, la voz al otro lado del cielo gris, al otro lado de la línea, siempre. Desinteresado, atento, tolerante e inteligente».

—Como vuelvo a Sidney, he pensado que... —volvió a vacilar, estaba un poco nervioso, lo que le causó algo de gracia a Bierley. Normalmente era

ella la que se notaba inquieta cuando hablaba con él—. Podríamos vernos.

Bierley se quedó sin aire. ¿Quién era la chica que él imaginaba? ¿Quién era para él Carrie Linton? ¿Rubia, morena, castaña...? ¿Ojos marrones, azules, verdes o grises? ¿Con cuerpo despampanante o, por el contrario, plana como una pared? ¿Tímida, desconfiada e insegura eran las cualidades para definirla?

—No creo que eso sea bueno —intentó explicarse de alguna manera, para que él no se lo tomara a mal—. ¡Te llevarías una sorpresa desagradable!

—Es lo único que puedo pedirte a cambio por ayudarte —en aquel instante y solo en aquel, tuvo la autoestima de Christian en sus manos. No habría otra oportunidad como esa, podría vengarse por las últimas palabras que le había dirigido o, por otro lado, perdonarle y agradecerle su ayuda.

Al final, terminó contestando:

—Se supone que ayudar es algo desinteresado ¿no?

—Perdóname entonces, por ser tan ambicioso.

«¡No, no y no! ¡Mierda! Él sí que me está manejando como quiere», Bierley trató de hacerse la dura, no podía caer tan fácilmente en su juego.

—No sé, de verdad —volvió a mostrarse dudosa, tenía que conseguir salir del embrollo de alguna manera—. Será como si vieras a Sadako¹, no quiero que te dé un paro cardíaco por el susto.

Él se rio por la comparación. Jamás habría tomado a Carrie o, mejor dicho, Bierley por una japonesa con cabellos negros y largos en lugar de cara, con un vestido blanco y, menos, saliendo de una televisión.

—Si superé mi miedo a la niña del exorcista, podré con Sadako —refutó rápidamente.

Esta vez, a la que le entró la risa fue a Bierley.

—¿Te daba miedo?

—Era pequeño e inocente —se defendió, y era verdad.

¹ Sadako: Es un personaje ficticio de la novela *Ring*, de Koji Suzuki, y la adaptación cinematográfica de 1998.

A los siete años, Christian había visto la película, durante varios años, antes de irse a la cama, ponía la televisión para dormirse, temía que si la apagaba, todo se quedaría oscuro y se presentaría la diabólica cara del demonio. Sucediéndole así lo mismo que a la niña del film. En ese tiempo, Jason no paraba de chincharle por eso.

—De todas formas, no creo que seas así, tienes una voz bonita —Bierley se sintió alagada, hasta se sonrojó un poco y se puso nerviosa.

Después, se dio un par de palmadas en la cara para despabilarse. «No, no dejes que te embauque», se repetía una y otra vez a sí misma.

—Que tenga una voz bonita no significa que sea guapa.

—No —rebatíó—. Lo que quería decir era que no tuvieras tan baja autoestima. No me importa tu aspecto físico.

—¿Y si resulta que soy un travesti, o...?

—¡No me importa! —le interrumpió, algo divertido por la situación.

—...un asesino de hombres jóvenes que los viola por medio de métodos sádicos —Christian no dijo nada y siguió escuchando la palabrería de Bierley—. ¿Y si tú eres un proxeneta? O, ¿un enfermo que engaña adolescentes?

—¡Me ofendes, y mucho! —exclamó, esta vez sí que se sintió un poco molesto por la acusación—. ¡Nunca te he pedido ninguna foto tuya, ni información personal! No te he forzado a nada. Tú has sido la que ha decidido contarme todas esas cosas...

—Vale, lo siento —se disculpó y Bierley se mordió la lengua. ¿Cómo iba a librarse de ese encuentro?—. Pero como comprenderás, esto no es demasiado seguro, y poca precaución que tome es poca. Debes entender por qué soy tan desconfiada.

—No tengo ningún problema en mandarte una foto ahora mismo —le dijo, tratándole de demostrar que no estaba echándole ninguna mentira, aunque Bierley lo supiera de sobra—. Te la envío ahora mismo por el WhatsApp.

Christian tardó un poco en mandarle la foto, pero la espera mereció la pena. Eso solo era una prueba más de que se trataba de Christian. La imagen se mostraba un poco más oscura de lo normal y abarcaba de la cara hasta la clavícula del joven. Bierley lo observó con detenimiento, hacía cuatro meses que no lo había visto. El cabello, castaño oscuro, lo tenía alborotado y le hacía resaltar bajo sus delgadas pestañas unos

ojos verdes claros y penetrantes que a su vez estaban surcados por unas ojeras a causa del insomnio. Su tez era blanca y ligeramente bronceada que no ocultaban unas pequeñas pecas que le salpicaban parte de la nariz y un poco los pómulos. Bierley se rio, de las pocas veces que hablaban, ella se quedaba embobada mirándolas, contándolas. No tenía muchas y hasta para ella tenían cierto encanto. Siguió observando la foto, mirando fijamente sus carnosos labios, le recordaron a Jason y sintió un leve escalofrío recorriéndole la columna.

—Me la acabo de hacer, comprueba la fecha y la hora, es de ahora mismo. Por si te quedan dudas —la despertó de su ensoñación.

—Está bien —no adulando la foto, sino como asentimiento de que le creía—. Eres un tío b... —la palabra se le atragantó en la garganta, pero al final lo dijo—, digo, joven... atractivo.

—Gracias, aunque ese piropo sonaría más propio de mi abuela —Bierley volvió a sonreír.

—De nada, cariño —imitó, poniendo una voz chillona—, aunque deben decírtelo constantemente. ¡Qué alto y qué guapo estás! ¡Y ve con cuidado! ¡A ver cuándo me traes una novia a casa!

—No tanto —se rio—. Me va a estallar el tímpano como sigas hablando así.

Se produjo un silencio abrupto entre ambos.

—Mentiroso —le acusó, entrecerrando los ojos, refiriéndose al tema de los halagos.

Claro que era mentira, Christian no pasaba desapercibido ante los atentos ojos femeninos. Pero de lo que sabía, Christian al principio había sido un adolescente con muchas pretendientes, teniendo así varias novias. En el último año de instituto cambió un poco, pareció asentar cabeza. Bierley habría preferido que se liase con toda curva andante, así no habría sido tan posesivo con su hermano y tan vigilante con ella. Porque sí, no olvidaba las miradas indiscretas y de cierto desdén que acostumbraba a dirigirle.

—El sábado ya estaré allí —le informó, volviendo al tema de su encuentro—. ¿Al sábado siguiente te parece bien?

—Sí —al final, terminó aceptando, le había sido tarea imposible rechazarle. En cierto modo, Bierley se permitía albergar una pequeña esperanza. ¿Y si le perdonaba? Si no lo hacía, sentiría que todo habría sido una farsa—. Pero con una condición.

—Dime.

Bierley tomó aire y fuerza.

—Pase lo pase, sea quien sea, no me juzgarás —casi se le quebró la voz al decirlo. El rechazo era una de las cosas más humillantes que podía sentir el ser humano y ella no era la excepción.

—¡Claro que no! ¡Ten más confianza en ti misma! —exclamó, como si fuera algo evidente, como si jamás lo hubiera hecho—. Luego te mandaré un mensaje para acordar el lugar y la hora.

Que no la juzgara, eso esperaba y deseaba. Solo sería un paso más para los cambios que se estaban avecinando.

—Adiós, Sadako —se despidió, con una sonrisa dibujándole el rostro.

—Sueña con Regan McNeil².

² Regan McNeil: Es un personaje ficticio y el antagonista de la novela de 1972 *El Exorcista*, de William Peter Blatty, así como de la versión cinematográfica *El Exorcista* en 1973.

CAPÍTULO 10

Once mentiras, diez verdades

«Una mentira no tendría sentido si la verdad no fuera percibida como peligrosa.»

—Alfred Adler

I

El señor Allensworth suspiró por enésima vez en lo que llevaba de mañana, que no era más de una hora. Un viernes sin incidentes, sentado, arreglando asuntos de poca importancia habría sido una forma ideal de acabar la jornada. Pero no, el día anterior se habían presentado los maleducados padres de Bierley Tarter. Para qué engañarse, Allensworth no quería escuchar nada de lo que les decía, ni les creía, ni le entraba en la cabeza algo así. El instituto al que él mismo había asistido durante su juventud, donde no solía haber accidentes salvo los típicos bulos o alguna que otra pelea. Pero en ninguno de los casos, bullying. Él mismo se había contradicho al decir que los jóvenes eran unos mentirosos, si eran todos así, ¿de qué le iba a servir hablar con aquellos chicos? De nada, pero tenía que hacerlo muy a su pesar, porque Allensworth debía mantener impecable la fama del instituto que dirigía, fiel a sus normas, no solo porque Jeremy le hubiera puesto entre la espada y la pared.

Primero, sacó la lista que había realizado la tarde anterior. Eran los alumnos que coincidían en las clases de Bierley, que eran un total de treinta y nueve jóvenes. Si a cada uno le dedicaba unos diez minutos, tardaría unas siete horas, casi ocho. Si había alumnos que hubieran faltado, tal vez se ahorraba tiempo. Adiós al almuerzo y a la comida. Después, les dio las instrucciones a los profesores para que avisaran de que, a lo largo de la mañana, serían llamados para hablar con el director de un asunto que no explicó y que, por lo tanto, no podrían salir del instituto hasta ser llamados. Muchos se dieron cuenta del porqué, los culpables, claro. Los que no habían hecho nada y se habían quedado mirando, solo lo habían podido deducir. Y los más imbéciles o

abstraídos no entendieron el porqué. Pero se enterarían antes de ser llamados, cuando recibieran una nota en sus taquillas.

«Del asunto del que va a tratar el director Allensworth es sobre Bierley. Sed discretos y haced como si no supierais nada.» No era ninguna amenaza, pero tampoco invitaba a decir la verdad, no se adentraría cualquiera en terreno tan oscuro, podría sucederles lo mismo que a Tarter.

Los más culpables ya se habían preparado una coartada cuando corrió la noticia de que los padres de Bierley habían estado por allí, y el estado nervioso y la cantidad de sudor que desprendía el cuerpo de Allensworth, había sido una prueba que acrecentaba la idea de que Bierley ya se había chivado.

El primer alumno, un tal Joss Aaberg, tuvo que responder a tres preguntas: «¿Eres amigo de Bierley o solo compañero?», «¿Cómo se comporta?» y «Según ha llegado a mis oídos, Bierley sufre de acoso, ¿es eso cierto?». La cuarta pregunta se formulaba si la tercera era afirmativa: «En ese caso, ¿quién y qué es lo que le hacen?»

Sus respuestas fueron: «Compañero», «No sé, normal», «Solo tengo dos clases con ella, no lo sé».

«No lo sé» y un encogimiento de hombros, fueron las dos cosas que más se repitieron a lo largo de la mañana. Sin embargo, las cosas no terminaban de encajar. Un 50% decía no saber nada, un 20% afirmaron que sí, un 5% no había asistido ese día y un 25% había dado un giro radical al asunto.

II³*Testigo 16*

La testigo 16 entra en la sala, se echa su larga melena oscura y lacia hacia atrás y camina con gran calma hacia uno de los asientos que están delante del director. Se acomoda, se estira la camiseta y deja caer sus manos sobre el regazo.

—El motivo por el que estás aquí es para hacerte una serie de preguntas que me deberás contestar con la máxima sinceridad posible —le explica Allensworth mientras teclea en el ordenador—. Es un simple procedimiento, así que no te preocupes.

³ El cambio de tiempo de este extracto está hecho de forma intencionada.

La testigo 16 asiente solamente, no hace falta que diga nada más, sabe de qué va el asunto. En realidad, todo el instituto lo sabe.

—¿Eres amiga de Bierley o solo compañera? —le pregunta con tono monótono.

La testigo 16 no contesta enseguida, sino que medita un poco la respuesta antes de abrir la boca y decir:

—Lo era —Allensworth se inclina un poco hacia delante y deja de teclear rápidamente. La testigo 16 nota el gesto y se torna ligeramente nerviosa—, quiero decir, antes... Ya sabe, de lo que pasó con Jason.

—Oh, cierto —asiente con la cabeza suavemente—. ¿Y por qué después ya no? Era un momento difícil y los amigos se suelen apoyar... —deja en el aire.

La testigo 16 baja la cabeza y se mira las manos.

—Bierley empezó a comportarse de una forma que no era la suya —vuelve la vista al frente—. Jason y Bierley llevaban un tiempo saliendo, fue duro para ella. Aunque para el resto de sus amigos también lo supuso. Y... —intenta darle algo de dramatismo— cambió, se volvió una persona antisocial, arisca... —Allensworth entrecierra los ojos—. Tratamos de acercarnos a ella, pero solo actuaba con desprecio hacia nosotros.

110

El director teclea en el ordenador todo lo que la testigo 16 le ha dicho, cuando para vuelve a realizarle otra pregunta:

—Actualmente, ¿sigue comportándose así? —La testigo 16 asiente en silencio—. Y dime: ¿es cierto que Bierley sufre acoso?

La testigo 16 abre los ojos desmesuradamente y parece quedarse en blanco durante unos segundos.

—¿Qué? —la testigo 16 no parecía salir de su asombro, lo estaba haciendo realmente bien—. N-No, no... lo entiendo.

—¿Cómo?

—Es Bierley —para en seco—. Ella..., ella es la que acosa —vuelve a hacer una pausa y traga saliva— a Charlotte.

De los quince alumnos que llevaba interrogados, la testigo 16 era la primera en decirle que era la propia Bierley la acosadora. Varios le habían afirmado que sí, otros dijeron que no sabían nada. Pero no que fuera Bierley.

—En ese caso, ¿qué es lo que le hace a Charlotte?

—Le insulta, le envía notas. —La testigo 16 alza un poco el brazo derecho y lo vuelve a dejar caer sobre su pierna, produciendo un sonido seco—, en fin, el otro día le pegó como pudo ver.

Eso último era cierto, Allensworth no sabe qué pensar, así que teclea esas últimas palabras de la chica y la deja ir.

—Muchas gracias —dice, aunque añade algo más—: ¿Por qué no lo dijisteis antes?

—¿El qué? —se gira la chica.

—Que Charlotte sufría acoso.

—Teníamos miedo de que Bierley pudiera actuar así también con nosotros.

La testigo 16 finalmente sale del despacho y camina con pasos largos hacia los baños, con una gran tensión acumulada en el cuerpo. Cuando llega, no hay nadie y una corriente de aire frío le surca por el cuello. Abre el grifo y se echa agua en la cara para despabilarse. Por último, se mira al espejo y suelta un suspiro que podría asemejarse con una pequeña risa.

Testigo 23

El testigo 23 se pasa la mano por su cabello, con un rapado que asoma cada vez más pelo. Mueve los brazos hacia atrás y adelante, como si estuviera haciendo estiramientos. Balancea la cabeza hacia la derecha y la izquierda y, finalmente, intenta posar su mano sobre la manilla helada de la puerta, pero está tan cansado que le resulta imposible enfocar la vista y su respiración es muy agitada. Después de varios intentos, tras ver como la manecilla se acercaba y alejaba de su visión consigue empujarla hacia abajo, pasando a la estancia.

Lo primero que observa es el paisaje de las ventanas que choca contra sus ojos, vuelve a cerrarlos para quitarse la visión de la cabeza. Se ha quedado fijo en mitad de la habitación, por un momento se había encontrado desorientado. El director se aclara la garganta para que el testigo 23 salga del trance y ocupe su lugar.

—El motivo por el que estás aquí es para hacerte una serie de preguntas que me deberás contestar con la máxima sinceridad posible —el testigo 23 asiente, como gesto de entendimiento, pero no logra captar todas las palabras—. Es un simple procedimiento, así que no te preocupes. —Un silencio vuelve a inundarse hasta que Allensworth empieza el interrogatorio por vigésima tercera vez—. ¿Eres amigo de Bierley o solo compañero?

—Compañero —no decía la verdad pero tampoco una mentira, él había sido amigo de Bierley por medio de Jason antes de que se suicidara, como muchas otras personas, pero no le apetecía volver a sacar el tema de nuevo y reavivar el dolor.

—¿Cómo se comporta?

—No tengo mucho trato con ella pero por lo que he podido ver —dice con lentitud, y después se pellizca el puente de la nariz con el pulgar y el índice; cada vez estaba más mareado—. Se ha vuelto antisocial e intratable.

—Dices que se ha vuelto ¿no? —el testigo 23 asiente de nuevo— Eso es porque cambió, sino me equivoco, desde lo de Jason —vuelve a asentir y el director teclea hasta que prosigue con la siguiente pregunta—: Según ha llegado a mis oídos, Bierley sufre de acoso, ¿es eso cierto?

El testigo 23 sacude la cabeza, Allensworth no sabe si interpretar el gesto de negación o que le ocurría algo al joven. Se le había visto muy inquieto desde que había entrado y sin parar de moverse.

—¿Te encuentras bien? —inquire, y hace el ademán de acercarse hacia él.

—Sí, sí —afirma reiteradamente, cerrando los ojos con fuerza—. Repite... —vacila y vuelve a mirar al frente— la pregunta.

Allensworth decide no alarmarse y formula otra vez la pregunta:

—¿Es cierto que Bierley sufre acoso?

El testigo 23 no para de sudar y parpadear, algo que pone nervioso al director.

—¿Quién le ha dicho eso? —pregunta el testigo, al ver que Allensworth no contesta, decide realizar su acusación—: Es mentira.

—Da igual quién me lo haya dicho —contesta Allensworth, molesto—. ¿Por qué dices que es mentira?

—Porque es ella la que acosa a Charlotte —responde, con evidencia, y se encoge de hombros; tenía que terminar ya con el interrogatorio, no iba a aguantar por mucho tiempo más en ese estado—. La insulta, el otro día la pegó...

—¿Por qué no dijisteis antes que Charlotte sufría acoso? —El testigo 23 se queda en blanco—. ¿Tienes miedo de Bierley? —Allensworth sonrío divertido.

—No —niega, levantándose del asiento, le importaba una mierda si no había terminado con sus preguntas, pero necesitaba salir de allí—, pero yo paso de las peleas de chicas.

—Claro —Allensworth estaba partiéndose de la risa—. Mejor no meterse en esos marrones. Son los peores. —Después, antes de que el testigo cierre la puerta le aconseja—: Necesitas descansar un poco, no se te ve muy bien.

El joven se va dando un pequeño portazo, estaba enfadado, él no necesitaba descansar. Lo único que necesitaba era un chute de éxtasis para librarse de esas sensaciones que lo estaban machacando.

Testigo 29

De los que habían respondido en contra de Bierley, el testigo 29 era el que menos seguro estaba de seguirles la corriente al resto. Aunque había dejado de hablarle tras el suicidio de Jason, tampoco se había metido con ella, ni le guardaba un especial rencor. A diferencia del resto, él no la había señalado como la causante de tal acto. Sin embargo, se sentía dividido entre sus amistades y la verdad. ¿Cuál sería la mejor opción?

El testigo 29 lleva diez minutos sentado, esperando a que el director Allensworth vuelva de un asunto rápido que tenía que atender. Su cabello largo y descuidado no para de chocarle contra sus ojos marrones a causa del viento que entra por una de las ventanas abiertas. Se notaba un ligero bochorno en la estancia, además de una gran cantidad de olores mezclados muy diferentes. Sudor, colonia, el ambientador...

Tras esperar otros cinco minutos más, el director vuelve dedicándole una breve disculpa por haberle hecho esperar y toma su lugar.

—El motivo por el que estás aquí es para hacerte unas preguntas que me tendrás que responder con sinceridad —el testigo 29 se aparta el cabello de la cara—. Es solo un procedimiento —Mira otra vez en el ordenador y pregunta—: ¿Eres amigo de Bierley o solo compañero?

—Compañero —se nota algo de duda en su voz, así que volvió a rectificar—. Bueno, antes era mi amiga, pero ya no nos relacionamos tanto como antes.

Allensworth se sabía las respuestas de memoria, ahora diría que dejó de hablarse con ella porque el suicidio de Jason la cambió. Pero no lo hizo para su sorpresa.

—¿Cómo suele comportarse en clase?

—Normal —responde, volviendo a apartarse el pelo de la cara—, no sé, no habla con la gente...

—Tengo entendido que sufre acoso, ¿es eso cierto?

El testigo 29 siente como algo le choca contra el pecho, ¿ahora qué? ¿Traicionar a sus amigos o decir la verdad aunque le costara? En aquel momento, el testigo 29 se sentía un cobarde.

—No.

Y no añade nada más, así que el director Allensworth trata de sonsacarle más información.

—Podiera ser que ella... ¿fuera realmente la acosadora?

El chico se maldijo en silencio.

—Sí, molesta a...

—Charlotte, ¿no? —se apresura Allensworth para asombro del testigo 29, que asiente en silencio—. Bien, ya puedes marcharte —le indica con el brazo.

El testigo 29 se levanta, todavía con el corazón palpitándole. Lo que no sabía es que durante todo el resto del día y el fin de semana tendría un remordimiento de conciencia. Y que el lunes, intentaría volver a hablar con Allensworth.

—El motivo por el que te encuentras aquí es para hacerte una serie de preguntas que me deberás contestar con sinceridad posible —repite por enésima vez en ese día—. Es un simple procedimiento, no te preocupes.

La testigo 38 no para de jugar con su cabello rubio rojizo, enredándolo y desenredándolo con sus delgados dedos adornados por un tono rojizo en sus uñas y varios anillos que tintinean.

—¿Eres amiga de Bierley o solo compañera? —le pregunta, de forma automática.

—Era su amiga hasta hace un mes —la respuesta sorprende a Allensworth, por fin un cambio de acontecimientos.

—¿Por qué? ¿Sucedio algo?

—Bueno... ella —hizo ver que se le quebraba la voz—. No sé si es bueno que se lo cuente. Es que... —deja en el aire, con un rostro que denotaba una fingida tristeza.

—Su comportamiento es diferente, ¿verdad? —le ayuda a seguir.

La testigo 38 asiente, con los ojos humedeciéndose.

—Yo... —para de nuevo— Pen-pensaba que era mi amiga y luego me hizo eso y... —las lágrimas empezaron a asomar en su redondeado rostro, ella trató de apartarlas con sus dedos—. ¡Ella es mi amiga desde hace años!

—De todas formas, no me quedó demasiado claro porque Bierley actuó así —explica el director—. ¿Pudiera ser que Bierley estuviera molesta por alguna razón?

La joven se calla, sollozando un poco.

—Sí —sacude la cabeza—. Desde lo de... —el nombre mismo se le atraganta y se siente un poco culpable por utilizarlo— Jason, ella comenzó a cambiar. Se volvió más retraída, antisocial... Dejándose de comunicar con el resto, yo era la única con la que todavía mantenía una relación —el hombre asiente y la chica prosigue—. Pero entonces, a ella le molestaba que saliera con otras personas, decía que todas eran unas falsas, que no merecían la pena... Que se habían olvidado rápidamente de Jason.

»Era posesiva conmigo. Y... yo estaba cansada de la situación —se acaricia el cabello y deja caer el brazo sobre el posa brazos—. Así que decidí dejar de hablarle, ella empezó a acosarme. Me llamaba, me

enviaba mensajes, me visitaba a casi todas horas. Y me asustaba ese comportamiento, así que me ausente dos semanas del instituto. Cuando volví, sucedió lo de la pelea.

—¿A qué mensajes te refieres?

—Me insultaba —susurra casi sin fuerzas.

—Muchos me han dicho que tú eras la víctima del acoso, pero hay contradicciones. ¿Qué me dices al respecto?

—Bierley... —las lágrimas le lamieron las mejillas—. Ella, ella me estaba haciendo la vida imposible.

—Tranquila —pero se notaba que el director Allensworth no tenía la suficiente madera para consolar a una adolescente, había sonado demasiado serio, lejos de darle tranquilidad—. ¿Por qué has esperado hasta ahora para contármelo?

—Te-tenía miedo —titubea, con inseguridad.

El director Allensworth busca entre los cajones, de donde saca un paquete de pañuelos que le tiende a la joven. Esta lo acepta y abre el envoltorio. Se limpia la cara.

—Será mejor que llamemos a tu madre.

—¡No! —Se levanta con gran brusquedad del asiento—. No, no puede hacerlo —prosigue con un tono mucho más tranquilo aunque se podía denotar su nerviosismo.

Se compadece de la chica, pero no podía hacer caso de su petición. Era curioso el cambio de perspectiva por parte de Allensworth ante la situación.

—Lo siento, pero debo hacerlo.

La testigo 38 estaba metida en un buen lío.

III

Bierley se llevó una grata sorpresa, su padre le había dado la buena noticia de que su nuevo hogar ya estaba terminado, Jeremy no le había permitido en ningún momento ver cómo marchaba la construcción y ella, dadas las circunstancias por las que estaba pasando, tampoco había insistido mucho en ese tema. Ahora estaba deseosa por verla, pero antes tendrían que empaquetar todas sus cosas. Jeremy comprobó

que su hija se hallaba de tan buen humor, que decidió posponer esa charla que había tenido con Carrie y el director de su instituto.

En lo único que se había concentrado Bierley aquel día era en separar sus cosas en varias cajas y clasificarlas para no tener un caos a la hora de buscar cualquier cosa. Lo primero que guardó fueron sus libros, iba a añorar esa maravillosa habitación con tan grande estantería, aunque ella sabía que la nueva sería mucho más grande aún. De hecho, llenó varias cajas con libros, en las que escribió: «LIBROS. FRÁGIL». Después, las cosas pertenecientes al instituto fueron a la caja «INSTITUTO. IMPORTANTE». También tuvo que poner orden en su armario, que era un laberinto de camisas, camisetas, jerseys, chaquetas y pantalones mal colocados y arrugados salvo los que se encontraban en las perchas. Y las fue ordenando en varios paquetes: «PANTALONES», «VESTIDOS», «ZAPATOS»... Lo peor vino cuando, en un estante que no alcanzaba tiró de una pequeña prenda y varios balones de fútbol empezaron a llover sobre su cabeza, ya ni se acordaba de que estaban ahí.

—¿Qué es ese ruido? —Apareció de repente su padre, asomando por la puerta, con una caja en los brazos—. No me habías dicho nunca que coleccionabas balones de fútbol —y sonrió un poco.

—Bueno... —dijo, pasándose la mano por la cabellera aunque Jeremy desapareciera al instante. Mejor así, pensó. Era una larga, larga historia.

Le entró gran nostalgia al tocarlos comprobando su tacto, algunos suaves otros más ásperos o rotos; pero en todos ellos el color o el modelo se parecían en algo. Jason y ella solían jugar al fútbol, era casi como un rito, todos los viernes en invierno. En una solitaria cancha que solo era ocupada en los días de primavera y verano por los niños. Jason había estado en el equipo del instituto como extremo derecho, lo que le daba cierta ventaja. Pero Bierley era una gran portera. Jason solía lanzar el balón con suavidad pero exactitud, pero en una ocasión, la precisión de la fuerza se desvirtuó. Y Bierley, que también le ponía muchas ganas, intentó pararlo. Sus dedos índice y corazón tocaron el balón, pero eso no fue suficiente para cogerlo, porque era demasiada la potencia. Al final, se hizo un esguince en ambos dedos de la mano derecha. Como castigo para Jase, esa semana tuvo que pasarle todos los apuntes y ejercicios él mismo.

En la parte baja del armario, encontró más. Contando así unos veinte balones. ¿Qué iba a hacer con ellos? Todavía no podía tirarlos, así que decidió guardarlos también en otra caja junto con el resto de las cosas.

Lo peor llegó cuando Bierley encontró esa foto que tanto hubo buscado hacía tiempo. La encontró en el fondo de uno de los cajones de debajo de la cama nido. Salían ella y Jason, de noche, Bierley se encontraba sentada en una especie de barandilla agarrándole el brazo derecho a Jason y con el otro revolviéndole su corto cabello. Él estaba de pie, cogiéndola por la cintura y con una sonrisa, aunque serio. Era por eso, por lo que le gustaba tanto esa foto. Jason siempre salía poniendo cualquier cara estúpida, aunque encantadora, pero aquella era diferente. Y por eso Bierley la guardó con cariño.

Antes del suicidio de Jason, la pared que estaba junto a la cama y parte de la cubierta del mueble había estado inundada por fotos, todas de ella y Jason, en algunas salían sus amigos, hasta había una en la que aparecía Christian. Al irse a dormir se quedaba mirándolas hasta que caía en los brazos de Morfeo. Pero tras su muerte, Bierley las arrancó con un grito de rabia y desesperación, con las lágrimas ahogándole el rostro; también se encargó de eliminarlas de su móvil y ordenador. Y las impresas las tiró todas, menos la que había perdido. Al poco tiempo se arrepintió. Temía que el rostro de Jason se le olvidara.

Volvió a verlo de nuevo, con una sonrisa triste se la llevó al pecho. Y cerró los ojos.

No la perdería jamás.

IV

Al día siguiente, llegaron a la nueva casa. A diferencia del piso en que había vivido un año entero, la casa se situaba en un barrio amplio con espaciosos jardines como entrada y no entre cemento y más bloques de pisos muy juntos y atestados. Lo que más le sorprendió fue la fachada delantera, blanca, negra y con inmensos cristales. Vista desde la planta parecía una especie de triángulo junto a un cuadrado y otro triángulo, dándole una forma muy moderna. Sin olvidar el amplio jardín verde que los recibía.

Jeremy abrió la puerta negra e invitó a Bierley a pasar.

El interior tampoco dejó de ser una sorpresa para ella, muy espaciosa, tranquila y moderna. La planta baja constaba de una cocina, abierta a un recibidor, con tres sofás negros y una mesa de cristal. Este a su vez, conducía hacia el salón, con una portentosa chimenea. Además, había un baño y una piscina dividida en dos, por un lado estaba climatizada,

pero la otra daba al jardín. También estaba el gimnasio y el despacho personal de Jeremy.

En el recibidor había unas escaleras negras que daban lugar a cinco estancias más. Tres habitaciones con camas de matrimonio y un aseo para cada una. Y, cómo no, una gran biblioteca y vestidor.

Al ver aquella casa, a Bierley solo se le pasó un pensamiento por la cabeza: «Es tan grande que me hace sentir sola». Sin embargo, le gustaba, ¿a quién no le iba a gustar una casa así? Y más con esa biblioteca donde poder guardar un montón de libros. Estaba agradecida, aun así, aquel materialismo no le daba lo que ella quería. Pero no había ninguna duda en que era mejor que ese pequeño piso con gente indiscreta corriendo rumores. Por un momento añoró la casa en la que habían vivido los tres hacía años, era menos grande que aquella, pero más acogedora y cálida. Y estaban los tres.

Bierley se sacudió esos pensamientos de la cabeza y ambos comenzaron a descargar cajas y cajas en el garaje. Al terminar aquella tediosa tarea, cada uno fue a su respectiva habitación para colocar sus cosas. Nada más empujar la doble puerta de cristal con rayas negras y transparentes, comprobó que era una estancia espaciosa, como todas las de la casa. A la izquierda había un gran espejo y un escritorio negro. Enfrente se situaba un extraño cuadro abstracto que Bierley no tardaría en cambiar, y un gran ventanal que le dejaba vistas a la calle, con dos sofás blancos, uno más alargado que hacía de camastro, y una mesa ovalada gris transparente. A su derecha, al lado de la puerta, se encontraba su gran cama. Lo primero que hizo al entrar fue comprobar su tacto con los dedos, era muy suave, y, después se sentó sobre ella y botó un poco para comprobar si era cómoda.

Pasaron el resto del día colocando cosas aquí y allá hasta que el cielo claro dio paso a uno mucho más oscuro. Para entonces, pararon y pidieron algo para comer, dos pizzas para estrenar la cocina. Lo cual fue bastante curioso.

Mientras comían tranquilamente, Jeremy recibió una llamada del director Allensworth y, como era habitual en él, no paraba de moverse de la cocina al recibidor y luego al salón a la vez que conversaba. Bierley solo pudo captar las palabras de su padre:

—¿Diga?

»No se preocupe.

»Eso no puede ser posible.

»¡Esto no debería ir así! Pero si hace falta, entregaré las pruebas necesarias para demostrar que mi hija no miente.

»Muy bien, el lunes a las diez nos vemos allí.

Jeremy pilló a Bierley plantada en el recibidor.

—¿Qué haces aquí?

—¿Quién era? —preguntó, pero al ver que su padre no le respondía siguió hablando—. ¿Qué es eso de las pruebas para demostrar que no miento?

Jeremy comprendió que era el momento para decirle toda la verdad.

—Ayer fui a ver al director, junto con tu madre... —en ese mismo instante Bierley interrumpió con un sonoro gruñido.

—¿Por qué? ¿Qué le has contado a mamá? ¡Solo te lo dije a ti! ¡Yo no quería que ella se enterara de todo esto! —gritó, muy enfadada por el hecho de no decirle nada, ni contar con su opinión—. ¿Y por qué has ido al director? ¿Por qué no me has dicho nada? No... no lo entiendo — la voz le temblaba.

—¡Bierley, déjame terminar! —gritó aun más fuerte que su hija, Bierley se tensó y se quedó quieta como una vela. Le imponía demasiado—. Hablé con Carrie porque era lo mejor para ti, sigue siendo tu madre y nos guste o no, todo el apoyo que tengamos es bueno. Ella se mostró cooperativa y no te preguntará nada que tú no desees decirle, solo le conté lo justo y necesario —hizo una pausa para meditar—. Acudí al director porque es lo que tenía que hacer, como tu padre. ¿Qué esperabas? ¿Qué me quedara de brazos cruzados?

—¡Pero eso me incluye a mí! —tenía la voz ronca—. ¡Es mi problema! —sus ojos empezaron a humedecerse—. ¡Confíaba en ti!

Y dicho eso, Bierley subió las escaleras con rapidez, casi tropezándose con el último escalón. Jeremy dejó escapar una larga exhalación y se dirigió a la habitación de su hija, que se encontraba cerrada con llave. A través de ella no veía nada más que la estancia vacía, Bierley estaba encogida, abrazándose las piernas, en la cama.

—Bierley... —susurró con voz más suave—. Eres mi hija, son tus problemas, también son los míos. Abre la puerta y hablemos con más calma.

—¡No! —sentenció, con una voz vacilante—. ¡Lárgate! ¡Lárgate! ¡Lárgate!
—seguía conteniendo las lágrimas, ¿desde cuándo se había vuelto tan llorona? No, no podía volver a hacerlo.

Jeremy no hizo caso de su petición y se sentó en el suelo, apoyado en la puerta. La luz del pasillo se deslizaba hacia su habitación, dibujando una alargada y corpulenta sombra de su padre.

—No me obligues a llamar a los bomberos y entrar por la ventana.

Sin embargo, Bierley no se levantó a abrir la puerta, sino a buscar el cúter que había dejado en el suelo, utilizado horas antes para abrir las cajas precintadas. Después, volvió a la cama y dejó relucir la cuchilla.

—Como no abras, yo mismo rompo la puerta —siguió amenazando su padre, pero ella no le escuchaba.

Observó con detenimiento el objeto. Era amarillo y parecía más afilado que las tijeras con las que se había cortado hacía dos días.

Por segunda vez, no estaba haciendo nada malo ¿no? Solo sentía la pequeña necesidad de liberarse de la carga emocional. Su cabeza no paraba de dar vueltas y vueltas. ¿Qué iba a pasar después? ¿Y si el que su padre hubiera acudido al director fuera una mala opción? ¿Y si el acoso se volvía peor por chivata? ¿Y si su madre la rechazaba más que antes? «¿Y si? ¿Y si?» Dos palabras que no paraban de aplastarse contra su pecho.

Decidió cortarlas. Despedazarlas. Hasta que desaparecieran como pequeños papelitos hechos pedazos.

Ras. Ras.

De su brazo derecho emanaron dos cortes, más profundos que la anterior vez, pero sin atentar con el peligro de su vida. De nuevo, los había hecho muy cerca del codo. Solo sentía la necesidad de eliminar esas emociones tan venenosas, otra vez. El alivio que sentía era como cuando su padre le sacó el agujijón del abejorro que le había picado a los diez años mientras tomaban el sol.

Iba a continuar cuando su padre musitó algo:

—Me destroza verte así.

A ella también, sus sentimientos fueron tan contradictorios. Lanzó el cúter contra la pared ¿por qué coño era tan débil? ¿Por qué tenía que recurrir a algo así? Jeremy se sobresaltó cuando escuchó el choque.

Tenía a su padre, ¿por qué lo hacía? Si él lo viera... solo le iba a hacer más daño.

—¿Bierley? —se puso de pie y golpeó el vidrio—. ¡Bierley!

La joven se balanceó hacia delante, y hundió su cara entre las sábanas. Quería ahogar su angustia. Se levantó y con ritmo frenético buscó entre las cajas y cajas de ropa que todavía no había colocado en el vestidor. En una de esas encontró la foto de Jason y ella. La miró en la oscuridad, sin distinguir nada, y se la llevó al pecho. Ella no era como él, no era ninguna cobarde.

—Ahora salgo —rompió el silencio, con voz ahogada—. Dame unos minutos.

Entonces, el timbre sonó por primera vez en la casa. Jeremy dudó un poco, pero finalmente bajó las escaleras con paso cansado y al abrir la puerta se encontró con dos caras conocidas.

Charlotte y su madre.

CAPÍTULO 11

Solo un humano

«A perdonar solo se aprende en la vida cuando a nuestra vez hemos necesitado que nos perdonen mucho.»

—Jacinto Benavente

I

—¡Más vale que su hija salga ahora mismo! —gritó por enésima vez, la mujer tenía la cara roja de la rabia, cosa que resaltaba aún más con sus cabellos oscuros. Tenía el mismo rostro redondo y ojos castaños rodeados por una espesa capa de pestañas que Charlotte. Eran la viva imagen la una de la otra, salvo por el tono del cabello y lo emperifollada que iba su hija; al contrario que ella—. Le debe una gran disculpa a Charlotte —la joven estaba bastante nerviosa, pegada a su madre y mordiéndose el labio inferior—, ¡y educar a su hija como es debido!

Jeremy, que a esas alturas estaba harto de la situación, no se iba a callar. Menos a una mujer que había ido a gritarle a su propia casa.

—¡Lárguese de aquí ahora mismo! —indicó, con un movimiento brusco del brazo—. Bierley no le debe ninguna disculpa a nadie —apostilló.

Bierley, que había oído los gritos desde su habitación, había abierto la puerta tras limpiarse la herida y cambiarse de ropa. Fue bajando poco a poco, tratando de hacer el menor ruido; pero su padre la captó al instante por el rabillo del ojo. Le hizo un gesto apremiante con la mano, para que se volviera a subir.

—Está ahí ¿verdad? —comprendió la mujer, tratando de pasar a la estancia, pero Jeremy le agarró el brazo toscamente. Entonces vio a la chica, se había quedado plantada en mitad de la escalera. Por un momento, Bierley se asustó y aferró su mano a la barandilla de la escalera. Finalmente, Jeremy arrastró a la mujer más allá de la puerta.

—¡Lárguese de mi propiedad ahora mismo o seré yo el que se encargue de hacerlo! —contestó, realmente enfurecido por el gesto de la madre de Charlotte, que quedó cohibida por la amenaza de Jeremy.

—Desde luego ya no quedan caballeros —intentó sonar lo más digna posible, se sacudió la chaqueta y dio una vuelta para echarse a caminar.

—Una lástima que las brujas sí —añadió Jeremy, relajando las facciones de su rostro para convertirse en una sonrisa, desapareciendo el enfado de hacía unos minutos. No hizo falta ver la mueca de rabia que se había extendido en la madre de Charlotte, ya se la habría imaginado.

Charlotte que se había quedado perpleja, no se movió en ningún momento.

—Vamos, cariño —le apremió su madre, dulcemente.

La chica atisbó a su ex amiga acercándose a su padre, intentó susurrarle algo pero ya había cerrado la puerta. En el interior, Jeremy exhaló con exageración, y Bierley tenía una débil sonrisa adornándole el rostro.

—¡Ya no quedan caballeros! —imitó con voz chillona, burlándose de la mujer. Jeremy se echó a reír y Bierley se unió a su risa contagiosa hasta que se quedaron sin fuerzas. Después, hubo un corto silencio al que Bierley puso fin—. Siento lo de antes.

—Yo también —reconoció Jeremy, tornándose más serio—. La próxima vez contaré contigo.

—La próxima vez no seré tan cría. No tiene sentido enfadarse cuando las cosas ya están hechas.

—Debo contarte algo importante —cambió de tema su padre—. Es sobre la llamada que he recibido del director, y también entenderás por qué la madre de Charlotte ha montado todo este numerito.

Bierley le miró dubitativa, pero siguió a su padre hasta el salón. Jeremy se sentó enfrente de la gran televisión que ocupaba gran parte de la pared, y Bierley a su lado, esperando a que comenzara a hablar.

—Como ya sabes, hablé con el director, para exigirle que retirara la falta de tu expediente y tomara las medidas necesarias contra los chicos que te acosan —le dirigió una mirada, sentía como si una astilla se le clavara en la garganta cada vez que lo recordaba—. Estuvo interrogando

a los compañeros con los que tienes clase y... —sabía que la noticia le iba a suponer un disgusto a su hija, aun así, prosiguió—. La mayoría de ellos han mantenido la boca cerrada.

Jeremy le pasó el brazo por los hombros, para confortarla. Bierley agradeció el gesto, pero no se sintió mejor, solo se temía lo peor. ¿Por qué? ¿Por qué se habían quedado callados? ¿Por miedo? Pero... si hablaran todos no tendrían por qué tenerlo. Estaba claro por qué, ya eran parte del acoso con su silencio. Aun así, había unos que tenían más culpa que otros, Bierley sabía más o menos quién había sido la culpable de esas notas, también de las llamadas acosadoras que había recibido y por lo que se cambió de número, era evidente quién le había roto los libros, escrito en la pizarra y en su mesa o simplemente se había encarado hacia ella con un «puta» en los labios hasta dar lugar a una sonrisita estúpida.

—Hay diez personas que sí han admitido que tú eres la víctima en todo este asunto —Jeremy tragó saliva—. Y hay once que dicen todo lo contrario, han dicho que tú eres la acosadora... de Charlotte.

Bierley abrió los ojos y la boca desmesuradamente. ¿Que ella era qué? ¿Quiénes lo habían dicho? ¿Lo habrían hecho para encubrirse? ¿Porque sabían que en el fondo ella llevaba la razón y tenían que desviar la atención hacia otro lado?

—E-eso es men-mentira —titubeó—. No te lo creerás, ¿verdad? —miró a su padre, suplicante.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Cómo quieres que me crea eso? —la chica se encogió de hombros y pasó su brazo por la espalda de su padre. Dejó caer su cabeza sobre su robusto hombro y sintió que desprendía una gran fuerza y calidez—. De todas formas, le dije a Allensworth que no se preocupara, que nosotros teníamos las pruebas suficientes para demostrar que tú dices la verdad. No me gusta actuar así, pero no había otra elección —y, por último, añadió—: Es un gilipollas.

Bierley sonrió ligeramente, Jeremy le acarició el cabello, cuando le invadió una sensación nostálgica. Carrie lo había tenido así de suave.

—Por eso necesito que imprimas los tweets —Bierley pegó un salto y le dirigió una mirada incrédula.

—¿Cómo sabes lo de...? —se quedó sin habla, ¿se había metido en sus cosas?— ¿Me has...?

—No, Dios, Bierley —se llevó las manos a los muslos, produciendo un chasquido—. Los vi por casualidad, la misma noche que decidiste contarme lo que te pasaba.

—Y aun así esperaste para que te lo contara —murmuró, comprendiéndolo todo—. Hubiera sido peor si me lo hubieras dicho tú primero, habría sido aún más vergonzoso para mí. —Y, de repente, se echó a sus brazos—. Gracias por tener esa paciencia conmigo —le susurró al oído—. Aunque eso no significa que vaya a contarte cada una de mis experiencias personales —Jeremy sonrió un poco.

Tras despegarse, Bierley se dirigió al despacho de su padre, que la siguió. Ella se acomodó en la silla negra, abrió el portátil y lo inició. Jeremy esperaba a su lado, mientras miraba por la ventana la tranquilidad del barrio. No había nadie por la calle, solo la noche sumergida en el cielo, las luces de las farolas y de las casas vecinas sobre un brillante césped.

Jeremy ya había visto los mensajes aberrantes que iban dirigidos a su hija, pero Bierley no se sentía del todo preparada para presenciar la reacción de su padre. Todavía era algo vergonzoso, a pesar de todo lo que le había confesado.

Comprobó que no había nuevas interacciones, por una parte se sintió aliviada pero, por la otra, sorprendida. Se esperaba algo como «chivata» y más insultos.

—Hasta... —dijo en voz baja, mientras fue bajando con la flecha del teclado— donde quieras.

Había muchas cosas. La mayoría escritas por el «Anonymous», otras por Sarah, Emma o Harry. También había otras personas que habían intervenido en la conversación dando su repulsiva opinión, como si entendieran algo.

—Todo se arreglará —Jeremy se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, no se lo dijo a modo de consuelo, sino como una firme afirmación.

Una afirmación muy segura.

II

El fin de semana fue dedicado plena y exclusivamente para Bierley, porque era su cumpleaños. El sábado por la mañana, bien temprano,

ambos pasearon por Circular Quay y tomaron un copioso desayuno en uno de los cafés. Cuando terminaron, fueron a la zona de Glebe, donde se montaba un mercadillo todos los sábados desde las diez hasta la cuatro de la tarde, allí había baratijas, vestidos, libros de segunda mano —de los que Bierley se llevó unos cuantos—, muebles, bisutería, objetos de artesanía... A la hora de comer se dirigieron a Potts Point, donde comieron en un restaurante japonés.

Más tarde, Jeremy y Bierley se encaminaron al State Theatre para presenciar el *Sydney Film Festival*, un teatro antiguo que se encontraba en el centro de Sídney. Al principio, tuvieron que esperar en una larga cola, para entrar antes de poder pasear por la alfombra roja, junto al photocall, donde muchos famosos —aunque no demasiado conocidos— posaban con sus elegantes trajes y vestidos para hacerse fotos o ser entrevistados.

Era un teatro que dejó la boca abierta a Bierley, era la primera vez que lo contemplaba con sus propios ojos. Miles de asientos rojos, la calidez de las luces que desprendían cada una de las lámparas junto a la central, de araña, con una decoración exquisita y detallista en las paredes y el techo.

Al principio, solo escucharon varios discursos del director del festival, organizadores y, por último, el director de la película que iban a ver esa noche. *Solo un humano*, una extraña película que trataba sobre la posesión de un ángel en un ser humano, pero no era la típica película sobre posesiones demoniacas en las que insultaban y el recipiente se volvía destructivo, sino al revés. El joven, que desde el principio no había sido muy bueno, empezaba a cambiar... hasta que terminaba autodestruyéndose. En ese momento, Bierley solo pudo agarrarse los brazos con fuerza.

Cuando finalizó la película, pasearon por Circular Quay y la Opera House, contemplando el anochecer mientras tomaban un helado. Todo marchaba tranquilamente hasta que, a lo lejos, Jeremy contempló una figura extrañamente conocida que estaba agachada en el suelo. Como si se encontrara mal.

—Harry... —Murmuró. Bierley que lo había escuchado, trató de pararlo.

—No, déjalo —le agarró del brazo, intentándolo llevar en dirección contraria, fue complicado porque Jeremy le duplicaba el tamaño, aun así aplacó su furia con esa madurez adulta. No quería fastidiarle aquel fantástico día a su hija por ese imbécil, pero por otra parte no podía dejar de pensar en lo que le había dicho, y que, para colmo, estuviera

viviendo en la misma casa que Carrie. Ella todavía no sabía nada de eso, Bierley lo había hablado con su padre, esperaría unos días antes de volver a verla para contárselo.

El domingo fue más o menos igual, salvo porque fueron a restaurantes distintos y visitaron el centro comercial Westfield, junto a Hyde Park; la playa de Bondi... Cuando llegaron a su casa, ya anochecido, Bierley estaba hecha polvo y se fue a la cama temprano porque las largas caminatas producidas durante todo el fin de semana le habían pasado factura a sus músculos. No fue hasta el momento en el que estuvo en medio de la oscuridad intentando dormirse, en el que pensó que el día siguiente era lunes y tenía que enfrentarse a la cruel realidad. Su paraíso no había tardado en desvanecerse.

III

Cuando el frío viento chocó contra el rostro de Bierley y sus cabellos lanzaban estocadas a sus ojos azules, todavía no podía creerse que estuviera en el aparcamiento del instituto. Un gran nudo se le extendía desde el estómago hasta la garganta, impidiéndole articular palabra. Sus brazos y piernas estaban agarrotados como si fueran de porcelana y temiera moverse por si se rompían. El aire le faltaba en los pulmones y respiraba por la boca repitiendo mentalmente: «No pasará nada, no pasará nada, no pasará nada...».

128

Su padre le hizo una seña a modo de saludo a través de las ventanas relucientes del coche, le había dicho que iría a recogerla en cuanto ella le enviara un mensaje antes de salir. Solo había asentido a modo de entendimiento, no podía quitarse de la cabeza lo que había pasado el día anterior. Se había sentido como una niña pequeña cruzando los caóticos pasillos al lado de su padre, eran un remolino de voces, una gran gama de colores estrellándose contra sus ojos, y una especie de melodía ruidosa que unía las pisadas y el cerrar de las puertas y las taquillas hasta que el timbre puso el toque final. Minutos después, todo estaba desértico. Solo el *tic-tac* del reloj rompía el silencio.

La habían mirado, pero tratando de ser discretos. Estaba con su padre.

—¿Y bien? —Bierley aterrizó en el despacho del director, dejando atrás su hilo de pensamientos. Su padre no dijo nada, simplemente sacó del interior de su chaqueta los papeles, un poco doblados, y se los lanzó a Allensworth en la mesa.

Dudó un poco a la hora de cogerlos, pero estiró el papel y prestó atención a lo que leía. Bierley seguía atentamente el movimiento de sus ojos, con nerviosismo, ¿qué más daba que Allensworth viera eso si probablemente ya lo había visto la ciudad entera? Debía de quitarse esa pesada sensación del cuerpo, no le servía para nada. Bochorno.

Cuando terminó de leer le tendió los papeles a Jeremy y asintió con la cabeza:

—No me cabe la menor duda —reconoció, finalmente, con cierta crispación por no llevar la razón—. Aun así —meditó un poco—, esos alumnos que me dijeron todo lo contrario, también debo concederles cierta...

—Esos alumnos mentían, quizá esos alumnos son los mismos que ves impresos en el papel —se había adelantado Jeremy—. No hay que ser un genio para saber quiénes son: Sarah Brummer, ella era amiga de Bierley, supuestamente, claro. Su prima Emma, o... Harry Atkins —escupió este último con desprecio—. Y podría seguir toda la mañana.

—No me cabe duda —volvió a repetir Allensworth—. Retiraré la falta de su expediente y mañana mismo podrá reincorporarse a las clases —«reincorporarse a las clases», resonó en la cabeza de Bierley en un eco profundo—. Con el resto... —se escucharon un par de toques contra la puerta y el director interrumpió sus propias palabras para decir—: Adelante.

Unos cabellos largos dieron preludeo al rostro de Bradley, que asomó la cabeza y se quedó petrificado cuando observó al padre de Bierley y, después, a ella. No los esperaba allí, se sintió mal por haber mentido. Él fue el primero en apartar la mirada para posarla sobre el director y deshacerse de esa acusación que él imaginaba en sus caras.

—¿Qué deseas? —preguntó Allensworth, que en aquellos instantes se había olvidado del nombre del alumno.

—Mmm —dudó, abriendo un poco más la puerta, sin dejar de estirar las asas de la cartera que colgaba sobre sus hombros con inquietud—, solo... necesito decirle una cosa. —Se produjo un largo silencio—. A solas —añadió, intentando alzar las comisuras de sus labios en una sonrisa que no se trazó.

El director Allensworth se levantó con cierta dificultad, dando un largo suspiro de resignación, y salió fuera de su despacho, dejando a Jeremy y Bierley solos. Ambos intercambiaron una mirada dubitativa y en el rostro de Jeremy se pudo predecir la pregunta.

—Bradley no... —antes de que Bierley pudiera acabar la frase, Allensworth volvió a entrar en la estancia.

—Qué cosas —murmuró para sí mismo, después se dio cuenta de la presencia de ambos, como si se hubiera olvidado de que estaban ahí—. Como le iba diciendo, yo me encargaré de que los chicos reciban el castigo merecido.

«Ojalá» pensó Bierley, volviendo a la realidad, todavía parada en el aparcamiento del instituto. Pero lo que menos le preocupaba era el castigo que pudieran recibir, lo que más le preocupaba era si decidían vengarse, si ella estaría segura en una situación así. No podía esconderse eternamente tras las espaldas de su padre, pero un día más en su casa habría sido una de las mejores bendiciones. «Tienes que ser fuerte».

Cogió aire por enésima vez y empezó a caminar, primero despacio, con los pasos cortos alargando su entrada al centro; pero, entonces, notó las miradas de la gente. «No, por favor, no». Y aumentó el ritmo de sus piernas, cruzaría los pasillos como un fantasma, igual que cualquier otro día. Se sentaría y aguantaría lo que le echaran. Sin embargo, eso no estaba en su mano. Al entrar, todos se quedaron mirando como si en su lugar hubiera estallado una bomba. Unos bajaban rápidamente la cabeza, otros seguían mirando, también los había que lo intentarían con disimulo. A esas alturas, a Bierley no se le escapaba nada. En esos momentos deseó estar bajo las sábanas de su cama.

—¡Bierley! —creyó escuchar entre el gentío, y no pudo más que maldecirse: «Mierda, mierda, sigue adelante y no vuelvas la vista atrás». Bajó la cabeza y siguió caminando lo más rápido posible al aula de Historia.

Cuando casi creía estar a salvo, una mano se posó sobre su hombro. Se dio la vuelta lentamente.

—¡Ni que hubieras visto un fantasma! —exclamó Bradley, la joven titubeó al mirarle: se suponía que ella era el fantasma. El chico siguió hablando—. Mira... yo... sé que te puede parecer algo descarado dadas las alturas, pero...

—Voy a llegar tarde —indicó Bierley, entrando en el aula y dejando a Bradley con la palabra en la boca. No le apetecía saber lo que iba a decirle.

—Lo siento —articuló, casi en un susurro.

Bierley, para contrariedad de sus deseos, lo oyó. Pero no lo escuchó.

IV

Las primeras horas marcharon mejor de lo previsto. Nadie decía nada. Solo notaba ciertas miradas curiosas, era igual que siempre salvo que nadie la molestaba. Charlotte no estaba, Sarah Brummer tampoco, al igual que su prima Emma o Harry. Y cuando cogió el borrador que se le había caído a la chica de delante, esta le dio las gracias. Bierley se sorprendió, si hubiera ocurrido eso la semana pasada, su compañera ni se habría dado la vuelta para recogerlo. Hasta lo hubiera tirado a la basura como si tuviera la peste. Aun así, no se sentía feliz, ahora ellos tenían el miedo que ella había experimentado. Tenía la sensación de que eran solo actores y que actuaban según el papel que les dictaba la situación. En otras palabras: farsantes.

Era cierto que su cuerpo se había relajado y su mente estaba aliviada del eterno tormento de no dejar de pensar en lo que pasaría después. Había pasado dos de las cuatro pruebas: la entrada y parte de las clases. Solo le faltaba por completar el descanso y la salida. Que sintiera que aquello seguía siendo una prueba tampoco era del todo bueno, pero por algo se empezaba. Y el descanso se iba a dar en: «3, 2, 1 y...».

El timbre sonó, burlesco.

Bierley se entretuvo mucho mientras metía el portaminas y los bolígrafos en el estuche. Después, guardó el libro, sus hojas y el estuche en la mochila.

—Vamos —apremió el profesor, esperando en la puerta.

Se colocó la mochila y salió a afrontarse a su caos personal. El descanso, a diferencia para todos los jóvenes que no se encontraban en su situación, era una maldición. Una forma más de pasarlo mal y torturarlo. Porque no tenía amigos, no tenía a la ahora zorra de Charlotte, ni al suicida de Jason. No tenía amistad. No conocía la amistad. Sonrió con amargura, ¿y ahora? ¿Qué iba a hacer? ¿Ir a la biblioteca y sentarse a leer mientras pasaba el tiempo? Sí, esa parecía la mejor opción posible. Los libros ahora eran sus únicos amigos. Al menos, ellos eran fieles; pero antes tenía que hacerle una visita al baño.

De camino, se encontró con algo curioso, pronto había dejado de ser el espectáculo para pasar a ser algo secundario. La cafetería estaba

repleta de gente, como de costumbre, pero esta vez la gente formaba una especie de círculo, el que se creaba siempre que había una pelea. Por mera curiosidad fue a comprobar qué era lo que pasaba. Todavía era lo suficientemente humana para no poder reprimir esa cualidad. Se abrió paso entre la gente, entre sus ropas ásperas y suaves, entre sus aromas y sudoración, entre sus cuerpos cálidos y fríos... Hasta que chocó contra alguien más grande que ella.

—Oh, lo siento —se disculpó, sin mirar arriba.

—¡Bierley! —se sorprendió Bradley, con un tono más amigable de lo normal, como si esa barrera silenciosa que habían levantado durante meses no tuviera nada que ver con él. La joven solo pudo maldecirse interiormente, su curiosidad se había esfumado—. Espera, no te vayas —y le cogió del brazo, ella no pudo reprimir un débil: «¡Ay!»; le había sujetado donde tenía todavía los cortes.

—Bradley —nombró una voz que para ella sonó extrañamente familiar. Tan, tan familiar... como si estuviera escuchando a Jason.

Bierley se deshizo de la mano de Bradley, que dejó de insistir, y dio un par de pasos atrás, golpeando su espalda contra algo firme y cálido. Al girar su rostro, sintió como si se hubiera caído desde un segundo piso, toda chispa de respiración desapareció de sus pulmones. Esta vez sí que era una verdadera aparición. Cabello castaño oscuro, ojos verdes que denotaban cansancio, esas pecas que le habían causado tanta gracia.

«Una, dos, tres, cuatro, cinco... ¿Regan McNeil?»

CAPÍTULO 12

El pájaro que caía y caía

«El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.»

—William Shakespeare

I

Christian.

Christian Ambler.

Sí, Christian Ambler si sus ojos no se equivocaban. ¿Qué hacía allí? ¿Qué demonios se suponía que hacía en el instituto?

133

«Claro», pensó al instante, entendiendo todo el barullo que se había creado. ¿Ahora todos eran grandes amigos de Christian? ¿Ahora todos se alegraban por verle de nuevo? No iba negar que su paso por el instituto no fuera con mala reputación, aunque tampoco había sido el chico más popular... hasta la muerte de Jason. «Imbéciles, falsos, gilipollas...».

Salió corriendo, apartando todo lo que se le ponía por delante, hasta había empujado al propio Christian con todas sus fuerzas. No lo soportaba, todavía no podía aguantarlo, había visto la acusación en sus ojos.

Solo había un tramo de pocos metros desde la cafetería hasta los baños, pero su frente sudaba como si hubiera corrido una maratón. Abrió un grifo y dejó que el agua se escurriera entre sus dedos y cara. Después, se metió en uno de los baños, cubrió sus necesidades y se sentó sobre la tapa. Para pensar. Pero no podía. Se suponía que ella era la que iba a elegir si verlo o no. El destino, casualidad, azar, futuro, o como sea que lo llamaran, no dependía completamente de ella. De hecho, se había reído en su cara.

Pasó todo el descanso metida allí, para evitarse algún encontronazo. Todavía no estaba preparada. Necesitaba... adaptarse a la idea. Necesitaba pensar qué le diría. Tenía que comportarse de dos maneras diferentes. Para él, ella era dos chicas muy diferentes: Bierley Tarter; ex novia de su hermano pequeño, su perdición, egoísta, ambiciosa y petulante. Y luego se encontraba Carrie; insegura pero abierta, divertida, dulce, no buscaba agradarle. A la primera apenas podía mirarle a la cara, a la segunda... a la segunda necesitaba mirarle a la cara.

Cuando el timbre sonó de nuevo, Bierley exhaló un suspiro y se dirigió a su siguiente clase, sin parar de mirar a todas partes, con el temor de volver a chocarse contra él, cosa que no llegó a suceder porque llegó sana y salva al aula de Economía. El profesor tardó un poco en llegar y enseguida se puso a dar su clase, cuando minutos después se hubo presentado Charlotte. No se atrevió a mirar a Bierley.

El día volvió a transcurrir con una normalidad inquietante. Hasta última hora. La hora de tutoría.

El orientador, un tipo joven de unos treinta y cinco años, comenzó a hablar a la clase sobre el ingreso a la universidad, los estudios universitarios, resolver las dudas, o cualquier otro asunto... No quedaba tanto como parecía para acabar el curso, sin embargo, Bierley no escuchó la información. No estaba interesada en un futuro tan lejano, antes hubiera deseado estudiar algún idioma, se le daban bastante bien. Pero no estaba segura si acabaría el curso limpia, después de todo sus notas habían caído en picado y tenía tres asignaturas casi suspensas.

Se limitó a mirar por la ventana, contemplando el patio despejado desde el segundo piso y, luego, los montículos de nubes flotando sobre el cielo —intentando darles forma— avanzando con lentitud, ¿dónde acabarían su viaje?

Bierley regresó a la clase cuando mochilas y estuches empezaron a cerrarse, la clase estaba a punto de acabar.

«Prueba superada.» Respuesta incorrecta. Alguien llamó a la puerta de su clase.

—¿Se puede? —preguntó la voz, entreabriendo la puerta para dejarse ver.

—Oh, Christian, por supuesto —contestó el orientador con sorpresa y satisfacción—. Estábamos acabando —dirigió una agresiva mirada

cuando la gente ya estaba de pie, dispuesta a marcharse—. Sentaos, todavía queda algo por decir —ordenó firmemente. Los alumnos solo hicieron otra cosa que obedecer.

Bierley se desparramó sobre la silla, con fastidio, produciendo un chirrido que llamó la atención de todas las miradas. Incluida la de Christian. Lo miró de reojo y tragó saliva, trató de concentrar su atención en otro punto, cualquier cosa; sus manos, la ventana, el movimiento de los cordones del chico de delante con un tic impaciente.

—Espérame fuera unos minutos, ahora después te atiendo. Un placer tenerte por aquí —Christian asintió y cerró la puerta.

El orientador se volvió hacia la clase entera, alzando su voz, prominente:

—Debido al desagradable incidente ocurrido hace unos días —«meses», puntualizó Bierley mentalmente, aterrorizada— nos vemos obligados a tomar las medidas adecuadas para solucionarlo —la joven se agarró a la mesa con fuerza—. Ahora, todos y cada uno de vosotros os disculparéis con vuestra compañera, Bierley —«Mierda, mierda, mierda. No, no, no»—. ¿De acuerdo?

¿De verdad iba en serio? ¿De verdad pretendía que se disculparan como si fuera un padre ordenándole a su hijo sentirse arrepentido por algo que había hecho? A Bierley le pareció ridículo. Muy bochornoso. ¿No era, acaso, suficiente tortura por la que ya había pasado que ahora tuviera que aguantar todas esas disculpas forzadas y artificiales?

—¿A qué estáis esperando? —instó el orientador.

Acto seguido, la gente se levantó, entre murmullos. Bierley se había quedado fija en su asiento, no podía moverse. Lo único que sentía era su corazón latiendo muy fuerte cuando se acercaron a ella, dudando, mostrando una máscara apesadumbrada. La primera fue la chica a la que le había devuelto el borrador.

—Lo siento.

—Nada —murmuró Bierley, con la vista fija en un pequeño rasguño que tenía la mesa «C y B». La chica se largó rápidamente.

A cada disculpa, a cada voz que expulsaba un «Lo siento», el calor del cuerpo de Bierley iba en aumento. Sonrisas fingidas, miradas de lástima, voces débiles, palabras de aliento... las sentía como una detonación en el pecho. Como un cuchillo desgarrando su piel y sus músculos, dejando solo los huesos esparcidos por el suelo.

—Lo siento —dijo Bradley—. Pero lo mío ya lo sabes. Si necesitas ayuda no dudes en decírmelo —«¡La necesitaba! ¡La necesitaba antes de que tú decidieras dármela!» quiso gritarle.

—Lo siento —repitió Charlotte.

—Largo.

Se dio media vuelta, pero se volvió de nuevo hacia ella, iba a añadir algo más.

—Estoy para lo que ne... —sus palabras se desvanecieron.

—No, no lo estuviste.

—Estoy, no lo estuve. Lo siento —dijo, apretando los puños.

—Aprende a diferenciar los tiempos verbales —repuso Bierley, con odio—. Largo. Fuera. Fus, fus. Zas. —Chasqueó los dedos.

«Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento.» Le iba a estallar la cabeza como no pararan. Estaba sudando por todas partes, le caían chorros por la frente y no hacía más que limpiarse con el dorso de la mano, que estaba igual o aún más mojada. Su corazón iba a explotar de un momento a otro. Y sus pulmones exigían cada vez más y más aire. Las suelas chocando contra el suelo, el roce de las pieles contra la ropa, los chasquidos, el tamborileo de una mano sobre la mesa, las exhalaciones, los suspiros, los susurros que sonaban al igual que serpientes... Bierley podía escucharlos a cada uno de ellos como si su oído estuviera amplificado.

El aula empezó a darle vueltas y se llevó las manos al estómago, sentía náuseas. Parecía que tenía una almohada contra la cara porque no podía respirar.

Se levantó de golpe, tirando la silla, con la mano en la boca y corrió lo más rápido que había corrido en su vida esquivando mesas y cuerpos. Al abrir la puerta de golpe sintió como una ráfaga de frío le aplastaba contra la cara. Aun así, las náuseas no habían remitido cuando escuchó la casi inaudible respiración de quien se encontraba a escasos centímetros de ella, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados.

De nuevo, las piernas de Bierley dejaron de responder a sus órdenes y un silencio profundo los ahogaba. Giró su cara a cámara lenta, Christian la estaba mirando con detenimiento, con expresión inquisitiva.

El silencio siguió prolongándose, solo se escuchaba el sonido de la respiración agitada de Bierley y los murmullos dentro de las aulas.

Cuando no aguantó más echó a correr hacia los baños.

—Bierley —exclamó, se le había caído algo al suelo y Christian fue a recogerlo—. Bierley, se te ha caído es... —era una foto, cuando le dio la vuelta sintió un mazazo en el pecho.

II

Cerró la puerta provocando un sonoro estruendo, la golpeó con el puño y apretó la frente contra esta. Le dolían todos los músculos y sentía que se iba ahogar de un momento a otro, se preguntó si esa fue la sensación que tuvo Jason antes de morir.

Después, se giró y se dejó caer al suelo.

Respira, exhala. Respira, exhala. Respira, exhala. Repitió los ejercicios durante varios minutos para calmarse, como lo hacía cuando no podía seguir corriendo en gimnasia por el cansancio. Tras varios minutos, logró calmarse.

137

Cerró los ojos con fuerza.

—Esto no es real, esto no es real —susurró en las profundidades de los baños, con su voz haciendo eco acompañada de algún que otro gotazo proveniente de los lavabos—. No lo es. No lo es. Sigue siendo agosto, Jason está vivo. —Buscó entre sus bolsillos, pero no tenía nada afilado, se había dejado las cosas en la clase—. ¡ESTÁ VIVO! —gritó, golpeando el puño contra la puerta—. Nada de esto es verdad. No sufres acoso. ¡NO TE TRATAN COMO A UNA MIERDA! —volvió a golpear con el puño—. ¡NO TE IGNORAN! —una vez más—. ¡NO TE HUMILLAN! —su mano y brazo empezaron a tornarse de un tono rojizo—. ¡SOLO ES UNA PUTA PESADILLA! —abrió los ojos y se dio cuenta de que seguía en el baño.

Está vez, golpeó sin fuerzas porque las lágrimas calientes se estaban resbalando por sus mejillas.

Hundió la cara en sus rodillas, sin parar de llorar hasta que llegaron los sollozos.

Era verdad. Nunca se acabaría. Nunca. El dolor jamás se marcharía. Jason estaba muerto, la gente la odiaba y esa era la única realidad que existía. Esa sería la única realidad que existiría eternamente para ella.

Nada iba a cambiar. Christian no iba a cambiar, siempre le iba a echar la culpa por lo sucedido. Sus compañeros siempre la mirarían con desprecio. Ella iba a ser siempre infeliz. Así estuvo repitiéndose hasta que se desahogó.

Se lavó la cara para retirar los rastros de lágrimas. Pero se notaba que tenía los ojos rojos e hinchados, cuando lloraba el color de sus ojos se resaltaba aún más. Y, finalmente, decidió volver a la clase para recoger sus cosas y marcharse.

Al abrir la puerta se sorprendió al ver al orientador y, a su lado, sentado en una silla, a Christian hablando.

—Siento interrumpir —musitó Bierley, con la vista clavada en el suelo; no quería que le vieran la cara.

—Oh, pensaba que ya te habías marchado —contestó, levantándose del asiento—. Necesito que te quedes para comentarte una cosa, ¿es demasiada molestia? —«Sí, sí, lo es. Quiero largarme de aquí ya.», miró disimuladamente hacia delante, Christian la observaba—. O te lo puedo decir ahora mismo...

—¡No! —exclamó y después bajó la voz al ver que lo había dicho demasiado alto—. Digo... que prefiero quedarme, no es ninguna molestia. —No le apetecía para nada que Christian se enterara de todo lo que le sucedía, aunque, irónicamente, lo sabía desde la perspectiva de Carrie.

—Bien —volvió a sentarse—. No te importa Christian, que ella espere aquí, ¿verdad? No tardaremos demasiado.

—No —negó con la cabeza—. Para nada.

Bierley caminó hasta su asiento que se encontraba al final y se acomodó, al principio se había quedado fija en el paisaje que le ofrecía la ventana pero luego, cuando miraba disimuladamente hacia Christian, había necesitado otra cosa para dirigir su atención, por lo que sacó sus deberes de matemáticas. Pero los problemas no le salían, se doblaban, giraban, hacían un revoltijo y... señalaban a Christian.

Intentó agudizar el oído para escuchar su conversación.

—¿Estás seguro? —preguntó el orientador—. Es una oportunidad que jamás podrás tener.

—Sí, pero realmente me he dado cuenta de que tengo muchas cosas que resolver... —paró para reflexionar sus siguientes palabras—.

Pensaba que yéndome de aquí las cosas serían diferentes. Pero no. Algunas cosas son inevitables.

—Entiendo —asintió con la cabeza—. Es duro, para todos —y miró a Bierley, Christian también volvió su mirada hacia ella mientras esta dirigía la vista a su cuaderno—. Puedes pasarte mañana y arreglamos todo el papeleo de la universidad.

—Gracias —dijo con voz firme—. Si me permite...

—Oh, sí, sí —se levantó junto con Christian—. Debe de haber sido un vuelo cansado.

—Nos vemos —se despidió—. Adiós, Bierley —de golpe, lanzó la mirada a la puerta, pero ya había desaparecido.

No sabía qué había significado eso exactamente.

Después, Bierley tuvo una charla aburrida con el orientador, sobre sus notas, lo que le gustaría hacer, si se encontraba bien... Ella intentó poner la mejor cara que pudo, hasta sintió ganas de golpearle por cómo había manejado la situación.

Al salir, un frío y oscuro cielo le dio la bienvenida. La calle estaba desértica, todavía quedaban algunos coches aparcados y las luces de las farolas le alumbraban el camino mientras sacaba el móvil de sus pantalones y se disponía a enviar un mensaje a su padre para que fuera a recogerla.

«Te espero en el aparcamiento», siguió escribiendo «Te quiero.» Hacía tiempo que no lo decía. Y se sintió bien al hacerlo.

Se sentó sobre uno de los helados y duros hierros de los aparcamientos de las bicis, estaba encogida y se frotaba los brazos. Horas antes había sentido una insolación, y ahora estaba congelada.

Su móvil vibró, aguardando la respuesta de su padre.

«Tardaré un poco en llegar. Ha surgido un problema», leyó al instante. «Tq» ¡Su padre le había escrito Tq!, se echó a reír, aunque su risa no duró demasiado.

—Hola —la sorprendió una voz animada, Bierley se giró.

Era Sarah, acompañada por Emma, Harry y otra chica más, Sophie. Ninguno de los cuatro había aparecido por el instituto aquella mañana. Sarah tenía su habitual sonrisa llena de pecas en contraste con su cabello negro como el azabache, lacio y brillante; su aspecto habría sido

mucho más amenazador si superara el metro sesenta. A su derecha estaba Emma, más seria, y a la izquierda, Sophie, un poco inquieta. Detrás de Emma se encontraba Harry, que parecía cansado y con los ojos surcados por unas profundas ojeras.

—¿Qué...?

—Así que nosotros somos los culpables de tu situación, ¿eh? —cortó Sarah, caminando hacia ella—. Nosotros somos los que te vamos acosando, ¡claro! ¡Tenemos la culpa! —escupió con desprecio—. Serás zorra.

Bierley se puso de pie, se había quedado muda y no sabía qué hacer ni qué decir.

—¿Ahora no dices nada?

—No —al principio sonó débil, pero después se alzó—. No tengo por qué malgastar mis palabras contigo.

—Sí... no vaya a ser que te vayas de la lengua y mandes a suicidarse a alguien —se rio de su propia broma, como también lo hicieron Emma y Harry—. Un consejo, ¿por qué no lo intentas tú? —al ver que Bierley no contestaba, prosiguió—: Si yo fuera tú, tendría ganas de suicidarme. Nadie te quiere. Nadie te habla. Nadie quiere saber nada de ti. En el fondo, estás muerta para todos. Ni siquiera tu amiguita Charlotte te ayuda. Sabes lo que hizo ¿verdad? Se hizo la víctima. Es tan puta como tú. Y luego fue lloriqueando —se llevó la mano a la frente, en una pose dramática.

—¿Todavía sigues igual? Jason... —cuando pronunció ese nombre a Sarah y Harry les cambió la cara completamente— se... ¡suicidó! —sabía cuánto les dolía que le restregaran eso por la cara. Como si les arrastraran el suelo contra el asfalto—. ¿Te lo deletreo para que lo entiendas?

—¡Por tu culpa! —gritó, amarrándole del pelo, se encontraron cara a cara. Una mirada cargada de furia, la otra con un atisbo de miedo. Bierley la empujó para deshacerse de ella, pero en el acto la golpeó en el rostro, perdiendo el equilibrio. En el suelo, se llevó la mano contra la mejilla. Trató de ponerse de pie con la ayuda de los barrotes, pero entonces sintió como algo la cogía del cuello de la camisa y la tiraba hacia atrás con fuerza. Se revolvió, sin conseguir nada.

Era Harry. Después, la agarró del cuello y la lanzó contra el aparcamiento de las bicis con brutalidad. La cara de Bierley se estrelló

contra estos en un sonoro crack. En la cabeza le empezaron a dar pinchazos y lo que eran finas gotas rojas rompiéndose contra el polvoriento pavimento, en su cara era un reguero de sangre.

Su vista se volvió borrosa cuando alguien la cogió de nuevo y la estampó contra el suelo. Esta vez no se resistió. No tenía nada que hacer contra tantas personas lanzándose contra ella... con las patadas hundiéndose contra su cara y estómago.

Dejó de pensar en la realidad. Dejó que su mente se alejara del cuerpo. Dejó de dolerle. Solo recordó las sonrisas de Jason, sus gestos maniáticos, su rostro expresivo que mostraba mil muecas distintas, su risa estridente, su mirada de ojos verdes, su vitalidad, su... vida. Cómo la miró antes de conocerla, cómo la miró después de salvarle la vida, cómo la miró cuando se confesó. Cómo la tomaba de la mano, con firmeza y fuerza, en su palma sudorosa. Cómo le acariciaba la mejilla y la espalda en un cosquilleo que emulaba al roce de una mariposa. Cómo la besaba lentamente, o con avidez. Cómo la rodeaba con sus brazos. Su voz profunda, su aroma a menta u otras veces el apestoso olor a tabaco...

Solo existía eso. Dos pajarillos volando. Libres. Sin jaulas, sin tormentas. Sin sensaciones humanas.

141

Por encima de las nubes.

Como dioses.

III

—¡Bierley! ¡Bierley! —le llamaba una voz, lejana.

Uno de los pájaros fue disparado.

No conseguía distinguir ese rostro, ni siquiera sabría decir si era de noche o de día. Estaba completamente aturdida y llena de sangre por todas partes.

—Lo... siento —atinó a decir.

La mano le despejó el cabello de la frente, la había rodeado con uno de sus brazos para reconfortarla.

—Tranquila, tranquila —dijo, dulcemente—. Voy a buscar ayuda — entonces, el temblor de su cuerpo se hizo más fuerte y el chico solo pudo apretar la mano contra la suya—. Respira, despacio. Sigue

respirando. Vamos, despacio —el pájaro caía en picado, alejándose de las nubes, sus alas no respondían—. Inspira por la nariz y expulsa por la boca —le decía con voz baja y calmada, pero los temblores eran cada vez más fuertes. Caía y caía.

La dejó delicadamente en el suelo sin soltar su otra mano, para sacar su móvil, y fue cuando vio a Charlotte salir del centro.

—¡Charlotte! —gritó con impotencia.

La chica al principio no se dio cuenta de quién la llamaba, pero cuando gritaron su nombre por segunda vez se dio cuenta de que algo malo sucedía. Christian y alguien que estaba en el suelo. Una persona herida.

—Oh, Dios mío —se acercó lo más rápido que pudo—. ¿Qué ha pasado? ¿Christian? —le preguntó, y se horrorizó al ver que la chica del suelo era Bierley—. Oh, Bierley —un nudo le ascendió por garganta—. ¿Q-Qué...? —titubeó, con la respiración agitada.

—Llama a urgencias. Rápido —le instó Christian volviendo a rodear a Bierley con el brazo libre.

El pájaro se había roto. Esparciendo sus plumas contra el suelo, teñidos sus vivos colores en rojo.

CAPÍTULO 13

El poder efímero de las palabras, los hechos
persistentes de las acciones

«Solamente aquellos espíritus verdaderamente valerosos saben la manera de perdonar. Un ser vil no perdona nunca porque no está en su naturaleza.»

—Laurence Sterne

I

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Horas? Tal vez, ¿días? Bierley no tenía ni idea, pero sí sabía la cantidad de sensaciones en que se podían medir todos los acontecimientos.

143

Todo empezaba con una mano, una simple mano, grande y fuerte; una mano que destilaba vida por cada uno de sus poros sujetó la suya, débil y delgada, tan pálida que se le marcaban los caminos de venas. Calidez, sobre todo sintió calidez. Era algo más que un simple contacto, le estrechaba con tanta fuerza que parecía que quería transmitirle toda esa energía. Aunque no solo su mano hacía todo el esfuerzo por mantenerla en vilo, sino también las palabras que no traían ningún significado especial más que el objetivo de tranquilizarla: «Respira, exhala. Despacio. Respira, exhala. Sigue mi ritmo. Calma, tranquila. No pasa nada», estas a su vez entrecrocaban con otras: «Lo siento — llanto—, Bier, oh, por favor, yo... no tengo perdón. Lo siento tanto...» mientras le cogía la otra mano entre sus delgados dedos llenos de anillos y se la llevaba contra la mejilla, empapada por el sudor y las lágrimas.

Después percibió muchas luces de colores de las que no sabía exactamente de dónde procedían, aunque sí estaba segura de que no se trataban de las estrellas, ya que en el cielo de Sidney nunca se percibía ninguna. Eran blancas, azules, rojas... Acompañadas de un incesante pitido y varias voces apresuradas pero a la vez calmadas. Sintió cómo

movían su cuerpo, como si se tratara de una simple marioneta, y la alejaban de ambas manos. Las dos voces protestaban por ello, no querían separarse de ella.

Apreció el movimiento de un lado para otro, acompañada por otra persona desconocida que le colocaba un montón de chismes y, esta vez, ya no veía la oscuridad del cielo, más bien una capa blanca. Y se sentía abochornada. Al terminar el viaje, el movimiento se hizo más fuerte, más voces, más ruidos... hasta volver a estar sola mientras alguien la observaba con gran detenimiento.

Lo siguiente fue otra mano, de nuevo, le intentaban transmitir su fuerza. Pero esta era diferente a la anterior, era más conocida, el tacto era extremadamente familiar porque era su padre. Supo que era él por eso, no por su voz o la manera en que le acariciaba la frente y el cabello. No paraba de repetirle con agotamiento:

«Bierley, ¿quién te ha hecho esto? —y aunque intentara mantener la compostura, se notaba la gran angustia que cargaba en su interior—. Eh —le decía con suavidad—. ¿Quién te lo ha hecho? —volvía a repetir una y otra vez, con extremada paciencia—. No te preocupes, aquí estás bien. —No era del todo cierto, hubiera sido más correcto decir “aquí estás segura”, porque bien no se sentía precisamente.»

144

Tras gran insistencia, repetición y paciencia, Bierley consiguió articular los nombres: «Sa... rah, E-Emma, Harry —le pesaba, le costaba muchísimo hablar; eran como una espina clavada en la garganta, pero al decirlos le inundó un gran alivio, un dolor mitigándose— Sophie.»

No soltó su mano hasta que por fin estuvo dormida.

Más tarde se despertó por otra voz, destrozada, pero fingió seguir dormida.

Era su madre, le dijo un montón de cosas, pero solo se quedó con la principal: «Te quiero». A diferencia de otras personas que la habían traicionado, no se disculpó aunque sí tuviera una parte de culpa; lo agradeció porque no quería que se compadecieran más de ella. Lo único que realmente necesitaba eran demostraciones verdaderas.

No requería de palabras que se podían descomponer, transmutar o hasta disolver. Lo que verdaderamente ansiaba eran las acciones. Y de una vez por todas se dijo a sí misma que dejaría solo de actuar con las palabras, no mucho después se quedó dormida por segunda vez. Soñando cómo una mano le agitaba la rodilla como lo hacía su padre, mientras iba en una extraña camioneta que le hacía bailar a causa de

los baches, la luz del sol le impedía ver bien un paisaje verde, fue a girar el rostro y... se despertó. No recordó nada del sueño.

Abrió con dificultad los parpados, al principio, la iluminación le abrumó hasta que se halló acostumbrada. Solo pudo abrir uno en su totalidad, el otro lo tenía hinchado.

—¡Bierley! —exclamó su padre, levantándose de golpe de la incómoda silla; después se quejó, tenía los músculos molidos de dormir toda la noche allí—. ¿Cómo te encuentras?

La chica tardó un poco en contestar, no sabía realmente cómo se encontraba. Le dolía el cuerpo a horrores, de eso estaba segura, pero esa pregunta no solo era enfocada a su estado físico.

—¿Cómo estoy? —su voz sonaba apagada y todavía le costaba un esfuerzo hablar. Al principio Jeremy no entendió la pregunta, le había sonado como a un reproche. Bierley se apresuró a contestar antes de que le malinterpretara—. Me refiero... a que... ¿qué es lo que... me hicieron?

—Oh, no te preocupes, estarás bien —y le acarició la mejilla—. Solo estarás aquí dos días más, en observación. El médico ha dicho que tienes un par de contusiones a causa de los golpes... aunque te han dado un par de puntos por el golpe en la cabeza. Y dicen... —miró por el rabillo del ojo a Carrie, que estaba durmiendo en otra silla— que has perdido parte de la visión del ojo derecho. Oh, joder —negó con la cabeza, apartándose de ella—, es mi culpa.

—No. No digas eso.

—Si no te hubiera hecho esperar allí...

—Papá, por favor...

—Y menuda idea la mía de hacerte ir al instituto después de lo sucedido. —Bierley volvió a negar, pero su padre continuó con las lamentaciones—. No tenía que haberlo hecho.

—¡Papá! —esta vez sonó más energética que nunca, como si hubiera vuelto a la vida. Eso despertó a Carrie—. Fui porque yo quise, esperé porque yo quise. De hecho, nadie tiene la culpa —también miró a su madre—. Solo... ellos.

Carrie se levantó para dirigirse a su hija.

—¿Cómo te encuentras? —le rozó levemente la mano.

—Supongo que mejor que ayer, al menos no me encuentro en medio de un ataque de ansiedad —pero no lo dijo con desdén o ironía, sino como una broma para romper la tensión del momento. Se forzó a sonreír un poco.

—De acuerdo —juntó las manos en un gesto—, voy a hidratar el cuerpo. ¿Queréis algo?

Ambos negaron con la cabeza, extrañados por su repentina simpatía, mientras Carrie abría la puerta y los dejaba solos de nuevo. Padre e hija cruzaron miradas.

—¿Quién me... encontró? —preguntó Bierley, acariciándose las manos, reviviendo el tacto y la sensación que le había producido al igual que se pueden evocar los recuerdos en la mente.

—Oh, eso, pues... verás. —No sabía cómo empezar a decirlo, teniendo en cuenta las personas que la habían socorrido—. Charlotte fue una de esas personas y también... —Jeremy sonrió, supo que estaba acabando con la paciencia de su hija.

—¡Dilo ya, por favor! —exigió.

—Christian —al principio se quedó como si no supiera realmente quién era—. Christian Ambler —volvió a repetir.

—Sé quién es.

«Así que la mano era de él...» pensó, ahora no solo conocía su voz en profundidad sino en su tacto. Estaba confundida.

—Claro, claro —suspiró, dándose la vuelta para volver a sentarse.

—Mis enemigos son enemigos —murmuró para sí misma.

Su padre no le escuchó porque hubo otro silencio largo hasta que Bierley retomó la palabra de nuevo. Necesitaba mantenerse activa.

—¿Y te dijeron algo?

Asintió con la cabeza.

—Charlotte fue quien me avisó de lo sucedido y se disculpó, me dijo que quería hablar contigo, si tú querías, claro —Bierley asintió, la idea no le hacía demasiada gracia, pero no iba a ser ella quien le quitara la oportunidad de explicarse. El rencor por su traición seguía ahí, pero algo había cambiado en su manera de ver las cosas—. Christian fue

quien te encontró cuando salía de hablar con el director, según me dijo Charlotte, no he hablado con él.

Tampoco le causaba demasiada simpatía, después de todo, se había encarado con su hija tras la muerte de Jason. ¿Podría aquella acción hacer balance con haberla salvado?

—Ninguno de los dos vio quién fue, ya que cuando salieron no había nadie, aunque... —paró unos segundos antes de continuar, entrecerrando los ojos—, creo que Charlotte sabía algo más.

—Ah —respondió Bierley, sin saber qué más añadir.

De nuevo, el manto del silencio los cubrió, dejando solo ser rasgado por el ruido de los aparatos a los que estaba atada. ¿Cómo podían aguardar las personas tanto odio? ¿Lo que había hecho Bierley estaba a la altura del dolor que estaba recibiendo? Apenas recordaba nada de la pelea, pero había algo que sí recordaba muy bien.

La carta que le había escrito Sarah tras la muerte de Jason. Sarah y Jason habían sido muy buenos amigos, no tanto como Bierley y él. Pero sí tenían un alto grado de confianza, por lo que a veces Bierley se había sentido un tanto celosa. Se conocían desde el instituto y conectaban bastante bien. Hasta hubo en cierto momento en el que Sarah le preguntó si Jason y ella eran algo —antes de que empezaran a salir— y lo negó con gran rotundidad. A Sarah le gustaba mucho Jason, al parecer se había insinuado, pero este solo la había rechazado hasta que el propio Jason se sinceró con Bierley. A partir de ese momento, las cosas entre Sarah y Bierley fueron empeorando. Esa amistad compartida con Jason que había sido al principio, terminó resquebrajándose poco a poco, y no podía negarlo, Bierley había alejado a Sarah del territorio.

Por eso, cuando recibió la carta de Sarah tras el suicidio se quedó completamente extrañada. Pero era lista, muy lista. La única intención que había detrás de aquello era que se creyera culpable, aunque sonaba tan sincera en algunas de sus palabras...

«Pensaba que eras mi amiga. Él pensaba que eras su amiga más allá de cualquier sentimiento. Me duele más por él que por mí.

Mil pasillos antes. Mil pasos antes. Mil miradas antes. Habían pasado antes de que nos dirigiéramos una palabra. Hasta ese momento ni siquiera me había quedado con su cara.

¿Sabes? La primera vez que me fijé en él estaba hablando contigo, cómo no. Era el segundo año del instituto. La verdad es que durante los primeros días siempre lo observaba contigo. Solo sentía cierta curiosidad, solo... hasta que faltaste un día y él se sentó a mi lado. Qué raro, ¿verdad? Llevaba todo el maldito mes sentada sola y tuvo que llegar él. ¡Dios, si hasta me acuerdo de que era verano y hacía un calor insoportable!

Por un momento eché a rabiar, ¿por qué coño se tenía que sentar conmigo? ¿Porque se sentía solo? ¡Yo llevaba así desde el comienzo del curso y ~~no había tenido ningún problema!~~ Bueno, eso no es cierto. La gente sobrevalora la compañía y cuando nadie está a tu lado es como si fueras un gato entre perros; todos se lanzan a comerte porque estás solo y débil.

No solo miraban mal, cuchicheaban: «Mírala, está sola» o «Es una estúpida, por eso está sola». No, eso no era cierto. Yo estaba sola porque me había cansado de ser la tercera en discordia de mis amigas, esa a la que llaman cuando las dos están peleadas y es el último recurso, esa que les sigue como si fuera un perro. Pues me cansé.

Las compañías así son una mierda, pero la soledad también lo es, al menos cuando estás rodeado de gente. Para mí, es como elegir entre ver u oír. Necesito ver para leer, para ver las obras de arte. Y necesito escuchar, porque la música es una de las pocas amigas de verdad. El caso es que mientras me debatía entre mi angustia de estar sola para siempre o con compañías que no merecen la pena apareció Jason.

Todo empezó cuando dijo: ¡Insisto, qué calor hace!

No pude evitar reírme, era Harrington, ese profesor loco que repetía hasta la saciedad: «Insisto», «no quiero adelantar acontecimientos» o «esto lo tendríais que saber ya».

149

Y yo solté sin pensar: «Cuarenta y dos veces».

«¿Qué?»

«Cuarenta y dos veces ha repetido *insisto* de lo que llevamos a clase».

A partir de ahí surgió la conversación y al final de la clase antes de que se marchara grité: «Sesenta y cuatro veces».

Él se fue riendo y yo me volví, por unos instantes, a resignar a la soledad. Hasta que pensé: «Qué narices, voy...» Y le seguí, comí con él y conocí a sus amigos Harry, Bradley y Charlotte.

Al día siguiente apareciste tú.

Y volví a creer de nuevo en la amistad. Pensaba, realmente lo pensaba, que eras mi amiga. Confiaba en ti.

En fin, era muy diferente a mis otras supuestas amigas. Aquí sí que me divertía de verdad. Aquí sí que era *algo*. Era como una familia.

Hasta que empecé a tener ciertos sentimientos por Jason. La gente habla muy a la ligera sobre el enamoramiento, no era eso lo que yo sentía, aunque tampoco era el cariño de una amiga. *Atracción, interés...*, llámalo como tú quieras, pero no amor. Porque eso era lo que sentía él por ti.

Y no tardé en darme cuenta, porque cuando me atreví a confesarme él me rechazó por esa razón, él mismo me lo dijo.

150

Todo el mundo le tenemos miedo al NO. Al rechazo. Me atreví, a pesar de los riesgos. Y las cosas comenzaron a ponerse tensas entre nosotros, él no me hablaba, yo no le hablaba, y tú eras su centro de atención.

Envidia. Supongo que lo notaste en mis gestos, en mi mirada o en alguna de mis contestaciones.

¿Por qué tú y no yo? No, no, no. ¿Por qué ya no me trataba como a una amiga? Que sintiera eso por él no me impedía serlo, pero parecía que para Jason no era así.

Me arrepentí de mi decisión.

Con el tiempo volvimos a recobrnarnos, pero tú y yo estábamos cada vez más tensas. ¿Y sabes por qué? Porque Jason me dijo un día, sin la mínima consideración, «¿tú crees que Bierley me aceptaría?», después se mordió la lengua y le dije, restándole la máxima importancia: «Tranquilo, no te preocupes, no siento nada de eso», y añadí: «seguro que te acepta».

En el fondo, lo empujé a que se te confesara porque pensaba que tú no sentías nada por él, salvo amistad. Y si le rechazabas, tal vez me quedaría otra oportunidad.

Otra vez me equivoqué.

Empezasteis vuestra relación, todo perfectamente, y ni se os veía el pelo. Comenzasteis a dejarnos de lado al resto, hasta que llegó la noticia bomba por todo el instituto, aunque yo me enteré antes, por supuesto. Harry me lo contó.

151

La puta de Bierley.

No solo llegó eso, sino las peleas de Jason, las vuestras, el tira y afloja constante que teníais.

Se notaba que Jason sufría y tú ni te dabas cuenta. ¿Sabes la cantidad de veces que vino a mí para contarme vuestros problemas? Seguramente sí, porque eso te ponía de los nervios y me lanzabas esas miradas de odio. Como si yo fuera la culpable de esos rumores. ¿Lo pensabas de verdad? Pues, ¡JÁ! Yo no era. Puedo ser muchas cosas, pero no indiscreta.

Obviamente, por aquel tiempo ya nos habíamos dejado de hablar, después de que hablara por Jason a ti y termináramos discutiendo.

Me contó muchas cosas y, por alguna razón, esos sentimientos casi sumergidos salieron a la superficie. Y yo, como una gilipollas pensando que así era mejor, que si me gustaba realmente no le iba impedir que viviera su propia felicidad. Y su felicidad estaba contigo, ¡con-ti-go! Yo no le iba a privar de su libertad, no iba a hacerlo con el pensamiento egoísta de que me pertenecía porque no era cierto, en cambio, tú sí lo pensabas. Y por mucho recelo que te tuviera, lo aceptaba. Le decía ese tipo de cosas como: «No te preocupes, ya se le pasará», «Seguro que no piensa así», «Hablad las cosas tranquilamente»...

152

Hasta que mi paciencia se colmó. Un día le negué el consuelo.

Es difícil aparentar todo el tiempo lo que sientes, guardarte esos sentimientos tan adentro: el amor que se convierte en odio.

Y volví a sentirme igual, me sentí utilizada por Jason como aquellas amigas que tuve que me llamaban solo cuando estaban peleadas. En el fondo, Jason se sentó a mi lado porque se sentía solo, no porque quisiera ser mi amigo. Es curioso, las relaciones tienden a surgir de sentimientos egoístas.

A los amigos no se les hace eso. Tal vez, si en ningún momento hubierais salido, todos seguiríamos aquí, siendo amigos.

Una familia.

Sarah.»

—Bierley —la llamó su padre, sacándola de su ensimismamiento.

—Dime.

—¿Hay algo más que quieras contarme?

La joven se quedó extrañada por la pregunta, no tardó en contestar, justo cuando su madre volvía a la habitación.

—No.

Mentía.

II

El día pasó con la máxima tranquilidad que podía existir en la habitación de una adolescente con padres separados. Al principio, los tres habían puesto su atención en la televisión como si en ese espacio solo existieran ellos y el aparato; pero la incomodidad se hizo más que aparente cuando lo que veían se convertía en una estúpida comedia romántica pasando a un segundo plan. «Díselo tú» murmuró Carrie, creyendo que su hija no le había escuchado. A lo que Jeremy contestó algo como «Siempre soy yo». «Por eso, se molestará menos si se lo dices tú».

—¿Queréis decírmelo de una vez? —interrumpió Bierley, todavía mirando la televisión.

Ambos volvieron la vista hacia su hija y después cruzaron miradas entre ellos, Carrie perdió el combate y se levantó del asiento para acercarse a Bierley, tratándole de dar más proximidad.

—Verás —se secó las palmas llenas de sudor en los pantalones, y después las unió, era muy característico de ella realizar aquellos gestos.

Sobre todo cuando estaba nerviosa—. Denunciamos a tus agresores — soltó de sopetón, Jeremy bajó la cabeza, suspiró y se pasó la mano por el cabello. También era muy característico de ella tener poco tacto al decir las cosas.

—¿Qué?! —exclamó la joven con incredulidad, pasando a una mueca de indignación en el rostro para dirigirse a su padre—. ¡Dijiste que contarías conmigo!

—Por eso te lo estamos diciendo ahora.

—Después de poner la denuncia, claro.

—Esto no podía quedarse así, era o presentarme en la casa de esos y armarles un escándalo, o denunciarlos —repuso Carrie.

—¡Te han agredido! ¡Te han dejado secuelas para toda la vida!

Bierley no dijo nada, era cierto. No volvería a ver igual con su ojo derecho, le quedaría una cicatriz en la cabeza que fácilmente se podría esconder tras su mata de cabello castaño. Pero, ¿y el pánico que ahora sentía? ¿El miedo? Eso podía ser peor que cualquier herida física.

—No puedes dejar que te sigan asustando de esa manera. De hecho, yo no voy a permitirlo —siguió su madre.

—¡Tal vez tú tengas algo de culpa en todo eso! —gritó Bierley, Carrie no se movió ni un centímetro.

Silencio.

—Hace un momento has dicho que prometí contar contigo —habló Jeremy, al cabo de un rato—. Pero ¿y tú? ¿Qué me dices de los cortes que tienes en los brazos?

Bierley, en un acto reflejo se llevó las manos a las heridas.

—El médico me ha dicho que esos cortes no te los hicieron ellos. Que ya estaban antes —lo dijo con voz tranquila aunque se notaba un deje de enfado—. ¿Qué me dices de eso?

—¡Y darte cuenta ahora! —exclamó Carrie, encarándose hacia Jeremy.

—¿Qué? ¿Te has dado cuenta tú antes? —se levantó indignado—. Porque que yo sepa no sabías nada de lo que estaba pasando hasta hace... ¿cuatro o cinco días?

—Pero tú pasas el día entero con ella, no puedes comparar...

—Claro, y tú en lugar de tener un poco de tiempo para ella, te pasas el día con su agresor.

—Vayamos fuera.

Y aunque se salieran de la estancia, Bierley todavía seguía escuchándolos. Volvió a concentrarse en la película, la protagonista estaba llorando en el regazo del chico porque su padre se había muerto. «Qué bodrio», pensó asqueada, sin darse cuenta de que tenía algunas lágrimas deslizándose por su rostro hasta que se secaron. Ahora venía la escena en la que se besaban, a escasos centímetros el uno del otro, unían sus labios y una puerta se abría. Pero no era en la película.

—¿Ya habéis resultado vuestras diferencias? —preguntó Bierley—. Recordad que solo tenéis que mantener la compostura otro día más, no es tan difícil ¿no?

—Sí —afirmó esa voz—. No se les ve precisamente acaramelados.

Bierley giró el rostro con sorpresa. Era Christian. Allí estaba, frente a ella, con una camisa verde de cuadros y unos pantalones oscuros, con las manos en los bolsillos. Se le hizo más alto que la última vez que lo había visto, conscientemente. También lo notaba bastante cansado por los dos pozos negros que rodeaban sus ojos verdes.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, quedándose plantado a unos cuantos pasos de su cama.

—Eh... si lo preguntas por cortesía mejor no lo hagas —contestó con brusquedad—. Estoy postrada en una cama, tengo el ojo hinchado y el cuerpo magullado. Es bastante evidente cuál es mi estado.

—Me olvidaba de que siempre habías sido así de simpática —repuso Christian en tono sarcástico mientras observaba la habitación—. Además de autocompasiva.

—No pretendas que sea amable con una persona que me llamó puta y me echó la culpa de algo que yo no la tenía —no, no, no. No le estaba yendo nada bien. Estaba en una encrucijada, no podía olvidar el pasado pero tampoco podía pasar por alto que era el misma que le había ayudado. Quería perdonarle, pero... ¿y si él no? ¿y si solo estaba ahí para ver su deplorable estado? ¿Se hubiera sentido satisfecho si le hubiera ocurrido meses antes?—, solo porque ayer me ayudaras y pensaras que estabas haciendo la mayor obra de caridad a la sociedad. No estoy en mis plenas facultades físicas, pero sí mentales. Todavía me queda algo de dignidad, si era eso lo que venías a quitarme.

Ahora venía la escena del sexo. Los protagonistas se estaban desnudando con lentitud, dejando sus pieles al descubierto en una habitación oscura cubriéndose a besos y acariciándose con pasión.

—De nada, Bierley —respondió con crispación—. De nuevo, gracias por demostrarme que sigues siendo una niñaata.

Llegaron los gemidos de satisfacción. Las manos apretándose contra la carne.

—Que te den —sonó tal cual, opaca.

—Solo venía a disculparme. Solo venía a decirte cuán equivocado estaba con respecto a las últimas veces que hablamos —y añadió, dándose la vuelta, dispuesto a marcharse—: Pero no lo estaba tanto ¿no?

—Yo... —no le salían las palabras, ¿y ahora qué iba a decir?—, por favor, apaga la tele.

Se dio la vuelta con vehemencia, dando unos sonoros pasos y pulsó el botón de apagado.

—¿Contenta? —preguntó con ironía—. Te has perdido la mejor escena.

Y dio un portazo violento antes de salir.

—Bien. Bien. Y bien —se maldijo en voz alta—. Eres estúpida —golpeó el colchón con las fuerzas que le quedaban.

«Te salva la vida. Viene a disculparse y tú solo sabes decir gilipolleces. Tanto tú como él tenéis la culpa. Un intercambio de disculpas habría sido suficiente.»

Pero la sombra del miedo todavía seguía cerniéndose sobre ella.

III

En aquel día y el siguiente recibió un par de visitas más. Su tío Henry con sus dos pequeñas hijas de cuatro y seis años. Su abuela materna que solo echaba miradas de odio hacia Jeremy, Bierley nunca le había tenido demasiado aprecio, aunque agradecía el gesto. Ambas se parecían mucho en la forma del rostro y los ojos. Además del doctor, que decía que en esa tarde podría marcharse sin problemas, aunque tendría que hacerle un pequeño reconocimiento y después la liberaría.

También tuvo que tragarse la asquerosa comida del hospital que su padre le daba cual niña pequeña manoteando y cerrando la boca. Y

otras cuantas películas basura, aunque, en esa ocasión, eran solo de acción. Tampoco volvió a salir el tema de la denuncia y sus padres estuvieron más callados de lo normal, leyendo o mirando cualquier cosa en el móvil. En conclusión, haciendo todo lo posible para ignorarse el uno al otro.

En uno de esos momentos alguien tocó la puerta y dejó descubrir sus ondulados mechones rubio rojizo.

—¿Se puede? —preguntó con timidez.

Jeremy miró a Bierley y esta le dio un gesto de asentimiento.

—Adelante.

Iba vestida con un conjunto, unos pantalones cortos azules de estilo vintage y una camisa blanca y ancha con el cuerpo a delgadas rayas azules oscuras por debajo de los pantalones, con unas sandalias rojas. De su hombro derecho colgaba un pequeño bolso también rojo. Y, como siempre, llevaba muchos complementos; en el cuello un extraño colgante con perlas rojas en forma de cereza en dos vueltas, su mano estaba repleta de pulseras y un grueso reloj dorado, que le vendría dos dedos grande.

—¿Podéis dejarnos a solas? —pidió Bierley a sus padres. Estos asintieron, incómodos, y dejaron la estancia.

Iba a escucharla, no pretendía cometer el mismo error que con Christian, le daría una oportunidad. Charlotte dudó un poco antes de acercarse a ella y, en un último momento, se sentó en la silla que había a su lado.

—Bueno... —empezó, mirándose sus pequeñas uñas rojas—. Solo quería decirte cuánto lo siento, otra vez —levantó la cabeza, al ver que Bierley no decía nada, continuó—. Puede sonarte falso, pero lo digo completamente en serio. Yo... —no sabía cómo explicarse, todo cuanto dijera no era comparado por lo que había pasado su amiga— no sabía qué hacer. No sabía qué hacer. Tenía miedo. Sé que he sido egoísta y rastrera, y que probablemente no me merezca el perdón. Pero realmente no me comporté como debería, fui cobarde y te abandoné. Tenía miedo de que a mí me hicieran lo mismo y... —tragó saliva.

—¿Y?

—Dios —exhaló—. No tengo excusa. Aunque hay algo que no sabes.

Bierley la miró interrogante.

—Cuando empezó todo este asunto, Sarah también me acosó. Me solían molestar con llamadas telefónicas, al principio, sin número. Por eso tenía el móvil apagado siempre. Y después, llegaron los mensajes con los insultos y yo solo les pedía que me dejaran en paz —su vista se perdió en un minúsculo punto de la pared—. Accedieron, siempre y cuando dejara de hablarte, así que lo hice. Lo siento —musitó.

Charlotte rebuscó algo en su bolso, su móvil.

—Puedes mirar los mensajes —se lo tendió, mientras se los iba enseñando. No era ninguna mentira lo que le estaba contado.

Cuando terminó, dejó el móvil sobre su regazo mientras continuaba su explicación:

—El caso es que luego, como veían que no hacía nada, la volvieron a tomar conmigo y me dijeron que si no tomaba parte en el asunto... ¿sabes a lo que me refiero? —Bierley asintió, era por lo que estaba postrada en la cama—. Así que hice la estupidez del instituto que fue cuando me pegaste —sonrió un poco—. He de reconocer que eres bastante fuerte.

—Seguro que te dejaré marca de por vida —no lo dijo con rencor.

—Me lo merezco, me lo merezco —repitió mientras asentía—. Todavía hay más, para ellos no era suficiente así que... cuando fuiste al instituto con tu padre para explicar lo del acoso, ellos sabían que estaban atados de pies y manos. Recurrieron a mí, me amenazaron, hasta me estamparon contra la pared y me golpearon —le mostró el moretón que tenía en el brazo derecho, cerca del hombro. También el cardenal de la pierna—. Me dijeron que como no me hiciera la víctima, es decir, que te culpara, no iban a parar —jugueteeó con el móvil—. Así que lo hice. Todo con tal de poder estar tranquila.

Bierley solo asintió ligeramente, reflexionando. ¿Y si ella hubiera sido Charlotte? ¿Y si ella hubiera tenido que decidir entre el acoso y su amiga, qué habría hecho? ¿Se habría escondido o... la habría apoyado? No estaba segura, y menos aun teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba y con el negativo pensamiento de que ya ninguna amistad merecía tanto la pena como para sufrir por ella.

—Cuando te encontré, encontramos, mejor dicho —se corrigió—. Salía de hablar con el director, Christian había estado con él minutos antes hablando sobre no sé qué asunto de la universidad, creo.

—¿Por qué ha vuelto?

—Cuando hablé con él no fue muy concreto. Solo me dijo que quería volver a estar en su casa. Ya sabes, no es muy dado a los detalles — después, preguntó—: ¿Por dónde me había quedado?

—Fuiste a hablar con el director y...

—Ah, sí, ya —alisó su camisa con lentitud—. Hablé con el director y le conté la verdad. Sobre que tú eras realmente la que estaba sufriendo y que... había mentido al respecto por lo que ya te he dicho anteriormente. Entonces salí y allí estaba Christian, agarrándote de la mano en medio de tu ataque de ansiedad. La verdad es que estuvo bastante... ¿cómo decirlo? —trató de buscar la palabra adecuada—. Sereno. No sé, pensaba que me iba a dar otro ataque a mí, pero él estaba ahí, tratando de calmarte.

Bierley hubiera dado cualquier cosa por poder ver la escena en tercera persona.

—De todas formas, alguien ya parecía haberle contado algo al director.

Bierley cayó en la cuenta, fue Bradley, cuando ella y su padre estaban con Allensworth y Bradley los interrumpió. Por eso no quiso decir nada delante de ellos.

159

La traición de Charlotte seguía ahí, sin embargo, el punto de vista era completamente diferente a como lo habría imaginado. No podrían volver a ser amigas como antes, siempre existiría la duda de si iba actuar con la misma cobardía en una situación extrema. Pero eso no quería decir que no pudiera perdonarla, ¿no?

—A-Acepto tus disculpas —tartamudeó, apresurándose a aclarar—: Eso no significa que volvamos a ser amigas. Solo te doy una segunda oportunidad, todos cometemos errores. Yo incluida.

A Charlotte se le iluminó el rostro cual niña pequeña que veía que le habían hecho un regalo.

—No te arrepentirás —le dijo con firmeza—. Estaré para lo que necesites, ¿de acuerdo? Aunque no seamos amigas.

Un silencio les inundó hasta que Charlotte guardó el móvil en el bolso y buscó un paquete de chocolatinas.

—¿Quieres? —le ofreció.

—Sí —cogió el envoltorio rojo que contenía el chocolate—. Estoy harta de la comida del hospital. Necesito mi dosis diaria de chocolate —

después de abrirlo, y a punto de darle un mordico se lo pensó mejor y repuso—: No llevará veneno, ¿verdad?

—Solo cicuta⁴ —respondió Charlotte, riéndose.

⁴ Cicuta: Es un género de plantas de la familia Apiaceae que comprende cuatro especies de plantas muy venenosas, nativas del hemisferio norte. Fue usada por los griegos para quitar la vida a los condenados a pena de muerte, siendo el caso paradigmático la muerte del filósofo Sócrates, que se suicidó con cicuta para evitar tener que cumplir la pena de ostracismo o extrañamiento que le había sido impuesta.

CAPÍTULO 14

El principio de causalidad

«Todos piensan en cambiar el mundo, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo.»

—Alexei Tolstoi

I

Bierley se miró al espejo por primera vez después de tres días. No sabía cuál había sido su estado anterior pero el de ahora le parecía deplorable, su ojo seguía hinchado y todavía mostraba un tono verdoso sin vida, debajo de él su mejilla daba paso a una marca más oscura que la piel con ciertos tiznes rojos, y los labios secos y cortados. En la sien derecha permanecían los puntos cubiertos por una gasa. Le seguía doliendo el cuerpo, no más que su psique.

161

Tras mucho observarse en el espejo, deshizo su coleta dejando desparramar su cabello castaño sobre los hombros. Después, comprobó el tacto de las costras de sus brazos, un gran escalofrío le recorrió el cuerpo y de nuevo sintió cómo perdía las fuerzas.

Volvió a su habitación, dejándose caer en la cama mirando desde lejos la luz que entraba por la ventana, en posición fetal. Levantó un poco la mano y todavía le temblaba. Se quedó así durante horas, sin pensar nada en particular, existiendo como si fuera un simple objeto de decoración; hasta que se quedó sumida en otro profundo y largo sueño.

Sus padres estaban preocupados, Bierley se encerraba en su propio mundo, con la mirada perdida, la boca cerrada y los oídos sordos. Cada vez que querían hablar con ella respecto al tema de la denuncia, desaparecía, ya fuera de forma física o mental. Ni siquiera se había parado a escuchar que Darren había hablado con Carrie, se había disculpado en el lugar de su hijo y se había largado antes de que Harry apareciera ante las narices de su madre. Y cuando Charlotte y Bradley

fueron a visitarla ella se dedicaba a asentir y contestar con monosílabos.

Así pasaron los días... Hasta que la melodía de su móvil la despertó la tarde de un sábado en el que las nubes plomizas viajaban con pausa, el cielo parecía un gran atasco, roto y lleno de vendajes.

Al cabo de diez minutos, Bierley alargó su brazo para coger el móvil de la mesita y lo desbloqueó.

«Hola, ¿cómo te encuentras? Hace una semana que no sé nada de ti. No creas que se me ha olvidado» era un mensaje de Christian.

Bierley estuvo pensando durante largo tiempo qué poner, al final, terminó cayendo en una simplicidad tal como:

«Bien, ¿y tú? ¡Adiós a mi plan!», mintió.

Christian respondió al cabo de cinco minutos.

«No va mal», esa contestación dejaba que decir muchas más cosas, sin embargo, cuando Bierley estuvo tecleando un «¿Por qué?», el joven ya se le había adelantado.

«¿Te viene bien quedar a las nueve?», le preguntó.

¿Y ahora qué iba a decir?, estaba claro que la concepción de Bierley con respecto al encuentro había dado un giro imprevisto tras la paliza y su estancia en el hospital. Por el contrario, si ahora se retractaba podían pasar tres cosas: que Christian siguiera insistiendo, que dejara de hablarle o empezara a sospechar. La última opción no tenía importancia, después de todo, si se encontraban lo terminaría descubriendo y, seguramente, desencadenaría a la segunda teoría. Daba igual qué camino escoger, todo acabaría en el mismo punto. Así que optó por el camino más fácil: la mentira.

«Sí, me va perfecto», hasta se le daba bien disimular un poco de ilusión.

«¿Algún lugar en particular?»

«¿Qué tal en Dawes Point?» esta vez Christian tardó más en responder, a él no le traía buenos recuerdos. Le parecía un escenario donde habían ocurrido muchas cosas, ya fuera con un paisaje dramático o feliz, seguía siendo un lugar más. Lo estaba poniendo a prueba.

«Me parece perfecto», casi se le resbaló el móvil de las manos.

«Vale. 9, Dawes Point»

Se quitó la sábana de encima y se sentó sobre la cama, estaba sudando por todas partes. Tras pasarse la mano por la frente y el cabello se dirigió a la ventana, arrastrando las piernas, los músculos le pesaban. Al abrirla, el día no era de lo más prometedor, hacía más calor fuera que dentro y una tormenta se anunciaba en el cielo.

«Carrie, ¿cómo te van las cosas?», leyó, todavía con el móvil en la mano.

«Bien, ya te lo he dicho», tenía los dedos pegajosos y escurridizos al teclear, trató de secárselos con el pantalón corto del pijama.

«Me refería a si habías tenido algún problema».

«Lo que te tenga que contar ya te lo diré esta noche ;)».

«Está bien».

«Sí», iba a dar por finalizada la conversación hasta que su móvil volvió a parpadear tras bloquearlo.

«¡Espera! ¿Cómo te reconozco?».

«Te reconoceré yo a ti y sin problema ;)» era increíble que con un simple símbolo una persona pudiera aparentar un estado de ánimo diferente, aunque en la realidad se sintiera todo lo contrario.

«Solo quería asegurarme, para tener unos minutos si tengo que salir huyendo o llamar a la policía» trató de avivar la conversación.

«Claro, claro. A ver... llevaré un cartelito con tu nombre».

«En serio».

«¡Déjame darte una sorpresa!», casi parecía que lo decía de verdad.

«Como quieras».

Bierley paró de teclear para pensar si dejar de contestar o plantearle una pregunta, optó por lo segundo.

«Todavía me sigo preguntando qué has visto de interesante en mí» eso era completamente cierto, ¿por qué ayudar a una simple «desconocida»? ¿Tanto había cambiado Christian como para volverse así de altruista?

«Lo descubrirás esta noche», y añadió: «Yo también quiero darte otra sorpresa».

Casi se le atraganta la risa, Christian no era ningún imbécil, estaba jugando a su propio juego.

«Ok».

«Nos vemos», se despidió él.

«Adiós», concluyó Bierley, dejando en el pasado la primera y última conversación más fría que habían tenido desde el tiempo que llevaban hablando, porque presentía que esa iba a ser la última vez que iban a intercambiar sus palabras como Carrie y Christian. Probablemente jamás volvieran a hacerlo como Bierley y Christian.

Bierley no iba a ir.

II

Cuando bajó a la cocina para comer porque la mañana ya se había esfumado, se encontró con su madre y su padre hablando en voz baja y con un tono tranquilo en la sala de estar. Hasta la misma Bierley se sorprendió y se quedó plantada al observar a los dos tan juntos, hacía unos doce años que no los veía hablando de forma tan confidencial. Por un momento le cruzó la extraña idea de cómo sería si volvieran juntos, pero rápidamente la desechó, si se comportaban así era solo por ella.

—Hola —saludó su madre al verla entrar, su padre alzó la mirada muy serio.

—Hola —musitó, como si estuviera en una biblioteca, y fue rumbo a la cocina, antes de que su padre la parara en seco con la simple pronunciación de su nombre. Se giró con cierta irritación.

—Bierley, no podemos seguir perdiendo el tiempo de esta forma —se lo dijo con claridad y firmeza, se atisbaba un poco de enfado en su voz—. Tienes que tomar parte de esto, sino la denuncia no habrá servido para nada.

Realmente no le apetecía hablar del tema, estaba hastiada. Primero que si hablarlo con el director, después tener que demostrar que ella era la víctima, ahora tener que formar parte del proceso, ¿es que no se iba a acabar nunca? Lo único que quería era vivir con la tranquilidad del pasado: salir con sus amigos, divertirse y preocuparse por cosas estúpidas como qué ropa ponerse para una fiesta.

Jeremy movió la cabeza, instando a su hija a articular alguna palabra, al abrir la boca no salió más que el sonido de un timbre cruzando la estancia.

—Voy yo —y salió disparada hacia la puerta, quien quisiera que fuera, le estaba agradecida.

—Hola —saludó con ánimo la persona que se encontraba al otro lado.

Bierley no dijo nada e invitó a pasar a Bradley, este saludó a sus padres con cortesía y la joven le apremió con el brazo para que subiera a su habitación. Mientras subían las escaleras Bierley le comentó:

—Como sigas viniendo todos los días a mi casa mi padre se va a pensar que eres mi novio.

—Creo que le preocupa más que me dejes entrar a tu habitación, y en pijama —Bierley abrió la puerta, no le avergonzaba su pijama, tal vez un poco sí que no tuviera el sujetador encima pero como era azul oscuro dejaba paso a la imaginación—. Te felicito por haber aprendido a hacer oraciones subordinadas.

Pasó detrás de ella y se sentó al lado del camastro donde se había tumbado Bierley.

—¿Hoy no viene Charlotte?

—No —negó, apoyando la espalda en uno de los cojines, acomodándose—. Su madre la ha castigado por todo lo que ha pasado y no se cree que venga a verte todos los días. ¿Se disculpó ella?

—Oh, sí —se llevó la mano a la frente—. Por teléfono —dijo con énfasis—. Como buena gilipollas que es. Y solo con mi padre. He de reconocer que en ese aspecto Charlotte ha sido más madura.

Bradley asintió, abstraído en el cuadro que había en la habitación.

—¿Sabes? —volvió su cabeza para mirarle, dejando caer el brazo—. No hace falta que vengas todos los días a verme solo por... cortesía.

—Si me conoces bien, sabrás que nunca he sido especialmente cortés —le explicó, correspondiéndole la mirada—. Pero eres mi amiga y yo me he comportado como un gilipollas —era cierto que Bierley y Bradley habían dejado de hablar, aun así, Bradley había sido la única persona que se dignaba a saludarle por los pasillos—. Tú eras más amiga mía que Jason.

—Yo —dudó unos instantes, ahora contemplando el techo, blanco, como las emociones inscritas en Bierley durante esos días— me he replanteado el concepto de amistad. No sé si pido un ideal platónico imposible de realizar por un ser humano o estoy en lo cierto... De todas

formas reconozco que hubo un problema de comunicación entre nosotros dos. Un día dejamos de hablar y se acabó.

Bradley asintió, no era la primera vez que ocurría algo así para ninguno. Un día crees que conoces a una persona y con el paso del tiempo parece que solo fueras un simple desconocido con el que nunca habías compartido nada. Te venían a la mente esos recuerdos y terminabas preguntándote si esa persona pensaría igual que tú.

—Por un momento empecé a pensar que tú tenías la culpa, como todos. Si no le hubieras dicho eso, decían —recordó cómo la gente se apartaba de Bierley tras su paso, cuchicheaban y miraban con acusación—. Pero luego lo pensé y él fue quien tomó la decisión, nadie le obligó a hacerlo. Sé que es algo tarde para decirte eso.

—A veces me pregunto qué hubiera pasado si le hubiera dicho otra cosa, ¿qué hubiera pasado si en lugar de soltarle eso le hubiera dicho que lo quería? ¿Lo habría hecho de todas formas? —se preguntó tanto para sí misma como para Bradley, mientras posaba la espalda en el posabrazos—. A lo mejor dijera lo que le dijera se habría suicidado igual.

—¿Entonces estás en contra del principio de causalidad?

—Bueno... Podría ser por la costumbre de ver que una acción suceda tras otra, como decía Hume.

—No pienso así —se opuso Bradley—. Si yo repetí curso fue porque no hice ni un huevo durante todo el curso. Es decir, a causa de mi pasotismo yo repetí curso. Hay una causa y una respuesta —Bradley añadió rápidamente—: No me malinterpretes, yo no te estoy diciendo que seas la causa por la que Jason eligió esa opción. Pero lo hizo por algo, de eso estoy seguro —Bierley también lo pensaba.

—¿Tú no sabes si le pasaba algo más? —le preguntó—. A última hora él no me contaba nada.

Bradley posó los brazos sobre las rodillas y encorvó la espalda. Dejó escapar un suspiro.

—No —negó débilmente—. Estaba bastante esquivo conmigo y, bueno, él tenía más confianza con Harry o Sarah. Eso es evidente.

—No, se suponía que con quien más confianza tenía era conmigo.

—Yo creo que el problema era que le ponía un tanto nervioso que siempre estuviéramos discutiendo.

Era cierto. Bradley y Bierley habían tenido el tipo de amistad de amoralidad, no solían estar de acuerdo con nada, eso no significaba que se llevaran mal sino que simplemente se molestaban el uno al otro de esa manera. Y en ocasiones esto podía poner un tanto celoso a Jason aunque entre ellos solo existiera amistad. Así que Bradley no era el confidente que hubiera buscado para contarle sus problemas.

—Me alegro de que vuelvas a comportarte como antes. Además de eso, sabes incluir conceptos filosóficos —comentó Bradley con ironía.

—No, si fuera como antes no hubiera incluido ningún concepto filosófico —argumentó, flexionó la rodilla derecha, llevándola contra su pecho—. Y soy lo suficientemente suspicaz para percibir que ese era un insulto encubierto hacia mi persona, no me he vuelto tan sensible como tú te piensas.

—¿Entonces ya no eres Bierley? —sonrió—. Porque si la antigua Bierley era estúpida y la de ahora ya no lo es. ¿Estás queriendo decir que eres una persona nueva? ¿Sabes que tu yo de ahora implica que existiese la Bierley estúpida del pasado? La gente cambia y las cosas también, pero para eso deben conservar lo que fueron.

—No utilices a Heráclito en mi contra.

—No hay nadie que esté a favor de Parménides.

—¿Estás en potencia para un examen de filosofía? —preguntó divertida.

—Sí, el Nous mueve ahora todo mi ser en busca de la perfección. Y la perfección solo la lograré si apruebo —y añadió—: Lo tengo el martes, ¿tú no?

—Joder —maldijo, levantándose rápidamente, buscó su móvil que estaba sobre el escritorio. Miró el calendario y lo descubrió—. Es el lunes —tras salirse del calendario vio la hora que era. Las nueve y cinco.

Desde que había tenido esa conversación con Christian tenía claro que no iba a ir. Pero tras hablar con Bradley algo le había entrado de sopetón, como si de repente se hubiera revelado un mundo nuevo. Se había caído y al levantarse, descubrió algo increíble. No había ningún obstáculo causante de haberle hecho estrellarse contra el suelo. Solo sus piernas.

«Me lamento de que mi situación no cambia cuando yo no hago nada para remediarlo. Me quejo de pasarlo mal, cuando lo que realmente me hunde no es haberlo pasado mal sino pensarlo y no hacer nada.

Esperaba a que el tiempo solucionase estos problemas por mí, esperaba al menos que las cosas cambiaran, pero lo único que hago con esta actitud es alargarlo y alargarlo. Charlotte se disculpó, Bradley también, mi madre y mi padre están tratando de ayudarme. Todos menos yo han intentado ponerle un remedio. Lo único que pretendía era que el mundo cambiase para mí.» reflexionó. «No. Soy yo la que todavía no ha cambiado lo suficiente.»

—Bradley —lo llamó, dándose la vuelta—. ¿Puedes hacerme un favor?

III

Bierley se vistió rápidamente, con unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes y encima una camisa blanca de manga-codo. Era lo único que le ocultaba los cortes y le permitía mantenerse fresca. Por último, se puso unas cómodas deportivas y salió disparada de su casa diciéndoles a sus padres que salía. Bradley la estuvo esperando en su coche, extrañado, pero esta no le reveló nada. Simplemente le había pedido que la llevara a Dawes Point y así lo hizo, algo irritado por el continuo movimiento de sus piernas durante el viaje.

—Gracias —le dijo mientras salía del coche y cerraba la puerta con demasiada fuerza.

Bradley miró desde la ventanilla del asiento del copiloto.

—¡Bierley, no te has peinado! —pero para entonces Bierley se había echado a correr y lo que menos le importaba era su cabello.

Trotó un poco por los alrededores buscando esa figura, con el suave viento revoloteando su camisa y cabellos. Había bastante gente paseando por la zona, una pareja caminando cerca de la barandilla, no mucho más lejos alguien observando el mar, un anciano andando con lentitud, más a la derecha tres amigas haciéndose fotos, sentadas sobre el césped sobre la sombra casi disipándose de alguna de las altas palmeras que se agitaban tanto como su respiración.

No paraba de mirar a todas partes, pero no lo encontraba por ninguna parte. ¿Y si ya se había ido? ¿Y si en ningún principio había pensado realmente en ir? Eso fue lo que se preguntó, comprobando la hora en su teléfono móvil. Las nueve y treinta tres minutos, se podía observar en el atardecer que se inauguraba en el cielo.

Iba a decidir sentarse en el césped hasta que se dio cuenta del chico que estaba apoyado en la barandilla. Se quedó allí plantada,

contemplando su silueta y de repente comenzó a ponerse muy nerviosa, se llevó el puño al pecho. Cogió aire. Dio un paso. Se quedó parada otra vez. Volvió a dudar hasta que no se lo pensó más, cerró los ojos y echó a correr en su dirección. Hasta que se chocó contra una papelera, estuvo a punto de caerse, con un dolor intenso recorriéndole la pierna derecha. Las chicas de las fotos se rieron sin disimulo y Bierley les dirigió una mirada de odio.

Revirtió la vista. Seguía ahí sin hacer ningún movimiento, como una estatua. Bierley se acercó lentamente, paso a paso, hasta que estuvo al lado, a un metro de distancia, y contempló el mismo paisaje que él estaba observando. El mar meciéndose bajo los colosales edificios desprendiendo millones de luces que replicaban sus figuras en el agua.

—Hola —logró articular, con dificultad y con voz baja. Tal vez fuera una palabra simple, típica, pero no era su uso lo que le hacía parecer sencilla, en realidad, ese «hola» significaba más que un mero saludo. Ese «hola» significaba un intento por establecer conversación. El sentido de aquella palabra no era otro que el del interés hacia otra persona.

Christian no dijo nada, ni se giró para mirarle, cosa que ella sí había hecho. Se le notaba mucho más saludable, sus ojos desprendían el brillo de las luces reflejándose en sus pupilas. Y su tez se notaba más oscura, siendo casi imperceptibles las pecas que adornaban su rostro.

169

—¿Estás esperando a alguien?

La miró de reojo y bajó la cabeza.

—¿Tú estabas buscando a alguien? —volteó el rostro hacia ella.

—¿Eh? —en ningún momento había pensado qué decirle, se había quedado pillada. ¿Lo sabía? Tragó saliva—. Mira... yo...

Se volvió de nuevo hacia el mar.

—Siento lo del otro día, estaba confundida y... —la cabeza se le quedaba en blanco, y no paraba de jugar con sus dedos.

—Si no estás segura de lo que vas a decir, no lo digas. Solo parecerá que estás mintiendo. Pero no me tengas esperando aquí media hora — Bierley soltó una suave exhalación—. Tengo otras cosas más importantes que hacer.

Esa contestación tan dura le dio más fuerzas, con el brazo izquierdo le agarró del hombro y lo obligó a que se miraran cara a cara. En ese

momento estaban tan cerca que Bierley podía notar la respiración de Christian en su cara.

—Lo siento. Y acepto tus disculpas, no hagas caso de lo que dije el otro día, estaba frustrada y no pensaba con claridad —dio un paso atrás.

Tenían los músculos en tensión. Bierley empezó a controlar el ritmo de su respiración y Christian no supo más que asentir, tras un largo silencio en el que las miradas hablaban por ellos.

—¿Cómo estás? —Christian hizo el ademán de alargar el brazo hacia su frente, pero se detuvo antes y lo dejó caer.

—Mejor que nunca —sonrió lánguidamente y con nostalgia—. ¿Y tú?

—Bien —se llevó las manos a los bolsillos.

Estaban de pie, más rectos que una pared, midiendo cada uno de sus movimientos: respirando cuando ellos dictaban, con los párpados bajo su control, la boca cerrada y la vista en un punto fijo. Bierley estaba concentrada en las pecas, Christian en el cabello despeinado, en concreto, en uno de los mechones que se situaba en el lado equivocado.

—Bueno... será mejor que siga con mi paseo —miró hacia atrás, aunque no quería decir eso. Ella deseaba gritarle con todas sus fuerzas: «¿Podemos hablar en serio?». Pero no se atrevía, y quizás le hubiera sonado extraño a él. Se lo reservaría para otra ocasión, si es que se cruzaban alguna vez.

—Deberías peinarte un poco —le cogió un mechón y se lo colocó al otro lado. Iba a repetir el gesto pero Bierley se echó a reír, se había fijado en su cabello cuando lo que menos pasaba desapercibido era su cara magullada.

Christian sonrió un poco.

—Entonces... adiós —se despidió Bierley, haciendo un gesto apenas perceptible con la mano.

—Adiós.

Caminó un par de pasos siguiendo todo recto, dándole la espalda a Christian, sintiendo que se había librado de una gran carga, se relajó y soltó una larga exhalación antes de que su móvil empezara a sonar. Se paró para comprobar de quién se trataba. Tal vez fuera Bradley, al que había dejado con la palabra en la boca.

—Oh, mierda —se le escapó, sin tratar de ocultarlo.

Al otro lado

del cielo gris

Idanthe Elsi

Era Christian.

Viró la vista atrás. Estaba clavándole los ojos, con el móvil en la mano.

La verdad se había desnudado.

171

Ediciones Sedna

CAPÍTULO 15

MDMA

«El mentiroso tiene dos males: que ni cree ni es creído.»

—Baltasar Gracián

I

Un coche precipitándose hacia ella, un vasto océano sin tierra, llamas hambrientas y espíritus reencarnados en humo, la caída desde un rascacielos... El miedo, lo había visto, agarrándole y estrujándole las extremidades como una serpiente. Paralizándola. Todo eso había visto Bierley cuando cerró los ojos unos segundos, y al volverlos a abrir despertó en otra realidad.

172

Christian. El resto no importaba, no existía. Solo él y sus emociones.

—¿Eres tú? —preguntó, al principio con el rostro lleno de consternación—. ¿Eres tú? —insistió ante el silencio de Bierley, frunciendo el ceño—. ¿Eres tú Carrie? —repitió mucho más alto, con un tono que a Bierley le había recordado a su padre, una especie de orden mezclada con enfado. La manera en que le inspiraba respeto.

Abrió la boca para intentar decir algo, pero su voz había huido. En su lugar, se escucharon voces tranquilas, risas, el ruido del motor de los coches, sus pitidos y el mar meciéndose.

—Eres tú —asintió con la cabeza, apretando la mandíbula y los nudillos. Realizó un gesto brusco, como si fuera a tirar el móvil al agua, pero no lo hizo. Reprimió la rabia—. ¿No vas a decir nada?

Quería explicarse, pero no sabía por dónde empezar.

—Yo... —se miró las deportivas.

—Se te da muy bien mentir —le cortó antes de que pudiera añadir algo más, dando un paso adelante—. Me pregunto si lo que acabas de decir era también otra mentira.

Bierley se encaró, furiosa. Eran demasiadas cosas. Entre ellos el silencio solo era como una daga hurgando en sus entrañas. No necesitaban disculparse y fingir que con eso todo iba a estar bien, necesitaban decirse la verdad. Aunque la verdad fuera una bomba.

—¿Y qué querías que te dijera?! —le gritó, abriendo los brazos, y después se llevó el móvil a la oreja derecha—. Hola, soy Bierley, la ex novia de tu hermano muerto. Ajá, la misma que tanto odias.

—No te enteras —negó rotundamente—. Una de las razones por las que volví fue por esto.

—Oh, por favor, ahora no te hagas el buen samaritano —dejó caer los brazos, provocando un pequeño chasquido—. Fuiste un capullo y lo hubieras sido igual.

—Esto es otro de tus juegos, ¿verdad? —entrecerró los ojos—. Lo único que pretendías con esto era reírte de mí —Bierley negaba con incredulidad, pero Christian siguió hablando—. Para vengarte de todo lo que te dije.

—¡Siento decepcionarte! —gritó con más fuerza, la gente que pasaba por allí miraba la escena sin discreción—. ¡Siento no ser la chica a la que esperabas! ¡Siento ser Bierley! —tenía ganas de echarse a llorar, sin embargo tragó saliva y mantuvo la compostura—. ¡Di que es eso, pero no te excuses con la venganza! ¡Esperabas a alguien mejor!

Bierley no podía negarlo, desde que había empezado toda esa situación había deseado ser una persona completamente diferente. Y Christian tampoco podía negar que esperaba a alguien diferente a Bierley. Carrie era diferente a Bierley, el problema era que Bierley había dejado de existir cuando murió Jason y había adquirido otra identidad. La de una chica insegura que no sabía realmente quién era.

—Hasta planeabas dejarme plantado —añadió Christian—. ¡Te pensabas largar sin decir nada! Pero después se me había cruzado la extraña idea de que tú... —estaba dolido además de enfadado—. De que tú podrías ser... ella. Y... —otra pregunta le surcó la mente—, ¿desde cuándo? ¿Desde...? Oh —no le hicieron falta las respuestas, recordó la conversación en la que ella le había pedido que le contara algo sobre él, cuando Bierley le colgó de forma muy precipitada—. ¡Joder!

Se sintió como un imbécil por llevar tanto tiempo engañado.

—No es solo una mentira... es una gran mentira —dijo, dándole especial énfasis a «gran»—. ¿Y todo eso que me has contado también...?

—¡No! —le interrumpió con indignación—. ¿Es que no lo ves?! ¿Es que no ves cómo tengo la cara!? —se señaló la parte vendada con insistencia—. ¿Acaso no viste cómo estaba tirada en el suelo?!

El rostro de Christian cambió a algo parecido a la lástima.

—¡Hasta tú mismo dijiste que a veces la mentira es necesaria!

—Por eso, cuando dije que te aceptaría también era una mentira —soltó, sin miramientos. Se dio la vuelta y dio por zanjada la conversación.

El coche se estrelló contra ella, en el océano vino una ola que la hundió, las llamas le recubrían el cuerpo y los espíritus eran aspirados por su nariz. La destrucción, había sentido cómo la destrucción y corrosión hacían que su cuerpo se oxidara como hierro viejo, como la madera carcomida por la sequedad y los insectos. Putrefacción.

—Dijiste que me aceptarías —susurró, Christian había dado dos pasos—. ¡Dijiste que me aceptarías! —chilló—. ¡Lo dijiste! —se apoyó en la barandilla y lo dejó escapar al mar, deseaba que se tragara todas sus palabras, que la dejara seca y después la arrastrara hasta las profundidades.

174

Christian se había parado, girando el rostro y mirándola de reojo.

—¿Ahora lo entiendes? —le preguntó, intentando aparentar indiferencia—. Eso que sientes es lo mismo que yo por tu mentira —y dicho esto se alejó ante la visión emborronada de Bierley hasta desaparecer.

Oprimió con ambas manos en el frío hierro para comprobar si sentiría alguna clase de dolor. Tragó saliva e hizo toda la fuerza posible para no llorar, se secó con el dorso de la mano derecha los indicios y después se quedó mirando su oscuro reflejo en el mar con la rabia, la tristeza y la traición corriendo por su cuerpo, intentando no chocarse unos contra otros. No se iba a hundir. Otra vez no. Se negaba a sí misma con la cabeza.

¿Había sido todo una gran mentira?, se preguntó Bierley una y otra vez mientras volvía a casa. Paseando por las ruidosas y anchas calles. Se fundió entre el gentío y, sin darse cuenta, acabó dando un rodeo. Eligió el camino del pasado, el de Jason.

Al llegar a casa, su padre estaba en la cocina, comiendo solo y en silencio. Bierley miró el reloj colgado en la pared de la cocina, marcaba

las once y treinta y seis minutos. Antes de que él pudiera reprocharle cualquier cosa Bierley se adelantó:

—Lo haré —dijo decidida.

—¿Qué? —preguntó su padre, extrañado, dejando el tenedor sobre el plato.

—Hablaré con la abogada.

Y dicho esto subió un par de escalones hacia su habitación. Su padre se levantó precipitadamente.

—Bierley —la chica paró en seco—. Espera —Jeremy subió unos cuantos escalones hasta que se encontró frente a ella.

Exhaló largamente y Bierley se limitó a evitar su mirada, estaba irritada, solo quería irse a su habitación y dormir.

—Deberíamos hablar de esto —su padre le cogió la mano derecha con suavidad. Los cortes seguían en su brazo, convertidos en costras oscuras. Eran un rastro del dolor superfluo que verdaderamente había sentido mutilando en su interior.

—No es necesario —negó Bierley con insistencia—. No... —subió un poco la cabeza, intentando mostrar una débil sonrisa— no lo volveré a hacer. No. Jamás. Es tan...

—¿Lo dices en serio? —giró su brazo para esta vez observar con detenimiento—. Tal vez necesites ayuda... psicológica —matizó la última palabra, en el fondo temía un poco la reacción que pudiera tener su hija ante la sugerencia.

—Oh, no, no, no, no. Solo fueron dos veces.

—Me da igual las veces que fueran. ¿No te das cuenta qué podría haber pasado si te lo hubieras hecho con más fuerza, o con algo más afilado? —Bierley no contestó, sabía que llevaba razón, pero nunca había pensado en otras alternativas—. Si lo has hecho dos veces, ¿cómo puedo estar seguro de que no lo harás una tercera, cuarta o quinta vez?

—No, por favor —le pidió suplicante a su padre—. No quiero ir a ningún psicólogo, no quiero ir a contarle mis intimidades a un desconocido que solo se interesa por ayudarme porque a cambio cobra un dinero —resultaba irónico, Bierley le había contado a aquel chico que al principio se había llamado Chris su situación porque le ofrecía su ayuda y parecía saber algo más acerca de la vida que ella. Ahora, lo que menos

necesitaba era un psicólogo o un proyecto de él, le traían el irremediable recuerdo de Christian y sus mentiras—. Por favor —Bierley le había tomado de la mano.

—Está bien —aceptó finalmente, derrumbándose ante la mirada inocente que destilaba su hija—. Solo si...

—Sí —le apretó con fuerza—. Te prometo que jamás lo haré.

—No me lo prometas. Demuéstramelo.

II

La semana transcurrió con una normalidad alarmantemente tranquila para Bierley. Durante esos días nada más que los exámenes y el estudio ocuparon su cabeza y su tiempo, era una forma de no pensar en todo lo que le había ocurrido y, también, de mantenerse despejada. En ningún momento se encontró con Christian, y menos con Sarah, Harry, Emma o Sophie, quienes habían sido expulsados del instituto. Con quien sí estuvo fue con Charlotte o Bradley, durante los descansos, en los que se había encargado de recopilar cierta información sobre Jason que nunca había tenido la oportunidad de saber, porque tras su suicidio las personas se alejaron de ella y ella se alejó de las personas. En especial por parte de Bradley, quien le había dicho que Harry y Jason se habían guardado algo entre manos un tiempo o que, misteriosamente, sus conversaciones se interrumpían cuando él aparecía. Charlotte, sin embargo, no le aportó nada nuevo.

Ahora que Bierley había recuperado algo de su confianza volvía al mismo punto de partida: ¿qué le pasó realmente a Jason? Harry y Sarah tendrían que saber algo más, pero no eran las personas más indicadas para preguntar. Y, por supuesto, Christian, él también escondía muchas cosas respecto a su hermano.

Cuando por fin llegó el viernes, Bierley tuvo que ir a conocer a su abogada, una mujer joven, de unos veintiocho años, que se llamaba Alexis Hayes, tenía el cabello castaño recogido en un moño y vestía con un traje negro a rayas blancas. Se notaba en ella gran seguridad y seriedad.

Primero le explicó que cuando sus padres pusieron la denuncia aportaron varias pruebas como los tweets y, además, que con la participación de Bierley las cosas serían más fáciles, ya que podría ratificar lo sucedido. Pasaría un tiempo hasta que se viera con sus

agresores en los juzgados. Y no era por ser optimistas, pero Alexis le aseguró que tenía todas las de ganar. La verdadera pregunta era:

—¿Quieres llegar a un acuerdo con ellos o prefieres que la justicia decida por ti?

No supo qué contestar. Un “acuerdo” sería una forma de reducir su castigo, pero ¿y si no lo hacía? ¿Qué podía sucederles?

Alexis fue clara, podrían ir a la cárcel, al menos, Sarah y Harry. Así que antes de contestar nada prometió reflexionarlo.

Harry. Parecía que todo giraba en torno a él.

—¿Puedo acompañarte a casa? —le preguntó Bierley a su madre mientras salían los tres del despacho de la abogada. El día se tornaba soleado y las nubes blancas impedían la desnudez del cielo.

Carrie se sorprendió por la pregunta y asintió en silencio.

—Es que no encuentro mi cartera —añadió rápidamente, todavía seguía resentida con ella. Le haría sufrir un poquito más—. Creo que me la dejé allí.

—¿Segura? —se quedaron parados en medio de ambos coches—. Yo estuve limpiando esa habitación y no había nada...

—¿No la tenías en la mañana que fuiste al instituto? —intervino Jeremy abriendo la puerta del coche. Eso era cierto, pero no el verdadero objetivo de Bierley.

—No, creo que la dejé metida en uno de los cajones cuando fui a... su casa —mintió, no se había dejado ninguna cartera, pero era la excusa perfecta para ir a la casa de su madre y echarle un pequeño vistazo a la habitación de Harry ahora que no estaba. Lo que no era mentira es que no encontraba su cartera, la había perdido en el transcurso de aquella mañana que fue tan desastrosa para ella—. Si no te importa, papá... —Jeremy hizo un gesto de aprobación y se subió al coche.

III

—¿Quieres que te prepare algo? —le preguntó Carrie mientras cerraba la puerta de su casa.

—Oh, sí —sonrió forzosamente—. Lo que quieras, yo... —señaló las escaleras, impaciente— mientras la buscaré.

Y subió las escaleras, cruzó el pasillo y simuló que se metía en la habitación en la que había dormido aquella noche. Seguía igual, solo que con la cama arreglada, sus paredes desvestidas de color azul se abrían hacia una simple ventana con la persiana bajada que dejaba traspasar una débil luz proyectándose en círculos sobre el suelo.

Pasados cinco minutos salió sin hacer ruido y se dirigió al lado opuesto del pasillo, donde se encontraría la habitación de Harry. Encendió la luz y se encontró ante unas paredes verde claro menos la de la izquierda que tenía un tono verde lima, donde se encontraba la cama enfrente de un armario. Su decoración era muy sobria y lo más destacable era la especie de estantería repleta de películas que se levantaba sobre un escritorio con un ordenador portátil.

Se quedó parada unos pasos más allá de la puerta, dudando de por dónde empezar su búsqueda. ¿Qué era lo que realmente pretendía encontrar?

Casi con miedo empezó por la mesilla de noche que se encontraba en el lado derecho de la cama. Abrió el primer cajón con lentitud, tratando de no hacer ruido. Era un desastre, había pilas gastadas, papeles de cosas sin importancia y gran multitud de cables. En los dos siguientes tampoco encontró gran cosa: mecheros, bolígrafos, un reloj, tickets de la compra, cajas pequeñas de aparatos electrónicos...

—Bierley —la llamó su madre desde abajo.

—Ya voy —contestó, apartando los objetos con nerviosismo.

Suspiró cuando terminó, pasándose una mano por los cabellos. Se precipitó contra el portátil, lo abrió y esperó el tiempo necesario a que se cargara. Iba muy lento. Cuando por fin estuvo en el menú de inicio, revisó los documentos. No había nada especial más que trabajos del instituto, música rock y más películas. La carpeta de las fotos fue la que captó su atención, estaban ordenadas por año y mes.

—¿Bierley? —volvió a repetir su madre subiendo los escalones.

Cerró el portátil, apagó la luz y salió al pasillo donde fingió salir del servicio que se encontraba al lado cuando su madre asomó.

—¿La has encontrado? —le preguntó Carrie tratando de sacar tema.

—No —chasqueó la lengua.

—He preparado algo de comer... por si quieres quedarte a cenar —por unos instantes Bierley mostró algo de emoción en la frialdad y poco

sentimiento que desprendían sus voces. No tendría que inventarse ninguna excusa para seguir mirando en las profundidades secretas de Harry.

—Y a dormir —añadió Bierley, le daría mucho más tiempo—. Avisaré a papá —Carrie se quedó sorprendida y ni siquiera le dio tiempo a negarse, cosa que tampoco habría hecho ya que solo trataba de ser un poco amable.

Las dos bajaron las escaleras hacia la cocina mientras Bierley le mandaba un mensaje a su padre, el cual le contestó que no habría ningún problema. Se preguntó si en aquel caso se sentiría celoso o mínimamente contento porque parecía que iban a arreglar sus asuntos entre madre e hija.

Cuando Bierley vio la carne y la ensalada que además de vegetales llevaba queso y huevo, maldijo en silencio a su madre. ¿Es que acaso se le había olvidado que no soportaba el huevo? Aun así comió, apartando el huevo hacia un lado.

En la cocina solo se podía escuchar el ruido de alguna gotera y sus bocas masticando y tragando. Cuando el silencio se hizo insoportable, Carrie encendió la televisión y ambas se dedicaron a mirar como posesas las noticias.

179

Al final, Carrie tuvo una idea para comenzar a hablar:

—¿Qué tal los exámenes?

A Bierley le dieron ganas de darse cabezazos contra la pared, era lo que siempre le preguntaba cuando conversaban por teléfono.

—Bien.

—¿Y en general cómo?

—Bien —repitió, sin dar más explicaciones. En el fondo estaba disfrutando por ponérselo tan complicado.

—Puedes contarme lo que quieras —insistió Carrie, levantándose de la mesa.

—Te ayudo —se ofreció Bierley.

—No es necesario, ya lo haré yo más tarde. Ahora lo único que quiero es hablar contigo —se impuso su madre—. Y me quedaré despierta si hace falta toda la noche hasta que decidas decirme algo coherente.

Dicho esto, se dirigieron al salón. Era la primera vez que Bierley estaba allí, era mucho más pequeño que el de su casa, pero tenía unos tonos cálidos ocre y amarillo que lo hacían acogedor. Bierley se acomodó en el sofá y Carrie se sentó a su lado, cruzándose de brazos.

Tardó al menos media hora en decir algo.

—No está bien, esto nunca ha estado bien —musitó Bierley—. Para que te contara todo lo que le he contado a papá tendríamos que haber hablado más... antes.

Carrie asintió, llevaba razón y ella era la primera culpable.

—Lo sé, y me disculpo por ello. Quizás sea demasiado tarde, tampoco te pido que me abracés y me digas te quiero. No sonaría sincero —se lamió los labios—. Pero sí hablar como personas civilizadas. Yo te ayudaré en todo lo que pueda.

Eso era lo máximo que su madre podía darle, supo Bierley cuando asimiló sus palabras. Eran demasiados años, demasiada distancia la que las separaba. Bierley no iba a tener nunca una relación tan buena como con su padre, ni siquiera llegarían a tener una relación mínimamente normal. Eran como dos desconocidas atadas con la misma cuerda, solo se hablaban para liberarse y cuando lo hicieran, probablemente no se volverían a ver más. En el fondo, ambas eran muy parecidas, no eran personas que demostraran afecto a la primera de cambio.

Era algo inevitable, un vaso roto jamás tendrá el mismo aspecto tras ser pegado pedazo a pedazo, con la mano herida a cada fragmento, siempre faltará un trozo muy pequeño, siempre perduraran las fisuras a la vista. Y cuando llegara el turno a Bierley de elegir con que vaso bebería agua, ella indudablemente elegiría el que se encontrara en perfectas condiciones. Por el temor de cortarse con el otro, porque podría volver a romperse entre sus dedos. Y se terminaría clavando en la carne.

—He estado sufriendo acoso por un tiempo, por el suicidio de Jason. Esas personas simplemente me echaban la culpa de lo sucedido y su rencor ha terminado empujando a esta situación —soltó rápidamente, todo dicho de esa forma parecía muy simple.

—Lo pagarán —lo dijo tan seriamente que a Bierley le recorrió un escalofrío por el cuerpo. Aunque sonrió un poco.

—Ahora es mi turno —se volvió hacia su madre—. ¿Qué ha sido de Darren?

—Terminamos en cuanto me enteré de lo sucedido, se disculpó en nombre de su hijo y se marchó. Harry ni se llegó a presentar por aquí —explicó—, si lo hubiera hecho no le quedaría lengua para contarlo.

—No sé qué viste en ese Darren.

—No vi nada, si lo hubiera hecho seguiría aquí —solo había sido un intento para que la soledad no la volviera loca.

—Estoy cansada —bostezó espontáneamente—. Voy a dormir —y se levantó del asiento.

Carrie asintió en silencio.

Bierley se puso un pijama de su madre, y esperó hasta que esta se hubiera acostado para regresar a la habitación de Harry. Tardó al menos una hora, en la que estuvo hablando con Charlotte y Bradley de cosas triviales. Bierley les lanzó una indirecta a los dos, que parecían más amigos que de costumbre y terminó fuera de la conversación.

Al volver, abrió el portátil y lo encendió de nuevo. Regresó al punto de las fotos, al principio dudó unos minutos en abrir la carpeta, pero finalmente lo hizo y nada más ver dos o tres fotos de Jason la cerró. Eso no. Eso no era lo que buscaba.

Se metió en internet, por suerte, Harry tenía guardado el correo y la contraseña por lo que solo tuvo que pinchar en «Iniciar sesión». En la bandeja de entrada solo encontró anuncios así que terminó en el apartado de «enviados». Había muchos envíos a una dirección en concreto «mdma0712@gmail.com», sin asunto.

Harry <harry.at67@gmail.com>
Para MDMA <mdma0712@gmail.com>
Necesito más.

MDMA <mdma0712@gmail.com>
Para Harry <harry.at67@gmail.com>
00.30 en el Eyeflam

La conversación seguía un rumbo muy parecido hasta que llegó a un punto clave.

Harry <harry.at67@gmail.com>
Para MDMA <mdma0712@gmail.com>
Ya sabes.

MDMA <mdma0712@gmail.com>
Para Harry <harry.at67@gmail.com>
Me debes dinero.

Harry <harry.at67@gmail.com>
Para MDMA <mdma0712@gmail.com>
Sí, sí, tranquilo, te lo pagaré.
¿Dónde? Pero trae más.

MDMA <mdma0712@gmail.com>
Para Harry <harry.at67@gmail.com>
Mañana, 00.30 Niflheim

Y ahí terminaba toda la conversación, de esa misma tarde. Bierley se quedó pensando: las peticiones de Harry, esos lugares que frecuentemente eran discotecas y horas nocturnas. Al principio no cayó en la cuenta, pero cuando escribió «MDMA» en internet, no hicieron falta más explicaciones.

«MDMA», también conocida como éxtasis.

Mostró cierta sorpresa, eso explicaba muchas cosas, pero tampoco le pareció extraño. Buscó más correos, antiguos, que implicaran a Jason en la conversación, pero no encontró nada. No sabía si sentirse más inquieta o aliviada. Apagó el ordenador y se quedó sentada en la silla, pensativa. El aspecto de Harry, su comportamiento, era cierto que había cambiado mucho; ¿por la muerte de Jason? No, no era posible. Él ya se veía desmejorado mucho antes, aunque no terminó de acentuarse hasta la muerte de su amigo.

Se drogaba, esa era la única explicación. Y Bierley no paró de darle vueltas a la idea... Tenía que hablar con Bradley, pero antes de eso, siguió buscando en el armario de Harry. Estaba tan lleno y desordenado que cuando lo abrió se cayeron varias prendas al suelo, camisas, pantalones, cinturones... En los bolsillos que revisó no encontró nada, pero siguió apartando objetos en el interior.

Nada. Nada. No había nada. Todo parecía demasiado normal.

Bierley se frustró tanto que golpeó el armario sin ningún reparo. Algo se precipitó contra el suelo. Se quedó en tensión mientras miraba lo que se había caído al suelo. Una caja. Y tenía un cerrojo.

Sonrió triunfante. En el pasillo sonaron los pasos de su madre, Bierley apagó la luz rápidamente y recogió del suelo la caja. Era de un metal verde y parecía tener unos cuantos años. Solo a un idiota como Harry se le ocurriría guardar algo en una caja con cerrojo. Para ella, no había mejor lugar para guardar una cosa que uno mismo. Pero tal vez no fuera tan descabellado, porque la llave no se encontraba por ningún lado. Bierley intentó buscarla entre la ropa.

Una mano se posó en su espalda, pegó un salto del susto al ver a su madre con una bata azul y cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Bierley.

Se quedó callada.

—¿Por eso has venido?

—No —mintió—. Bueno sí, pero eso no es lo importante... hay algo sobre Harry. Creo, creo... ¿No habrás visto una llave que pueda coincidir? Puede que aquí... —le mostró la caja. Carrie la inspeccionó.

—Sí, encontré una pequeña en la lavadora hace unos días... —Bierley le dirigió una mirada suplicante—. Iré a por ella.

Después de todo, Harry no había sido tan estúpido, pero tampoco cuidadoso. Había cometido un error. Al regresar, Carrie llevaba el puño cerrado protegiendo la llave. Cogió la caja y la dejó sobre la cama con sumo cuidado. Encajó la llave, la giró a la derecha y la abrió.

CAPÍTULO 16

Niflheim

«La muerte no llega con la vejez, sino con el olvido.»

—Gabriel García Márquez

I

Bierley no podía dejar de dar vueltas en la cama, y no se debía a la calurosa noche que le hacía sudar por todas partes. Era porque lo que había encontrado en la caja le quitaba todo el sueño posible, su madre la había mandado un tanto irritada a la cama tras descubrir que lo que aguardaba Harry no era más que un par de fotos y objetos pequeños sin importancia sobre su infancia, o mejor dicho, de la infancia de su mejor amigo.

184

No podía parar el ciclo de sus pensamientos al imaginar que realmente Harry tenía escrúpulos, aunque no con ella. Sabía que le había afectado la muerte de su amigo, pero no hasta ese punto. Tampoco se había creído que fuera así de detallista o nostálgico. Las fotos, esos juguetes de críos, notas..., ella no conservaba esas cosas sobre su infancia. Lo habría considerado infantil. Pero, ¿y por qué Harry las había guardado hasta con llave? ¿Temía olvidarse o temía recordarlo? Ambas cosas, no era lo suficiente valiente para afrontarlo pero tampoco para olvidarlo. Jason se encontraba en un punto intermedio de su vida. Ni vivo ni muerto.

Lo que realmente había esperado encontrar Bierley era éxtasis, lo que afirmaría completamente su teoría. Y estaba convencida de que tenía que guardarla por alguna parte. Así que hasta que no se hizo lo suficientemente temprano, a las siete de la mañana, se quedó mirando el techo y pensando. Después, volvió al cuarto de Harry, no le importaba que su madre volviera a encontrarla ahí. Dio varias vueltas y se quedó plantada enfrente del escritorio, leyendo el título de las



películas que la adornaban: *Battle Royale*, *Reservoir Dogs*, *Pulp Fiction*, *Kill Bill Vol. 1 y 2*, *Inglourious Basterds*⁵, *Carrie*, *Audition*, *Matrix*...

Bierley cogió una de aquellas al azar, pero no había nada más dentro que el DVD. Pensó cuál era la película predilecta de Harry, *Pulp Fiction*, pero no encontró nada. Empezó a abrir más películas a lo loco.

Cuando terminó se apoyó sobre el escritorio y suspiró, era imposible. Lo único que pretendía demostrar era que Harry, con más razón, era un drogadicto. Se le veía bastante desesperado en los mensajes, y la cadena era bastante larga. No cabía duda su adicción por el éxtasis.

Cansada de buscar decidió marcharse, hasta que giró sobre sus pasos al ver de reojo el título de una película que a Jason le había gustado mucho, y a ella también, a pesar de no ser su género favorito: *The Good, the Bad and the Ugly*⁶. La sacó de la estantería y la abrió con cuidado.

Ahí estaba, una pastilla azul y pequeña con un monograma grabado, estaba guardada en una pequeña bolsita transparente. La cogió y la hizo oscilar entre sus dedos.

No tenía muy claro qué hacer con ella.

II

A las nueve de la tarde, Bierley se vistió con unos pantalones cortos verde azulados, y una blusa blanca. Se colocó unas sandalias blancas que llevaba casi un año sin usar, se peinó con una coleta y se lanzó a la calle. Hacía un calor bochornoso que se pegaba a la piel, pero a pesar de ello el cielo se anunciaba oscuro.

Bierley se dirigió hacia un café de Circular Quay donde había quedado con Charlotte y Bradley. Al principio, había dudado de si hacer o no participe a Charlotte de lo que había descubierto, pero al final no le importó, tal vez pudiera aportar algo. A lo lejos, la chica comenzó a alzarle el brazo; estaban ya los dos sentados en la terraza, que se encontraba bastante llena.

Como era habitual, Charlotte iba muy engalanada, en contraste con Bradley que parecía ir como un día común. Cogió asiento a su lado. Al principio se dejó llevar por la conversación, Charlotte y Bradley habían estado discutiendo sobre el final de una película, si el protagonista

⁵ *Malditos Bastardos* en castellano.

⁶ *El bueno, el feo y el malo* en castellano.

estaba loco o le habían lavado el cerebro. Charlotte era partícipe de la primera respuesta y Bradley de la segunda. Bierley no entendía nada porque no la había visto.

—Te la recomiendo —le aconsejó Charlotte—. Es muy buena.

Para Bierley eso era lo de menos.

—¿La habéis visto juntos? —preguntó, dirigiendo una mirada de Charlotte a Bradley y de Bradley a Charlotte.

Charlotte bajó la cabeza un poco avergonzada y Bradley se dedicó a asentir sin mucha energía.

—Gracias por avisar.

—Estabas con tu madre —repuso Bradley.

—Ah, vale —dijo, alargado las dos «a».

La camarera, de aspecto muy delgado, apareció con el pedido de los tres jóvenes: una copa de helado para Charlotte, un cucurucho de chocolate para Bradley y un granizado de limón para Bierley.

—Y... ¿qué tal? —se apresuró a añadir Charlotte cuando se hubo marchado la mujer.

Bierley se encogió de hombros y respondió:

—Mejor que antes, pero no bien del todo, aun así no quiero daros la lata con ese tema —en realidad, era de lo que menos le apetecía hablar.

—Bueno, ya parece que tu cara se asemeja más a la de una persona —le dijo Bradley con sorna. Bierley hizo mohín de echarle la limonada en la cara—. Y con tu mal carácter de siempre.

—Y tú siempre tan reservado —apostilló Bierley con un tono perspicaz.

Bradley y Charlotte se pusieron en tensión e intercambiaron miradas por unos segundos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bradley inocentemente.

—No te hagas el ignorante —despegó la espalda de la silla para acercar su cara a la de Bradley—, aunque tal vez lo seas un poco. Sabes a lo que me refiero —Bradley enarcó una ceja—. Harry —se tornó más serio pero no dijo nada—. Ayer estuve investigando en su habitación.

—Y yo creo que tu ignorancia acerca del significado de la palabras se ha acrecentado —le soltó Bradley sonriente—, ¿llamas tú investigar a entrometerse en las cosas de los demás?

La única arma que le quedaba a Bierley para protegerse era una ofensiva.

—¿Disculpa? —se mostró teatralmente indignada—. Ese gilipollas, cabrón y drogadicto me pega una paliza con esas putas, ¿y pretendes que me reserve el derecho a joderle de alguna manera?

Bradley se encogió de hombros.

—No, pero sigue siendo fisgonear. Sea cual sea tu intención.

Charlotte, que estaba comiéndose el helado con recato, intervino en la conversación:

—¿No tienes suficiente con la denuncia? Dijiste que podría ir a la cárcel...

—No. La verdad es que me gustaría pegarle una paliza, es el deseo de venganza de todo ser humano, aunque yo prefiero algo más al puro estilo de Yuko Moriguchi en *Confessions*. Pero dadas las circunstancias me abstendré a ello. Lo único que quiero saber es esto —se sacó con violencia la bolsita del bolsillo delantero, y la golpeó contra la mesa.

Miró a Bradley y movió un poco la cabeza, sugerente. Charlotte pegó un chillido, como si la pastilla fuera una araña venenosa. Su reacción no pilló a ninguno de los dos por sorpresa, aparte de sus emociones y gestos exagerados había algo más allá. Su padre era funcionario en una cárcel y desde los ocho años había empezado a advertirle sobre cosas como el alcohol, las drogas y los peligros de la noche. A Charlotte, una simple pastilla podía sugerirle un asesino, una persona muerta o una vida destrozada.

—Lo siento —se disculpó Charlotte por su comportamiento, Bierley la volvió a coger y se la guardó en el bolsillo por miedo a la atenta mirada de la gente.

—Tú sabes algo, no lo niegues.

—Sí, pero...

—Algo que involucra a Harry y, muy probablemente, a Jason —cortó Bierley.

Bradley suspiró.

—¿Por qué no me lo quieres contar? —esta vez se lo preguntó con más dulzura.

—Dios... —se pasó la mano por la cara—. ¿Tú has visto cómo estabas? Ni siquiera ahora... ¿Qué querías que te dijera mientras estabas tirada en la cama con esas pocas... ganas de vivir? ¿Crees que hubiera ayudado decirte que Harry y Jason se drogaban después de lo sucedido?

Bierley sintió algo en el interior, algo parecido a la piel desgarrándose, exponiéndolo todo a la intemperie. Era como ver un vaso rompiéndose en el suelo en la cara de Bierley: primero se resbalaba, se quedaba flotando, chocaba contra el suelo y, por último, se hacía pedazos. Otra vez tocaba recomponerlo todo. ¿Cuántas veces lo había hecho ya? Con Charlotte, con Bradley, con su madre, con Christian... y ahora con Jason. Hasta los muertos todavía podían seguir haciendo daño.

Hizo un esfuerzo para que no se le notara en la cara, al contrario que Charlotte, que seguía con los ojos desorbitados y la boca abierta, pero a Bierley ya no se le daba bien fingir, el dolor seguía patente en su rostro.

—¿Por qué él...?

—No lo sé —otra vez volvía a rebotar la culpa en su cabeza—. Pero créeme, Jason no era el tipo de persona que se hundiría por otra. Solo me contó ciertas cosas, Harry nunca me dijo nada. Y si no hubiera sido porque le pillé a Jason la pastilla jamás lo habría sabido.

—Cuéntamelo todo, todo. No te reserves nada —se notaba el temblor en su voz y en su cuerpo. Charlotte le apretó el hombro.

—Eso es todo cuanto sé, no sé... —pareció meditar un poco—. No tenía buena relación con Christian y con su padre.

—Eso ya lo sé yo. Pero era algo normal —intentó desviar el tema de Harry—: ¿Pero llevaba mucho tiempo?

—No lo sé, de verdad —esta vez sí estaba siendo sincero—. Yo le insistí bastante en que no jugara con esas cosas, hasta me enfadé con él si no recuerdas mal, no te quise contar la razón. Pues era por eso. Él simplemente me dijo que solo había sido una vez... pero no me lo creí. Harry era un caso perdido y eso sí que lo llevaba sabiendo desde hacía tiempo, no tenía excesiva relación con él y si estaba con él era por Jason. Harry mismo fue quien me pidió que lo acompañara a no sé qué sitio la noche en la que te encontramos.

—Espera, espera, ¿dónde?

—En Eyeflam.

—¿Qué hiciste?

—Pues... hablar con gente, beber, esas cosas.

—Y Harry se escapó durante media hora —adivinó Bierley.

Bradley asintió.

—Mira, en cualquier caso —resumió—, Harry tenía mucha confianza con él. Las únicas personas que pueden saber algo más son su familia y él.

De repente, Bierley se levantó del asiento.

—¿Qué haces? —le preguntó Charlotte con la cucharilla de plástico en la boca.

—Resolver esto de una maldita vez.

Bradley le cogió de la muñeca.

—¿Qué pretendes? —frunció el ceño.

—Ir a hablar con Harry.

—¡Estás loca! —exclamó Charlotte con incredulidad, reteniéndola de la otra muñeca también, con desesperación e insistencia—. ¿Y si intentan hacerte lo mismo que la otra vez?

Bierley rodó los ojos hacia ella con irritación, inclinó la cabeza hacia un lado, como si le pesara.

—Tiene una denuncia, si se atreviera a tocarme un pelo, estaría perdido —se deshizo de ambos agarres, se acarició las muñecas mientras empezaba a caminar hacia delante.

Charlotte la siguió gritando su nombre por toda la calle y detrás de ella, Bradley, acelerando el paso.

—¿Te olvidas de que es un drogadicto? —exclamó Charlotte, Bierley se paró—. A esa gente le da igual todo, pierden la cabeza en cualquier momento.

—Cierto —secundó Bradley.

—Creo que es la forma adecuada de demostrar vuestra lealtad —sugirió Bierley, testaruda, girándose hacia ellos—. Además —se sacó la bolsita del bolsillo—, tengo esto. Y creedme, lo necesita con urgencia.

Bierley todavía no había olvidado cómo manipular a la gente, aunque ya no le gustara hacerlo, no le quedaba otra opción.

Les informó de los correos, así como de aquella caja, además, les explicó que Harry se encontraría en Niflheim como había quedado en el correo con aquel desconocido llamado «MDMA». Cogieron el coche de Bradley y se dirigieron a la discoteca, todavía faltaban casi dos horas para que llegara la hora citada pero Bierley estaba tan pesada que ni siquiera pararon a cenar, quería asegurarse en el ambiente.

Tal y como su nombre indicaba, Niflheim, que significaba «Hogar de la niebla» en la mitología nórdica, el ambiente era muy similar, estaba cubierta por una especie de humo bastante oscuro. Cuando entró, Bierley sintió un escalofrío, el lugar estaba bastante fresco con respecto a la temperatura de la calle. Se encontraba dividida en tres pistas, la primera era la entrada, que era un largo pasillo con las paredes decoradas como si parecieran hechas de hielo; la segunda, una pista de baile circular y a un lado la barra, decorada por escultura del dragón Nidhogg; y, por último, aquella llamada Helheim donde la temperatura era aún más fría y el hielo era de color azul brillante, rodeado por una especie de estanque donde fluía el agua que correspondería con el río Gjöll.

A Bierley le habían dejado de gustar las discotecas, pero aquella resultaba un espectáculo visual, además de intelectual por las múltiples referencias a la mitología nórdica. Hasta las bebidas tenían nombres de dioses.

A aquella hora no había demasiada gente, sin embargo, esperaron pacientemente en la segunda sala, sentados en los taburetes que se encontraban al lado de la barra. A las doce de la noche comenzó a aparecer más gente. Bierley, Charlotte y Bradley seguían en el mismo lugar, aunque tanteando a la gente que entraba y salía. «Es ese, rápido, gírate» le advertían a Bierley cuando parecía llegar alguien sospechosamente parecido a Harry. Lo llegaron a repetir en tres ocasiones y la cuarta fue para mofa de Bradley.

—Es ese, rápido, gírate.

—No voy a caer otra vez.

—No, en serio.

—Es Christian —indicó Charlotte, mirando por encima del hombro de Bierley.

—¿Qué? —preguntó Bierley, repentinamente interesada—. ¿Dónde? — giró la cabeza hacia todas partes.

—Allí —le señaló Charlotte con la barbilla.

Bierley siguió la dirección... y allí estaba, parecía que hubieran pasado siglos desde la última vez que se encontraron, aunque en realidad solo fuera una semana. No quería admitirlo, pero había notado la ausencia en su vida como Chris. Observó que estaba hablando animadamente con otro chico de su misma altura, al girar la cabeza al frente Bierley notó que la había pillado y escondió el rostro con la mano, fingiendo que se frotaba la sien.

—Podéis iros a bailar —les sugirió a Charlotte y a Bradley.

—Paso.

—Esta música no me sugiere nada —añadió Charlotte jugueteando con una pulsera.

—Qué alegría desprendéis...

—Baila tú —le propuso Bradley, dándole un golpecito en la pierna.

—No —negó con la cabeza—. Solo lo hacía porque Ja... —de repente, vio a Harry cruzando la estancia, le temblaron las piernas y se sintió mareada, las luces le daban vueltas y la música le golpeaba, tan fuerte como aquella vez. En ningún momento se había parado a pensar que podría sentir miedo. Y en ese instante se dio cuenta, había sido una estupidez.

—¿Por qué, qué? —le preguntó Charlotte, con poco interés.

—Voy al baño —se puso de pie.

—Te acompaño —también se levantó del taburete y cogió el bolso.

—No hace falta, de verdad —insistió, Charlotte se resignó y volvió a sentarse.

—Te estaremos vigilando —repuso Bradley mientras se marchaba.

Caminó despacio, moviéndose entre el diminuto espacio que había entre la gente, rozando sus ropas tersas y ásperas, aspirando los aromas que desprendían y se le hacían terriblemente fuertes, el dolor de cabeza así como su inestabilidad aumentaron tanto que tuvo que apoyarse en una de las paredes para inspirar y expirar antes de alcanzar los baños.

Al llegar se sintió aún más mareada por la fuerte luz de los focos, había dos chicas pintándose los labios no mucho mayores que ella, y de la hilera de baños con puertas azules salía otra. Apoyó sus manos en el lavabo que estaba frío, se echó agua en la cara y se miró al espejo. Su aspecto había desmejorado, no por las heridas que ya eran casi inexistentes, pero sí por lo apagada que se encontraba.

Se secó las manos mojadas en los pantalones y decidió salir, a escasos metros, en la entrada del baño de los hombres, estaba Harry. Bierley dio varios pasos atrás para esconderse de donde había salido, conmocionada, le temblaba tanto la mano que tuvo que apoyarse en la pared para que cesara, también dejó caer la frente, murmurando palabrotas ininteligibles a ella misma.

Cogió aire y se asomó un poco, todavía seguía allí, hablando con otro hombre más alto, corpulento y mayor que él. No parecía el tipo de persona que uno querría encontrarse a medianoche en una calle solitaria. Volvió atrás y decidió llamar a Charlotte, fue insistente pero no se lo cogía. Probó también con Bradley pero tampoco daba ninguna señal. Con el volumen tan alto de la música era casi imposible que pudieran escuchar nada, en cualquier caso les dejó un mensaje.

Pasaba el tiempo y se les oía discutir. Bierley estaba parada en la puerta sin saber qué hacer.

—¿Vas a salir? —le preguntó una chica con tono de superioridad, iba más pintada que una puerta. Era todo lo contrario a la habitual gracia de Charlotte. Bierley se quedó pasmada, apunto de echarse a reír.

—No sabía que la gente como tú supiera decir tres palabras seguidas —le contestó Bierley, mordaz.

Y se dirigió al lado opuesto de donde se encontraban Harry y el hombre.

—Y la zorra esta —murmuró la chica con desprecio.

Bierley estuvo a punto de girarse para decirle cuatro cosas bien dichas, pero la ignoró por el miedo de encontrarse cara a cara con Harry. Siguió todo recto, por un pasillo que parecía conducirlo a alguna puerta trasera o cuarto privado para el servicio.

—¡Bierley! —un escalofrío le recorrió la columna cuando escuchó su nombre, era la afilada punta de un cuchillo jugueteando a acariciar su tez.

Avanzó más rápido, asfixiándose.

Una mano se posó sobre su hombro, ni siquiera se giró. Corrió y empujó la barra de la salida de emergencia. Se estrelló contra el viento ligeramente frío y una fuerte llovizna. El agua se empezó a fundir con su piel, a filtrarse en su ropa y cabello que lo volvía más oscuro y le daba un matiz a la vez. Miró en ambas direcciones buscando un lugar en el que ocultarse.

Fue más sensata y corrió en dirección a la calle principal. El sonido de la lluvia le dio más fuerza, cuando fue a girar la esquina en la puerta de la discoteca se encontraba Harry. Bierley se dio la vuelta y se resbaló, estampando sus manos y rodillas contra el rugoso y mojado suelo.

«No, no puede ser, no puede ser», alzó el rostro hacia delante. ¿Quién era entonces la otra persona que había intentado agarrarla?

Se quedó sentada de rodillas, con el cabello pegado a la cara, dificultándole la visión de la persona que la había seguido hasta allí. Se acercaba a ella sin temor, con seguridad, una seguridad que le había dado envidia más de una vez. Ella, sin embargo, ni siquiera podía sentir las piernas y las manos para intentar ponerse de pie, estaban agarrotados.

Christian no dijo nada, le cogió de ambos brazos, resbaladizos, y la ayudó a levantarse. Bierley se había quedado con la vista fija en su camisa negra completamente empapada. Cuando alzó el rostro lo apartó bruscamente, no por desdén, solo fue un impulso innato. Christian la soltó, malinterpretando su reacción en una mirada contraída. Ante el silencio de Bierley, decidió contestar:

—De nada.

—Si necesitara seguridad ya contrataría a un guardaespaldas —se mordió la lengua después de acabar la frase.

—Y tendría que cobrar una gran cantidad de dinero porque tienes cierta tendencia a buscarte el peligro. Me pregunto si de verdad estás bien de la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

Una sombra se abalanzó sobre ellos. Era Harry, con cara de sorpresa al ver a Christian allí, no lo esperaba. Bierley, que estaba de espaldas, no se atrevió a girarse y tragó saliva.

—¡Lárgate! —le espetó Christian con furia, haciéndole un gesto con el brazo.

—El capullo y la puta —Christian iba a lanzarse hacia él, pero Bierley le paró posando sus dos manos sobre los hombros de este, los músculos se tensaron.

—No le hagas caso —susurró Bierley.

—¡Lárgate de aquí antes de que te rompa la cara!

—Tranquilo —subió ambas manos en alto, en señal de paz—. Debe de haberte follado duro para tenerte tan encandilado después de lo que pasó —Bierley estuvo a punto de sacar la bolsita del bolsillo, para provocarle, pero se aguantó la tentación y agarró del brazo a Christian, que había hecho ademán de lanzarse hacia él.

Harry se marchó carcajeando de una manera antinatural, estruendosa y repulsiva.

—¿Atiendes a las provocaciones de la gente? —se burló Bierley, soltándole—. Te creía más maduro. Creía que ese tipo de palabras no tenían poder sobre ti.

—Hasta yo tengo un límite —confesó, observando cómo Harry se alejaba—. Y no lo soporto —se encaró hacia ella—. Qué pretendías viniendo aquí, ¿eh? —todavía seguía la furia fluyendo por sus venas.

—Oh, ¿ahora es que ni siquiera voy a poder salir?

—No te hagas la estúpida, Bradley y Charlotte me lo contaron. Estaban tan preocupados porque no aparecías que los ayudé a buscarte por toda la discoteca, ¿sabes que Harry iba detrás de ti cuando saliste por esa puerta? —se la señaló con el dedo.

Bierley no dijo nada, simplemente retrocedió hacia la pared, cohibida por su voz, que no se dejaba doblegar ante el fuerte sonido de la lluvia estallando contra el suelo, daba la sensación de que podría quebrarse en cualquier momento.

—Lo paré, le hice un saludo aparente amistoso y le hice creer que iba a tomar el aire. Pero el muy cabrón se dio toda la vuelta a la discoteca para pillarte por aquí —Christian acortó las distancias—. ¿Te das cuenta?

—¡No sé qué te importa a ti lo que haga! ¡Ya dejaste muy claro tu opinión sobre mí! —lo empujó hacia atrás.

Christian se quedó estático mientras las gotas de agua no paraban de resbalarle por la cara, dejando caer cortos mechones oscuros por su frente, con el pecho subiendo y bajando reiteradamente.

—Solo necesitaba pensar y... darte una lección. No puedes ir tratando a la gente a tu conveniencia —y después repuso—: Y no solo estoy hablando de mí.

—Os lo merecíais, un poco —masculló Bierley, apretando las yemas de los dedos contra la pared—. ¿Tú sabes lo que me hicieron Bradley o Charlotte? Les apreciaba y me traicionaron, me hicieron daño —se puso a gritar, lo había tenido anidando en el estómago desde hacía mucho tiempo, como una larva eclosionando hasta transformarse en una mariposa, en este caso se trataba de un monstruo—. Antes hablaba del dominio de las palabras. Te dejas dominar por alguien que no vale nada. Pues bien, tú sí me hiciste daño con las tuyas, porque... joder —ahora era Bierley la que se sentía poderosa a pesar de que estaba exponiéndose—. Porque aunque fuiste una parte de mi destrucción, también lo has sido de mi renacimiento. Porque aunque no quiera admitirlo me importas lo suficiente como para tener en cuenta tus palabras. ¡Y me niego! ¿Me escuchas? ¡Me niego a admitir que no suceda igual contigo! —decir esas palabras en alto le resultaba aún más vergonzoso que desnudarse en público.

Christian seguía tan inmóvil como antes, con las palabras de Bierley encadenándole por todos los lados, agolpándose en su cabeza. Apenas estaban separados por escasos centímetros y Bierley consiguió ver el atisbo de duda y sorpresa que esperaba de Christian. Claro que él también estaba dolido por sus palabras. Claro que le había hecho sentir mal cuando la vio tirada en el suelo o cuando fue a visitarla al hospital y lo recibió de aquella manera.

Christian sonrió con tristeza y la rodeo con sus brazos.

—Siento haberte echado la culpa por el suicidio de Jason.

CAPÍTULO 17

La caja de Pandora

«Aquello que habita en el pasado y aquello que habita el futuro es solo una pequeña cosa comparado con aquello que habita dentro de nosotros.»

—Ralph Waldo Emerson

I

Seguía tan inmóvil como un depredador apunto de abalanzarse sobre su presa. Pero no se sentía como el depredador, más bien como la presa del florecimiento de los recuerdos de ella y Jason, a pesar de que las formas de moverse entre Jason y Christian fueran muy diferentes. Desde hacía tiempo sus conversaciones se habían limitado a tener un «Lo siento» como ingrediente principal.

Bierley sentía la piel de sus brazos en los suyos como algo más reconfortante que sus palabras. Todo el aire que podría haber inspirado todavía seguía en sus pulmones, sin saber qué hacer con él, obstruido.

Por fin, se atrevían a mencionar el nombre prohibido que se había interpuesto entre ellos durante mucho tiempo, como un muro grueso y férreo aunque invisible que les había impedido entenderse con claridad porque las voces llegaban lejanas, porque les había frenado de cualquier contacto humano. El muro estaba ensangrentado por los nudillos recubiertos de Christian que la empapaban. Él había sido el primero en dar el golpe, después otro y otro. Apenas se hubo resquebrajado una delgada línea. Bierley lo había pateado ensuciándolo de barro pero ni siquiera había conseguido abrir la grieta, cuando fue lo suficientemente inteligente como para palparla con sus manos volvió a repetir el proceso y se abrió aún más, pero seguía sin romperse porque Christian se había encargado de arreglar las fisuras. Después, volvió a golpearlo, arrepentido, y Bierley también había desistido. Pasó mucho tiempo y el muro se hacía más débil por la exposición a la naturaleza. Christian chocó contra él, dejando caer un pequeño trozo al suelo.

Bierley lo vio y lo apartó con sus piernas y brazos, a pesar de que corría el peligro de herirse. Lo consiguió, llegó al otro lado.

—Siento haberte echado la culpa por el suicidio de Jason —volvió a repetir, por el temor de que no le hubiera escuchado—. Fui un gilipollas por todo lo que te dije y lo que pudo haberte acarreado. Siento no haber tenido la consideración de pensar que... a ti también podía afectarte tanto como a mí.

Bierley le correspondió el abrazo, con suavidad, cerrando los ojos. Sus labios estaban tan cerca de su oído que se estremecía con cada palabra, ella negaba ligeramente.

—Habías sido su amiga desde que era pequeño —continuó hablando—, su mejor amiga y su novia. Sé que lo querías.

—Mucho —afirmó Bierley imperceptiblemente, asintiendo.

—Y sin embargo, yo era de aquella manera. Y no os respetaba como debía. Lo siento.

—Yo también tenía algo de culpa por eso. No... te preocupes —agarró su camisa con fuerza—. Sabes que yo nunca le desearía eso, ¿verdad? Sabes que... —se rompió, su voz se descompuso.

Christian asintió, una de sus manos se encontraba revuelta entre los cabellos revueltos de Bierley.

—... en ningún momento lo diría en serio —continuó, haciendo frente a las fallas de su voz—. ¡Nunca se lo desearía! ¡Nunca le desearía la muerte a alguien a quien quiero de esa manera!

Bierley enterró sus ojos en el cuello de Christian, una mezcla de lágrimas calientes y agua fría se resbalaba por sus pieles sin ningún reparo. Sus cuerpos se oprimieron el uno contra el otro con más fuerza.

—Yo lo quería, lo dejé de querer de esa forma. Pero lo seguía queriendo —insistió de nuevo, con las palabras quebrándose en sus labios—. Pensaba que estaba de broma, que lo decía por pura desesperación pero sin cabeza. Yo... no sabía, no-no sabía que fuera capaz de...

—Nadie —terminó Christian, también llorando por la muerte de su hermano—. Nadie lo sabía.

Siguieron así por minutos, abrazados bajo el cielo nocturno tempestuoso, consolándose el uno al otro sin hacer uso de las palabras, sus cuerpos lo decían todo por ellos en silencio. Se fueron despegando

lentamente, y se miraron de forma tímida. Bierley se sintió algo mareada y se apoyó en el hombro de Christian, sonriéndole débilmente. Christian repitió el gesto. Por alguna extraña razón Bierley se vio contagiada y la amplió.

—¿Quieres que te lleve? —le preguntó Christian, mirando hacia el cielo.

—Sí —respondió—. Gracias.

Christian comenzó a andar en dirección hacia su coche, Bierley lo siguió de cerca, en silencio. Cruzaron una calle con multitud de coches aparcados, pero ningún alma en ellos, después giraron hacia la izquierda. Christian se sacó la llave del bolsillo y el coche parpadeó.

Abrieron ambas puertas, la del piloto y el copiloto a la vez, y también las cerraron al unísono. Bierley se percató de que el asiento era cómodo y comprobó su tacto, después tanteó el lugar. Estaba todo muy limpio, juraría que sin una mota de polvo, y olía a ambientador.

—¿Eres uno de esos obsesivos-compulsivos con la limpieza? —se aventuró Bierley, con la sonrisa dibujada en el rostro.

—No confundas el aseo con un trastorno mental —contestó Christian con tranquilidad, arrancó el motor del coche y encendió el parabrisas.

—Oye —le golpeó Bierley como reprimenda en el brazo, Christian le miró sorprendido y Bierley rápidamente giró su cara hacia la ventana. Había hecho algo que no debía, tomarse demasiadas confianzas. Y era un gesto que solía repetir bastante con Jason cuando algo no le gustaba. Se lo había tomado como un insulto.

—¿Tienes frío? —observó que estaba tiritando y con las manos debajo de sus piernas.

—Claro —admitió Bierley—. Estoy empapada, y tú también.

Christian encendió la calefacción, se puso el cinturón de seguridad, miró la calle y el coche empezó a moverse. Al cabo de no mucho tiempo se puso a pitar, Bierley se percató de que era porque no se había puesto el cinturón.

—Perdón —susurró, buscando la cinta.

—Solo haces más que reafirmar mi teoría de que vas buscando los peligros.

—En más de un sentido —posó las manos sobre el regazo y a continuación las puso al lado de la calefacción, para secarlas—. Aunque a veces merece la pena correr el riesgo.

Christian entendió a lo que se refería. Correr el riesgo a sincerarse.

Se adhirió el silencio, prologándose a uno más incómodo, hasta que Bierley se percató emitiendo un sonoro «Ah», que se había olvidado de avisar a Charlotte y a Bradley que Christian la iba a llevar a su casa. Sacó el móvil de bolsillo, que por suerte no había sufrido ningún desperfecto a causa de la lluvia, y se dispuso a teclear:

«Siento lo ocurrido, chicos. A veces se me va la olla de una manera impresionante. Christian me ha encontrado y se ha ofrecido a llevarme a casa. ¡Pasároslo bien!»

Al minuto después, había recibido la contestación.

«Ya, “ofrecido”, ¿seguro que no lo has fusilado?», Bierley abrió los ojos desmesuradamente y sonrió un poco.

«Eres muy hábil para desviarte del tema principal» le respondió Bierley.

«Y yo estoy empezando a pensar que también cambias el significado de las palabras a tu gusto, anda. Ten cuidado.»

«¿De qué va eso?»

«No lo digo porque te vaya a violar.» Bierley se rio por la ocurrencia sin disimulo.

«Solo digo que una de las mayores vulnerabilidades de la mujer es que exprese lo que siente.»

«¡Venga ya, Charlotte! No empieces con esas sugerencias de cría. Christian y yo solo somos...» se paró a pensar antes de completar la frase para enviarla. ¿Qué eran realmente? Nunca habían sido amigos, ¿lo eran ahora? Bierley no sabía cómo describirlo. Solo podía decir con claridad que tenía aprecio por él. Borró una parte del mensaje y volvió a reescribirla.

«¡Venga ya, Charlotte! No empieces con esas sugerencias de cría. Solo está siendo amable conmigo.»

Christian paró en un semáforo en rojo y miró de reojo a Bierley, que estaba plenamente sometida a la tecnología del siglo. Sus dedos tecleaban con gran rapidez.

«Vale. Está bien.»

«¡Ten cuidado con las manos de Bradley!»

«¡¡¡¡¡¡¡¡No digas eso en una conversación de grupo!!!!!!!!!!»

«Hasta mañana», y dio por zanjada la conversación.

—¿Piensas que solo estoy siendo amable contigo? —Christian siguió conduciendo.

Bierley se quedó pillada.

—Bueno... —no paraba de darle vueltas al móvil—. ¡Dios! ¡Qué vista tienes! ¿Sabes que mirar en las cosas de los demás es de mala educación?

—No te desvíes. Eso no es una respuesta.

Se vio completamente acorralada.

—Ahora sí que no estas siendo amable conmigo —matizó el «Sí».

—No trates de manipularme de esa manera —Christian enarcó una ceja, divertido—. No simules hacerte la ofendida, te tengo calada desde hace tiempo.

—¡Dos confesiones sinceras de Bierley Tarter en una misma noche son muy difíciles de conseguir! —exclamó sin poder evitar sonreír—. ¡Por no decir casi imposibles! A mí estas cosas no se me dan bien.

—Pues práctica conmigo.

Bierley se quedó en silencio, pensando. E intentó meditar de verdad la pregunta: ¿Pensaba que solo estaba siendo amable con ella? Había sido terriblemente insistente con el encuentro con Carrie, y tampoco podía olvidar la ayuda que había recibido tras la paliza, que había ido a disculparse y, en esa misma noche, otra vez le había sacado de otro apuro. No podía ser simple casualidad.

—¿Esto es lo que llaman «amistad»? —se sintió terriblemente descabellada al decir eso.

—Sí.

El coche se paró en seco y el móvil se resbaló cayendo en algún lugar del coche.

—Supongo que ya ha terminado —murmuró Bierley desilusionada, palpando en el suelo.

—¿Terminar? ¿El qué? —Christian se inclinó para ayudarla, pero Bierley ya lo había encontrado.

—El viaje, el trayecto, el camino, el recorrido, la travesía —se apresuró a añadir Bierley, muy nerviosa, se quitó el cinturón—. En fin, ya sabes.

—No —negó Christian—. No sé nada. Háblame como si fuera un desconocido al que tuvieras que explicarle todo.

—No me lo hagas pasar tan mal —masculló Bierley, haciendo un pequeño mohín de enfado—. ¿Sabes? Esto me recuerda a las conversaciones con Carrie y tú.

—Otra vez estás cambiando de tema.

Se rio de forma fingida y nerviosa.

—Pues... ¡espero hablar más contigo! —le dijo, abrió la puerta del coche precipitadamente y salió a la calle. Suspiró largamente. La lluvia la volvió a golpear de nuevo.

Entonces se percató, aquella no era la calle donde vivía, era donde estaba su antiguo piso. Christian iba a arrancar el coche hasta que Bierley le sorprendió golpeando la ventanilla. Christian la bajó.

—¿Necesitas el beso de buenas noches?

—Ya no vivo aquí.

—Sube, anda.

Bierley abrió la puerta del coche, se montó y la cerró otra vez. Se puso el cinturón.

—Indícame dónde está —alargó el brazo moviendo milimétricamente el espejo retrovisor.

—En realidad —dejó suspendido en la atmósfera—, no quiero ir a casa —Christian le miró de forma interrogante—. Quiero hacerte una serie de preguntas. Si tú quieres, claro —fue añadiendo a trompicones.

—No lo camufles —le contestó—. Di simplemente que quieres hablar conmigo.

Bierley se sintió realmente expuesta con Christian. ¿Por qué podía hacerle aflorar tanto nerviosismo? Porque era una persona que iba más

allá, iba más allá de las apariencias, iba más allá de cualquier palabra aparente. Y lo admiraba por ello, era tan sincero como no lo era ella.

—Sobre Jason.

Pudo percibir la tensión de sus músculos.

—Vamos a la casa de mis padres, si no te importa.

—Oh, por supuesto. Tú mandas.

—Nunca le digas eso a un chico, en su coche, a... —miró la hora que era— casi las dos de la madrugada. Podría confundir tus palabras.

—Avisaré a mi padre de ello —contestó Bierley, ignorando sus palabras—. O sea, de que llegaré tarde. Muy tarde. No de...

Bierley y Christian se echaron a reír. Cada uno por una cosa diferente, pero que al fin y acabo terminaba uniéndoles.

II

Christian encendió la luz e invitó a Bierley a pasar. No era la primera vez que se encontraba allí, era un lugar familiar y lejano a la misma vez. Sintió una opresión en el pecho al ver el pasillo que la había aguardado tantas veces en su vida. En sí, el lugar no tenía significado, Bierley era la que se lo aportaba. Todo parecía demasiado intacto a la última vez que lo vio, con la mano de Jason unida a la suya, el color de la pared, el suelo de madera, hasta el mismo tono de luz.

—Parece todo... igual.

—Aquí ya no vive nadie, aunque la casa sigue siendo nuestra —se guardó las llaves en bolsillo y cerró la puerta—. Insistí en quedarme aquí, a mi madre no le gustaba la idea... pero aquí iba a tener más privacidad.

—Para traer a las chicas, ¿eh?

—Sí, podría considerarse una de las razones... menos importantes.

Se quedaron en el umbral de la puerta.

—Te voy a traer algo para que te cambies —le dijo—. Si quieres puedes secarte en el baño de abajo. Ya sabes dónde está.

—No es necesario, gracias.

—No es eso, es que no quiero que me ensucies el piso —Bierley negó con la cabeza con resignación.

Mientras Christian se duchaba en el piso de arriba, Bierley se secaba el cabello y el cuerpo con una toalla, se quitó su ropa y se puso la que Christian le había dejado: una camiseta sencilla de color rojo que le venía tantas tallas grande que le dejaba al descubierto un hombro, los pantalones le dieron el mismo resultado y tenía que subírselos a cada paso que daba.

Bierley acabó primero, por lo que se fue al salón y estuvo viendo sin demasiado interés una película hasta que llegó Christian con un Kit-Kat en la mano.

—Pensaba que comías más sano.

—Y lo hago, pero de vez en cuando me permito estas cosas —abrió el envoltorio, Bierley se quedó fijamente mirándolo—. ¿Quieres que te prepare algo de comer?

—Si decides no envenenarme, sí.

—No me tientes.

Christian se iba a marchar de nuevo, pero antes Bierley añadió:

—Tráeme otro de esos.

Al volver, Christian se lo lanzó al vuelo, y Bierley lo cogió con gran habilidad. Lo abrió y se encontraron que ambos estaban sentados al lado el uno del otro, degustándolo casi a la misma vez.

—Esto parece un anuncio —se echó a reír Bierley.

—Estoy preparado para tu interrogatorio —Christian apoyó la espalda sobre el sofá y observó el perfil de Bierley desde esa distancia.

Ella se giró para mirarlo unos segundos y después volvió la vista hacia el frente. Apagó la televisión.

—Bien —suspiró y se trató de liberar de cualquier tensión—. Es sobre Jason, siempre ha sido Jason. Escuché algo sobre él en boca de Bradley y solo quería confirmarlo. ¿Es cierto que él...? —le dolía más el hecho en sí que las palabras—. ¿Es cierto que él se drogaba?

Christian bajó la mirada y tardó un poco en contestar.

—Sí —fue tan contundente que Bierley sintió que desaparecía cualquier chispa de aire en su interior. Otra vez le recorría la misma sensación,

otra vez se sentía prisionera por la decepción—. Pero... hay algo que no sabes.

Christian se puso recto, al mismo nivel que ella. La propia mirada de Bierley dañaba por la tristeza que desprendía.

—Sobre su suicidio —añadió—. Él en ningún momento se había tirado por el puente de la bahía...

—¿Qué? —le cortó Bierley.

—Eso era lo que yo pensé cuando me dieron la noticia, pero después me enteré de que no. Que él... que él... —era inevitable, a él también le afectaba de la misma manera que a Bierley—, se había muerto por una sobredosis de éxtasis.

Por impulso, Bierley se llevó la mano al bolsillo, pero después recordó que la tenía en sus pantalones y no en los que llevaba puestos.

—O sea que todo lo que he pensado este tiempo era mentira... ¿Y cómo...? Pensaba que se trataba de un bulo de algún capullo con el que no se llevaba bien.

Antes de que pudiera añadir algo más, Christian respondió:

—Lo encubrieron, en cierto modo, por no desprestigiar a mi madre —le explicó, cambió de la tristeza hacia la furia—. Ella es psicóloga, y si la gente se hubiera enterado de que en realidad fue una sobredosis ya nadie iría a su consulta. «¡No sabe ni criar a sus hijos, voy a confiar en una persona!» habrían dicho, el impacto que creó fue menor. Aquí la única que tenía trabajo era mi madre y nos hubiera llevado a la ruina. En realidad, nos ha llevado a la ruina. Yo siempre he sentido cierto rencor hacia ella por esto. Se mudó a otra ciudad porque aquí ya no tenía salida y yo, que no quería ni verla, recibí una beca para estar lo más lejos posible de ella.

—¿Y tu padre?

—Mi padre, joder —pareció acordarse de algo de repente—. Mi padre es otro caso aparte. Mi padre perdió su trabajo por culpa de unos compañeros que echaron tierra sobre él, la empresa no funcionaba bien y fue la oportunidad perfecta para echarlo a la calle. Durante unos meses ese era el único tema de conversación, cosa que terminaba irritando a Jason, por eso mi padre no hacía más que insistirle en que se pusiera las pilas y que mejorara las notas. Que si no estudiaba, su futuro iba a estar muy difícil, y que sería alguien inferior. Le machacaba día tras día, y no hacía más que compararlo conmigo. Otra cosa más

que le irritaba profundamente. Yo sentía cierta envidia de lo bien que os llevabais y en él solo se generó más odio hacia mí por las comparaciones.

—¿En serio? —se sorprendió Bierley.

—Sí, lo de que no eras una buena influencia eran excusas baratas para no ver mis propios sentimientos. El caso es que —prosiguió—, mi padre es una persona que no solía quejarse de nada y si le reprendían por algo, (algo que acostumbraba a hacer mi madre) él se callaba y lo aguantaba. Era ese tipo de persona que de lo «buena» que es termina siendo gilipollas. Pues eso le pasaba a mi padre. Como se guardaba tantas cosas para sí mismo, era crecientemente tendente a explotar, pero de la peor forma. Se le cruzaban los cables de cualquier manera.

Paró de nuevo para meditar sus siguientes palabras.

—En alguna ocasión llegó a pegar a Jason, y nosotros tratamos de evitarlo, hasta que mi madre le dio un ultimátum. Le levantó la mano a mi madre, pero por suerte le paramos los pies. Así que lo echamos de aquí, esto sucedió una semana antes de que Jason muriera. Entonces... —exhaló, dejando caer los hombros— empezó a acosarlo, a él.

Bierley giró la cabeza hacia Christian, con preocupación, contempló su rostro perdido. Podía verse claramente la máscara del dolor.

—Era un cabrón —escupió con odio.

—Jason nunca me contó nada de esto. Y yo que pensaba que teníamos confianza... —sus palabras se fueron degradando con el silencio y volvió la vista al frente, perdiéndose en cualquier punto de la habitación.

—Seguramente no quería preocuparte —sonrió con tristeza.

—Ojalá y pudiera pensar así —musitó débilmente—. ¿Y qué fue de tu padre?

—Fue al entierro nada más, tras esto mis padres se divorciaron y se largó. No hablé con él en ningún momento. Sentía una mezcla de rabia y culpabilidad hacia ti y hacia mi padre.

Un silencio los envolvió durante varios minutos, dejándoles pensar en todo lo que había sucedido. Una pieza más encajaba en el puzle de la vida de Jason. ¿Faltaría alguna más o ya estaba completo? No estaba segura, pero con las piezas que tenía podía verse la figura que formaba el puzle. No con detalle, pero sí un esbozo general.

—Creo que como no vuelva ya a casa mi padre se va a pensar que me han secuestrado —dijo Bierley, levantándose del asiento.

Christian asintió.

—¿Dónde...?

—La ropa está arriba junto al radiador del baño.

—Vale —asintió Bierley, un poco incómoda.

Salió de la habitación y subió las escaleras, lo hizo con lentitud, rememorando el débil crujido que provocaba al subir cada escalón. Rozando la yema de sus dedos con la baranda de madera. Una vez llegó arriba, tragó saliva y cerró los ojos mientras caminaba con rapidez. Después, volvió a abrirlos. «Ya está», pensó. Había logrado pasar por delante de la puerta de la habitación de Jason sin problemas como si hubiera algún tipo de monstruo encerrado en su interior.

Una vez en el baño, comprobó el tacto de la ropa que estaba húmeda. Tras quitarse la que le había dejado Christian y ponerse la suya, contempló su rostro en el espejo. Tenía el cabello todavía mojado y despeinado. Se puso a murmurar varias veces que se calmara, como una especie de ritual. Hasta hizo unos ejercicios de respiración. Eran demasiadas cosas: la verdad sobre Jason, Christian, una casa que le traía demasiados recuerdos.

Salió mucho más tranquila y relajada, pero se olvidó de seguir los pasos anteriores y se quedó parada a un paso de la habitación de Jason. Giró la cabeza. ¿Cómo podía vivir Christian en un lugar como aquel? ¿Es que acaso no le atormentaban los recuerdos? Ella solo había estado allí una hora y ya se sentía abrumada. Por un momento le recordó a Harry y su caja. ¿Una forma de superarlo o una forma de no olvidarse?

Se acercó lentamente y posó su mano sobre el frío pomo de la puerta. Intentó abrirla.

—Está cerrada —la voz que sonó tras su espalda le recorrió un largo escalofrío. Se dio la vuelta.

—Lo siento.

—¿Quieres que la abra? —le preguntó, sin ningún atisbo de enfado.

Bierley dudó, pero después pareció pensarlo mejor y negó con la cabeza.

—Mejor no, no vaya a ser que abra la caja de Pandora —y añadió—: Ya he tenido suficientes emociones por hoy.

CAPÍTULO 18

2-2

«No hay medicina que cure lo que no cura la felicidad.»

—Gabriel García Márquez

I

Se despertó a la una del mediodía, con las sábanas pegadas al cuerpo y la luz del día estrellándose contra sus ojos de forma tan molesta que se dio la vuelta hacia el otro lado de la cama. Sentía el cansancio apoderando todavía su cuerpo, pero entonces recordó lo que había pasado. Christian y ella se habían reconciliado.

En parte, su cansancio era a causa de lo poco que había dormido, no por llegar tan tarde a su casa —hasta le sorprendió que su padre se hubiera ido a dormir en lugar de quedarse a esperar para echarle algún sermón por las horas que llevaba—, sino porque cuando había decidido volver a dormir no había dejado de pensar ni un instante en la cercanía que se cernió sobre ambos. Habría jurado que todavía podía sentir la voz de Christian susurrándole, su piel rozándole o sus risas mezcladas como la mejor de las melodías.

Ante aquellos pensamientos que estaban de vuelta, Bierley decidió levantarse de sopetón, se golpeó las mejillas con las palmas de las manos sudorosas y se restregó los ojos. No podía permitirse que el deseo o la atracción le obstruyesen la mente.

Se dedicó el resto del día a ordenar su habitación, limpiar la casa junto a su padre y, principalmente, a partir de tempranas horas de la tarde, se lo pasó leyendo o viendo alguna que otra película. Aparte de hablar con Charlotte y Bradley de cosas poco transcendentales, por suerte, a Charlotte no se le ocurrió soltar ninguna perla y Bierley también evitó hacerle cualquier pulla. Cuando dejaron de hablar, estuvo mirando su lista de contactos, de forma aburrida, y se topó con el nombre de

207

Christian. ¿Qué estaría haciendo en aquellos instantes?, se preguntó. ¿Sería demasiado atrevido pedirle quedar sin que pareciera extraño?

Dejó de darle vueltas y le envió un mensaje, si algo caracterizaba a Bierley tanto en el pasado como en el presente era por ser lanzada si alguien le interesaba.

«¡Hola! ¿Tienes la tarde libre? Me gustaría enseñarte una cosa.»

Bierley depositó el móvil sobre la mesa y siguió leyendo, aunque realmente no despegara la vista sobre el papel no podía concentrarse, su cabeza estaba en un lugar muy diferente. Preguntándose si contestaría y si en caso de hacerlo le diría: «Sí, por supuesto», «No, no puedo». Mientras dejaba divagar a su mente el móvil sonó, al precipitarse contra él se llevó una decepción. Solo era un estúpido mensaje para cambiar de tarifa. Bierley dejó caer el móvil sobre el sofá y al minuto después volvió a sonar.

«Cuánto entusiasmo, ¿ya no te preocupa matarme del susto, Sadako?»

«Puede que esté entre mis planes.»

«Vale, en todo caso iré preparado con sal.»

«Se me acaba de caer un mito. ¿No creerás en las supersticiones?»

«Todavía no soy un adicto al canal de astrología como tú.»

«Yo no hago esas cosas, solo evito pasar por debajo de las escaleras, cruzarme con el gato de Sabrina y romper espejos milenarios», bromeó, con una sonrisa cruzándole el rostro. «En cualquier caso, ¿puedes venir?»

«Sí.»

«¿Ahora?»

«Ahora.»

Tardó quince minutos en llegar y Bierley salió disparada cuando el timbre de su casa le inundó los oídos, su padre se levantó antes que ella pero esta le alcanzó dando grandes zancadas, emitiendo una sonrisa nerviosa nada disimulada. Le hizo un gesto con la mano para que se largara y se fue sin darle demasiada importancia.

Respiró hondo y abrió la puerta:

—Hola.

—Hola —saludó, quedándose así por unos minutos, se miraron, después observaron a su alrededor hasta que Christian habló de nuevo—. ¿Esto era lo que querías que viera? ¿El vestíbulo de tu casa?

—No —rio de forma nerviosa—. Lo siento, voy a por las llaves del garaje —empezó a balancearse desde la punta de las deportivas hasta el talón— espérame aquí, ¿vale?

Subió lo más rápido que pudo y buscó sus llaves que se encontraban en el escritorio. Casi bajó corriendo, rezando interiormente por que su padre no apareciera ahí.

Al salir cerró la puerta, y Christian la siguió los escasos metros que separaban la puerta del garaje. Bierley le miró unos segundos y después se volvió hacia la puerta apretando el botón del mando.

La cochera era amplia y espaciosa a pesar de estar ocupada por un Maybach negro, perteneciente al padre de Bierley.

—¿Quieres presumir del coche que no conduces? —preguntó irónicamente Christian, observando el coche que se encontraba impoluto.

—No. ¿Tan malcriada me crees? —siguió andando, pasando de largo del coche para ir al lugar que realmente le interesaba.

—Antes, bastante.

Bierley ignoró el comentario y esperó a que Christian la alcanzara. Al principio, cuando estuvo a su lado, no dijo nada solo inquirió el lugar con detalle, sin encontrar nada sorprendente. Christian miró a Bierley, alzando una ceja, a la espera de que dijera algo.

—Eres una fanática del fútbol.

—No exactamente.

Se agachó para coger uno de los balones que había sobre las cinco repisas. Repasó con sus dedos uno de los más desgastados y rotos.

—Sé lo que estás pensando ahora —se levantó y le lanzó el balón a Christian contra el pecho—. Antes de juzgar, escúchame.

—Yo no he dicho nada —cogió el balón con ambas manos.

Bierley empezó a señalarlos uno a uno:

—Ese lo compré el 19 de septiembre de 2005 —tocó un balón completamente blanco—, este otro el 19 de septiembre de 2006, este

otro el 19 de septiembre de 2007, este fue el 19 de julio de 2007, y ese el 19 de septiembre de 2008. El resto son de la misma fecha, solo variando el año —se giró hacia él—. ¿Lo entiendes?

—Sí —asintió, mirando el balón que tenía en las manos—. Se los regalabas a Jason por su cumpleaños.

—¿Te lo contó alguna vez? —le preguntó Bierley.

—¿A qué te refieres?

—La primera vez que... —pero se vio cortada por la rápida respuesta de Christian.

—Sí.

Cuando vio que una amplia sonrisa se desplegaba en el rostro de Christian, Bierley ocultó su cara entre los balones que se encontraban a su misma altura, muerta de la vergüenza.

—No me refería a eso —contestó Bierley—. Dios, no sé si ahora podré comportarme normal sabiendo que tú sabes esas cosas. ¡Os llevabais mal! —exclamó, dejando ver su rostro ligeramente colorado.

—No nos llevábamos mal, teníamos nuestras peleas y sí, puede que estuviéramos más tiempo así que hablando como dos personas civilizadas pero... al final me contaba todas esas cosas. Me preguntaba y...

—Gracias, podrías haber dicho que no y me hubiera ahorrado la vergüenza —Christian solo sonrió—. En cualquier caso, me refería a la primera vez que nos vimos —recalcó las últimas tres palabras—. ¿Te contó eso?

—No, creo...

—Qué oportuno —masculló Bierley—. En cualquier caso, yo te lo contaré. Tenía diez años y yo estaba en el parque, bastante aburrida porque mi madre no paraba de hablar con una y otra persona, como si no existiese. Entonces me quedé observando el mar, cuando un balón me golpeó en la cabeza. Un chico me exigió que se lo devolviese y yo me enfadé porque ni siquiera se había disculpado, así que lo reté y lo lancé al mar.

—Jason no sabía nadar —objetó Christian.

—No, no sabía, pero era tan orgulloso que se lanzó al agua y como no salía yo decidí ir en su rescate. Era buena nadadora —añadió con orgullo—. Así que lo salvé.

—Ah, recuerdo que me lo contó mi madre. «Una niña muy valiente salvó a tu hermano».

Bierley se quedó sorprendida.

—¿En serio?

—Completamente.

—El caso es que desde entonces nos hicimos amigos y siempre me exigía que le devolviese su balón. Yo me dedicaba a comprar balones de la misma marca y color, pero él siempre negaba con la cabeza y me decía: ¡Ese no es, pero podrá servirme un tiempo! Y así sucesivamente, año tras año, este último año me dio por comprar más. No sé. No sabía realmente qué hacer —acarició otro, casi como si un simple roce pudiera trasportarla a los recuerdos que aguardaba—. Solíamos jugar al fútbol con ellos. Yo de defensora y él de atacante, o viceversa. El juego en sí no me gusta, solo me gustaba cuando jugaba con él. —El tono de su voz se fue reduciendo hasta susurrar—. Porque me divertía.

211

En ese preciso instante apareció su padre por la puerta del garaje. No se dio cuenta de la presencia de Christian hasta que llegó al coche, se quedó parado, observándoles seriamente.

—Él es... —empezó a explicar Bierley, su padre se adelantó.

—Sé quién es —apostilló de manera amenazante.

Los examinó durante unos minutos más, impasible, y después abrió la puerta del coche, antes de desaparecer en su interior le lanzó una mirada de advertencia a Bierley. Arrancó el coche y se esfumó en la lejanía como si nada. Cuando el ruido del motor ya había desaparecido, Christian habló:

—¿Qué le has contado de mí?

—Mmm —se cruzó de brazos, pensativamente—. La parte en la que eras un capullo.

—¿Y la parte de Carrie?

—No, esa no —sonrió.

—No me gusta alardear, pero parece que nadie se acuerda de cuando te ayudé...

—Yo sí. Bueno —añadió rápidamente—, tengo que hacerte muchas preguntas, Chris —le lanzó otro balón con fuerza, Christian soltó el otro y cogió el siguiente. El primero siguió rodando hasta llegar a las piernas de Bierley.

—Mis palabras tienen precio.

Bierley hizo una mueca de desdén y cogió el balón.

—Pues te reto —dijo de forma amenazante, dejó el balón en una de las repisas vacías. Christian le pasó el que tenía en las manos de la misma forma que había hecho ella.

II

Caminaron en silencio, con la luz del atardecer proyectándose contra su espalda y bronceándoles la piel. Bierley iba golpeando un balón blanco desgastado, primero con la derecha y después con la izquierda. Dos pasos por detrás se encontraba Christian, observando su alrededor con interés. Era una calle bastante solitaria por la que apenas pasaban coches, donde las palmeras se alzaban varios metros por encima de ellos, con sus ramas balanceándose tímidamente a causa del viento caliente, Bierley lo había tenido caminando al menos una hora a un ritmo bastante rápido y eso se denotaba en el sudor que les perlaba la frente a ambos. Él había aceptado el reto sin miramientos.

—¿Estás probando mi resistencia? —le preguntó al cabo de un rato.

Bierley tardó un poco en contestar, y cuando lo hizo, giró levemente la cabeza.

—Te equivocas, esto no ha hecho más que empezar.

Volvió a centrar su atención en el balón, que había perdido el rumbo, desviándose hacia la carretera. Bierley fue hacia él, lo cogió y continuó el recorrido, golpeándolo de nuevo. Parecía disfrutar.

—Esto me está poniendo de los nervios, tanto misterio —añadió Christian—. ¿Te has perdido? Si es así, no tengas problema en admitirlo.

—No, ya estamos llegando —señaló con el dedo a un solar vacío—. ¿No me digas que no aguantas esto?

Avanzaron unos metros más y Bierley se paró, posando su pie derecho sobre el balón, el sol le molestaba en la cara por lo cual se puso una mano a modo de visera para contemplar el lugar. Christian se detuvo a su lado, intentando averiguar qué trataba de hacer al traerlo a un lugar como ese.

—¡Guau! Cada vez me sorprendo más con tus extraños gustos —dijo con sarcasmo Christian—. No sé si esto es peor o igual de malo a que me hubieras llevado de compras a Louis Vuitton.

Bierley soltó un gruñido. ¿Qué tenía de malo ese lugar? Solo era un gran descampado, lleno de tierra, polvo y piedras. Lo mejor de todo: las dos porterías, blancas y desconchadas, sin redes.

—Pensaba que eras más perspicaz —le provocó Bierley, bajando por la pequeña pendiente con el balón a sus pies.

Christian todavía seguía parado en el mismo lugar, por lo que la joven le apremió con el brazo a que se acercara. Él bajó con demora.

—Un descampado, lugar desértico —enumeró, alzando una ceja—, todo indica a que se va a cometer un homicidio.

—Las reglas son fáciles —cambió de tema—. Un partido de fútbol uno contra uno —indicó con los dedos—, dos tiempos de quince minutos, en caso de empate hay dos prórrogas de cinco. Y por último penaltis.

Christian asintió.

—Ambos hacemos tanto de atacante como de defensor —se relamió los labios—. Por cada gol, una pregunta y una respuesta —el joven volvió a asentir en silencio—. Bien —sacó una moneda de su bolsillo—, ¿cara o cruz?

—Cruz.

Bierley lanzó una moneda, casi de forma experimentada, que al final cayó sobre su mano. La moneda marcó cara.

—Empiezo yo —cogió el balón y caminó hacia el centro del campo.

—Me da la sensación de que de la mitad del campo a tu portería el trayecto es más largo —objetó Christian.

—Prepárate Benji Price.

Se colocó en lo que supuestamente era el centro, marcado por un círculo redondo pintado en la fina capa de tierra.

—Ciertamente —trató de taparse con la mano, ya que el sol le molestaba—, creo que te pega más a ti la personalidad de Benji.

—¿Sugieres ser Oliver? A mí no me importa, siempre me pareció un idiota.

Christian negó con la cabeza y Bierley golpeó el balón de repente. Se notaba bastante segura con cada golpe, sin embargo, cuando Christian se interpuso, se quedó bloqueada. Tanto tiempo sin jugar le había dejado una gran nube en sus acciones. A pesar de que en un principio se la había quitado a Bierley seguía teniendo más destreza que Christian. Así que se la arrebató de nuevo antes de que pudiera llegar al centro del campo.

De pura suerte, el balón pasó por debajo de Christian y Bierley siguió corriendo, con una sonrisa triunfante. Christian no desistió e hizo un sprint hacia la portería, para defenderla, en un intento desesperado. Era mucho más rápido, así que no le costó ningún problema alcanzarla. Se dispuso en el medio, y esperó a que Bierley chutara.

—Preferiría un partido de baloncesto —habló Christian, para distraer a su oponente.

Bierley, que seguía muy concentrada, lo lanzó con una potencia y fuerza que a Christian le sorprendió. Ni siquiera se movió para intentar pararlo porque ya estaba dentro.

—En un partido de baloncesto estaría en una gran desventaja, ¿te has fijado que mido uno sesenta y cinco y tú unos veinte centímetros más? —explicó, mientras caminaba hacia el balón y volvía al centro con el objeto en sus manos, plantándolo en el suelo.

—No. ¡Y por eso acabas de desaprovechar tu primera pregunta! —Se lanzó contra Bierley, que seguía profiriendo un par de maldiciones y quejándose de la injusticia.

Christian aprovechó el momento, corrió con la mayor rapidez que pudo y se lo arrebató.

—¡Eh!

Pero no la escuchó, y Bierley ni siquiera hizo el esfuerzo por alcanzarle. Cuando estaba allí se paró y caminó lentamente, hasta se dio la vuelta hacia Bierley para pavonearse. Y, después, marcó gol.

—¡Imbécil!

Christian sonrió cogiendo el balón con ambas manos y lanzándolo hacia el centro.

—Yo que tú no tardaría tanto en llegar a la portería —advirtió.

La chica negó con la cabeza, como si no tuviera remedio.

—¿Hacías esto con Jason? —preguntó Christian.

—Sí —afirmó solamente.

Christian se quedó parado esperando a algo más. En lo que Bierley aprovechó para lanzarse con el balón contra la portería contraria. El chico la siguió y volvió a correr con rapidez, Bierley intentó aprovechar la ventaja que llevaba, pero el balón la ralentizaba, hasta en una ocasión se le quedó detrás. Segundos después de que se interpusiera delante de ella, Bierley golpeó el balón hacia la portería, además de pegarle una patada a Christian en la pierna.

Se retiró bruscamente, apartándose el mechón de cabello que se había librado de su coleta y se lo llevó detrás de la oreja.

—Lo siento.

—No.

—¿Por qué? —replicó espontáneamente, se había sorprendido por la respuesta—. ¡No es nada!

—Es falta —sonrió y le guiñó un ojo.

—¡Ah! —exclamó con furia, se había vuelto a quedar sin pregunta por un despiste—. Voy a tener que reconsiderar la idea de cometer homicidio —le señaló.

Bierley, consciente de que Christian era mucho más rápido que ella, se puso directamente en la portería. El joven sonrió para sí, pensando que ya tenía un gol asegurado, lo que no sabía era una cosa. Cuando lanzó el balón, con potencia pero no demasiado fuerte, lo descubrió. Bierley, con muy buenos reflejos, lo despejó y corrió detrás del esférico. Esta vez lo hizo con más paciencia, con Christian dándole la lata por los lados, tanto que al final terminó Bierley cayéndose al suelo.

—Lo siento —se disculpó y le tendió la mano para ayudarle a levantarse.

Se miró la rodilla cubierta de polvo, tenía un pequeño rasguño donde sobresalía un hilillo de sangre. Evitó la mano de Christian y se levantó con sus propias fuerzas, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—No es nada, Jason era el triple de bruto —le quitó hierro al asunto—, ¿te conté aquella vez...?

—No, porque no hablabamos —intervino Christian con una mueca.

—El caso es que me lanzó con tanta fuerza que yo al intentar pararlo me hice una esguince en la mano. Fue de las primeras veces, cuando no utilizábamos guantes —rememoró—. Jason tuvo que pasarme todos los apuntes durante una semana.

Christian sonrió levemente.

—Pero eso ha sido penalti —concluyó.

Él no se lo discutió, por lo que volvieron a su portería mientras los dos se colocaban. Se miraron por varios minutos, desafiantes, intentando desconcentrarse mutuamente. Pero Bierley tenía mucha más práctica y experiencia. Fingió lanzar a la izquierda para engañar a los reflejos de Christian y terminar por el lado contrario. El balón se metió.

216

Mientras Christian lo recogía, Bierley le preguntó:

—¿Por qué decidiste ayudar a Carrie?

Por eso Christian le había puesto tantas ganas en confundir o intentar ganar el juego, se esperaba esas preguntas, tarde o temprano.

—Lo primero —indicó con el dedo índice—, porque es algo que no puedo evitar, va con mi carácter. Eso tampoco significa que vaya ayudando a todo el mundo, pero tú en concreto me interesaste. Lo segundo —y alzó su dedo corazón— fue porque como todo intento de psicólogo, tengo una especial atracción por las personas que tienen problemas, y este trabajo se basa básicamente en ayudar a las personas a tomarse los problemas de una manera diferente. —Y terminó estirando el dedo anular—. Y, por último, porque tu llamada me recordó mucho a la última vez que escuché a Jason. Con una desesperación, derrota y debilidad en la voz que... —por primera vez, dudó en expresar sus palabras— pensaba...

—¿Que me iba a suicidar? —le ayudó Bierley, Christian asintió—. No estaba entre mis planes.

—¿Nunca lo pensaste?

—¡Eh! —exclamó, en tono de alerta—. Si deseas saber la respuesta, ¡a jugar!

Y dicho eso, esquivó el tema.

Las piernas de ambos volvieron a luchar por la posesión del balón, y Christian fue el vencedor. Bierley no tenía nada que hacer, aun así trató de llegar hasta él. Al hacerlo ya estaba el balón dentro de la portería.

Esta vez fue ella la que lo recogió mientras esperaba su pregunta.

—¿Alguna vez pensaste en suicidarte? —la seriedad volvió al ambiente—. Justifica tu respuesta —apostilló.

La joven dejó el balón en el centro y se quitó el sudor con el dorso de la mano.

—Sí, varias veces de hecho. Una vez llegué a casa, el día en el instituto había sido horrible, no tenía hambre y mi padre estaba demasiado concentrado en la televisión. Me hice una suposición estúpida: Si viene a mi habitación y me pregunta qué quiero de cenar es que todavía le importo a alguien lo suficiente —hizo una pausa—. Yo me metí en la cama y esperé. Él nunca llegó, y me eché a llorar. No hacía más que pensar que si no existía en este mundo a nadie le iba a importar. En mi mente se recorrieron toda clase de pensamientos macabros: un cuchillo, unas tijeras... Por suerte, me quedé durmiendo antes de que llegara a atreverme a hacer algo.

—Jamás pienses algo así. No hay nada peor que tus propios pensamientos, te pueden hundir antes que cualquier acción. Los pensamientos pueden ser más peligrosos que cualquier arma —reflexionó—. A tu familia le importas —Bierley no estaba del todo segura en el caso de su madre, pero lo dejó continuar—. A mí —dejó en el aire—, ¿sabes? Me sentía un poco culpable cada vez que me hablaba esa chica. Bradley sí me contó algo de ti antes de que supiera que tú eras Carrie. Me decía cosas como: «Ahora todo el mundo odia a Bierley», «No hacen más que hacerle guarradas». Y entonces, me preguntaba si yo también había contribuido a ese mal con lo que te dije. Si lo estabas pasando tan mal como Carrie, y Carrie sí que me caía bien.

—No tenías la culpa... —negó—, quiero decir, estuviste mal. Pero en cierto modo lo comprendo, era tu hermano y yo tu enemiga.

—No. No lo entiendes, Bierley. Sabes que Jason grababa todas vuestras conversaciones ¿no?

—Sí —sonrió al acordarse—, decía que así me tenía al alcance en cualquier momento. Aunque yo le insistía que con cualquier problema que tuviera me llamara y hablara conmigo. Decía que no, que le resultaría demasiado pesado y me estaría llamando a todas horas.

—¿En serio te decía eso? —Bierley asintió, algo confusa por la incredulidad de Christian—, qué inocente...

—¿Por qué?

Christian chasqueó la lengua y suspiró antes de soltarlo.

—Jason no se grababa todas vuestras conversaciones para tenerte al alcance en cualquier momento —explicó con una sonrisa dibujada en los labios—. Lo hacía porque tu voz le ayudaba a... agilizar su masturbación.

Bierley se quedó con una sonrisa estúpida en la boca, parpadeando varias veces.

—No...

—Sí...

—¿Cómo...? —apretó los labios.

—Lo pillé una vez.

La chica se echó la mano a la cara, tratando de ocultar la rojez de su rostro y se dio la vuelta para que Christian no la viera. En cualquier caso, la respuesta de Bierley sorprendió a Christian.

—No me parece mal —se volvió a encarar hacia Christian—, quiero decir, antes que verse cualquier video o revista porno para ponerse cachondo, antes que pensar en cualquier actriz... Lo hacía pensando en mí. Me parece sorprendente, la mayoría de los tíos...

—¿La mayoría de los tíos qué? —preguntó Christian con curiosidad.

—Harían lo que he dicho.

—No.

—¿No?

—Te lo puedo asegurar.

—¿Y te puedo preguntar en qué piensas tú cuando te masturbas?

—En teoría te tocaría marcar gol, pero como sé que tu curiosidad pondría todas sus fuerzas en una pregunta de tales características, apuesto por sentarnos aquí y tomarnos algo.

—Sí, claro —aceptó Bierley—. Hay un veinticuatro horas en la esquina —se sacó un par de monedas del bolsillo y se acercó a él—. Es todo lo que tengo.

—Tranquila, invito yo —y corrió hacia el lugar, sin volver la vista atrás.

La chica se sentó frente al balón, mientras jugueteaba con él. En su boca se dibujaba una sonrisa tan amplia que le dolía, se sentía extrañamente feliz. La misma sensación que la recorrió la vez en que Jason la besó, cuando ganaba sus torneos de natación o al llegar al propio orgasmo. Como si su cuerpo fuera tan ligero como una pluma y se quedara meciéndose a escasos centímetros del suelo, pero flotando, sin tener que sostenerse con sus propias fuerzas. Era un orgasmo de emociones.

Christian tardó tan poco que apenas le dio tiempo a dar rienda suelta a sus pensamientos. Lo vio bajar por la empinada con una bolsa en la mano izquierda. Ya era de noche, y las farolas le iluminaron el rostro y la cara, acentuando sus pecas e iluminando el color verde de sus ojos.

219

Dejó las cosas sobre el suelo y se sentó frente a Bierley.

—¿Y bien? —se inclinó Bierley hacia él.

Sacó un par de cosas, dos Coca-Colas, una bandeja que contenía pastelitos y algo para picar. Le ofreció la Coca-Cola, Bierley la cogió y la abrió. Christian repitió el gesto pero dando dos tragos.

—¿Cuál era la pregunta? —fingió.

—¿En qué piensas cuando te masturbas? —Bierley no se acobardó.

—En problemas matemáticos —bromeó.

—Voy en serio —Bierley mostró toda la seriedad posible, sin reírse.

—En un Sócrates/Platón.

Al final, ella le golpeó el hombro.

—Generalmente, en chicas que me atraen, más bien fantaseo con situaciones concretas. Pero para ello, me tiene que atraer intelectualmente.

Bierley soltó un largo «Ah».

—¿Y tú?

—La verdad es que he tenido con recurrencia el pensamiento de suicidarme o lo mal que lo estaba pasando, mi cabeza no tenía tiempo para tener fantasías sexuales y masturbarme.

—Pero lo has hecho.

—Sí —contestó naturalmente—. Antes de salir con Jason, me imaginaba... como a una pareja. No sé —gesticuló—, no alguien en concreto. Yo era la chica, pero no era Bierley, sino un personaje con otro. No sé si me entiendes...

—Sí —sacó una bolsa de patatas y la abrió, le ofreció a Bierley que cogió un par y después lo hizo él—. Es curioso, yo pensaba que eras más... ¿cómo decirlo? —buscó la palabra adecuada en su mente—. Más pudorosa, más convencional.

Bierley terminó de masticar y después dijo:

—Para nada. La masturbación es algo normal, para conocerse uno mismo, o satisfacerse cuando le venga en gana. Alguien que se reprocha por hacerlo o no lo hace, es alguien reprimido.

—Ya piensas como yo —le dio un trago a la bebida y la volvió a depositar en el suelo—. Mucha gente piensa que la masturbación es de gente obsesionada o reprimida. Todo en sus cabales, sin convertirse en un vicio, es algo normal.

—Es el efecto de la Iglesia que ha causado a la sociedad. Ha creado más represión que otra cosa.

—“El uso de anticonceptivos es una blasfemia contra Dios” —rememoró Christian.

—¡Adelante, dejemos embarazos no deseados y enfermedades por no usar condón! —exclamó Bierley justo cuando una pareja pasaba por allí.

Se tapó la cara.

—Qué vergüenza... —ocultó su rostro con las manos por unos instantes—. ¿Te das cuenta? Hemos derivado de las llamadas al uso de preservativos.

—Ah, es cierto, tenía que decírtelo antes de que se me olvide —recordó Christian, de repente—. Verás, decía que me sentía culpable... —las palabras se le atascaron y dudó de nuevo—, porque yo esparcí las

grabaciones de vuestras conversaciones por ahí. Y algunas eran bastante íntimas...

Bierley se encogió de hombros.

—Lo sabía.

—¿Lo sabías?

—¿Quién si no iba a hacerlo? —le dio un sorbo al refresco, que le aclaró la garganta—. Dudo mucho que tu madre se pusiera a hacer esas cosas y tampoco tu padre, así que... solo quedabas tú.

—¿No te enfadas? Se burlaron de ti por eso.

—Mira, ya me enfadé en su momento, y te perdoné, no hay más que hablar de ello —iba a zanjarlo pero una idea le cruzó la mente—. Pero...

Le lanzó parte del refresco a la cara, Christian se quedó atónito.

—Esto es una pequeña venganza —y le guiñó un ojo.

Christian ni corto ni perezoso cogió el suyo, Bierley que vio sus intenciones intentó protegerse con el brazo pero el chico se lo apartó y le roció toda la Coca-Cola sobre el cabello y la cara, profiriendo un sonoro «Oh» de indignación mientras se reían. Entonces, Christian se dio cuenta.

—¿Qué es eso? —todavía seguía sujetándole el brazo, Bierley intentó apartarlo pero se lo agarró más fuerte. Sus cortes quedaron expuestos—. ¿Qué es esto?

No contestó, y Christian la miró con consternación.

—No me digas... que tú... —tiró de ella.

Bierley bajó la mirada y ante el silencio se recompuso.

—Ya no...

—¿Te das cuenta de lo que te haces con esto? —su voz sonó más autoritaria, como si estuviera enfadado.

—¡Ya no lo hago! —gritó, y se soltó con brusquedad.

Se levantó para no encontrarse con su mirada.

—¿Lo dices con sinceridad? —también se alzó y se encaró hacia ella.

Ojos azules contra ojos verdes. Ojos arrepentidos contra ojos preocupados.

Christian le cogió de ambos brazos por los codos.

—Sí —susurró casi imperceptible para el oído humano.

Las respiraciones de ambos chocaron. Solo a Bierley, en aquel momento de tensión, se le ocurriría percibir la hora por el rabillo del ojo.

—¡Qué tarde! —rezongó, librándose de la proximidad—. Será mejor que vuelva.

CAPÍTULO 19

«Para que cumplas tus sueños»

«Si eres feliz, escóndete. No se puede andar cargado de joyas por un barrio de mendigos. No se puede pasear una felicidad como la tuya por un mundo de desgraciados.»

—Alejandro Casona

Christian y Bierley quedaron al siguiente día, y al siguiente, y al siguiente, y al siguiente. Y todavía faltaban cosas por decirse, cosas por saber el uno del otro. Contra más hablaban más confianza adquirían, y más tenían que aprender el uno del otro. A Bierley le sorprendió bastante descubrir que compartían gustos musicales o cinéfilos, aunque en lo referente a temas sobre la vida o la filosofía eran completamente opuestos. También se preguntó cómo nunca antes se habían parado a hablar de estas cosas. La envidia de Christian y la insolencia de Bierley habían matado la oportunidad de conocerse hacía mucho tiempo, pero la pérdida de ambas les había hecho volver a cruzarse en el camino.

223

Por más que Bierley quisiese fingirlo, la admiración que había sentido por Christian se le estaba enrevesando con otras emociones. Sin embargo, no era la única que se mostraba ligeramente nerviosa cuando se encontraban, en Christian existía cierta inquietud, en sus movimientos. No paraba de mirar a su alrededor o al móvil, y en su aspecto se volvían a notar las marcas del cansancio y el insomnio.

Una tarde, mientras se encontraban en la terraza de la heladería, sumidos en el rutinario ajetreo de la ciudad, Christian miró el móvil al menos tres veces en el mismo minuto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bierley, preocupada—. No paras de mirar el móvil y mirar hacia todas partes.

—No es nada.

—Es como si padecieras de hipervigilancia —le sugirió, con una sonrisa—. ¿Hay algo que vaya mal?

—No —musitó, pero Bierley no terminaba de creérselo.

Sorbió el granizado de limón, saboreando el poco líquido desecho que contenía, mientras le daba vueltas a una pregunta que no se había atrevido a hacerle antes por cierto temor a cómo pudiera tomársela. A Christian no le gustaba hablar mucho de sí mismo, y era algo que crispaba a Bierley.

Empezaría por algo suave.

—¿Qué tal tus estudios?

Christian puso cara de sorpresa ante aquella pregunta.

—Teniendo en cuenta que me largué antes de terminar... —miró el interior de su vaso, medio vacío.

—¿Por qué?

—Me tomé medio año sabático cuando llegué allí —Bierley se había referido a por qué se había largado no al porqué de sus malas notas, pero si ese era el juego que él quería seguir, ella no se iba a rendir con las preguntas—. Al principio todo era odio hacia todo el mundo, hacia mi madre, hacia mi padre, hacia todas las personas que vivían en esta ciudad. Hacia Jason..., no soportaba cualquier cosa relacionada con él. Así que me dio por salir por ahí, daba largos paseos por la ciudad y terminaba en el bar más cutre bebiendo con hombres que me duplicaban la edad. Acababa hasta los topes y me volvía a la residencia, colándome por cualquier rendija como un ladrón —dejó de mirar al vaso para volver sus ojos verdes hacia Bierley—. Me amonestaron más de una vez, también echaron un par de llamadas a mi madre, y yo básicamente pasaba.

»Cuando empecé, el interés que podría haber sentido por la carrera que estudiaba se esfumó. Sentía una apatía que no era normal, y también solía pasar bastante de la gente que había allí. Te mentiría si dijera que ese estado duró poco. El caso es que una vez uno de mis profesores me encontró así, tirado en un callejón cualquiera como un perro callejero. Me miró y me tiró unas cuantas monedas a la cara. Me sorprendí tanto ante aquel gesto, que me levanté y le lancé las monedas con rabia. Le solté: «¡No soy ningún mendigo que necesite tu caridad, gilipollas! ¿Es qué ni siquiera reconoces a tus propios alumnos?» Y él me respondió: «¿De verdad? ¡Es tanta gente! A los mediocres no los suelo recordar, ni a

los que tienen el valor de mendigar su vida. A esos sí que no los soporto».

»Y se largó. Al siguiente día fui a su clase y estuve hablando con él, le pedí que no le contara a nadie lo de la noche anterior. Y me respondió: «Yo pensaba que venías a decirme que no tuviera en cuenta tu falta de respeto ayer y disculparte, por llamarme gilipollas. Así que si tienes el valor para insultarme y después rogarme mantener tu secreto, úsalo para afrontar las consecuencias». Yo me fui hecho una furia, no sé por qué, y ya daba por hecho que tenía esa asignatura perdida. Que me echarían o a saber qué más cosas. Así que estaba más perdido que antes, y seguí con mis hábitos sin importarme absolutamente nada.

»El caso es que siempre acababa en el mismo rincón de siempre, y pregunté cuál sería la reacción de mi profesor...

—¿Cómo se llamaba? —intervino Bierley, con la palma de la mano sobre la mejilla.

—Jason Lemacks —respondió y repuso—: Casualidades de la vida.

Bierley le hizo una señal con la cabeza para que continuara.

—Él empezó a pasar por ahí, siempre me tiraba un par de monedas sin decir nada. A veces sí me decía cosas como: «Para que cumplas tus sueños» o «Para que llegues muy alto». Y al siguiente día se las dejaba en su mesa. Así un día tras otro, como un círculo vicioso. Él no le había dicho nada a nadie, eso me sorprendió bastante. Entonces una noche recibí un mensaje en el buzón de voz, algo como: «Charlotte, estoy desesperada...». Aquello me recordó tanto a la última llamada de mi hermano que me empecé a preguntar: «¿Se moriría así? En un callejón similar, sin saber realmente qué hacer con su vida. ¿Sería esta la última visión que tuvo? El frío rompiendo contra su piel y la oscuridad rajando sus ojos, con un pequeño halo de luz en las piernas. Con el bullicio de los vehículos, las voces, las risas y los llantos» —sonrió con nostalgia—. Te llamé, pero me colgaste enseguida. Me levanté, volví a la residencia y te llamé de nuevo. Llamé tantas veces para asegurarme de que esa chica no había cometido ninguna locura. Durante ese tiempo me recompuse un poco, hasta que esperé a que me llamaras de nuevo.

Bierley tenía la incredulidad pintada en el rostro.

—Es irónico, ¿no? Me ayudaste a ayudarte.

—N-No, no lo sabía —titubeó, agitando la pajita.

—Volví un poco a la normalidad, me centré, intenté aprovechar las clases y el curso. Levantar las notas que llevaba, pero aunque lo hacía, no seguía del todo satisfecho. Me sentía bastante desconocido en ese lugar y el único con el que solía hablar era con mi compañero de habitación y Lemacks.

—¿Entonces volviste por...?

—Para resolver todos los problemas que había dejado atrás, decidí no perder más el tiempo —exhaló—. Más que nada, quería volver aquí.

Bierley asintió, con expresión soñadora.

—¿Y has resuelto...? —se vio interrumpida por el sonido del móvil. Christian se lo sacó del bolsillo y comprobó que era un mensaje—. ¿Quién es?

Christian se levantó y colocó la silla.

—Tengo que irme —le respondió, llevándose una mano al bolsillo—. Siento no poder quedarme más tiempo. ¿Quieres que te lleve?

—Oh, no te preocupes. Volveré andando.

Asintió, se despidió con un gesto casi imperceptible de la mano y echó a andar.

—Adiós —murmuró la joven, con cierta sospecha mientras giraba el rostro para seguirle con la vista.

Cuando Christian giró hacia la derecha, Bierley se levantó y siguió sus pasos. Estaba claro que no tenía pensado contarle lo que le estaba pasando, así que decidió averiguarlo por su cuenta.

Caminó a una distancia prudente, sin perder a Christian. Giró dos calles y, al final, este se subió a su coche.

—Mierda —masculló Bierley, ocultándose en la esquina, dando un paso hacia atrás.

Al arrancar el coche, cruzó delante de ella aunque él no se fijara en su presencia, pero el tráfico que era más que abundante y el semáforo en rojo lo retuvieron a tan solo unos metros para que Bierley aprovechara la oportunidad de hacer una pequeña carrera y quedarse a unos metros de él, con el máximo disimulo posible.

Al ponerse el semáforo en verde continuó la ruta, la velocidad que había tomado era tan baja a causa del tráfico que a Bierley le dio la

oportunidad de seguirlo a pie, con un paso ligero que fue aumentando el ritmo. La luz del ocaso le bañaba todo el cuerpo, proyectando una larga sombra que se entremezclaba con las de otras personas hasta desaparecer.

El martilleo y la sobrecarga en las piernas de Bierley se hicieron más que aparentes tras un cuarto de hora. Le empezaron a dar calambres y Christian marchó por unas calles libres. Bierley corrió antes de que doblara la esquina, al llegar a la otra calle apoyó las manos sobre las rodillas y miró al frente; respirando con dificultad vio que el coche había girado hacia la izquierda.

Una idea no paraba de cruzarle la mente: «Para resolver todos los problemas que ha dejado atrás. Pero, ¿aparte de mí, Jason y su madre? ¿Hay algo más?»

Tras recuperarse, siguió la dirección pero ya no había rastro alguno de Christian. Bierley volvió a maldecirse en silencio y empezó a dar vueltas por la zona, como si fuera a encontrar alguna pista.

Después, se sintió estúpida.

«¿Qué hago siguiéndolo? ¡Ni que fuera una novia celosa!», pensó antes de ver el coche de Christian aparcado.

Miró hacia todas partes, gente caminando de un lado hacia otro y coches circulando, en un último momento atisbó que alguien vestido con una camiseta roja igual a la de Christian había entrado en un bloque de pisos. Decidió probar suerte.

Al llegar al portal pulsó un número al azar.

—¿Sí? —sonó una voz masculina y ronca.

—Soy el cartero —mintió Bierley.

—¿Qué? ¿A estas horas?

—Es urgente —repuso lo único que le ocurrió.

Y la puerta se abrió, Bierley la empujó, era algo pesada y cruzó un pasillo bien iluminado con paredes de color ocre, un piso brillante y un largo espejo. Pasó por otras puertas de cristal y divisó las escaleras. Subió un tramo, con un descanso, y después otro, en el primer piso se encontraban todas las puertas cerradas, se quedó parada hasta que escuchó el sonido de unas voces que provenían de más arriba.

Subió más escaleras y al dar con el segundo piso miró a la derecha y después a la izquierda de donde provenían las voces. Se dirigió hacia el pasillo de donde salía el sonido, era el 2º-D y la puerta de madera se encontraba entreabierta. Las voces fueron fácilmente reconocibles para Bierley: eran Christian y Harry.

Abrió la puerta con cuidado, en el pasillo no había nada, la primera puerta que daba a la derecha era el baño y la segunda... antes de siquiera decidir pasar, se quedó parada un metro por detrás.

—Has sido tú, ¿eh? —afirmó Christian, en un tono de rabia—. ¿Pensabas que no me iba a dar cuenta? ¿No tienes suficiente ya con el daño que has hecho?

—¡Lárgate de mi casa! —le gritó Harry.

Tras eso se escuchó el ruido de un cuerpo chocando contra la pared. Bierley decidió comprobar qué estaba pasando.

—¿Tu casa? —ahora sonaba plagado de ironía—. Me pregunto si de verdad no has forzado la puerta.

Christian percibió a Bierley por el rabillo del ojo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, sorprendido. Tenía a Harry agarrado del cuello de la camisa, contra la pared.

—¡Ja, te sigue como una perra a todos lados!

Bierley hizo caso omiso de su estúpida broma.

—Harry... —empezó, temerosa.

—¡Lárgate de aquí! —le instó Christian.

—No.

—¡No tienes nada que ver!

—No.

—¡Fuera! —gritó, más enfadado.

—¡No! —Bierley empleó el mismo tono que él, con una mirada cargada de irritación—. Sí tengo bastante que ver, voy a aprovechar la oportunidad.

Harry hizo el mohín de ir hacia ella, pero Christian lo retuvo estampándolo contra la pared.

—Solo te quiero preguntar una cosa —aunque trataba de contener cualquier emoción, su voz sonaba forzada—. ¿Tú le pasabas el éxtasis a Jason?

Christian se sorprendió por la pregunta y atravesó con la mirada a Harry, que había bajado la cabeza.

—¿Tú le pasabas el éxtasis a Jason?! —gritó Bierley—. ¡¿Sí o no?!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo hacía yo! ¡Siempre lo he hecho yo! —escupió las palabras como si fueran veneno.

Christian le pegó un puñetazo en la cara y Harry cayó al suelo, de su nariz emanó la sangre, la palpó con la yema de sus dedos y después miró a Christian pasando a Bierley.

—Explicate —Christian pareció serenarse.

—Jason me pilló una vez con ella, al principio no hacía más que insistirme en que dejara esta mierda, pero simplemente no podía —le temblaba tanto la voz como las manos—. Lo intentó de formas distintas, me la tiraba, la escondía... Entonces me di cuenta de que... —tragó saliva— de que él me la quitaba a mí para tomársela. Jason no estaba bien, no estaba bien.

—Tú tampoco —apostilló Bierley.

—¡Su padre era un hijo de puta! ¡Su madre una ignorante! ¡Su hermano un puto envidioso! ¡Y su novia una zorra!

Christian iba a cogerle de nuevo, pero Bierley se lo impidió acercándose a él y negándole silenciosamente.

—Te has olvidado del amigo —Harry miró dudoso a la chica—. ¡Su amigo, si es que en algún momento lo fue, es un puto drogadicto!

Se acercó tanto que Christian la tuvo que alejar, Bierley se libró de él con un gesto brusco.

—¡Y él también! —gritó, con la voz resquebrajada—. A veces ni siquiera tenía dinero para pagársela y se metía en peleas para eso. ¡No sabes nada! ¡No le gustaba su vida! Uno y otro día no paraba de repetírmelo. Yo solo le facilitaba el éxtasis. Le empezó a deber tanto dinero a ese camello que se asustó.

»Le robó. Le robó el éxtasis que tenía, él mismo me llamó —siguió—. Y estaba tan asustado y desesperado. Yo lo escondí, pero después se largó sin decir nada y... iban a por él. Fue a casa de Sarah, y lo echó, no

quería saber nada de él. El resto ya lo sabéis. Se paseó por el puente de la Bahía de Sídney, se tomó una sobredosis. Y... —por mucho que se esforzara las lágrimas se desprendieron de sus ojos—... se suicidó.

Un largo silencio inundó la estancia.

—Era consciente de lo que hacía —se rompió.

—Vámonos —le dijo Christian a Bierley—. Vámonos, antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Bierley le pasó el brazo por la espalda y lo siguió, cuando se quedó en la puerta, se volvió hacia Harry, que seguía sentado en el suelo con las manos ocultándole el rostro. Se acercó a él y le lanzó la pequeña bolsa con la pastilla de éxtasis. Harry se quedó mirándola de forma obsesiva.

—Date un buen chute.

Cuando ambos desaparecieron, Harry se abalanzó sobre la pastilla.

No hacía falta que nadie le pegara una paliza por lo que había hecho con Jason, o por lo que le había hecho a Bierley, él ya tenía sus propias formas de castigo aunque no se diera cuenta.

CAPÍTULO 20

Lo que piensas y lo que haces

«El valor es el resultado de un grandísimo miedo.»

—Ferdinand Galiani

I

Dicen que el silencio es un regalo, algo imposible de alcanzar en nuestros días, pero desde que habían salido del piso de Harry, ni Bierley ni Christian lo habrían considerado como tal porque no habían cruzado una palabra aunque lo que más necesitaban era hablar. Fueron directos al coche de él, y una vez dentro otro silencio más largo e incómodo le siguió; les golpeaba los oídos de tal manera que amenazaba con estallar como ninguno de los dos dijera algo.

231

Christian apoyó la frente sobre el volante y suspiró antes de preguntarle por el éxtasis.

—¿De dónde lo has sacado? —le lanzó una mirada penetrante.

—Estaba en su habitación, cuando vivía en la casa de mi madre —posó sus codos sobre las rodillas y ocultó su cara—. Lo va a pagar, sí. —Se dijo para sí misma—. ¿Qué hacías allí?

—¿Por qué me has seguido? ¿Ya ni siquiera puedo tener intimidad? —se puso a la defensiva, pero esta vez lo decía completamente en serio.

—Solo quería saber qué te pasaba —se encogió de hombros.

Christian sacó el móvil del bolsillo derecho y se lo mostró.

—¡Esto es lo que me pasa! —en la pantalla se podían vislumbrar una colosal cantidad de llamadas de un número que no conocía. Bierley le miró sin entender y él se lo explicó—: Es mi padre, no ha parado de llamarme desde hace tres días, el capullo de Harry le dio mi número ya que su padre y el mío son bastante amigos. Antes de largarme de Sidney también estuvo intentado contactarme, así que cuando tuve la

oportunidad cambié de número y me libré de él. Pero qué casualidad, llego aquí, se lo doy a Harry y lo tengo dando por culo a todas horas.

—¿Se lo diste a Harry? —preguntó Bierley con incredulidad.

—Sí —asintió—. Antes de hacer lo que te hizo. Antes de saber esto...

—¿No lo sabías?

—No —dijo, apretando los dientes—. No sabía que Harry tuviera algo que ver con esto —y golpeó el volante con furia—. No sabía que Jason se hubiera enganchado de tal manera, e hiciera lo que hizo por algo tan pequeño.

Bierley tampoco lo había pensado al principio, pero conforme el tiempo avanza para las personas, el cómo la gente se van encontrando con agujeros imposibles de saltar para sus piernas o para siquiera soportar el dolor de la caída, le había enseñado a creerlo. Le había enseñado a afirmarlo. Le había enseñado a entender que las personas son impredecibles por muchos años que las conozcas.

—Entonces..., ¿has hablado con tu padre?

Christian respiró hondo.

—Me pidió que fuera a verlo, que le diera una segunda oportunidad —la preocupación se extendió en sus facciones—. No le di ninguna respuesta. No sé qué hacer realmente —reconoció, negando con la cabeza reiteradamente.

Bierley se sintió algo impotente, no sabía qué aconsejarle, la poca relación que había tenido con el padre de Christian y Jason había sido buena, sin embargo, por aquel entonces desconocía tales datos como que llegaba a abrumar, acosar y hasta pegar a Jason o a su madre. Y quién sabe si a Christian también. ¿Alguien así podía merecer una segunda oportunidad?

Él siguió mirando el móvil hasta que se le descompuso el rostro y miró a Bierley, que mostró una expresión de duda ante su precipitada acción.

—Está aquí, en Sídney. Ya no tengo alternativa —dejó caer el móvil en el asiento y se volvió hacia Bierley—. Me ha pedido que vaya a verlo, al hotel donde se aloja. Dentro de... —comprobó su reloj— media hora —soltó una carcajada forzada y dejó caer el brazo sobre el asiento, sin fuerzas.

La joven le hizo la pregunta que más temía:

—¿Vas a ir?

—Qué remedio, si no lo hago va a estar persiguiéndome hasta conseguirlo.

Se volvieron a quedar en silencio escasos minutos hasta que Bierley tomó una decisión.

—Te acompañaré —declaró muy segura. Al menos, quería apoyarle de alguna forma.

—Te lo agradecería mucho si lo hicieras.

—Tranquilo, ¿eh? —puso la mano en el hombro de Christian y le dio un apretón, como si quisiera proporcionarle fuerzas.

Mientras el coche se puso en marcha y empezó a circular por la carretera, Bierley lo meditó mucho, contemplando lo rápido que viajaba a diferencia de las personas que caminaban bajo la luz de las farolas y el suave balanceo de las hojas de las altas palmeras engullidas por la noche, ¿le tenía miedo Christian a su padre? Si realmente fuera así, hubiera decidido no ir, ¿o era Christian ese tipo de personas a las que cualquier terror era un reto al que afrontarse? ¿Era porque todavía sentía algo de cariño hacia su padre a pesar de su comportamiento? ¿Porque quería dejar las cosas zanjadas y no a medias? ¿Porque también le hizo algo a él y ahora necesitaba una venganza? Eran tantas las preguntas que podía hacerse acerca de la decisión que había tomado y solo una la verdadera...

Bierley posó la frente contra la ventanilla, con la vista perdida y las luces y sombras bailando en el interior del coche. Al cabo de un rato, suspiró a propósito para captar la atención de Christian. Este la miró de reojo y siguió conduciendo, mientras flotaba en el ambiente *Radio de Lana del Rey*.

La chica se colocó de golpe en el asiento y le dirigió la palabra.

—Mmm —musitó—. ¿Tú...?

—¿Sí? —la volvió a mirar de reojo.

—¿Te gusta Lana del Rey? —preguntó finalmente, tras pensárselo un largo minuto, eso no era lo que tenía pensado decir. Pero no sabía cómo transmutar sus pensamientos a una simple pregunta en voz alta.

—Sí —afirmó—. Me relaja.

—Ya tenemos algo más en común —sonrió Bierley—. ¿Estás nervioso?

—Últimamente estoy sometido a una tensión constante —respondió, pasándose una mano por el cuello y acto seguido la posó de nuevo en el volante—. La música me relaja, y más este estilo. ¿A ti no?

Bierley asintió, no era ahí donde quería llegar a parar.

—Es normal —dijo, frotando sus manos sobre los muslos, las tenía un poco sudadas—, con todo lo de tu padre...

—No solo con lo de mi padre, también está mi madre, viejos amigos y...

No le dio tiempo a continuar su frase porque ya estaba cerca del hotel en el que le había citado su padre, aparcó en un sitio estrecho haciendo múltiples maniobras entre dos coches y cuando terminó quitó la llave del contacto. Su nerviosismo era palpable porque no paraba de mover la llave.

—Faltan diez minutos —murmuró para sí mismo.

—¿Le tienes miedo? —se aventuró Bierley.

—Odio —arrancó la palabra de su interior.

—Entonces, ¿por qué vienes a verle?

—Porque al igual que yo tuve varias oportunidades para levantarme de ese callejón oscuro, me prometí que le daría una oportunidad a todo. Porque en cierto modo yo también tenía la culpa.

—En alguna ocasión, ¿eh? —rememoró Bierley pronunciando las propias palabras de Christian, con un deje de enfado, al darse cuenta de la realidad—. ¡Pegó a Jason más de una vez, ¿verdad?!

—Sí, sí —soltó Christian—. ¡Y no me había enterado hasta que lo vi con mis propios ojos!

—¿Y vas a darle una oportunidad a una persona así?

—Solo quiero terminar con esto —abrió la puerta del coche bruscamente y la cerró—. Eso no quiere decir que vaya a tomar helado con él todos los días y paseemos juntos de la mano —ironizó.

Bierley salió también del coche y cerró con fuerza la puerta.

—¿A qué vienes? ¿A decirle lo cabrón que es? ¿A perdonarle? —insistió, sin comprenderlo—. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Escuchar lo que tenga que decir —caminó en dirección al hotel.

—Y yo creo que eres demasiado bueno —masculló Bierley, siguiéndole.

—Si no lo hago, no me va a dejar en paz.

Su paso se fue acrecentando y Bierley casi tuvo que correr para alcanzar su ritmo, llegaron a la puerta del hotel, de la que salían dos personas, Christian abrió la pesada puerta de cristal y la sujetó para que Bierley pudiera pasar. Sus miradas se evitaron y la luz del interior les deslumbró.

Christian fue directo hacia las escaleras, relucientes, pasando de largo del recibidor mientras Bierley lo seguía. Subieron un primer piso, luego el segundo, al tercero Bierley notó la sobrecarga adueñándose de sus piernas.

—¿Por qué no hemos subido por el ascensor?

No contestó a su pregunta.

—Ah, ya entiendo —dedujo Bierley—. Te dan miedo los ascensores, tío duro —solo lo hizo para suprimir toda la tensión pero Christian seguía sin mirar atrás.

235

Subieron hasta llegar al sexto piso y cruzaron un pasillo recto y estrecho con amplios ventanales. El joven esperó a Bierley y cuando ambos estuvieron ante la puerta de madera, respiró y exhaló dos veces, finalmente, tocó la puerta débilmente.

El hombre que se asomó parecía que estuviera esperando todo el día aquello, porque no pasaron ni cinco segundos de abrir, y por su aspecto tenía toda la pinta de haberse arreglado para dar la mejor impresión posible. Iba vestido con unos pantalones de un traje, una camisa blanca y una corbata sencilla de color azul. Su cara estaba más desmejorada y en ella se podían observar los rasgos de Jason. Se parecía increíblemente a él.

—Hola —saludó animadamente, rodeando a su hijo.

Christian por otra parte se quedó paralizado y sonrió lánguidamente dando paso a una mueca inexpresiva. Cuando terminó la dosis de cariño por parte de su padre, este se dio cuenta de la presencia de la chica.

—Ah —recordó—. Tú debes ser Bierley —la chica asintió—. Pasad.

Volvió hacia el interior, mientras decía:

—Eres la novia de Jason, ¿no?

Bierley le dirigió una mirada de extrañeza a Christian, este también se había dado cuenta.

—¿Eres? —musitó Bierley.

Christian solo asintió, no parecía muy buena señal.

La habitación era un lugar muy luminoso y daba una sensación de calidez por sus paredes y suelo de color ocre. La cama era de matrimonio, completamente blanca, sobre ella se alzaba un gran espejo que reflejaba el balcón con vistas a la ciudad.

El único asiento que había era un camastro largo en el que se sentaron los tres aunque algo apretados: el padre de Christian, él mismo y Bierley.

—¿Por qué no has parado de llamarme? —le preguntó muy serio.

—Todo padre tiene derecho de ver a su hijo —sonrió, su sonrisa se parecía más a la de Christian—. ¿Por qué la has traído? —rápidamente modificó su sonrisa, dirigiéndose hacia Bierley.

—Es mi amiga y...

—Claro, pero hubiera preferido estar a solas contigo —se inclinó hacia un lado para verla mejor—. ¿Bierley?

Esta se levantó, pero Christian tiró de su brazo para volverla a sentar.

—Ella se queda aquí —dijo, con expresión dura.

—No es conveniente que ella esté aquí —intentó convencerle.

—Tampoco es conveniente que yo esté aquí después de todo el daño que has causado a nuestra familia —le contestó, cortante, no podía soportarlo—. Di lo que tengas que decir y me largo.

Su padre le posó una mano sobre la rodilla.

—Solo quiero que arreglemos las cosas —esta vez mostró otra faceta, la de alguien perdido y dolido que no tenía a nadie más—. Antes nos llevábamos bien. Por eso has venido ¿no?

—Tú decidiste lo contrario después de levantarle la mano a Jason —contestó fríamente, levantándose del asiento, agarrando a Bierley de la mano con fuerza, levantándola, para que estuviera cerca de él—. Para

empezar, no habría estado mal una disculpa y no esa falta de respeto hacia Bierley.

—¿Ella? —preguntó incrédulo su padre, también se incorporó—. ¿Qué respeto se merece esta zorra después de lo que hizo? ¡No sé cómo si quiera te atreves a traerla aquí! —la señaló con furia.

Christian quería negarlo, había albergado una pequeña y diminuta esperanza. Él había cambiado, también Bierley, ¿por qué no su padre? Pues se equivocaba, había personas que jamás cambiaban. O que si cambiaban, era para peor.

—No le hables así, no nos hables así a ninguno de los dos —apretó con más fuerza la mano de Bierley, sintiendo la misma sensación que en la ocasión que la ayudó.

Su padre bajó el brazo pero siguió emitiendo esa sacudida de ira y malestar en el ambiente.

—Sigues siendo un cabrón —se dio la vuelta, pero entonces su padre le pegó un empujón a Bierley que la tiró al suelo.

Christian intentó pararlo, recibiendo un puñetazo en la mandíbula, y lo apartó de ella lanzándolo con todas sus fuerzas contra el camastro, este recibió un golpe en la espalda apareciendo un incesante dolor. Lo que les dio unos minutos preciosos para salir de allí.

Bierley, que estaba levantándose, todavía conmocionada por lo sucedido, fue agarrada por Christian del brazo con brusquedad, tirando de ella en dirección a la puerta.

—¡No quiero volver a ver tu puta cara jamás! —recalcó Christian, a pleno pulmón.

Caminaron por el pasillo rápidamente, mientras la voz de su padre chocaba contra sus espaldas:

—¡Jason!

Al salir a la calle, todavía seguía resonando el nombre en la cabeza de Christian, se sentía como si hubiera estado bebiendo hasta caer sin sentido en medio de una realidad distorsionada; olores fuertes, un amargo sabor en la boca, oídos atronados, personas que se multiplicaban y movían sin parar y hasta un frío que le invitaba a temblar a pesar del calor que hacía en realidad.

Bierley se había adelantado, con un paso rápido y fuerte, como si temiera caerse en cualquier momento. Estaba tratando de aplacar todas las emociones posibles, mostrarse fría y taciturna. No tenía que importarle una mierda las palabras de ese hombre, pero lo hacían. Eran como las picaduras de una avispa, solo desaparecían con un poco de hielo y aire.

—¿Cómo estás? —Christian despertó de su mundo paralelo para asimilar lo sucedido.

Siguió caminando sin decir nada, por lo que Christian dio un pequeño trote.

—Bien, estoy bien —y se dio la vuelta hacia él; Bierley mitigó cualquier sentimiento de debilidad por uno de enfado—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

La poca naturalidad de Bierley hizo que Christian mostrara una mueca de desconcierto.

—Bueno...

—Qué mentiroso eres —cortó rápidamente Bierley—. Tu padre está mal, muy mal. Pero de la cabeza. Todavía no me entra cómo hemos podido venir aquí... —negó reiteradamente con la cabeza.

—Nadie te obligó.

—Conforme me apretabas la mano no decías lo contrario —y alzó la mano, para mostrar que todavía tenía la marca de sus dedos en la piel.

El móvil de Christian volvió a sonar de nuevo y Bierley dejó caer el brazo con pesadez, la melodía seguía sonando y ninguno de los dos se movió hasta que Bierley rebuscó en los pantalones de Christian.

—¿Qué haces? —preguntó, agitado.

Bierley le enseñó el móvil. Era su padre llamándolo de nuevo.

—Se lo tienes que decir a tu madre —le aconsejó Bierley, pulsando la tecla colgar.

—Le bloqueo el número y punto —dijo, arrebatándole el móvil con rudeza.

—Y él irá a tu casa.

—No le abriré.

—Te estará persiguiendo día y noche.

—Y yo lo eludiré.

—En el peor de los casos, llamará a tus amigos. O hasta a la «zorra» de Bierley si es necesario.

—¡Pues me largo otra vez!

—¡Menudo tío estás hecho! —exclamó Bierley, sin poder creer lo que estaba escuchando—. ¿Y tú eras el de «debes decírselo a tus padres»? ¿«Piensas que esquivando los problemas, dejándolos pasar por alto, al final, terminarán por marcharse. Pero no. Los problemas siempre están ahí para definir a las personas.»?

—Dios —se sorprendió—, ¿te sabes mis palabras de memoria?

—No, me sé tus mentiras y consejitos de memoria —respondió, con énfasis.

—Tengo veinte años, Bierley. No me hace falta hablar con mi madre de esto, tengo capacidad más que suficiente para resolver mis propios problemas, ¿vale? —Y volvió a caminar de nuevo.

—¿Me estás llamando niñaata? —Bierley se sintió molesta—. Porque esta niñaata ha demostrado que sabe resolver sus problemas de una forma más madura que tú.

239

Christian se paró de nuevo y se giró.

—Lo que pasa es que no te atreves a hablar con tu madre.

—El cómo haga o deje de hacer las cosas no es algo que me deba cuestionar una «niñaata».

—Solo me molesta que vayas dando discursitos para ayudar a la gente y, con eso, darles un poco de sentido común; cuando tú eres el último en seguir tu propia palabrería —desató Bierley—. ¿Sabes que se le llama a eso? HI-PÓ-CRI-TA, CO-BAR-DE.

—Bierley, no estoy en primaria, sé distinguir las silabas de una palabra.

—Lo que no sabes es diferenciar entre lo que piensas y lo que haces.

—Ah, ¿quieres que te lo demuestre? —frunció el ceño.

Bierley hizo un gesto con el brazo, que lo dejara pasar, y se dispuso a cruzar la calle para largarse a su casa. Christian la siguió y, cuando estuvo cerca de ella, le cogió del brazo para que lo mirara.

Resopló, crispada.

Christian no dijo nada, puso la mano sobre el hombro de la chica e inclinó su cara hacia la de ella.

—¿Qué ha...?

Lo que para él fue una eternidad, para ella fue una estrella fugaz. Ni siquiera pudo captar el instante en el que la boca de él se acercaba a la de ella, porque ya estaba acariciando sus labios, con delicadeza. Apenas duró unos segundos, pero ella estaba sin respiración por el impacto, y él por el nerviosismo.

Bierley no se atrevió a mirarlo cuando terminaron. Los dos se montaron en el coche sin decir nada, con la tensión en los músculos y cualquier gesto que hicieran, con el recuerdo del tacto de sus labios. Con la imperiosa necesidad de controlar el ritmo de su respiración.

De pronto, el coche se paró.

—¿Ya? —se sorprendió Bierley, mirando por la ventana. Era su barrio, sin duda.

—¿Esa pregunta va con retraso?

Bierley se percató de la indirecta y, por fin, lo miró de nuevo. Parecía bastante tranquilo, a diferencia de ella, que no paraba de jugar con sus dedos.

—Que sepas —matizó—, que yo no soy de la saga de las que «te abrazo y me sonríes», «te doy un beso y me perdonas», «te follo y me suplicas» —y sonrió de forma cínica—. De todas formas, sigo siendo una niñata, ve con alguien que sepa distinguir las sílabas de una palabra —salió del coche y pegó un portazo.

Christian repitió el gesto y salió tras ella.

—Lo siento, me he pasado un poco, no pretendía decirte eso.

Bierley se paró en seco.

—Voy a hablar con mi madre, mañana —agregó Christian.

La chica se dio la vuelta, con una sonrisa.

—Suerte.

—¿Me acompaña la señorita?

—Pero luego cuando tu madre aparezca con un cuchillo mientras suena *psycho*, no me recuerdes lo de «nadie te obligó a venir».

Christian se rio.

—Te firmo una nota si es necesario —sonrió—. Entonces, ¿estamos en paz?

—No declararé el alto al fuego hasta que me respondas a una cosa.

—Adelante.

—¿Eso de antes iba en serio?

—¿Lo de niñata? No, mujer...

—No, capullo. Sabes a lo que me refiero.

No respondió, se acercó unos pasos hacia ella hasta quedar a escasos centímetros. Ni el propio Big Bang podía compararse con lo que sentían en su interior. Sus miradas podrían valer más de un millón de besos, y sus sonrisas más de un billón de orgasmos.

Bierley posó sus manos sobre los hombros de Christian, y este hizo lo mismo, pero en la cintura. Y se acercaron hasta que sus respiraciones chocaron la una contra la otra en medio de la asfixia veraniega. Era como ponerse a hacer una hoguera al lado de un volcán en plena erupción.

241

Unas simples chispas que, al unirse, podían iluminar el mundo entero.

Sus labios se unieron, rellenoando la puesta de sol que faltaba en la imagen del cielo y la tierra. Lucharon con sus espadas y cuando estas estuvieron oxidadas pelearon con sus uñas y dientes. Las manos avanzaron por el cuello y los cabellos. Al final, solo era un beso apasionado con labios, saliva y lenguas mientras el sudor se resbalaba por sus dedos y caras.

Alguien carraspeó.

Se separaron de repente. Los besos se disolvieron, los orgasmos terminaron, el fuego se extinguió y el mundo entero sufrió un apagón.

—Bierley —reconocieron la voz rápidamente.

Se dio la vuelta, y se separó de Christian como si le hubiera dado un calambre.

—Papá —sonrió forzadamente.

—¿Me dejas hablar con Christian un momento?

No le hacía mucha gracia, pero no tenía otro remedio, cualquier cosa valía para librarse de la situación incómoda.

—Claro.

Bierley se volvió hacia Christian y le susurró una fingida amenaza:

—Por esto te declararé la guerra.

Se alejó, pasó por delante de su padre dedicándole un gesto y desapareció en el interior de la casa.

El padre de Bierley se acercó a Christian mientras este esperaba, aunque quisiera negarlo, algo tenso. Se paró frente a él y estuvo observándolo varios minutos.

—Gracias por ayudar a Bierley aquel día —y le tendió la mano. Parecía que ya había olvidado la mala experiencia contada por Bierley y había sido suplantada por otra buena más cercana.

Christian le estrechó la mano.

—De nada, es lo menos que podía hacer.

—No, ya veo que la estás ayudando en más de un sentido. No hace falta, ¿sabes?

Christian se quedó mudo, pensando en una respuesta adecuada que responder a sus palabras sugerentes y salir airoso de la pequeña charla.

—Era broma, tranquilo —le dio una palmada en el hombro.

CAPÍTULO 21

Proyecto de una raza inteligente

«El hombre es un lobo para el hombre.»

—Thomas Hobbes

Primero fue una gota. Después, miles. Chocando contra el suelo, los tejados, los paraguas y las personas, con violencia; provocando una melodía estruendosa que hasta se dejaba escuchar a través de los cascos blancos de Bierley mientras destrozaba *Money for Nothing* de Dire Straits con su voz.

Llevaba preparada hacia más de media hora y no había parado de escuchar una canción tras otra al oír un murmullo de fondo, al principio pensó que era su padre, pero después se percató de cómo las gotas de lluvia se dibujaban, se amontonaban y peleaban por un espacio en su ventana. Entonces, vio el coche de él y esperó el mensaje.

«Ya estoy aquí.»

Bajó las escaleras con prisa mientras se ponía un chubasquero azul encima y anunciaba a pleno pulmón que se marchaba.

Salió enfrentándose a la lluvia, con la capucha protegiéndole los cabellos sin demasiado éxito.

—Hola —saludó Bierley con cierta timidez al meterse en el coche, bajándose la capucha.

—Hola —le correspondió Christian.

Se quitó el chubasquero ante el repentino calor que inundó su cuerpo y lo colocó entre las rodillas, humedeciéndole las manos y la ropa.

—Puedes dejarlo a atrás —se percató Christian.

Bierley hizo un gesto de asentimiento y lo dejó en los asientos de atrás, se quitó la pequeña mochila marrón que llevaba colgada en la espalda y se acomodó en su asiento, por último, se puso el cinturón.

—¿Y bien? —alzó una ceja—. ¿Adónde vamos?

—A Katoomba, allí vive mi madre. ¿Has estado alguna vez?

—No —negó Bierley—. Pero no está demasiado lejos ¿verdad?

—A cien kilómetros —explicó—. Tardaremos una hora y media, más o menos. Nadie te ha obligado —matizó en el último momento, en sus ojos brillaba una pequeña chispa de picardía.

A Bierley se le escapó una sonrisa.

—Me gusta viajar en coche.

La lluvia no paraba de repiquetear contra el automóvil, como si deseara arrancar los cristales y la pintura y ahogar a sus pasajeros. Pero sus pasajeros ya se estaban ahogando en su propia incomodidad.

Christian encendió la radio y emprendió el camino. Al mismo tiempo, Bierley sacó un libro de la pequeña mochila, se trataba de un ejemplar de *Tokio Blues* de Haruki Murakami y se puso a leer. Después de casi una hora, Christian se mostró interesado por el libro, o tal vez, trataba de sacar algún tema de conversación.

—¿Qué lees? —despegó los ojos unos instantes de la carretera.

Bierley levantó la vista.

—Ah, pues... —meditó unos segundos, doblando la esquina de una página—. *Tokio Blues*. Va de un chico cuyo amigo se suicidó... y después de un tiempo se encuentra con la novia de su amigo, y entablan una relación y... —se paró en seco, había dicho algo que tenía que haberse ahorrado. «Suicidio» y «novia» eran palabras que todavía se quedaban congeladas en sus pieles.

—Lo sé —contestó, frío—. Lo leí hace un tiempo.

—¿Sí? ¿Te gustó? —preguntó demasiado exaltada, pero era demasiado evidente que estaba evitando de nuevo el tema, así que cambió sus palabras—. Ya sé que esto es un poco raro.

—¿Y qué es lo que consideras raro?

Cerró el libro de golpe.

—Fuera de lo normal —sentenció.

—¿Y qué es lo que está fuera de lo normal?

—Desayunar a las dos de la mañana, raparme el pelo a cero y tatuarme una rosa en el cráneo, correr gritando con un traje de hamburguesa, que uno se enrolle con la ex de su hermano suicidado, yo qué sé... — acarició el libro con sus dedos, era suave pero no atrayente.

—¿Qué importa eso? —la miró de reojo.

—Que la gente va a dar mucho por culo con eso, ¿no crees?

—¿Después de todo lo que te ha pasado te importa eso?

Bierley se encogió de hombros.

—Tú haces como que te da igual, pero cuando tu madre me vea no le va a hacer demasiada gracia.

—Mi madre está acostumbrada a tratar todo tipo de gente, a cada cual peor, le da igual.

—No, no le da igual. —Y añadió, muy convencida—: Es su hijo. El único que le queda.

—Vale, pues le diremos que eres solo mi amiga y comprobaremos su reacción —propuso.

Bierley miró el libro de nuevo, pensativa.

—Christian, tampoco se va a poner a dar botes de alegría —soltó con sarcasmo, golpeando el libro—. Ella misma demuestra que le importa lo que opine la gente, por eso se mudó de ciudad. ¿Qué puedo esperar de eso?

—Ya te expliqué por lo que se mudó, no lo confundas —rebatió.

—Pero tú mismo la odiaste por ello.

—¡Sí! ¡Pero también lo hizo porque no había dinero! —exclamó, algo frustrado.

—Vale, no te enfades —musitó Bierley, haciendo un gesto con la mano—. Mejor sigo con mi libro.

Volvió a encontrar la página, y al buscar el párrafo por el que se había quedado, Christian la interrumpió de nuevo.

—¿Y de qué iba eso de enrollarse?

—¿Qué? —dijo, todavía con la vista fija en el libro.

—Has dicho: que uno se enrolle con la ex...

—Pues eso mismo —le cortó, cerrando el libro otra vez—. Te pregunté si ibas en serio y me besaste, yo entiendo eso como un sí.

—Claro, pero enrollarse es algo temporal —interpretó Christian.

—Siento mi mala utilización del lenguaje, primer Wittgenstein —repuso Bierley algo mosqueada—. ¿Qué debería decir? ¿Compromiso?

—No te pases.

—Pero una relación es algo temporal, así que el término «enrollarse» le va como anillo al dedo.

Le enseñó el dedo corazón de la mano izquierda, en el que portaba un anillo con forma de estrella de mar, cuyos brazos hacían de soporte adheridos alrededor del dedo.

—Yo interpreto enrollarse como hoy y mañana follo contigo, pasado si te veo no me acuerdo —le apartó la mano, bajándola.

Le acarició los dedos unos segundos y después la apretó contra la suya, la tenía helada.

—Eso es sexo ocasional —matizó la chica con media sonrisa.

—Lo que quiero decir es que no eso ¿verdad? —alzó una ceja.

Christian apartó la mano y la llevó de nuevo al volante.

—¿El qué? ¿Sexo ocasional? —Bierley se estaba perdiendo el hilo de la conversación.

—No. Enrollarse —rio.

—Voy en serio —respondió, con voz clara.

—Vale. Defineme «en serio».

Mientras Bierley se lo pensaba, miró hacia la ventana que estaba completamente empañada y escribió las dos palabras principales.

—Relación estable hasta que no nos aguantemos el uno al otro, algo que no durara mucho por lo que veo.

—No hagas ese tipo de bromas, no me gustan.

—¿Qué? ¿Has sufrido rechazo más de una vez y por eso tal sensibilidad? —sugirió, con tono arrogante.

—No.

—Pero una relación estable también es algo duradero, así que el concepto de enrollarse no iba tan mal encaminado —insistió Bierley, guardando el libro en la mochila.

—Ya, pero enrollarse es algo como «Estoy solo, ¿te apetece que nos enrollemos?» —puso una voz más grave—, «Vale, me parece bien» —terminó la autoconversación con una voz aguda, casi chillona—. Enrollarse es algo a corto plazo y, una relación, a largo plazo.

—Como los créditos del banco, ¿eh? Nunca lo habría imaginado —dejó caer con ironía—. Una relación también puede durar poco.

Apoyó el codo en el posabrazos y descansó su mejilla sobre el puño.

—Me has entendido, ¿o te hago un croquis?

—¡Sí! —exclamó exasperada—. Solo quiero decir que no estoy completamente de acuerdo —se irguió de nuevo—. Cuando nos presentemos a alguien di: «Esta es mi novia, Bierley, mantengo con ella una relación estable a largo plazo». Y la estabilidad ha empezado con algunos baches...

—Vale. Novia-de-relación-estable-a-largo-plazo.

—¿Eres tan minucioso con todo? —y paso un dedo por el tapiz del coche, comprobando que no tenía ni una mota de polvo.

—Te elegí a ti, no lo creo —sonrió cínicamente.

—Repite eso y abro la ventana del coche —amenazó Bierley, poniéndose repentinamente seria.

—Te elegí a ti, no lo creo.

Apretó el botón y abrió la ventana del coche, por la que se derramó una gran corriente de aire fresco mezclado con gotas de lluvia, les roció en el rostro, el cabello y la ropa. La peor parte se la llevó Bierley, pero no le importó, Christian también había recibido la suya. Este subió de nuevo la ventana y la bloqueó.

—Te bloquearé la puerta por si acaso, como a los niños —dijo, quitándose las gotas de la cara.

—Te notaba muy tenso, solo eso.

Un corto silencio los inundó, salvo por la melodía que sonaba en la radio como medio de paz.

—¿Hay algo que quieras matizar en nuestra relación estable a largo plazo? —añadió Christian.

—Em, sí, por supuesto —se aclaró la garganta—. Si te gusta alguien, dímelo, me joderá y lo dejaremos, pero JAMÁS me seas infiel. Yo eso nunca te lo haré.

—De acuerdo.

—Todavía quedan más cosas. No intentes cambiarme, no intentes modificar mis opiniones —enumeró con los dedos—, jamás te metas con lo que me pongo de vestir o empezaré a pensar mal. Si tienes algo que decirme dímelo directamente pero no te andes con rodeos.

—Lo mismo digo —aceptó Christian—. Añadiendo que, si hay cosas que no compartamos, por ejemplo, a mí me gusta estar viajando. Si lo odias tendrás que aguantarte.

—Me gusta.

—¿Y si tu madre no me soportara, por ejemplo?

—A mi madre se la suda todo. Por cierto, ¿qué te dijo mi padre? —entornó los ojos, con curiosidad.

—Solo me dio las gracias y poco más —dijo, sin darle ninguna importancia.

—Entonces está bien, lo que me preocupa es tu madre.

Laurel Lowell era una mujer callada, de mirada inquisitiva y cara amable. Pero precisamente esa amabilidad era la que no le había gustado a Bierley desde pequeña, era esa clase de persona que inquietaba más por su tranquilidad que si se ponía a lanzar gritos. En ningún momento había demostrado tener nada en contra de Bierley cuando estuvo junto a Jason, pero ahora las cosas eran completamente distintas.

—Bueno, y en el caso que no le gustase ¿qué más da? —de repente, se sintió dudando de cómo era su propia madre. No estaba completamente seguro de conocerla, habían pasado mucho tiempo separados.

—¿Sabes? Haces como si las cosas resultaran fáciles aunque no lo sean —alzó los brazos y los dejó caer—. Me gusta eso de ti —admitió—. Aunque no siempre sea bueno.

La ciudad empezó a vislumbrarse debajo de la lluvia y el cristal del coche, los techos de los edificios asomaban ligeramente entre sus anchas calles. Cuando entraron, dieron varias vueltas, Bierley observó que era una ciudad pequeña, nada comparado con Sídney. En esa ciudad se encontraba el centro turístico y cultural de las Montañas Azules.

—Quería haberte llevado a las Montañas Azules, pero hace tan mal tiempo...

—No pasa nada. En otra ocasión será —respondió, justo al parar el coche.

II

Christian llamó al timbre, y esperaron enfrente de la puerta unos minutos. Volvió a repetir el gesto ante la silenciosa respuesta y, después, la puerta se abrió de repente. Laurel arrolló a su hijo con un abrazo y musitó unas palabras de cariño, cuando se separó de él y lo observó de arriba abajo con una amplia sonrisa correspondida por otra más forzada de Christian, se dio cuenta de que detrás de él estaba Bierley.

249

—Hola, Bierley —saludó con educación tendiéndole la mano.

—Hola —respondió esta, estrechándole la mano.

Tal y como la recordaba Bierley, Laurel estaba muy diferente, su cabello castaño estaba recogido en un perfecto moño, sus ojos estaban más apagados y surcados de arrugas, sin embargo, su figura estaba mucho más esbelta. Pero su cara aparentemente amable con un deje de irritación contenida la había delatado al primer segundo y no era simple paranoia de Bierley. Laurel esperaba a su hijo, no a un personaje secundario de acompañante.

—Pasad, pasad —les invitó.

Bierley le propinó a Christian un codazo como señal, él la miró indiferente.

—¿Qué te trae por aquí, Bierley? —se dirigió directamente a ella.

—Quería ver Katoomba —se excusó rápidamente, con otra sonrisa fingida de vuelta—. Las Montañas Azules, pero ha resultado ser un mal día.

—Sí —confirmó Laurel—. El día se ha venido abajo rápidamente. Pero no os quedéis ahí parados vayamos al salón.

Y los dirigió a la cálida estancia. Bierley tosió a propósito, había sido una indirecta demasiado clara. Le mandó un rápido mensaje al móvil, que sonó al instante.

«Para ser psicóloga tiene poco tacto», leyó Christian, interiormente.

Tomaron asiento Christian y Bierley en un sofá, demasiado juntos el uno del otro, pero Bierley se hubiera sentido demasiado expuesta unos centímetros más allá, y de paso, disfrutaba de la mirada cáustica de Laurel. No hacía falta ser demasiado experto para darse cuenta de ciertas cosas. Y Laurel no era tonta.

—Pensaba que os llevabais mal.

Bierley no se mordió la lengua:

—Y ahora muy bien —respondió, ácida—. Tanto como con Jason.

Christian la miró con sorpresa como preguntándole: «¿Qué haces?» Y Laurel reprimió cualquier emoción en su rostro.

Bierley tosió de nuevo.

—¿Necesitas agua? —le preguntó Laurel—. No queremos que te ahogues.

—No, gracias —«puedo prescindir de tus *atentos* cuidados».

Laurel dejó de andarse con rodeos y dijo:

—Bierley, ¿te importa si hablo con Christian a solas?

—No —en el fondo sí, pero no tenía otra respuesta que darle; le dirigió una mirada amenazante a Christian.

—Dímelo delante de ella, no me importa —respondió, sometido a la presión de la madre y la novia sobre sus hombros.

—Pero a mí sí, vamos a mi despacho —se levantó del asiento y Christian no tuvo más remedio que seguirla.

—Bierley, si te aburres puedes ver la tele o ir a darte un paseo —le sugirió Laurel.

«Cómo mandar a la mierda pero sutilmente», pensó la joven.

Christian le dirigió una última mirada de resignación.

En el tiempo en el que estuvo sola —que fue cerca de una hora—, tanteó el lugar. Estaba todo impoluto y perfectamente colocado, en cierto modo, le recordó a Christian. Después estuvo mirando en su móvil noticias, más tarde se dedicó a leer el libro y cuando la espera la tuvo suficientemente abrumada salió a la calle y se apoyó en el marco de la puerta mientras contemplaba la lluvia.

Caía, caía y caía, continuamente, con rapidez, con fuerza, con firmeza. El sonido atronador le llenaba el cuerpo de energía. Le encantaba ver el paisaje plomizo sucumbido y derrotado ante la lluvia. Antes Bierley era el paisaje, triste, solitario; ahora era la lluvia que podía barrer todo a su paso.

Alargó la mano y sintió cómo las gotas chocaron contra su piel y se resbalaban. El olor era húmedo y fresco.

Su móvil sonó y Bierley lo miró inmediatamente.

«Putá. Hoy hace seis meses desde que Jason murió, quizás pueda ser el momento de celebrarlo. No pienses que tengo miedo por tu estúpido juicio» casi se le cae al suelo. Era de un número desconocido, pero sabía perfectamente de quién se trataba: Harry.

Se sintió como una muñeca de plástico a la que una niña pudiera romperle las piernas de un tirón. Tuvo que sostenerse sobre el marco de la puerta para recuperarse del susto. Todo había acabado, entonces, ¿por qué...? ¿por qué otra vez ese odio?

El mundo se le precipitó encima ¿y si todo era una broma cruel del destino? ¿Y si en ese momento aparecía Christian y le decía que todo había sido producto de una venganza? ¿Y si a la vuelta de la esquina había alguien esperándola para pegarle una paliza? ¿De cuánto era capaz Harry?

Bierley negó con la cabeza, hasta susurro «No», «Es tú cabeza, es tú cabeza», «Vuelve a la realidad.» Quería quitarse de encima la reacción en cadena ante el estímulo de aquel mensaje de texto. Hasta volvió a tener la necesidad, la necesidad de coger un objeto afilado para cortarse. Era la única forma de librarse de esos pensamientos, de comprobar que todavía seguía en la realidad.

Se dio la vuelta para entrar dentro de la casa y se chocó contra el pecho de Christian.

—Pensaba realmente que te habías ido —su voz la sobresaltó.

—Más bien planeaba coger tu coche y estrellarlo contra la fachada — sonrió tristemente, pero Christian atisbó el brillo de sus ojos.

—¿Queréis quedaros a cenar? —interrumpió Laurel, detrás de Christian.

Él estaba dispuesto a declinar la oferta por Bierley, pero el móvil de ella sonó antes de que pudiera abrir la boca. La chica comprobó el móvil, con miedo. Un miedo que se intensificó cuando abrió el mensaje.

Habría jurado que en algún momento se le había parado el corazón.

Pero en el instante de después, volvió a la vida.

—¿Bierley? ¿Qué pasa? —le preguntó Christian, tomándola del brazo.

Negó casi imperceptiblemente con la cabeza, todavía conmocionada.

—Nos hubiera encantado quedarnos a cenar —añadió Bierley, tratando de salir del trance—, pero me ha surgido un imprevisto.

Christian se acercó a su madre.

—Lo siento, mamá. —Y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Que tengáis un buen viaje.

—Por supuesto —pero todavía Bierley no había descargado toda la artillería pesada.

Le plantó un beso a Christian, que tardó en corresponder ante la sorpresa, fue profundo y rápido como una bomba, destrozando todo a su paso. Delante de Laurel, con cara de incredulidad.

—Adiós —se despidió con una sonrisa, dándole a Christian la mano para que se dieran prisa.

Una vez montados en el coche Christian arrancó y desparramó todo lo que se había callado.

—Pero, ¿qué haces?

—Solo demuestro mi amor —sonrió descaradamente, en el fondo estaba deseando hacerlo desde que había recibido el mensaje de texto. Necesitaba deshacerse de la rabia, y la pasión había sido el único método para paliarla.

—Tú eras la de «a tu madre no le va a hacer mucha gracia» y menos si me morreas delante de ella.

—Ella me ha provocado —se encogió de hombros—. ¿Tú has visto cómo me ha tratado?

—Tú también has dado de sí.

Bierley todavía seguía sujetando el móvil entre sus manos, con fuerza.

—¿Cuál es el imprevisto que te ha surgido?

—Ninguno —pero el móvil volvió a vibrar entre sus manos, provocándole un escalofrío por todo el cuerpo—. No estaba cómoda. Por cierto, ¿qué te ha dicho tu madre? —preguntó Bierley tratando de desviar el tema de conversación.

—De mi padre, por supuesto, que ya se encargaría ella del asunto. Le pondremos una orden de alejamiento seguramente. Dice que a ella también la ha intentado contactar —le explicó, aunque todavía seguía inquieto por lo sucedido unos minutos antes—. También me ha sugerido que vaya a vivir con ella en Katoomba.

Esperó alguna pregunta por parte de Bierley, pero seguía con la mirada perdida.

—Voy a estudiar en Sidney, así que no.

—No entiendo cómo puedes vivir en esa casa. Yo no podría.

Si había sido duro para ella, ni siquiera se podía imaginar lo que habría supuesto para Christian. Después de todo era su hermano, lo había visto crecer junto a él, jugar, pelear o reír. Todas las mañanas lo había visto cruzando el pasillo, desayunar o realizar cualquier actividad. En esa casa.

—También hemos hablado de ti.

—¿De mí? —ni siquiera le pilló por sorpresa.

—Sí. A mi madre le da un poco de reparo, ya sabes, Jason... —el aire terminó por arrebatarse la voz.

—Lo sé, lo sé —reiteró Bierley, con desazón—. Siempre es Jason, intento quitármelo de la cabeza pero no puedo —negaba una y otra vez—. ¡No puedo quitármelo! ¡No sé qué hacer! Jason, Jason y Jason. ¡Todo el mundo con la misma historia! ¿Tenemos alguna conversación siquiera en la que él no haya salido como tema? Lo tratamos como si estuviera vivo, tal vez no seamos tan diferentes de tu padre.

Sus miradas se confrontaron y después se perdieron.

—Bierley —pero cualquier otra palabra se quedaba ahogada en el mar junto a las otras jamás pronunciadas.

—Llévame a mi casa, por favor —pidió, casi con lástima.

—¿Seguro que no te pasa nada?

Negó silenciosamente. Y siguió negando silenciosamente durante el resto del viaje, para sí misma. El estómago se le había cerrado de tal forma que sentía de un momento a otro que pudiera vomitar todas sus emociones. Los ojos no veían más allá de esas imágenes, en cuyas retinas se habían quedado grabadas. Y sus oídos ignoraban la realidad.

Una fuerza refulgía en su cabeza, no sabía distinguirla de si era dolor, miedo u odio. Tal vez fuera un cóctel de las tres.

Volvió a sonar, y Bierley ni reaccionó.

Otra vez.

Y otra.

Una vez más.

Bierley seguía sin inmutarse, como si se hallara en un estado catatónico y Christian era el que empezaba a mostrarse ligeramente nervioso por la musiquilla repetitiva del teléfono y la indiferencia de la chica.

El coche se paró y Christian se limitó a acercarse a ella para darle un beso, ahí halló la forma de quitarle el móvil.

—¡No! —gritó Bierley, le agarró del brazo, tirando de él y después le golpeó.

—¿Qué ocurre? ¿Ya has empezado a serme infiel? —bromeó, aunque sabía que se trataba de algo mucho más serio.

—Es mejor que no lo veas —dejó de agarrarlo.

—Dame una razón para no hacerlo.

—Bien..., pues imagínate que estás leyendo un libro. El libro te encanta, estás disfrutando de cada una de sus páginas, pero llega alguien y te cuenta el final —Christian asintió—. El final, es el peor que te puedas esperar. Y cuando continuas leyendo... ya no es lo mismo. Solo piensas que a ese personaje le va a pasar eso, y no paras de darle vueltas. ¿Por qué? Al final, has dejado de disfrutar del libro.

—Yo siempre empiezo los libros por el final.

—¿Qué? ¿Por qué haces eso?

—Si no me gusta el final, no lo leo.

—Dame otra oportunidad. Imagínate que alguien te dota del poder de saber cuándo alguien te está mintiendo o diciendo la verdad.

—Como tú ahora —matizó.

—Y descubrieras que toda tu vida tu madre te ha estado engañado, que yo te he engañado, que todo es mentira, que ni siquiera tú existes de verdad y solo eres un proyecto de una raza inteligente superior a ti. Que se han inventado todas tus relaciones. Que ni siquiera puedes hacer nada para cambiarlo. ¿Preferirías existir con la ansiedad de esa verdad o vivir con sentimiento, desconociendo la mentira?

—Preferiría la primera opción —Bierley resopló disgustada—. Supongo que lo que espero ver no será que tú eres un extraterrestre y todo esto es mentira.

Pero Bierley no rio, era mucho más serio, e intentó persuadirle con su mirada de aflicción. Pero con Christian eso no funcionaba, buscó en los mensajes del móvil.

Lo vio con sus propios ojos.

Era su hermano. Eran fotos de su hermano drogándose o en el más deplorable de los estados. Eran fotos autodestruyéndose. Eran fotos mostrando la peor escoria que podía quedar de una persona.

—Ha sido Harry, ¿verdad? —preguntó con voz casi inaudible—. ¡Ha sido Harry, ¿verdad?!

—¡Si, ha sido él! ¡¿Esto es lo que querías?!

—Tienes que decírselo a tu padre —Bierley se sorprendió de la serenidad del joven.

—En eso había pensado, pero... ¿y de qué me va servir? El juicio ya está puesto, y aunque volviera a denunciarle tendría que seguir esperando mientras aguanto sus gilipolleces.

—Son más que gilipolleces.

Aunque no quería mostrarlo por no alterar a Bierley, se estaba reprimiendo cualquier tipo de sentimiento.

—Lo sé.

—¿Cuándo es el juicio?

—Dentro de dos semanas.

De nuevo, fueron los acompañantes del silencio durante unos minutos hasta que Bierley habló:

—¿Sabes? La teoría de que yo sea un extraterrestre no va tan mal encaminada. Suelo pensar con una inteligencia superior a la de la mayoría de la gente.

CAPÍTULO 22

Risas en llamas

«Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.»

—Friedrich Nietzsche

I

257

Bierley esperó.

Bierley esperó dos semanas.

No es como si no pudiera aguantar dos semanas después de los meses de repudia social que había sufrido. Para ella, esas dos semanas fueron tan efímeras como el aleteo de una mariposa.

Ignoró los mensajes. Más bien, los guardó. Como la víctima a la que clavan un cuchillo y se lo extirpan de la carne para esperar la oportunidad perfecta y devolvérselo a su agresor.

También, trató de olvidar las imágenes contemplando el rostro de Christian con detenimiento. Sin embargo, cada vez que lo miraba era como ver un resquicio del hermano pequeño.

¿Qué diferencia hay entre mirar un cielo azul con nubes que sin ellas?

Pues así era para ella.

17 de febrero

La ciudad brillaba, las estrellas brillaban y, ellos, eran la fábrica que lo hacía posible.

—Me gustaría saber en qué piensas cuando me miras tan fijamente — preguntó en voz alta, dejando salir la curiosidad a husmear.

—¿Qué te dije de preguntar cosas cuyas verdades te harán la vida imposible? —contestó Bierley, de buen humor.

—Me encanta hacerme la vida imposible. Lo hago constantemente. Como ahora. Es la única forma de descubrir qué merece la pena.

Bierley se detuvo a pensar sus palabras.

—¿Y si descubres que algo que quieres no merece la pena y aún a pesar de ello no puedes evitarlo?

—Si quiero algo es porque merece la pena.

—Oh, qué arrogante. ¿Las cosas merecen la pena porque tú las quieres?

—De arrogante nada —negó, con suficiencia—, solo tengo las cosas claras.

Bierley le pegó un pequeño puñetazo en el brazo.

—Yo también tengo los puños claros.

Entonces, si Harry no merecía la pena, si su padre no merecía la pena, ¿por qué sentía como si realmente importara aunque por encima de todo quisiera negarlo?

18 de febrero

—Bierley —la llamó su madre.

Desde que se iba acercando el día del juicio no había parado de hacerlo. Por una parte, Bierley lo agradecía; pero por la otra, la maldecía. Era una mano que la ayudaba a levantarse, pero le apretaba tan fuerte que al final terminaba haciéndole daño.

—¿Sí?

—Ese chico... —dirigió la vista hacia la ventana, acababa de marcharse en su coche—, es el hijo de Laurel, ¿no?

Bierley asintió, sin entender demasiado a dónde quería ir a parar.

—Ahora es un capricho pasajero, el morbo, o el recuerdo, quizás — fustigó Carrie con displicencia.

—Solo porque tú realmente nunca hayas querido a nadie no significa que me suceda a mí lo mismo —sus palabras golpearon con más fuerza que cualquier puñetazo.

Ya sabía Bierley de donde había aprendido a lanzar los dardos venenosos. Pero, ¿realmente estaba en lo cierto? ¿Capricho, morbo y recuerdo era lo que se traducía entre Christian y Bierley?

El tiempo tenía las respuestas.

19 de febrero

—¿Sabes? Una vez me caí de un columpio, me hice sangre hasta en la barbilla —la acarició con delicadeza, recordando el dolor que sintió— y mi madre me dijo que no era nada. Que no tenía por qué llorar por una cosa así. Jamás me atreví a volver a montar en un balancín.

—¿En serio? —preguntó Christian, sin comprender su miedo.

Bierley asintió.

—Pues cuando yo me caí de la bicicleta y me puse a llorar desconsoladamente mi madre me dijo que el dolor me iba a enseñar a no caerme, no a huir de la bicicleta. El dolor se doma, no hay que correr huyendo de él, al final, terminará alcanzándonos.

259

20 de febrero

—Joder —soltó Bradley desde su teléfono—. ¿Lo dices en serio?

—Completamente —afirmó Christian—. ¿Acaso crees que bromearía con una cosa así?

Bradley tardó un poco en contestar, todavía sin poder creérselo.

—No... —una sorpresa mezclada con una pequeña risa se dejaron escuchar desde el auricular—. No me lo esperaba.

—Mi yo de hace unos meses reaccionaría igual que tú.

—El yo de todos, querrás decir. Joder, tío... —está vez se rio más fuerte, casi de forma contagiosa—. Ten cuidado.

—¿Por qué?

—Porque es Bierley. Te lo digo yo que la conozco bien —explicó, esta vez sin ningún tipo de sorna de por medio—. Puede que haya cambiado, puede que sea una persona diferente, puede que no sea tan... tan como antes. Pero todo eso se resume en un simple «puede».

—¿Te confío un secreto?

—Vale, escucharé atentamente —respondió, impaciente.

—Bierley ya me ponía antes, pero como era un poco gilipollas, además de ser la novia de mi hermano, pues... Y tampoco hay que olvidar eso...

—¿Con gilipollas a quién te refieres? —interfirió Bradley.

—A los dos.

—Bueno... Tuvisteis vuestras movidas —añadió divertido—. Si no recuerdo mal, fue ella quien te pinchó las dos ruedas traseras del coche porque la llamaste «aborto frustrado».

—¿No jodas? ¿Lo dices de verdad?

—¿No lo sabías?

—Créeme, si lo hubiera sabido habría hecho algo.

¿De verdad había sido Bierley la misma persona que le pinchó las ruedas por un simple insulto que aquella que había sido maltratada?

Si alguien era capaz de hacer eso por un insulto, ¿de cuán era capaz por algo mayor?

¿Acaso quedaba algo de esa Bierley?

21 de febrero

«NO vuelvas a decir su nombre, NO tienes derecho a ello.»

22 de febrero

Sarah era una persona a la que le gustaba liberar la rabia. Podría decirse que liberaba más rabia de la que llegaba a albergar.

Y en esos momentos, era rabia lo que vestían sus ojos marrones y su piel blanca y pecosa.

Se miraba al espejo con impotencia, aguantándose las ganas de golpear sus nudillos contra el espejo de cristal, le gustaba el dolor, pero el dolor dentro de otras personas que no fueran ella. Porque aunque pareciera extraño, cuando ella sentía dolor era extremadamente sensible, y si era de otras personas ajenas, la indiferencia bailaba en su rostro.

Por eso, en aquellos momentos, sufría.

Sufría por el recuerdo de Jason. Sufría porque sabía que iba a perder. Sufría porque Bierley se había vuelto a salir con la suya por enésima vez, aunque tampoco olvidaba, con una media sonrisa tétrica, la paliza que le dieron.

«Se lo tenía merecido la muy zorra».

El único consuelo era ese. Pero no duraba demasiado, porque al siguiente instante volvía a recordar la indignación de sus padres, del director, de gente conocida o a la sometida aislación que se encontraba por culpa de sus progenitores.

La última vez que había salido de su casa surcaba el límite de un mes.

Un mes.

Sus padres estaban enfermos. Enfermos de la sociedad que señala con el dedo y es esclava de las críticas.

Pero no hacía falta no salir para recibir una ración de insultos. Internet y su teléfono móvil ya se encargaban de mantenerla actualizada de la opinión de las masas.

Sarah se estaba volviendo loca.

Pero en ningún momento se sintió arrepentida.

23 de febrero

Aunque lo deseara con todas sus fuerzas, no podía evitarlo. Su estabilidad emocional seguía con un pie en la punta del precipicio y el otro en el vacío. Y una mano que le agarraba.

Tal vez no era suficiente, tal vez también podía empujarlo al precipicio con ella.

Todavía cerraba los puños hasta que sus uñas se quedaban inscritas en la piel.

24 de febrero

En algún momento, vio la luz al final del túnel. Tal y como los rumores decían.

Harry no había creído en ellos hasta ese día, el éxtasis le hacía sentir bien, le pintaba el mundo de colores amables y todo el mundo parecía extraordinariamente feliz.

Allí estaba, el túnel más oscuro al que jamás se había enfrentado, sin embargo, había una chispa al final. No era un punto de luz. Era una llama.

Después de unas horas, no existía túnel y no existía la llama. Solo él y el hedor pestilente de su habitación, el cansancio abrazado a su cuerpo y la esperanza cruenta del túnel.

Le hubiera gustado ir allí de verdad. Pero tenía miedo.

Era lo único que realmente le aterraba de este mundo. Y la culpa.

262

25 de febrero

—¿Qué odias de mí?

—Odio... no sé, cuando haces eso.

—Sé más específica.

—Eso odio. Que siempre estés buscando la raíz de todo —explicó—. Y que lo consigas... No es que lo odie, en el fondo es bueno, pero no me gusta que lo uses conmigo.

—Bierley —la miró unos instantes, bajo la ondeante noche estrellada—. ¿Si yo no me hubiera confesado, lo habrías hecho tú?

—Hubiera esperado a que lo hicieras tú.

—¿Tanta inseguridad te creo? ¿O, eres tú la que tiene miedo al rechazo? —sonrió pícaramente.

Bierley asintió.

—Sí, le tengo miedo al rechazo —se sinceró—. Cuando tenía trece años un chico sabía que le gustaba y, sin embargo, él nunca me llegó a dar una respuesta clara, lo que en el fondo era un no. Un día, como una

tonta lo vi deprimido porque la chica que le gustaba lo había rechazado y yo traté de consolarle. Y me golpeó con un: «Quiero estar solo.» Es irónico, ¿no? —dijo, alzando una ceja—. Él desconsolado por una chica que lo había rechazado y ni siquiera tenía la consideración de tratarme decentemente. Y yo, rechazada por él, intenté consolarle cuando la que más consolación necesitaba era yo.

—¿Quién era ese crío?

—¿Qué importa eso? —sonreía ampliamente.

—¿Bierley? —hizo una mueca—. Sabes que no voy a parar hasta que me lo digas...

—Era Harry.

El silencio les cerró la boca hasta que Christian le puso fin a la incomodidad con una broma.

Era curioso, al parecer, Harry nunca tuvo consideración con ella.

—¿Siempre te enamoras de las personas más problemáticas?

—Por eso le tengo miedo al no.

Tampoco dejaba de ser curioso cómo una persona pudo albergar alguna vez tanto amor y, después, tanto odio hacia la misma persona.

26 de febrero

—Allá donde vayamos siempre nos va a perseguir la sombra de Jason.

Le empezó a recorrer una sensación incómoda por la espalda, como si una serpiente se arrastrara y le arañara la piel hasta dejarla roja.

—Abre la guantera —le ordenó Christian.

Bierley obedeció y de entre los documentos del coche estaba la foto.

—Se te cayó aquel día, en el instituto.

—Sí, el día de la paliza —afirmó con dureza Bierley, cogió la foto y la guardó en la mochila, sin mirarla.

Bierley se abalanzó sobre Christian en un impulso por quitarse de encima cualquier sensación, cualquier emoción que la paralizara. Le pasó una mano por el cuello y con la otra agarró su camiseta. Christian

dio un respingo, y la chica lo besó. Era la segunda vez que le sorprendía en ese día.

Se besaron hasta que se quedaron sin respiración, hasta que el pecho les subió y bajó a un ritmo frenético. Esclavos de un sentimiento muy intenso que les dominaba la voluntad y perturbaba la razón. Caricias intensas que trataban de derretir el hielo incrustado en sus pieles.

Un tsunami surcaba en sus bocas y un terremoto se abría en sus cuerpos.

—En ningún momento... —dijo Bierley, tras separarse de él y tratar de recuperar la respiración— pienses que te estoy suplantando por Jason.

—No me parezco a él.

—Eso no es verdad —tragó saliva—. Tus ojos son idénticos a los de él —le rozó suavemente las pestañas con el dedo—. Tus labios... —siguió el recorrido—. Tú forma de andar. La altura. Hasta algunos de vuestros gestos —paró unos segundos e intercambiaron miradas—. Pero tu voz es diferente. Tu forma de besar y tocarme también —sonrió—. Algo más atrevido, quizás. Más responsable y tranquilo. La seguridad a veces tambalea, sobre todo si estoy yo ¿no?

264

Christian rio nervioso.

—Muchas gracias, Bierley... Pero me estoy ahogando con el cinturón y creo que a esa anciana del paraguas de flores le va a dar una taquicardia como nos liemos en el coche.

Bierley se apartó, con cierto sonrojo en el rostro.

Y sus risas se besaron.

27 de febrero

Bierley seguía sintiéndose culpable, prometió decirle la verdad a su padre. No es que estuviera mintiéndole, solo estaba ocultando los hechos.

Pero no quería enseñarle los mensajes. De hecho, no pretendía enseñarle los mensajes a nadie salvo cuando se viera en un aprieto.

Tenía todo calculado.

Seis días más y se reiría como nunca.

Una risa que bailarí. Una risa aún peor que la de cualquier demonio.
Una risa que se divierte a costa del dolor de los demás.

Una risa en llamas.

28 de febrero

Estaban en medio de una habitación oscura, solo iluminada por las imágenes que proyectaba el televisor.

—Deja de tocarme los brazos, ¡ya no me corto! —exclamó Bierley, apartando el brazo bruscamente.

Christian le miró con disculpa, pero sin arrepentimiento.

—Si es necesario que me desnude para que compruebes que no me corto, lo hago.

—No digas cosas de las que luego te puedas arrepentir. No te voy a negar la propuesta.

—Y yo no me voy a echar para atrás.

—Adelante —invitó.

Todavía faltaba tiempo para que se desnudaran de verdad. No sin ropa, cuerpos expuestos a la piel del otro, o miradas inquisitivas llenas de ávida lujuria.

Palabras.

CAPÍTULO 23

El diamante de la felicidad

«¿Es usted un demonio? Soy un hombre. Y por lo tanto tengo dentro de mí todos los demonios.»

—Gilbert Keith Chesterton

I

Bierley no salió con una sonrisa como tenía previsto. De hecho, fue todo lo contrario, en su rostro no se atisbó ni un destello de triunfo, solo la ira irradiada por sus ojos que amenazaba con explotar en cualquier momento.

Se negaba repetidamente, sin poder creérselo aún. Le habían puesto precio a su sufrimiento, pero no un castigo. Pagar dos mil dólares por haberle dado una paliza a una chica no podía considerarse un castigo. No para Bierley, los castigos los pagaba la propia persona, con su libertad. O con lo que fuera necesario.

«Dos mil dólares, ¿qué broma pesada es esta?» se preguntó por enésima vez.

La humillación, el aislamiento social, los insultos, las risas péfidas, las burlas, los puñetazos, las patadas, la acusación... Todo eso valía dos mil dólares. Ni más ni menos.

Estaba claro que Sarah, Harry, Emma y Sophie ya no iban a poder volver por ese instituto, y que sus historiales quedarían marcados. Pero eso no era suficiente, dos mil dólares entre los cuatro era como pagar una multa de tráfico, como reparar el cristal roto de la ventana del vecino por jugar al fútbol de niños.

Todo ello porque no se había podido demostrar que fueron ellos los de la paliza, aunque sí de los insultos y la marginación. Al parecer, valía menos el maltrato psicológico que físico, cuando por el que más había sufrido fue el primero.

Estaba claro que esperar no le había servido de nada, tratar de resolver el asunto con legalidad y como una persona civilizada solo le había valido una burla a su buena actitud. Bien, pues ya era hora de despertar, como lo hizo la primera vez al oponerse de su injusta situación. Ahora, iba a intentarlo de nuevo, pero como se acababa de comprobar de la ética y la moral, no siempre eran las formas más adecuadas si se quería conseguir justicia... o, más bien, venganza.

Bierley caminó con ese pensamiento bullendo dentro de su cabeza. Emma y Sophie le importaban una mierda, sus verdaderos objetivos eran Sarah y Harry. Especialmente este último, por tener la valía de volver a plantarle cara después de todo lo que había pasado.

Llegó a la casa de Christian y llamó con fuerza.

Christian abrió sorprendido.

—Un poco más y echas la puerta abajo —Bierley no contestó, seguía con la cabeza en otra parte—. ¿Cómo te ha ido?

Soltó una risa sarcástica.

—¡Dos mil dólares! —exclamó, entrando en la casa y tirando el bolso contra uno de los sofás del salón.

—¿Qué?

—Valgo dos mil dólares —respondió, y Christian se limitó a mirarla—. No se ha podido probar que ellos fueron los que me pegaron... como tú no los viste... —remarcó eso último.

—Ni Charlotte ni yo los vimos, no sé cuántas veces te lo tendré que repetir. Aunque ya entiendo a dónde quieres ir a parar...

—¡Pero estaba claro que fueron ellos! ¡Mira lo que ha estado haciendo Harry!

Christian le sostuvo la mirada, desafiante, estaba claramente enfadada. Pero él no tenía la culpa, al menos no directamente, así que Bierley terminó cediendo.

—De todas formas, parece ser que los mensajes y todo lo demás no valen lo suficiente —volvió a utilizar el sarcasmo en su voz mientras se dejaba caer en uno de los asientos.

—¿Querías más dinero? —le preguntó Christian.

—¿Qué? ¡No! Yo no quiero dinero, y no es por ser arrogante, pero, como has podido comprobar, no es algo que precisamente me falte. Y aunque me faltara, para mí, eso no paga todo lo que me han hecho.

—La propia justicia muchas veces abandona su nombre.

—Sí, y alguien me enseñó que si no estás de acuerdo con la autoridad, hay que desafiarla. Porque sea autoridad no significa que esté en lo correcto.

Se levantó de repente, con gran determinación en su rostro.

—¿No tendrás... el móvil de Jason?

—¿Qué? —Christian se quedó tieso por la pregunta, completamente desenchajado.

—Quiero decir, sus archivos, nuestras conversaciones... —se mordió el labio inferior, un poco atemorizada por la reacción que pudiera tener Christian.

—Sí, sí, ¿pero para que las quieres? ¿No tienes suficiente con las fotos que te manda Harry? —respondió, molesto.

—No.

—¿Para qué las quieres?!

—¡Dámelas! —insistió Bierley, sin dejarse vacilar.

—Como desees —cedió, finalmente.

Se fue del salón, para después volver unos minutos más tarde. Al regresar, le lanzó a Bierley el móvil con brusquedad, quien lo atrapó al vuelo con sus manos.

—Ahí tienes —tenía la mirada chisporroteando en furia—. Adelante, ya puedes hacer como él, masturbarte mientras escuchas la voz de un muerto.

Bierley, que se había echado el bolso al hombro, se sorprendió por su obsceno comentario. Era una señal de que sabía lo que iba a hacer, y de que no estaba de acuerdo. No le importaba su opinión, había esperado demasiado tiempo... Eso le dijo él una vez: «Los problemas se enfrentan, no se pueden evadir porque al final la bola termina creciendo». Y para ella, eso era un problema.

—Eso haré, y también con las imágenes. Seguro que llego antes al orgasmo con él que contigo.

Y salió de la casa, dando un portazo que haría temblar hasta los mismísimos cimientos.

Mientras paseaba por las calles de Sídney, le puso su tarjeta al teléfono. Y a partir de ahí, pudo investigar su contenido.

Lo que encontró:

Sentimientos condensados, apretujados, mezclados y caóticos.

Miedos resurgiendo.

Respiración acelerada.

Sabores amargos.

Sonrisas nostálgicas.

Era como regresar a una casa vieja, cuya vejez era percibida en la carcoma, el moho, la suciedad y los insectos merodeando. El temor a quitar las telarañas y a esparcir el polvo de los objetos le impedían ver con claridad.

Bierley no iba a poder limpiar tanta basura como la que había. Solo había regresado a por un arma para luego marcharse y no volver jamás.

269

Primera grabación, 0:06

—¿Qué tal? —preguntó Jason.

—Bien, ¿y tú?

—Bueno, como se puede —lo dijo con desgana.

—¿Ocurre algo? —se interesó Bierley.

Tras unos segundos, Jason contestó.

—Nada importante, solo he discutido con mi hermano.

—Christian es un imbécil.

De nuevo, Jason tardó un poco en responder.

—Oye, ¿te importa si grabo las conversaciones?

—¿Para qué?

—Para tenerte al alcance en cualquier momento —Bierley sonrió al escuchar esto.

—No te entiendo.

—Hay veces en las que no tengo un buen día, y escucharte me anima un poco.

—¡Pues llámame cuando eso suceda! —exclamó, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Sería un pesado.

—Que no.

—Sí, no te imaginas cuánto —insistió.

—Ya sé cuán pesado puedes ser, y no me molesta —lo decía con absoluta sinceridad.

—Aun así, ¿puedo?

Bierley exhaló largamente.

—Está bien, pero yo prefiero que me llames.

—No, no lo prefieres.

—Oye, ¿no estarás grabando?

Segunda grabación, 0:00

—¿Bierley Tarter? —preguntó una voz.

—¿Sí? ¿Quién eres?

—Hola, Bierley. Tú no me conoces, pero yo a ti sí. Juguemos a un juego. Esto es lo que pasará si pierdes...

—Vete a la mierda —le interrumpió, molesta.

—¿Seguro que es esta la línea caliente? No veo que el personal sea muy amable.

—Es que eres tan desagradable que ni una puta se acostaría contigo aunque le pagaras.

La otra voz de la línea trató de aguantar la risa.

—Seguro que eres frígida.

—Y tú un viejo asqueroso que sufre la crisis de los cuarenta, y para reafirmar su patetismo necesita conquistar a adolescentes hormonadas. Ah, y la frigidez es una disfunción sexual, no un insulto. Ignorante.

El chico se empezó a reír a lágrima viva.

—¿Jase? ¿Eres tú? —descubrió, Bierley, finalmente.

—¡Hola, Bierley! Sí, soy yo, y esto es una broma telefónica.

—¡Eres un capullo!

—Yo sí que estoy indignado, ni siquiera reconoces mi voz.

Quinta grabación, 06:54

—Aunque no te lo diga todos los días, lo sabrás ¿no? Aunque ni siquiera te lo diga demasiado a menudo.

—¿El qué? ¿Lo bella que soy? ¿Lo bien que visto? ¿Lo fantástica que soy? ¿Lo bien que beso? —sugirió Bierley, con el deje de burla en su voz.

—Qué curioso...

—¿El qué?

—No, Bierley.

—¡Dime!

—Lo jodidamente enamorado que me tienes aunque solo pienses en ti.

Trigésima novena grabación, 03:33

—Me toca. «Tío Scar, cuando yo sea rey ¿tú que serás?» —hizo una pausa dramática—. «El tío de un mono...» Te la he puesto a huevo.

—El rey León, por supuesto. Veamos... —dijo, mientras meditaba—, «La violencia engendra violencia».

Bierley no respondió, estaba pensando a qué película podía pertenecer esa frase.

—Ufff, no me viene. ¿Pista?

—¿Pista a cambio de...?

—De un partido, ¿contento?

—Sí —se pudo notar la alegría en su voz—. La pista es «fruta».

—¡Ah, ya sé! La manzana... —empezó, pero después recapacitó—, no espera, la mandarina... —tenía el nombre casi en los labios—. ¡La mandarina mecánica!

—¡La naranja mecánica! —Jason rompió a carcajadas—. Tú sí que eres una mandarina. En fin, me sigue tocando otra vez. —Pensó en la siguiente frase—. «Una chica muy joven me mira y sonrío, es hermosa después de cada largo beso me da uno pequeño y más tierno en los labios, como en firma...»

—Esa es de Watchmen, chaval —anunció Bierley, triunfante.

—Está bien, te toca.

—«¿Quién eres tú?» —preguntó con una voz grave, y después siguió con otra mucho más aguda—: «Ya no lo sé, señor, he cambiado tantas veces que ya no lo sé.»

272

—Bierley, ¿te encanta que te gane? Es Alicia en el País de las Maravillas. Voy con otra —cogió aire—. «Mi caaaasa, teléfonoooo» —dijo, imitando la voz lenta y algo ronca.

—Eres un imbécil. Es E.T., el extraterrestre.

—Lo he hecho por pena.

—Sí, ya, eso es un ataque, ¿sabes? Te las das de sabelotodo en el cine.

—¡Menos quejas y más demostraciones!

—«Sé comunicarme mejor con mi cuerpo que con palabras. Con una caricia descubro cosas que me hacen sentir más viva.» —Está vez, Bierley fue a pillar.

Jason se quedó completamente mudo.

—¿Y ahora qué, Watson?

—Dame una pista —pidió.

—Solo si retiramos el partido.

—Vale —cedió, algo malhumorado.

—Adicción.

—Gracias, Bierley. Me ha resultado de gran ayuda.

—Al sexo —añadió, alargando la palabra excesivamente.

—Sigo sin tener ni idea.

—¿Te rindes?

Jason no dijo nada, por lo que Bierley interpretó eso como un sí.

—Diario de una ninfómana.

—¿Cuándo la viste?

—Mmm, hace unos días.

—¿Y no me dijiste nada?

—Tenía miedo de que te corrieras... —se mofó.

—¿Bierley? A diferencia de ti —objetó, medio en broma—, a mí no me excita el porno.

—¡No es porno! —profirió, haciendo temblar el auricular—. Es erótica.

Quincuagésima quinta grabación, min 02:32

—Gracias Bierley —dijo, de repente, y sin venir a cuento.

—¿Por qué?

—Porque ayer eché el polvo más fantástico de mi vida.

Bierley solo pudo echarse a reír.

Septuagésima sexta grabación, 04:26

—¿Eres feliz?

—Claro, ¿por qué lo dices?

—Yo no creo que exista la felicidad. La felicidad es un cuento chino que te vende la sociedad. Es como si yo te prometiera la inmortalidad —

Jason paró unos segundos, y el sonido de los coches aparecieron en su lugar—. No existe, pues la felicidad es igual.

—Que tú no creas en la inmortalidad, no significa que no exista —rebató Bierley.

—No se puede vivir para siempre.

—La religión te promete una segunda vida mejor que esta, la eternidad.

—¿Crees en esas gilipolleces?

—¿Yo? No... pero la inmortalidad no tiene nada que ver con la felicidad. Puede, que como tú has dicho, la felicidad sea un invento de la sociedad, como lo son los ordenadores o la ropa, como es la propia creencia de una inteligencia superior a nosotros —y finalmente, llegó a una conclusión—: Porque nos consuela.

—¿La ropa y los ordenadores te consuelan? —se burló Jason.

—Lo que realmente quiero decir es que la felicidad es un producto que hay que conseguirse. Hay que trabajar, ganar dinero y después comprarla.

—Típico de Bierley, comprar la felicidad.

—No me entiendes, es un paralelismo —trató de volver a explicar—. En ningún momento he dicho que vaya a comprar la felicidad.

—Sí que lo has dicho.

—¡Pero trabajando!

—¿Y si la felicidad es el mayor diamante del mundo? ¿Cómo la conseguirías? ¿Trabajando hasta que te saliera sangre de las manos? ¿Hasta que los pulmones te quemen? ¿Hasta que te deshidrates por tu propio sudor? ¿Hasta que tus huesos se partieran? ¿O esperarías a que te tocara una lotería para comprar el diamante de la felicidad?

—Es más fácil que eso —hasta se podía imaginar como una sonrisa se deslizaba en su rostro—, yo lo robaría.

—Y tendrías que vivir escondida, perseguida por medio mundo. No verías la luz del día.

—Pero mientras lo tuviera en mis manos lo disfrutaría. Lo que pasa es que eres demasiado cobarde, no crees en la felicidad porque no te ves capaz de conseguirla.

—Con el tiempo recapacitarás, Bierley, con el tiempo...

Octogésima tercera grabación, 02:59

—Pase lo que pase, quiero que sepas que te deseo lo mejor en esta vida
—dijo, muy seriamente.

—¿A qué viene eso? —preguntó Bierley, sorprendida.

—Cuando me enfado, estas cosas se me olvidan y me vuelvo irracional.
Por eso, ahora te lo recuerdo.

—Yo también.

Harry estalló en cólera.

Bierley estalló en placer.

CAPÍTULO 24

Pérdida de la magia

«La muerte es el remedio de todos los males; pero no debemos echar mano de este hasta última hora.»

—Molière

En la Bahía de Sídney, 21 de agosto, 23:49

Jason llevaba más de dos horas plantado en Dawes Point, hipnotizado por las luces lejanas de la Ópera de Sídney, y ensuciando el mar con las cenizas que caían de su cigarrillo cada vez que le daba una calada. Al ritmo que iba, el cáncer en sus pulmones no tardaría tantos años en aparecer como preveía la media.

276

Pero aquello era su único consuelo, por el momento. Mirar la oscuridad de la noche, sentirse cobijado por ella, mientras imaginaba que su vida solo era una obra de teatro y él era el protagonista. Que recibiría los aplausos, ovaciones y silbidos del público hasta que le reventaran los tímpanos y tras cerrarse el telón, una persona completamente nueva aparecía.

Eso era imposible. Él seguiría siendo Jason Ambler.

Y Jason Ambler no recibía ni aplausos ni silbidos ni ovaciones, él era una persona más maltratada por las ilusiones y pretensiones que una vez le concibió la vida.

En una habitación cualquiera, 1 de marzo, 23:50

El aire que agitaba las cortinas blancas del balcón le resbalaba por la piel como si le acariciaran unos dedos fantasmales.

La estancia estaba sumida en la oscuridad, salvo por las luces exteriores de las farolas que se penetraban y reflejaban en un suelo blanco que proyectaba débilmente su figura encogida, en una esquina.

A simple vista parecía la sombra, la sombra de un hombre. Y, tal vez, la definición no estuviera tan errada. Porque Harry no se sentía como un humano.

Él era diferente.

Él siempre había sido diferente de los demás.

Él no era tan diferente de los demás como se creía, solo tenía emociones más violentas al resto de las personas normales.

En la Bahía de Sídney, 22 de agosto, 00:30

Jason Ambler no se había movido todavía, por no moverse, no lo había hecho ni cinco centímetros. Seguía aspirando el humo de la derrota con los dos brazos apoyados en la barandilla de la que una vez, presa del orgullo, saltaría y se lanzaría al mar siendo consciente de que no sabía nadar. Y la misma causa de su orgullo lo salvaría de morir ahogado.

La dichosa Bierley Tarter.

Su salvación, pero en aquellos momentos su verdugo.

Ahora sí que se estaba ahogando, por más que agitara los brazos y tratara de salir a la superficie el cuerpo le pesaba tanto y el agua parecía que lo empujara hacia el fondo de una nada. Todavía no era capaz de concebir lo ocurrido hacía unas horas, Bierley Tarter, la chica con la que había pasado más de la mitad de su vida entre risas, besos, consuelos y placer, había decidido dejarle. Así, de repente, el castillo que habían construido se había derrumbado. No, no podía negar que todo había sido perfecto, sería la mentira más descarada que jamás habría afirmado.

Los rumores. Los putos rumores. La puta gente que siempre se interesa por la vida de los demás. La puta gente que por envidia tacha de incorrecto o malo aquello que no pueden conseguir. La puta gente que se empeña en evaluar la vida de los demás.

Bierley había soportado muchos insultos a las espaldas. Al principio solo habían sido miradas, pero cuando las risas empezaron a hacerse más estruendosas tras sus espaldas, se dio cuenta. «Puta o guarra» ya circulaban como sinónimos de su nombre. Por tener sexo con Jason. ¡Por tener sexo con Jason al mes de salir! Como si eso importara una mierda. Por el contrario, Jason había tenido que soportar alguna que otra paliza, estaba decidido en mandar a la mierda a todo aquel que

fuera hablando así, más que en darle el apoyo que Bierley realmente necesitaba. Es cierto, él empezó a mostrarse asqueado con todo el mundo.

Jason Ambler inició su odio contra el mundo.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 00:20

¿Era inhumano o más humano que los demás?

No lo sabía porque nunca se lo había preguntado. La gente te pregunta tu nombre, pero tú no te preguntas a ti mismo tu propio nombre. En este caso, era igual. Sin embargo, una persona que permite que su amigo se marche de esa forma... ¿por qué es? ¿Por qué es tan humano porque quiera compartir su curiosidad por conocerla? ¿Porque es tan envidioso que no le importaba que la conociera? ¿Porque es tan inhumano y por eso le permitió?

Había una gran confusión entre humano e inhumano. «Eres un humano», como si se justificara que por ser humano cometieras errores. «Eres tan inhumano», porque cuando el error pasaba a ser mucho más grande y gordo, tanto que ni siquiera coge en tu cuerpo para soportarlo, te volvías inhumano.

Algo así sentía Harry, pero no se sentía confuso entre ser humano o no. Sino, simplemente, dudaba de que lo que había hecho había sido por amistad o por odio, o por ambas.

Y Harry había hecho muchas cosas.

En la Bahía de Sídney, 22 de agosto, 00:43

Jason llamó a su hermano.

—¿Jase? ¿Qué quieres? —saltó inmediatamente la voz de su hermano.

—Se me ha acabado el paquete de cigarrillos —dijo, con voz pesada—, y no tengo otra cosa para paliar mi aburrimiento.

—¿Me has llamado para pedirme dinero? Porque si no te recuerdo mal, todavía me debes...

—Solo quería hablar —cortó Jason.

—¿De qué? —quiso saber, extrañado por el motivo de su llamada.

—De Bierley.

—Oh, no. De ella no pienso hablar. No la soporto.

—Monta una fiesta porque esto seguro que te alegra —se preparó para soltar la bomba—. Me ha dejado.

—¿Qué?

Ni el propio Christian se creía lo que acababa de escuchar, siempre los había visto tan felices...

—No te hagas el sorprendido, seguro que en tu fuero interno estás que te exaltas de la euforia.

—No puedo negar que siento un poco de alivio —confesó—, pero..., lo siento mucho Jase. No te abrumes por eso.

—No es solo eso.

—¿Entonces?

—Todo. La vida misma me abruma.

Christian se calló, era la primera vez que Jason se atrevía a hacerle una confesión tan íntima y existencial.

279

—No digas esas cosas...

—Luego te llamo —y le colgó, no quería escucharle. Su madre también había empezado por las mismas palabras que Christian cuando se lo dijo «No digas esas cosas, son etapas de la vida...» y un eterno y largo discurso sobre los problemas y la misma mierda.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 00:34

Harry había mentido, discutido, peleado, criticado, burlado... Casi como el más común de los humanos. Y en la única persona que había podido confiar en toda su vida había sido Jason.

Y le había fallado también.

Todo el mundo le había fallado siempre.

Empezando por su madre, que se había muerto de cáncer cuando él tenía trece años. Una tarde, la propia Bierley, que por aquel tiempo había estado colada por él, se acercó.

—No te preocupes, no merece la pena.

¿Que no merece la pena el qué?

Bierley pensaba que una chica lo había rechazado.

Harry solo estaba desconsolado porque su madre se iba a morir, no por una chica.

Y de hecho, se murió, y el mundo siguió adelante como si nada.

En la Bahía de Sídney, 22 de agosto, 00:54

Su madre era el peor tostón que tenía encima. «Haz esto, haz lo otro». «¿Estás bien?», «¿Qué tal el día?», «¿Dónde has estado? ¿Con Bierley?», «¿Eso que llevas ahí qué es?».

Para ser psicóloga parecía no saber respetar el espacio personal. Pero aun así, la quería.

Porque no le gritaba como su padre, porque nunca se le habría ocurrido levantarle la mano, ni compararle con su hermano, ni tratarle como lo hacia él.

Peor que a un insecto.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 00:59

Harry reconocía que su padre era raro. Muy abierto, muy liberal, muy social... Pero al contrario de lo que se pueda pensar, eso no le ayudaba en nada.

No le hacía ni puto caso, y Harry era un egocéntrico.

Hacía lo que le daba la gana, decía lo que quería, y a su padre se la sudaba. «Ah, vale», y seguía decorando las paredes de su casa con sus grafitis.

Harry odiaba el arte por eso. Le recordaba a su padre, y le recordaba que por culpa de su afición, él era un grano en el culo.

«No me dejas trabajar», «Haz lo que quieras», «Mmm, vale». E hizo todo lo posible para sentirse valorado, hasta le mostró a su padre uno de sus dibujos. Y él tenía el mismo o mayor talento que su progenitor, pero su padre no lo quería apreciar.

Lo vio, y se echó a reír.

Tampoco había podido olvidar el momento en el que su padre, borracho, tras la muerte de su madre, le hizo una pequeña confesión.

«Siempre pensé que no sabía si tenerte sería buena idea o no, pero tu madre insistió».

En la Bahía de Sídney, 22 de agosto, 01:16

No había nada peor que llegar a casa, por eso, Jason se pasaba la mitad del tiempo fuera, con Bierley. No porque quisiera estar pegado a ella todo el tiempo, sino porque no tenía ganas de ver la cara de su padre. Así de simple.

Y su hermano Christian, tendía a malinterpretar ese hábito.

Su padre era el mayor temor que tenía en esta vida. El estómago se le volvía del revés, la respiración se le mutilaba y un sudor casi congelado le recorría todo el cuerpo. ¿Nunca has sentido ese miedo, de estar solo en casa, escuchar un ruido y no saber qué es?

Pues Jason vivía con la eterna incertidumbre de qué le haría su padre, qué le diría.

Unas veces solo le decía que era un inútil. Otras, que tenía que ser más como Christian, dejar de andarse con tonterías y centrarse. Había otras veces que lo había insultado. Y en última instancia, lo había maltratado.

Su padre contenía mucha rabia, y Jason era el objeto perfecto para descargarla.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 01:25

A Harry siempre le costó sociabilizar con la gente, porque se creía diferente. Porque cuando había un corro entre sus amigos y él acababa detrás de sus espaldas, se sentía expulsado, un extraño.

Y con Jason fue diferente, le hacía sentir uno más, sentía que en él podía confiar. Que él no le daría la espalda en un círculo, sino que le invitaría a entrar.

Eso, hasta cierto punto fue cierto.

Jason fue su mejor amigo, y lo seguiría siendo aunque estuviera muerto.

Pero terminó con su vida. Y ese era el estorbo que Harry sentía.

Harry le permitió conocer a su amiga «Éxtasis», aunque Jason insistiera en que dejara esa mierda, y se la quitaba de las manos. No era para hacer ningún bien a su amigo, Jason también la deseaba. Y cuando Harry se enteró, solo pensó que tenían algo más en común.

No era nada de lo que preocuparse.

El éxtasis no era adictivo como otras drogas.

El éxtasis solo era adictivo para aquel que no quería vivir en este mundo. Y por lo tanto, Harry y Jason eran dos adictos que querían huir de la realidad.

Tenían tanto en común... Bueno, solo había una cosa que no tenían en común, Bierley. Y Jason al principio parecía feliz con ella, cierta envidia se removió en el interior de Harry, pero cuando las cosas no empezaron a ir tan bien entre los dos. Los ataques hacia Jason, se los tomó como algo personal, a Bierley también se la tomó como algo personal.

Como algo que estaba haciendo daño a su amigo.

Y por eso ella debía pagar.

De camino a Niflheim, 22 de agosto, 01:16

No podía seguir esperando. No, no podía seguir aguantando.

La necesitaba.

Necesitaba el éxtasis para no seguir pensando. Para librarse de la atadura racional que lo mantenía esclavizado en el abismo de la realidad con sus problemas continuos.

Caminaba solo por las calles que guardaban la actividad nocturna de la ciudad.

Niflheim era su destino, el reino de la oscuridad y las tinieblas. Allí estaría Harry, allí estaría Éxtasis.

Solo había dos problemas que los impedía encontrarse.

Los bolsillos vacíos y muchas deudas pendientes.

Sin embargo, quiso arriesgarse.

Abrió la puerta y las luces azules y místicas colisionaron contra sus ojos verdes y tristes. La música lo llenó de un desasosiego interior, que todavía era tranquila y pesada como si quisiera reflejar lo que Jason sentía en aquellos momentos.

«Everything
Everything in its right place
In its right place.»

La gente bailaba lentamente, y el ambiente era frío.

Cruzó los pasillos y la pista. Harry no estaba por ninguna parte.

Sería la primera vez que no lo que encontraba por allí a esas horas. Pero sí estaba el personaje más importante, al lado de los servicios de los hombres, rodeado por dos chicas que tendrían la misma edad de Jason.

Tenía dos opciones.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 01:42

283

El móvil de Harry estaba a punto de colapsar, como él. Lo tenía sostenido con ambas manos y un temblor que no era propio de un humano, trataba de borrar las grabaciones que le llegaban.

El móvil sonaba sin descanso.

Pero a medida que se deshacía de una grabación, otra acababa de recibir. Y el móvil no paraba de repetir el mismo mensaje.

«La memoria está llena.»

Y se volvía a escuchar la voz de Jason y de Bierley conversando.

La desesperación manaba de la respiración de Harry.

Niflheim, 22 de agosto, 02:03

Se chocó a propósito con la chica de los cabellos rojos.

—Perdona —se disculpó Jason.

—No importa —respondió la chica al verlo.

—Oye, yo a ti te conozco —añadió Jason, con una sonrisa.



—¿De verdad? —la chica sabía que mentía, pero no le importaba.

Y bailaron durante media hora, hasta que Jason consiguió quitarle la pastilla.

No fue difícil, ella se restregaba demasiado.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 02:12

Tiró el móvil contra la pared, y este se fragmentó en varios pedazos. La pantalla estaba rota, la batería había caído en el otro extremo de la habitación.

Harry solo tenía ganas de gritar. Se echó las manos a la cara y descargó el mayor llanto de su vida.

No había llorado tanto desde la muerte de su madre.

No había llorado tanto desde que su padre se rio de su dibujo.

No había llorado tanto desde la muerte de su mejor amigo.

Niflheim, 22 de septiembre, 02:33

Tampoco fue suficiente, una no le hizo nada. Estaba sucediendo lo que llamaban «pérdida de la magia», tres o cuatro días seguidos tomando esa droga y el cuerpo la terminaba tolerando. Nunca la había utilizado de forma tan seguida, por eso, siempre había hecho un efecto certero con él.

Pero Jason no podía esperar tantos días sin tomar éxtasis para que le hiciera el efecto de siempre. Eso era lo que sucedía, si pasabas unos días sin tomarlas, los efectos volvían a ser los mismos.

La magia volvía.

Él quería la magia ahora.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 02:20

Subyugado al silencio, Harry seguía en su habitación. Unos golpes suaves en su puerta lo rompieron.

—¿Harry? ¿Pasa algo? —le preguntó su padre.

—No —respondió, cortante.

—He escuchado un golpe...

—¡Lárgate, joder! —gritó.

No hizo falta que le insistiera demasiado, su padre se marchó.

En realidad, Harry no quería que se marchara.

Necesitaba un consuelo de forma urgente.

Niflheim, 22 de agosto, 02:37

Y él atrapó la magia.

Como si de un ladrón profesional se tratara, lo pilló desapercibido y le quitó la bolsa de los pantalones. Pero cometió un pequeño error.

Lo vieron. Y lo reconocieron.

Era imposible no reconocerlo a pesar de que no llevara su típica sonrisa esbozada en el rostro.

Jason iba apartando todos los cuerpos que le impedían avanzar, pegándoles empujones mientras estos les lanzaban miradas furibundas. Tenía que salir de allí. Como fuera. No le importaban las formas.

No solo les había robado la mercancía de la noche, les debía una buena pizca de dinero.

Finalmente, el último obstáculo que tuvo que saltar fue la pesada puerta, y al salir fuera un gran frescor le inundó en los pulmones.

Era hora de correr.

Y corrió más que nunca, más que en sus partidos de fútbol. Esta vez no eran los vítores, los aplausos y las exigencias los que movían sus piernas en un continuo vaivén; era la adrenalina, era el deseo, era el miedo, era lo que iba a encontrar después.

En una habitación cualquiera, 2 de marzo, 02:44

El consuelo lo encontró en el éxtasis, como de costumbre.

Cuando le hizo efecto, su mundo había cambiado. Hasta la piedra con un papel escrito «Muérete» que rompió el cristal de su habitación dejó de importarle.

Todo a su alrededor era maravilloso. Se sentía con ganas de conquistar el mundo, ya no le renegaba.

Volvería a pintar, fascinaría al mundo, hasta su padre le aplaudiría hasta que las manos se le quedaran rojas.

Los problemas dejarían de existir.

Y Jason seguiría vivo.

Todo sería como un sueño hecho realidad.

Pero algunos sueños eran imposibles de cumplir. Imposibles, porque la persona que los creaba los hacía tan perfectos que un humano imperfecto jamás podría alcanzar.

Sí, un humano era capaz de crear sueños perfectos a pesar de su condición, pero no cumplirlos.

Y eso le había pasado a Harry, siempre había creído que aspiraba a más que los demás, que era diferente, y por eso se merecía algo más. El problema de concebir sueños perfectos es que nunca te verás capaz de conseguirlos.

286

Casa de Harry, 22 de agosto, 04:31

Iba a tumbar la puerta como no se abriera, era su única solución en aquellos momentos.

Después de quince minutos se abrió.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito tu ayuda.

—Está bien, pero cuéntame que haces casi... —y comprobó el reloj de su muñeca— a las cinco de la mañana en mi casa.

Y se lo contó todo: lo de Bierley, lo de su padre, lo de la droga, de lo mal que estaba...

Jason estaba demasiado acelerado como para drogarse y Harry se lo impidió. Dormirían y después decidirían qué harían al respecto, Harry

se llevaba bien con esos tipos. Pero, ¿lo suficiente como para perdonar que les habían robado? No.

Lo único que solucionaría las cosas era dárselas de vuelta y pagarle el dinero que debía. Harry podía conseguirlo, pero jamás sucedió. Porque a las ocho de la mañana cuando se despertó, Jason había desaparecido.

Éxtasis no estaba por ninguna parte.

En un bloque de pisos cualquiera, 2 de marzo, 08:48

Harry salió de su casa, medio aturdido, su padre seguía durmiendo apaciblemente y ni siquiera se desveló cuando Harry cerró de un portazo.

En la puerta había escrito algo. Una palabra. Del color de las brasas ardiendo.

«Muérete». Otra vez.

Eran unas letras muy familiares para él, redondas y estilizadas.

Trató de ignorarlas mientras bajaba por las escaleras, pero se le agolpaban en la cabeza, como si quemaran. En un último instante se paró a mirar el buzón. Tal vez tuviera alguna carta para él, era una creencia estúpida, porque él nunca enviaba cartas a nadie.

Cuando lo abrió, un millón de pastillas cayeron sobre el suelo como el granizo.

Chillaron como pájaros.

Casa de Sarah, 22 de agosto, 10:16

—Oh, eres tú —dijo, con cierto desdén.

—Tienes que ayudarme.

—No —negó—. ¡Estoy harta de ayudarte! ¿Es que te crees que soy gilipollas? Ahora te ha dejado Bierley y acudes a Sarah como último recurso. No. Ya me he cansado de ser tu pañuelo.

—No es eso.

—Siempre es eso.

—Espera —puso el pie en la puerta antes de que decidiera cerrarla.

—Aparta el pie de ahí —le dio una patada.

—No —repuso, con autoridad.

—Tranquilo, esta noche te llamará Bierley, te dirá cuán equivocada estaba y echaréis el mejor polvo de vuestra vida —relató Sarah—. ¿Eso era lo que querías oír? Pues ahí lo tienes. Ahora, déjame en paz —siguió golpeándole el pie para que lo apartara—. No quiero volver a verte en el resto de tu puta vida.

Y no solo cerró una puerta. Terminó una amistad. Acabó con cualquier esperanza.

Casa de Sarah, 2 de marzo, 11:25

—Oh, eres tú —dijo, con desdén.

—Tienes que ayudarme.

—No —negó—. ¡Estoy harta de ayudarte! ¿Es que te crees que soy gilipollas? ¡No me voy a manchar más las manos! ¿Es que no has tenido suficiente con la que se ha liado?

—Espera.

La agarró del brazo, con fuerza.

—Como no me sueltes te pillaré el brazo con la puerta.

—Sarah, por favor.

Era la única persona que le quedaba.

—No quiero volver a verte en el resto de tu puta vida.

Harry le soltó el brazo, y Sarah cerró la puerta. Terminó otra amistad. Acabó con cualquier otra esperanza.

Calles de Sídney, 22 de agosto, 16:07

Jason se pasó todo el día dando vueltas de un lado para otro, con la sensación de hipervigilancia. Miraba a todas las esquinas y a todas las personas que se cruzaban a su alrededor. Tenía miedo de encontrarse con el camello o alguno de sus amigos.

Miró el móvil y comprobó las llamadas y mensajes: De su padre acosándole, de su madre, de Harry, de Christian y de Bierley.

Llamó a la última. Y la conversación no fue nada bien.

Acabó con un «Suicídete, Jason» de regalo.

A su padre no lo iba a llamar, ni aunque estuviera loco, ni siquiera drogado. A su madre tampoco le apetecía, a Harry mucho menos, solo le recordaría el embrollo en el que se había metido. Así que la última opción era Christian.

—¿Dónde coño te has metido? —saltó Christian al instante.

—Lo siento mucho, Chris.

—Me parece que una disculpa no te va a servir —sonaba verdaderamente enfadado.

—Supongo que no, pero espero que me perdones por esto —sonrió tristemente—. También espero que perdones a Bierley, ella no tiene la culpa. Solo soy yo, que soy un imbécil.

—Solo te perdonaré si me dices dónde estás.

—Eso es chantaje.

—¡Dime dónde estás! —gritó, al borde de la furia.

—No te preocupes, pronto me encontrarás. Y por favor, no culpéis a Bierley, ella no tiene nada que ver.

Fin de la conversación.

Calles de Sídney, 22/23 de agosto y 2/3 de marzo.

A las 18:08 fue la primera. Y sintieron euforia.

A las 19:16 fue la segunda. Y sintieron euforia y felicidad.

A las 20:29 fue la tercera. Y sintieron euforia, felicidad y amor.

A las 21:43 fueron la cuarta, la quinta y la sexta. Y sintieron un conglomerado de emociones que nada tenían que envidiar a las humanas. Eran las emociones que sentían las estrellas. Eran las emociones que sentían los verdaderos dioses.

A las 00:06 la cuenta ya se había perdido. Y dejaron de sentir.

Al otro lado

del cielo gris

Idanthe Elsi

Gracias, metilendioximetanfetamina.

Gracias, realidad.

Gracias, vida.

Gracias, muerte.

290

Ediciones Sedna

EPÍLOGO

Cielo despejado

«La felicidad ininterrumpida aburre: debe tener alternativas.»

—Molière

El cielo estaba despejado, y las calles encapotadas de gente. Una de esas personas que caminaban sin preocupación alguna era Bierley.

Parecía mentira que lo hiciera, pero lo hacía.

La culpabilidad a veces se equivocaba de momento.

Bierley iba a dar un simple paseo, con una de las mejores sonrisas que había mostrado jamás. Caminaba con seguridad y observando detenidamente su alrededor. Las hojas anaranjadas, marrones y amarillas danzaban en el aire hasta que morían en el suelo y se estrujaban bajo las suelas de los zapatos de la gente y, sobre todo, de los niños que saltaban sobre ellas como un juego.

291

El ambiente era fresco y los olores del otoño se apelmazaban en su olfato.

El sol se alzaba vigilante, observando cómo una mano se elevaba sobre el hombro de Bierley hasta que se dejó caer sobre él.

Se dio la vuelta y no pudo ocultar su sorpresa.

—Sarah —la encubierta neutralidad de su voz y mirada iba pintada de odio.

—Después de todo lo que has hecho —la reprochó Sarah—, ¿cómo puedes estar tan tranquila?

—Digamos que cuando un perro se mete con un gato, el perro acaba ciego —una sonrisa se extendió en su rostro—. Y el gato termina... campando a sus anchas.



—Tú tuviste la culpa de lo de Harry —disparó.

Si no fuera porque estaban rodeadas de gente, Bierley ya le habría pegado un par de puñetazos y le habría arrancado la sangre de los labios así como una voz lastimosa y suplicante.

—El caso es siempre echarle la culpa a los demás —dijo, con voz teatral—. Dime, ¿cuando alguien se ahorca tiene la culpa la cuerda?

Sarah no le respondió.

—Yo solo le pasé la cuerda a Harry —respondió, despreocupada—. Y como no desaparezcas ahora de mi vista juro que te estrello contra el cristal de ese coche —y sonrió con suficiencia.

Sarah la miró unos segundos, sin ningún tipo de temor en sus ojos y, después, se marchó.

Bierley siguió caminando, pensando en cuán equivocada estaba Sarah al plantarle cara y, más aún, en ni siquiera asustarse un poquito.

No pasaron ni cinco minutos cuando su móvil sonó, pero esta vez sus manos no temblaban como lo habrían hecho en el pasado. Ya no había nada que pudiera intimidarla. Tal vez, y solo tal vez, la muerte era capaz de ello.

292

El número era desconocido.

—¿Carrie? —la voz al otro lado de la línea le provocó un espasmo de alegría.

—¿Sí? —contestó.

—Ahora soy yo el que necesito tu ayuda.

—¿Sobre qué?

—Hay una chica con la que hace unos días que no hablo, me pasé un poco con ella, no sé cómo volver a hablarle. Creo que si vuelvo a disculparme me va a mandar a la mierda.

—No te preocupes, esa chica me ha confesado que también se pasó un poco. Y que le encantaría verte —la sonrisa todavía permanecía en su rostro.

Entonces, oyó unos golpes suaves.

—Mira a tu derecha.

Bierley obedeció y vio a Christian, estaba sentado en el Starbucks, en el mismo lugar en el que se sentó hacía meses. Y ella estaba en el mismo lugar en el que había recibido su llamada.

—¿Sabes que este es el mismo lugar donde estaba cuando te cogí el móvil por primera vez?

Christian negó con la cabeza.

—Pero me gustaría que me contaras cómo fue.

—Por supuesto.

Bierley colgó el teléfono y volvió sobre sus pasos, sujetó la puerta del establecimiento mientras resolvía un último asunto pendiente.

Enviaba un mensaje a Sarah. Uno que desencadenaría en muchos más.

El viento, los recuerdos y sus demonios susurraron:

«Haz como Harry y suicídate».



Agradecimientos

Esta historia nació de una simple frase: «Eran casi las once en punto cuando recibió una nota escrita...» De algo tan sencillo que jamás pensé que pudiera darle tal forma, ni siquiera en un principio tenía en mente todo lo que al final desató mi imaginación.

En primer lugar me gustaría agradecer a la música, por ayudarme a sacar a las musas de su escondrijo. Sin música esta historia nunca habría existido.

Tampoco puedo olvidarme de mis pequeños demonios: Eneritz y Diana, que han tenido la paciencia de soportarme y darme su dedicación, apoyo y tiempo para que esta historia saliera adelante. Y también al resto del grupo: a Epi (alias Alera) por contar tazas conmigo y sus infusiones, a Melissa por el pequeño empujón inicial cuando no sabía a donde ir y a Zaira y Carmen por sus ánimos. Gracias a todas por esas largas conversaciones.

294

Gracias a mi familia, ¡que no sabe nada de esto!

Y a aquellos lectores que me han seguido, leído y comentado. Han sido la chispa de mi motivación.

Para mí escribir es una pasión, escribir es una forma de sentirme libre, escribir es una forma de plasmar todo lo que no me atrevo a decir en voz alta. Escribir es un orgasmo para mis sentidos.

Espero poder seguir compartiendo mi pasión con vosotros,

Iolanthe Eksi.

Sobre la autora...

Iolanthe Eksi



Nacida entre las brumas de una ciudad pequeña, al principio amiga del cumulonimbus, se estrelló contra el suelo. Se fragmentó como un pequeño juego de tazas de porcelana. Y después, mientras recomponía y buscaba sus pequeñas piezas, un fuego ardió bajo sus pies. Unas llamas onduladas con figuras fantasmagóricas se reflejaban en sus ojos. Caminó, y ardió, volvió a arder, cayó en el suelo, y se quemó en su propio fuego. Cuando dejó de sentir cualquier sensación de dolor alzó el rostro, entonces, se dio cuenta. Solo había cenizas. Pequeñas motas bailaban sobre su cara, burlescas, cogió un puñado entre sus manos delgadas y destrozadas, todavía sentía el calor en ellas. Levantó sus piernas tiznadas de negro y sangre, y aspiró el humo con olor a victoria que formaba volutas sobre el cielo.

«En este mundo solo hay dos tipos de persona, los que aspiran a conseguir sus sueños y los que quieren librarse de sus pesadillas.»